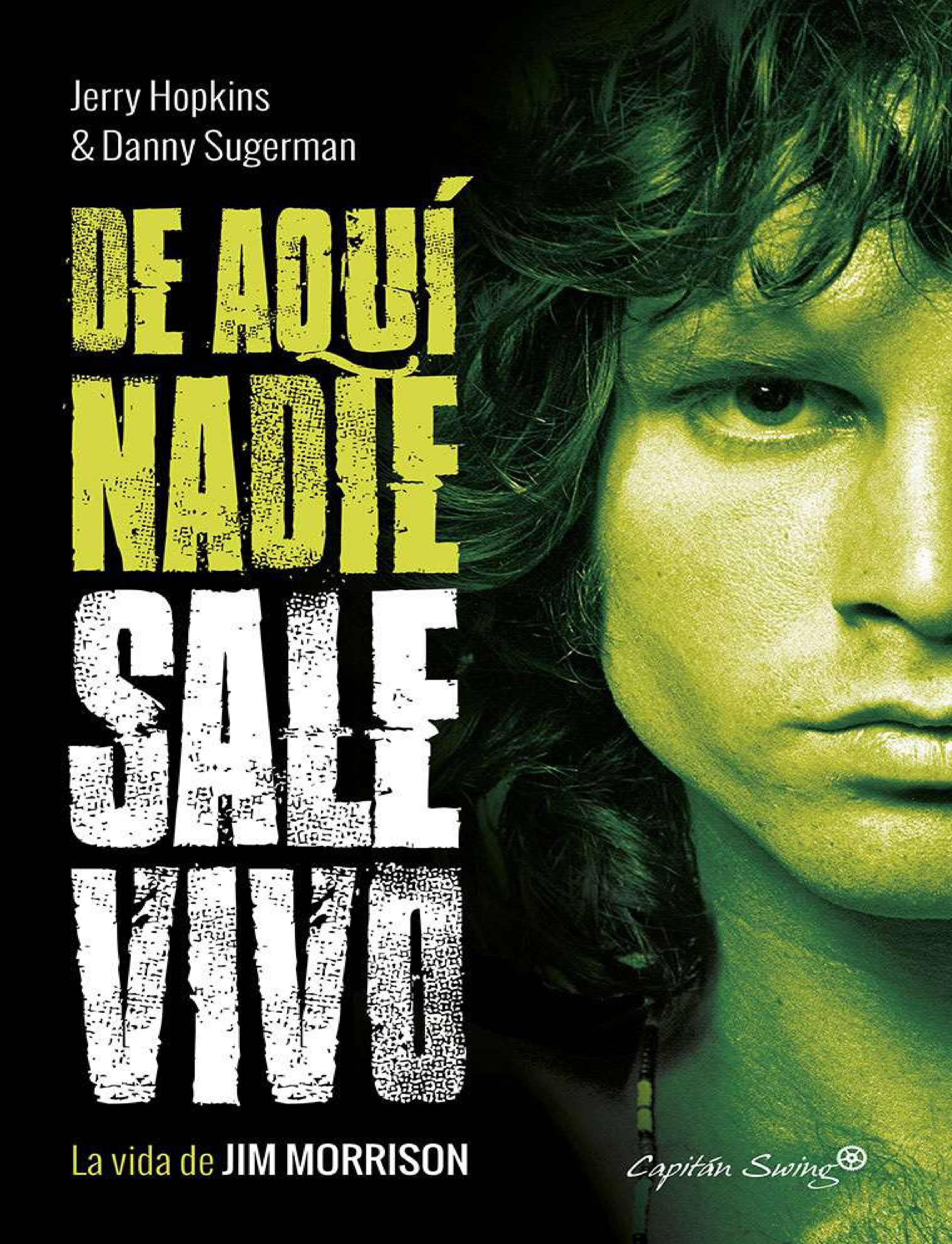

Jerry Hopkins
& Danny Sugerman
DE AQUÍ
NADIE
SALE
VIVO
La vida de JIM MORRISON
Capitán Swing



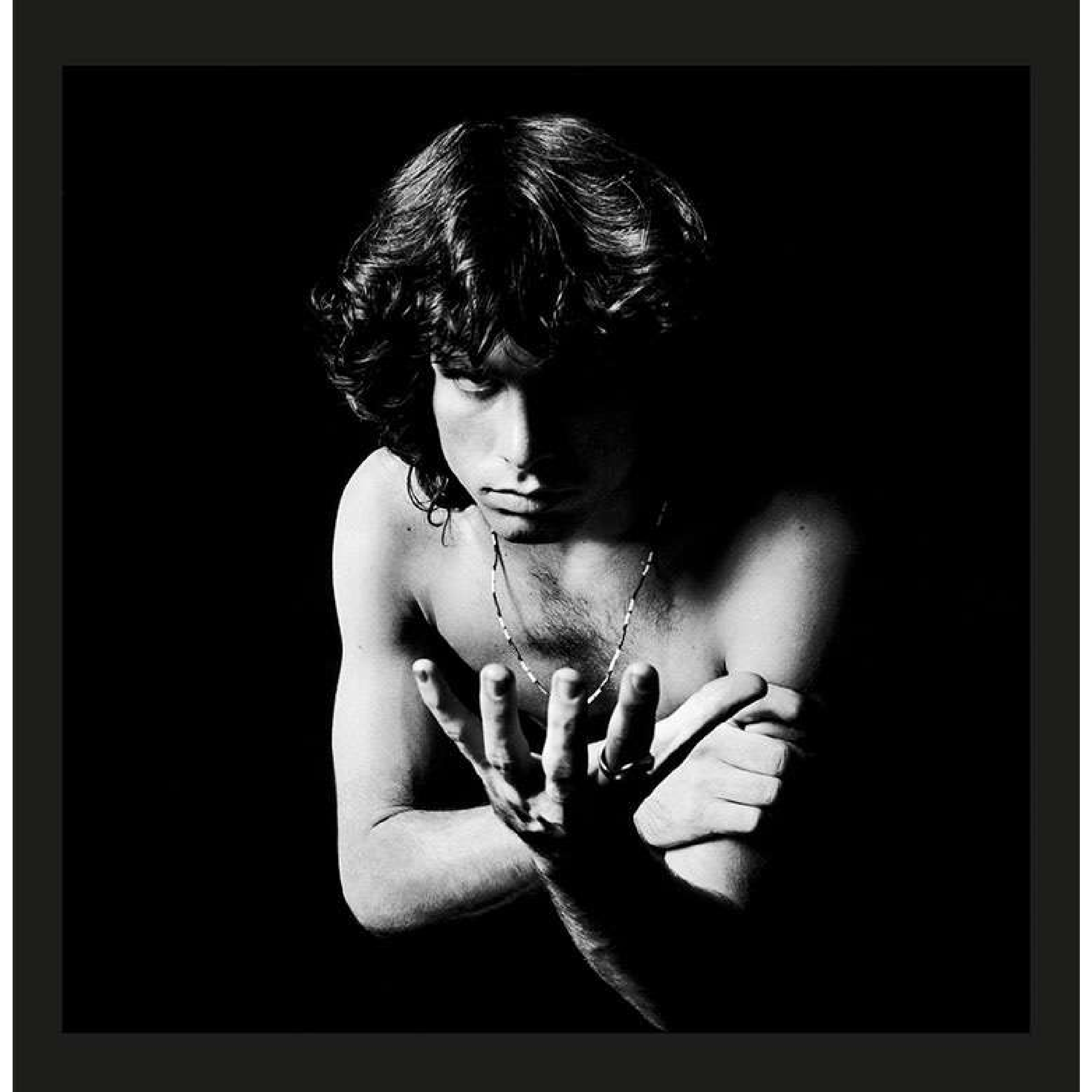
La vida de

JIM MORRISON

Jerry Hopkins
& Danny Sugerman

Traducido por
Ricard Gil

Capitán Swing



«Digamos que estaba probando
los límites de la realidad.
Tenía curiosidad por ver qué pasaría.
Eso era todo: simple curiosidad.»

Jim Morrison
Los Ángeles, 1969

Prólogo

Jim Morrison estuvo a punto de convertirse en un héroe mítico en vida. Pocos pondrán en duda que fue una leyenda viva. Su muerte, envuelta en misterio y continuas especulaciones, completó su consagración, asegurándole un lugar en el panteón de aquellos artistas heridos y dotados que sintieron la vida con demasiada intensidad como para soportar vivirla: Arthur Rimbaud, Charles Baudelaire, Lenny Bruce, Dylan Thomas, James Dean, Jimi Hendrix y tantos otros.

Este libro no alienta ni disipa el mito de Morrison. Solo es un recordatorio de que Jim Morrison es algo más que una leyenda; y de que la leyenda está fundamentada en los hechos. En ciertas ocasiones, el contenido de este libro entra en intenso conflicto con el mito; en otras, apenas puede distinguirse de él. Así era también el hombre.

Personalmente, creo que Jim Morrison era un dios. Quizá a algunos esto pueda sonarles extravagante; para otros quizás parezca una excentricidad. Evidentemente, Morrison insistía en que todos somos dioses, creadores de nuestro propio destino. En mi modesta opinión, Jim Morrison era un dios de la era moderna. Bueno, como mínimo un lord.

Hasta ahora hemos comprendido muy poco a Morrison como ser humano. Su trabajo como miembro de los Doors sigue llegando a nuevos públicos, mientras sus fuentes de inspiración y su verdadero talento son completamente ignorados. Las historias de sus arrestos y hazañas se disparan y extienden más que nunca, pero la imagen que tenemos de él como persona es cada vez más borrosa.

Morrison cambió mi vida. Cambió la vida de Jerry Hopkins. La verdad es

que Morrison trastocó la vida de muchas personas, no solo la de los que estaban en su órbita inmediata, sino también las de aquellos a los que influyó en su controvertido papel como cantante y letrista de los Doors.

Este libro es una crónica sobre la vida de Jim, no sobre su significado, pero puede ayudarnos a hacernos una idea del hombre, viendo de dónde venía y cómo llegó adonde se dirigía.

Estar en la onda de Morrison en 1967 (cuando la mayoría de nosotros supo de él por vez primera) no era tarea fácil. Requería algo más que una mínima búsqueda interior; identificarse con Jim significaba que eras un *outsider* que *prefería* mirar hacia dentro. El *rock and roll* siempre ha seducido a muchos inadaptados con problemas de identidad, pero Morrison llevó el concepto de *outsider* un paso más allá. En realidad, decía: «Está bien, nos *gusta* esto. Es doloroso, un verdadero infierno, pero también es muchísimo más *real* que el viaje en el que os veo a *vosotros*». Señalaba con el dedo a padres, profesores y otras figuras autoritarias de todo el país. No hacía referencias vagas. Cabreado por el engaño, no insinuaba; acusaba descarada y furiosamente. Luego nos enseñaba cómo eran realmente las cosas: «La gente es extraña cuando tú eres un extraño, / las caras son feas cuando estás solo». Nos enseñaba cómo podrían ser: «Podríamos estar muy bien juntos. / Te hablaré del mundo que inventaremos, / un mundo desenfrenado, sin lamentos. / Iniciativa. / Expedición. / Invitación e invención». Se comunicaba con emoción, rabia, elegancia y sabiduría. No estaba dispuesto a transigir.

Indudablemente a Jim no le interesaba entrar, ni siquiera detenerse un momento, ni tampoco pasar de largo. Su única motivación era abrirse paso a través de *todo*. Había leído sobre gente que lo había hecho, y creía que era posible. Y quería llevarnos con él. «Al atardecer habremos cruzado las puertas», cantaba. Los primeros y mágicos años de la vida de los Doors fueron algo más que Jim y su banda llevando a su público a visitar brevemente otro lugar —un territorio que trascendía el bien y el mal; un paisaje musical dramático y sensual—. Por supuesto, el paso definitivo hacia el otro lado es la muerte.

Puede sentarse a horcajadas en la valla que separa la vida de la muerte, el «aquí» del «allá», pero solo durante un tiempo. Jim lo hizo, animándonos desesperadamente a que le acompañásemos. Por desgracia, Jim parecía

necesitarnos más de lo que nosotros le necesitábamos a él. Sin duda, no estábamos preparados para ir adonde quería llevarnos. Queríamos mirarle y queríamos seguirle, pero no lo hicimos. No pudimos. Y Jim no pudo detenerse. De modo que se marchó solo, sin nosotros.

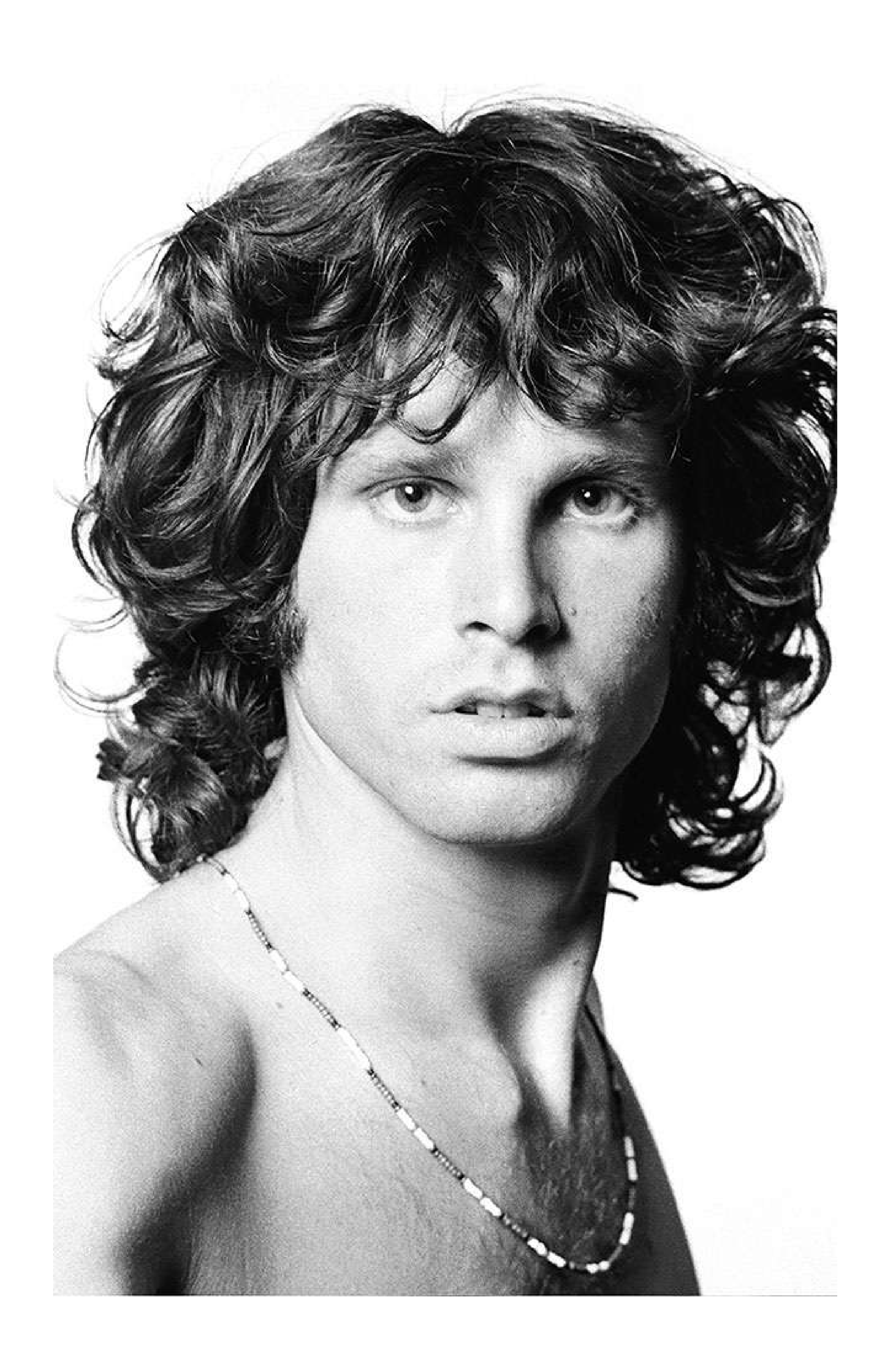
Jim no quería ayuda. Solo quería ayudar. Yo no creo que Jim Morrison estuviese nunca metido en el «viaje de la muerte», como tantos escritores proclamaron. Creo que el viaje de Jim era sobre la vida. No la vida temporal, sino la felicidad eterna. Si tenía que matarse para llegar hasta allí, o incluso para avanzar un milímetro hacia su destino, no le importaba. Si al final de su vida hubo un poco de tristeza, fue el dolor del aferramiento mortal e instintivo. Pero, como lord, como visionario, sabía más.

La historia que estáis a punto de leer puede parecer una tragedia, pero para mí es el relato de una liberación. A pesar de la depresión y frustración que Jim pudo llegar a soportar en sus últimos días, creo que también conoció la alegría, la esperanza y la consciencia serena de que casi había llegado a casa.

No importa cómo muriese Jim. Tampoco importa demasiado que nos dejase tan joven. Lo único que importa es que Jim Morrison vivió, y que vivió con la meta que el nacimiento propone: descubrirse a sí mismo y el propio potencial. Él lo hizo. La corta vida de Jim habla con claridad. Y yo ya he hablado demasiado.

Nunca habrá nadie como él.

DANIEL SUGERMAN




EL
ARCO
TENSO



01

En cierta ocasión, cuando la nieve cubría las montañas de las afueras de Albuquerque, cerca del pico Sandía, Steve y Clara Morrison llevaron a sus hijos a jugar con un trineo. Steve estaba destinado en la cercana base aérea de Kirtland, como oficial ejecutivo y subjefe en las Instalaciones de Armas Especiales Aeronavales. En realidad, se trataba de energía atómica, un tema bastante misterioso por aquel entonces y del cual Steve nunca hablaba en casa.

Era el invierno de 1955, y Jim Morrison había cumplido doce años unas semanas antes. En menos de un mes, su hermana Anne, que se estaba convirtiendo en un marimacho gordinflón, cumpliría los nueve. Su hermano Andy, un poco más fornido que él, tenía seis.

La imagen era típicamente invernal: al fondo, las montañas nevadas de Sangre de Cristo, en Nuevo México; en primer plano, mejillas sonrosadas, cabellos oscuros al viento, casi ocultos por los cálidos gorros. Niños saludables, con gruesos abrigos, trepando a un trineo de madera. No nevaba, pero el viento de la montaña soplaba en ráfagas secas, hirientes.

En la cresta de la ladera, Jim colocó a Andy en la parte delantera del trineo. Anne se situó detrás de Andy y Jim se apretujó en la parte trasera. Con las manos enguantadas, se impulsaron hacia delante y salieron deslizándose entre gritos y aullidos.

Cada vez iban más deprisa. A lo lejos, aproximándose rápidamente, una cabaña.

El trineo se aceleraba ladera abajo como una nave rasgando el frío del espacio exterior. A Andy le entró pánico.

—¡Saltemos! —gritó—. ¡Saltemos! ¡Saltemos!

Los chanclos de Andy estaban atrapados bajo la parte delantera del trineo. Intentó empujar hacia atrás para liberarse, pero Anne, que estaba detrás de él, no podía moverse. Jim empujaba hacia delante desde la parte trasera, aprisionándoles sin remedio.

La cabaña se aproximaba rápidamente.

—¡Saltemos! ¡Saltemos!

El trineo se encontraba a menos de veinte metros de la parte lateral de la cabaña, y la trayectoria aseguraba una terrible colisión. Anne tenía la mirada clavada al frente, con los rasgos de la cara paralizados por el terror. Andy gimoteaba.

El trineo se desvió ligeramente a causa de algún pequeño obstáculo y, a dos metros de la cabaña, el padre lo frenó. Mientras salían despedidos del trineo, Anne, histérica, balbuceaba que Jim les había aprisionado para que no escaparan. Andy no dejaba de llorar. Steve y Clara Morrison intentaban calmar a sus hijos menores.

Jim estaba de pie, a su lado, con cara de satisfacción.

—Solo nos estábamos divirtiendo —dijo.

La madre de Jim, Clara Clarke, tenía cinco hermanos. Era la hija algo excéntrica y divertida de un abogado inconformista de Wisconsin que, en cierta ocasión, había sido candidato a un cargo público por el partido comunista. Su madre había muerto cuando Clara aún era adolescente. En 1941, con veintiún años y habiéndose trasladado su padre a Alaska para trabajar de carpintero, Clara fue a visitar a su hermana, que estaba embarazada, a Hawái. En un baile de la marina, conoció al padre de Jim, Steve.

Steve se había criado en una pequeña ciudad de Florida, tenía dos hermanas y era el único hijo varón del conservador propietario de una lavandería. De niño, le habían puesto inyecciones en las tiroides para estimular el crecimiento. En el instituto, su primo y mejor amigo le describía como «un vaquero del campus, una especie de santurrón, un metodista enérgico, pero popular entre las chicas». Steve se graduó en la Academia Naval de Estados Unidos con cuatro meses de adelanto, en febrero de 1941, ya que el programa de instrucción se aceleró para dar una nueva promoción de oficiales ante la

inminente guerra mundial.

Steve y Clara se conocieron casi al mismo tiempo que los japoneses bombardeaban Pearl Harbor. Se casaron rápidamente, en abril de 1942, poco antes de que el barco minador de Steve abandonara el dique seco para volver al servicio en el Pacífico Norte.

Al año siguiente, le destinaron a Pensacola, Florida, para hacer instrucción de vuelo y, justo once meses después, el 8 de diciembre de 1943, James Douglas Morrison se unía al *baby-boom* de la guerra, en Melbourne, Florida, cerca de lo que hoy es Cabo Cañaveral.

Su padre le dejó a los seis meses para volver al Pacífico y pilotar cazas desde un portaaviones. Durante los tres años siguientes, Clara y su pequeño vivieron con los padres de Steve en Clearwater. La casa, situada en pleno golfo de México, se regía por unas reglas cuidadosamente prescritas, y sus residentes eran gobernados por clichés victorianos: los niños se deben ver, pero no oír…, ignora las cosas desagradables y desaparecerán…, la limpieza es el paso previo a la santidad. Los abuelos paternos de Jim se habían criado en Georgia. Ninguno de los dos bebía ni fumaba.

El comportamiento de Clara durante la ausencia de su marido había sido impecable, pero, entre el envaramiento de su familia política y el aburrimiento de Clearwater, le llenó de alegría ver regresar a Steve del Pacífico, casi un año después del fin de la guerra, en el húmedo verano de 1946.

La movilidad y las separaciones que caracterizaron a la familia Morrison durante la guerra continuaron a lo largo de toda la infancia de Jim. El primer destino de su padre, tras la guerra, fue Washington D. C., pero solo permaneció seis meses antes de ser destinado —la primera de dos veces— a Albuquerque, donde durante un año ejerció de instructor en un programa militar sobre armas atómicas. Por aquel entonces, Jim, de cuatro años, ya tenía una hermana.

Fue en las afueras de Albuquerque, mientras viajaba con sus padres por la carretera de Santa Fe, cuando Jim experimentó lo que él describiría posteriormente como «el momento más importante de mi vida». Vieron un camión volcado con indios pueblo tendidos sobre el asfalto, heridos y moribundos.

Jim empezó a llorar. Steve detuvo el coche para ver si podía ayudarles, y envió a otro de los testigos del accidente a buscar un teléfono para que llamara a una ambulancia. Jimmy —como le llamaban sus padres hasta que cumplió los siete años— observaba fijamente a través de la ventanilla del coche la caótica escena, llorando.

Steve subió de nuevo al coche y abandonaron el lugar, pero Jimmy aún no se había calmado. Cada vez estaba más nervioso y sollozaba histéricamente.

—Quiero ayudarles, quiero ayudarles…

Mientras Clara le abrazaba, Steve intentaba consolar al chico.

—No pasa nada, Jimmy, de verdad.

—¡Se están muriendo! ¡Se están muriendo!

Al final, su padre le dijo:

—Ha sido un sueño, Jimmy, en realidad no ha pasado nada, ha sido un sueño.

Jim seguía llorando.

Años más tarde, Jim explicó a sus amigos que, en el mismo instante en que el coche de su padre se alejaba del cruce, un indio murió y su alma se introdujo en el cuerpo de Jim.

En febrero de 1948, Steve fue destinado a bordo de otro portaaviones, en calidad de «oficial de armas especiales». Ahora, los Morrison vivían en Los Altos, al norte de California, el quinto hogar de Jim en sus cuatro años de vida. Fue aquí donde Jim empezó a ir a la escuela pública y donde nació su hermano Andy.

A los siete años Jim sufrió un nuevo desarraigo cuando la carrera militar de Steve volvió a llevarle a Washington. Un año más tarde, en 1952, enviaron a Steve a Corea para coordinar los ataques aéreos desde un portaaviones, y el resto de la familia volvió a California, instalándose en Claremont, cerca de Los Ángeles.

Algunos dicen que los aspectos negativos del desarraigo se han exagerado mucho, que lo que un niño cuya familia se traslada a menudo pierde en normalidad lo gana en variedad de experiencias. Por muy válidos que sean estos u otros razonamientos, los problemas siguen existiendo.

De entrada, la familia de un militar sabe que no se quedará para siempre en ningún sitio, y casi nunca conoce con antelación dónde o cuándo se producirá

el siguiente traslado. La familia de un marino sabe que, incluso en tiempo de paz, habrá largos períodos en que el padre se hará a la mar y, a diferencia de los militares de tierra, no podrá llevarse a su familia. Así pues, sus miembros aprenden a viajar ligeros de equipaje, y normalmente compran solo objetos esenciales, como muebles, plata, porcelana y mantelería. Jim y sus hermanos tenían juguetes y libros, pero no muchos.

En este contexto muchas familias no se sienten demasiado ansiosas de hacer nuevas amistades, sabiendo que la relación solo durará uno o dos años. Otras intentan trabar amistades con mucha más intensidad y, o bien se agotan emocionalmente, o se pasan de la raya, infringiendo así el orden establecido.

Por supuesto, la familiaridad de las bases militares y la camaradería que en ellas se fomenta ayudan a mitigar la llegada a una nueva comunidad. Por poner un ejemplo, la familia de un oficial siempre es bien recibida en el club de oficiales, donde puede relacionarse con otros integrantes de esta sociedad ambulante. Esto es cierto especialmente en la Marina, cuyos oficiales constituyen un grupo bastante íntimo y reducido. A lo largo de los años, muchos de los mejores amigos de Steve y Clara fueron otros oficiales de marina y sus esposas, cuyos caminos se entrecruzaban constantemente. Sin embargo, las amistades de los niños suelen hacerse en el colegio, y los hijos de los oficiales de marina tienen que cambiar de amigos con mayor frecuencia.

Los psicólogos que han estudiado el estilo de vida sumamente agitado de los marinos se han encontrado con una variedad de desórdenes emocionales que van del alcoholismo y los problemas matrimoniales a un sentimiento de «desconexión». Probablemente el factor más significativo sea la ausencia periódica del padre. El papel de la madre cambia repetidamente, dependiendo de si el padre está o no en casa, y a menudo los hijos sienten confusión y resentimiento hacia la autoridad.

Cuando Jim era pequeño, Clara y Steve acordaron no levantar nunca la mano a sus hijos, sino practicar con ellos otro tipo de disciplina: razonar, mostrarles con claridad diáfana cuándo se habían equivocado. A veces, esta disciplina tomaba la forma de un rapapolvo verbal, otras, de un silencio sepulcral.

«En realidad, lo que intentaban era hacernos llorar —recuerda Andy. Nos

explicaban que estábamos equivocados, nos explicaban por qué estábamos equivocados, y nos explicaban por qué estaba mal estar equivocado. Yo me aguantaba tanto como podía, pero eran muy persuasivos. Con el tiempo, Jim aprendió a no llorar, pero yo nunca lo conseguí».

Cuando Steve llegó a Corea, a principios de 1953, Jim ya era un chico apuesto, aunque un poco rechoncho, cuya inteligencia, encanto natural y buenas maneras le habían convertido en el favorito de los profesores y del presidente de su clase de quinto grado. Pero, al mismo tiempo, sorprendía a los adultos con continuas fanfarronadas y un lenguaje procaz. Montaba en bicicleta sin manos y fue expulsado del grupo excursionista por insultar a la monitora. Además, atormentaba a su hermano.

Jim compartía habitación con Andy en la casa de Claremont, y si había algo que odiase especialmente era el sonido de una respiración pesada, sobre todo cuando estaba leyendo, mirando la televisión o intentando dormir. Andy padecía de amigdalitis crónica, cosa que le hacía difícil respirar por las noches.

A veces, Andy se despertaba jadeando, intentando respirar desesperadamente, y descubría que tenía la boca cerrada con celo. En la cama contigua, Jim fingía estar dormido, o bien se desternillaba de risa silenciosamente.

Después de que los Morrison volviesen a Albuquerque, Clara aceptó un trabajo de secretaria a media jornada. Jim se matriculó en la escuela pública de Albuquerque, para los cursos séptimo y octavo, desde 1955 hasta 1957. Como observa un miembro de la familia, fue entonces cuando los tres niños estrecharon su relación, como «un acto de defensa ante tanto traslado»; pero también fue en Nuevo México donde sus padres notaron por primera vez la dejadez de Jim. Fue aquí donde perdió el interés por sus lecciones de música, se negó a participar en las funciones familiares, empezó a leer con voracidad y experimentó aquel peligroso viaje en trineo.

En septiembre de 1957, después de dos años respirando el vivificante aire montañoso de Nuevo México, los Morrison volvieron a trasladarse, esta vez a Alameda, al norte de California. Alameda es una pequeña isla en la Bahía de San Francisco, conocida por su puerto militar aéreo; es el mayor complejo industrial del Área de la Bahía y el mayor puerto militar aéreo de Estados

Unidos en todo el mundo. Se trataba del noveno hogar de Jim, y fue aquí donde asistió al primer año y medio de escuela secundaria.

Jim solo llegó a trabar amistad con un compañero de clase; era alto, con unos kilos de más y voz soñolienta. Fud Ford le introdujo en las peculiaridades sociales del instituto Alameda, explicándole que no quedaba bien ir en bicicleta (a partir de entonces, Jim hizo a pie los dos kilómetros hasta la escuela), y que era inaceptable llevar Levi's limpios a clase.

—Mi madre los lava cada semana —dijo Jim—. Incluso dos veces a la semana.

Fud se encogió de hombros, dejándolo por imposible.

A Jim se le iluminó el rostro.

—Tengo una idea. Dejaré otro par bajo el porche de la casa de Rich Slaymaker. Me los puedo cambiar después de salir de casa.

Era un intento evidente de ganar aceptación. También lo eran sus esfuerzos para atraer la atención. Una vez se ató el extremo de un cordel alrededor de la oreja, se metió el otro extremo en la boca y, cuando alguien le hacía algún comentario, contestaba que tenía un pequeño cubo que le colgaba cuello abajo para recoger saliva que sería destinada a experimentos médicos. Leía ávidamente la revista *Mad* y adoptaba como propias algunas de sus frases más pegadizas.

En una temprana demostración de resentimiento hacia la autoridad, cosa que se convertiría en una constante en su vida, cuando unos policías locales le echaron del Teatro de Alameda por contarse entre los ruidosos gamberros que ocupaban la primera fila, les espetó: «A ver esas identificaciones».

Imaginaba elaboradas maneras de contestar al teléfono, reflejando el lado enfermizo del humor de *Mad* o la mala pronunciación de las diferentes etnias: «Depósito de Cadáveres Morrison… Usted los apuñala, nosotros los amortajamos», y «Hola, *recidencia Morrizon*, yo *zoy* Thelma».

A veces, Jim era más sutil y excéntrico. Como cuando le pescaron subiendo por una escalera que era solo de bajada, le llevaron ante el «consejo» de estudiantes y le preguntaron:

—¿Se declara culpable o inocente?

—Inocente —contestó Morrison solemnemente—, pues, como ven, no tengo piernas.

Jim y Fud eran inseparables. Juntos probaron el alcohol por primera vez, bebiéndose la ginebra de una botella de Commander y rellenándola con agua. También simulaban peleas en la piscina del club de oficiales, fingiendo asesinatos, y después regresaban riendo a casa.

Compartieron también los avatares del despertar sexual. Jim animó a Fud a acompañarle a la casa de Joy Allen en el estuario, donde espiaron en secreto a Joy y a su madre mientras se cambiaban los trajes de baño. No muy lejos de allí, en el lugar donde se alzaban unas casas en los trinquetes de tierra que se adentraban en la bahía, se quitaron los bañadores, salieron rápidamente del agua y empezaron a correr desnudos de un extremo a otro. Si Jim le decía a Fud que se había tirado a dos chicas en su habitación mientras su madre estaba de compras, Fud sacudía la cabeza, lleno de envidia, y contestaba con otra mentira para no quedarse corto.

Jim pasaba la mayoría de las tardes en casa de Fud, escribiendo docenas de anuncios radiofónicos sexualmente explícitos y salvajemente escatológicos sobre los problemas de «pellizcar culos y masturbarse»:

> La masturbación se presenta normalmente entre los doce y dieciocho años, pese a que algunos continúan hasta más allá de los noventa y tres. Quizá usted no sea consciente de los peligros de la masturbación. A menudo surge un sarpullido alrededor de la piel exterior del pene delpisto, que en casos extremos puede provocar la amputación del miembro. También puede producir estridopsis del glande papuntasístulo, lo cual, hablando llanamente, significa que usted puede encontrarse con la polla bien roja. A nadie le gustaría que le pasara esto. Pero sucederá a no ser que consiga un auxilio inmediato. Nosotros (la Sociedad para la Prevención de la Masturbación) estamos equipados con máquinas especiales probadas bajo el agua, y nuestro equipo de enfermeras diplomadas está siempre a punto para echarle gustosamente una mano cuando sea necesario.

A lápiz, Jim dibujó un hombre que se contorsionaba y vomitaba: «Esto fue por haber desatendido los riñones». Otro dibujo representaba a un hombre con una lata de Coca-Cola como pene, un horrible abrelatas como testículos, la mano extendida goteando semen, y un poco más de semen colgándole del

ano. Un tercero mostraba a un hombre con el pene erecto del tamaño de un bate de béisbol, y a un niño pequeño arrodillado delante de él esperando, relamiéndose de antemano con los dientes afilados.

Jim hizo cientos de dibujos de este tipo. Cuando estaba de un humor más amable, Fud y él recortaban personajes de tebeo de los suplementos dominicales y los reordenaban en tiras de papel, cambiándoles los diálogos o los títulos. Nuevamente, los temas eran sexuales o escatológicos, pero estaban imbuidos de una sofisticación y un humor sutil poco usuales para alguien de catorce años.

Una noche, Jim estaba sentado en su habitación, solo. Cerró el libro que le había cautivado durante cuatro horas y respiró profundamente. A la mañana siguiente, empezó a releer el libro desde el principio. Esta vez copiaba los párrafos que más le gustaban en un cuaderno de espiral que había empezado a llevar consigo a todas partes.

El libro era la novela de Jack Kerouac sobre la generación *beat*, *En el camino*, publicado el mismo mes que los Morrison llegaron a Alameda, septiembre de 1957. Jim descubrió el libro aquel invierno, más o menos a la vez que un columnista de San Francisco obsequiaba al mundo con un nuevo término peyorativo: *beatnik*.

El cuartel general de los *beatniks* era North Beach, un barrio de San Francisco que estaba a solo cuarenta y cinco minutos en autobús desde Alameda. Los sábados, Jim y Fud recorrían Broadway incansablemente, deteniéndose a hojear libros en la librería City Lights, donde un cartel en la ventana anunciaba: «Libros prohibidos». En cierta ocasión, Jim vio a uno de los propietarios de la tienda, el poeta Lawrence Ferlinghetti. Jim, nervioso, le dijo hola, y cuando Ferlinghetti le devolvió el saludo, Jim huyó a toda prisa.

Ferlinghetti era uno de los favoritos de Jim, junto a Kenneth Rexroth y Allen Ginsberg. Ginsberg era el que más impacto le causaba, no en vano se trataba del verdadero Carlo Marx (uno de los personajes de *En el camino*), «el pesaroso y poético farsante de mente oscura». Esta imagen se le enganchó a Jim como si fuera pegamento.

Jim también estaba fascinado por Dean Moriarty, el «héroe con grandes patillas del nevado Oeste», cuya energía hacía que la novela de Kerouac fuese como una subida de anfetamina. Era uno de los locos de Kerouac, «los

que están locos por vivir, locos por hablar, locos por salvarse, deseosos de todo a la vez, los que nunca bostezan y nunca dicen obviedades, sino que arden, arden, arden, arden como fabulosas bengalas amarillas que explotan cual arañas atravesando las estrellas y en el centro ves cómo la luz azul central estalla y todo el mundo hace: "¡Aaaaaaah!"».

Jim empezó a imitar a Moriarty, incluso en su manera de reír: «Ji, ji, ji, ji».

El tiempo pasaba muy despacio en Alameda. Jim se caía «accidentalmente» a la piscina de la base naval, escuchaba una y otra vez sus discos de Oscar Brand y Tom Lehrer, y se peleaba con su madre.

Clara gritaba mucho y, cuando no conseguía imponer su autoridad, le amenazaba con retirarle la paga semanal. Jim se reía de ella, y una vez en que Clara se dirigió a él enfadadísima, Jim la agarró y la tumbó al suelo, mientras sacaba un bolígrafo y garabateaba en su brazo.

—¡Eres un tramposo! —gritaba ella—. ¡Eres un tramposo!

Jim reía:

—Ji, ji, ji, ji, ji…

En diciembre de 1958, Jim se trasladó de California a Alexandria, Virginia, antes que el resto de la familia, y se quedó en casa de unos amigos de sus padres, de la marina, que tenían un hijo de su edad. Jeff Morehouse era el típico «empollón» de la clase, pequeño y con gafas, y le presentó a Tandy Martin. Tandy vivía a solo ciento cincuenta metros de la espaciosa casa que los Morrison alquilaron en enero, cuando Steve regresó al Pentágono.

La casa de ladrillo y piedra se encontraba en un sector montuoso y boscoso llamado Beverly Hills, un barrio de clase media-alta habitado por diplomáticos, militares de alto rango, miembros del consejo de ministros, médicos, abogados y senadores. Había una gruesa alfombra de flores en la sala de estar, que estaba repleta de antigüedades funcionales (uno de los hermanos de Clara trabajaba como anticuario), sillas muy rellenas y un gran aparato de televisión. En el porche exterior, las bicicletas estaban apoyadas contra la pared.

En la escuela, los armarios de Jim y Tandy eran contiguos, y solían hacer juntos el camino de ida y vuelta al instituto George Washington.

A Jim le gustaba sorprender a Tandy.

—Creo que voy a ir a mear encima de aquella boca de incendio —le

anunció un día, fingiendo dramáticamente el gesto de bajarse la cremallera de los pantalones.

—¡No! —gritó Tandy, horrorizada.

Siguiendo un plan más elaborado, Jim invitó a Tandy a verle jugar a tenis con un primo suyo que era sordo. Durante una hora aproximadamente, Jim «habló» con su primo a base de gestos, traduciendo luego a Tandy lo que había dicho, que observaba compasivamente la escena. De pronto, la conversación se convirtió en una discusión. Los dedos de Jim y de su primo ondeaban como agujas de coser, y finalmente el primo se alejó con paso airado.

Jim se encogió de hombros y le dijo a Tandy que la acompañaría a su casa.

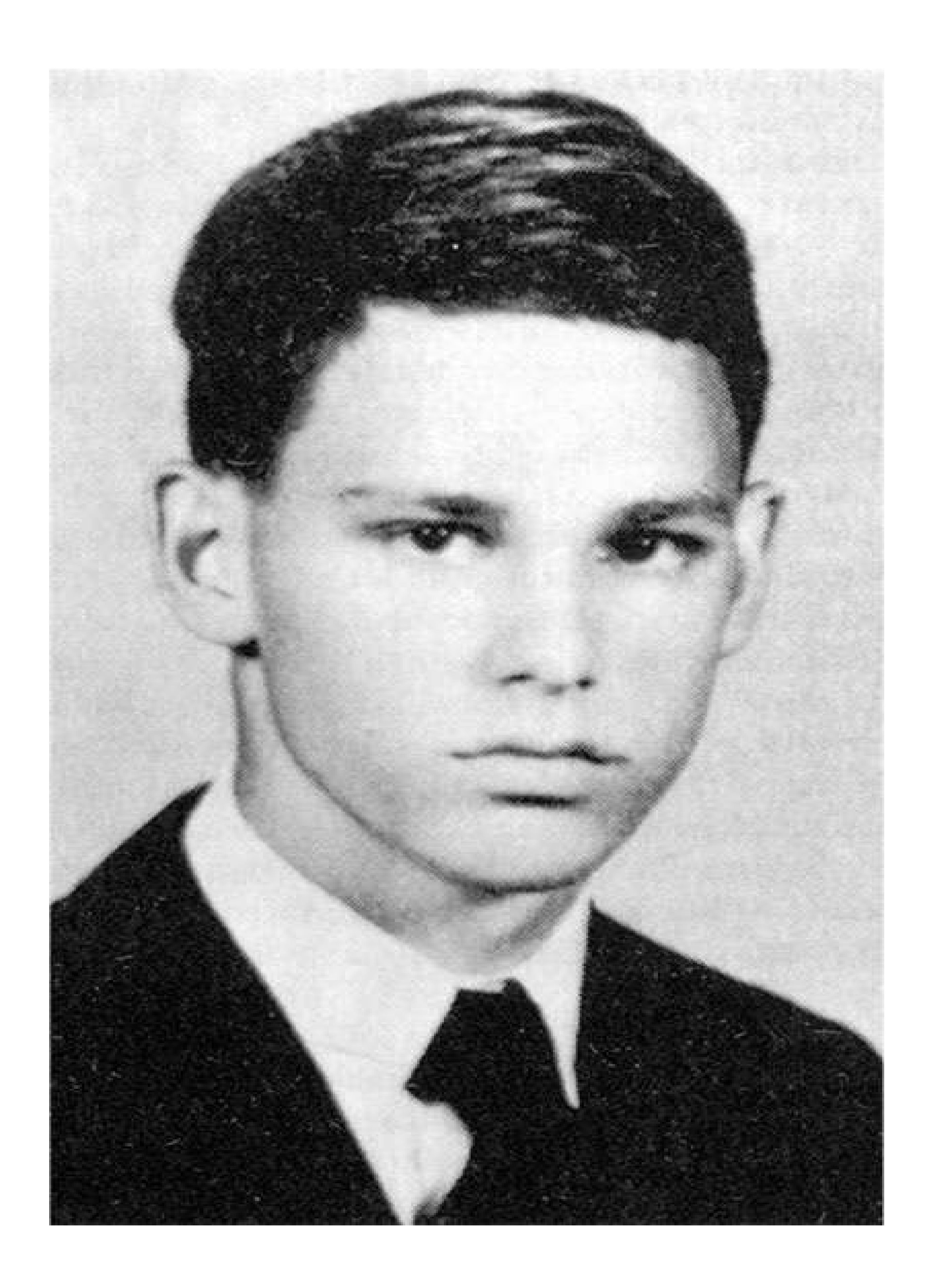
—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Oh, nada —dijo Jim—. Me ha pedido si podía venir con nosotros cuando te acompañara a casa y le he dicho que no.

Tandy le dijo a Jim que había sido cruel, y se echó a llorar.

—Oh, Jim, ¿cómo has podido…?

—Por el amor de Dios —replicó Jim—, en *realidad* no es sordo.



Jim a la edad de 16 años,
en el instituto George Washington

Tandy dejó de llorar y empezó a gritar de rabia. Fue la única chica con la que Jim salió en los dos años y medio que pasó en Alexandria, y sufrió lo suyo. Jim la ponía a prueba constantemente. Un sábado fueron en autobús a la galería de arte Corcoran, en Washington. Mientras el vehículo atravesaba retumbando el Potomac, Jim se arrodilló en el suelo y se agarró a los pies de Tandy.

—¡Jim! —susurró Tandy, bastante molesta—. ¿Qué demonios estás haciendo? Basta ya, basta.

Rápidamente, Jim le quitó una sandalia y empezó a tirarle del calcetín blanco.

—Jim, por favor.

Tandy dobló las manos encima de la falda plisada, apretando hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El rubor que le coloreaba las mejillas le bajaba por el cuello detrás de la cola de caballo.

—Solo quiero besar tus preciosos pies —dijo Jim con aquella voz «ñoña», almibarada, que ponía para molestarla. Era una voz creada a propósito, para que nadie pudiera saber si bromeaba o no. Jim alzó el pie desnudo, le dio un beso y empezó con su risita aspirada.

El autobús pitó para indicar la parada, que estaba bastante cerca de la galería. Faltaba una hora para que abriesen, de modo que Jim y Tandy se fueron a un parque cercano. Había una gran estatua de una mujer desnuda, inclinada. Jim susurró a Tandy al oído:

—¿A que no te atreves a darle un beso en el culo a la estatua?

—Jim…

—Vamos, ¿a que no te atreves?

—No.

—¿Me estás diciendo que te da miedo aproximarte al trasero de una simple estructura marmórea? —preguntó, presumiendo de vocabulario, como de costumbre.

—Vámonos, Jim.

Tandy miraba nerviosamente a su alrededor. Algunos turistas estaban haciendo fotos de la estatua.

—Venga, Tandy, pon en funcionamiento tu músculo orbicular. ¡Dale un beso en el *gluteus maximus*!

Tandy perdió el control.

—¡No voy a dar un beso al como-quieras-llamarle de esa estatua, digas lo que digas!

Al grito siguió el silencio. Tandy miró a su alrededor. Todo el mundo la observaba. Jim estaba sentado a unos cuantos metros, mirando hacia otro lado, como si no la conociese, intentando por todos los medios contener las carcajadas.

«Yo le preguntaba por qué estaba siempre bromeando —recuerda Tandy—. Él me respondía: "Si no lo hiciese, dejaría de interesarte"».

Tandy no era la única persona a quien Jim ponía a prueba. Los maestros eran otro de sus blancos; especialmente una profesora de Biología, ingenua y trasnochada, que había pasado con creces la edad de jubilación. Jim se reía abiertamente de ella durante las clases y, una vez, mientras hacían un examen, saltó sobre una de las mesas del laboratorio, agitando violentamente los brazos para atraer la atención de todos.

—¡Señor Morrison! —se oyó la indignada voz de la maestra—. ¿Qué está haciendo usted?

—Solo intentaba cazar una abeja —dijo Jim, todavía de pie sobre la mesa. El resto de la clase empezó a reír.

—La abeja también tiene derecho a que la dejen en paz, señor Morrison. Vuelva a su asiento, por favor.

Jim bajó de la mesa y caminó triunfante hasta su asiento. La clase recuperó la calma. Entonces Jim saltó por encima de la mesa del laboratorio y se puso a perseguir a la «abeja» por el pasillo, hasta salir del aula.

Cuando llegaba tarde a clase, Jim contaba unas historias complicadísimas sobre bandidos que le habían atracado o gitanos que le habían secuestrado. Si salía del aula sin avisar y la maestra corría detrás de él, le explicaba que aquella tarde tenían que operarle de un tumor cerebral. Cuando al día siguiente el director llamaba a su madre para preguntarle sobre el resultado de la operación, Clara era la primera sorprendida.

Solía acercarse a las chicas más guapas, hacía una reverencia, recitaba diez versos de un soneto o de una novela del siglo xviii que se había aprendido de memoria, hacía otra reverencia y se alejaba a buen paso. Acompañaba a sus amigos a clases de golf (aunque él no jugaba) y caminaba a lo largo de la verja de cinco centímetros de grosor que bordeaba el césped, en un precario equilibrio, noventa metros por encima del impetuoso río Potomac. Por los pasillos de la escuela gritaba a los chicos: «¡Eh, hijo de puta!».

A veces, sus hazañas denotaban amargura y crueldad. En cierta ocasión en que volvía de Washington en autobús, se dio cuenta de que una señora mayor le estaba mirando.

—¿Qué opina de los elefantes? —le preguntó Jim.

Ella apartó rápidamente la mirada.

—Oiga —dijo Jim—. ¿Qué opina de los elefantes?

Al ver que la mujer no le respondía, Jim rugió:

—¿Qué pasa con los elefantes?

Cuando el autobús llegó a Alexandria, la mujer estaba llorando y varios adultos instaban a Jim a que la dejara en paz.

—Solo le estaba preguntando por los elefantes— decía Jim.

En otra ocasión en que Tandy y él vieron a un parapléjico en silla de ruedas, Jim empezó a retorcerse y a echar saliva por la boca, para burlarse.

Pese a que podía llegar a ser muy desagradable, Jim no tenía dificultades para atraer a sus compañeros. De hecho, la mayoría de los que le rodeaban en Alexandria pertenecían a la élite del instituto, incluyendo a algunos atletas prominentes, el editor de la revista de la escuela (elegido el «más inteligente» de la clase) y el presidente del cuerpo de estudiantes. Todos ellos competían por atraer su atención, e inconscientemente imitaban su manera de hablar al adoptar sus expresiones favoritas: «¡Esta sí que mola!» y «Ummmmm…, ¡me has dado en todas las gónadas!». Le proponían citas dobles (que él siempre rechazaba) e intercambiaban lo que llegó a conocerse como «historias de Jim Morrison». El magnetismo de Jim resultaba ya evidente, a pesar de no ser claramente definible.

«Éramos tan rematadamente normales —recuerda uno de sus amigos y compañero de clase— que cuando alguien tenía el descaro de hacer aquellas cosas que *nosotros* queríamos hacer y no podíamos, en cierta manera nos

sentíamos gratificados y gravitábamos en torno a Morrison. Para nosotros era el epicentro».

Tandy Martin ofrece otra visión: «Cuando estás en el instituto y eres *diferente*… Por ejemplo, yo quería unirme al club femenino de estudiantes porque quería estar "en el ajo". Pero no podía hacerlo, porque sabía que era una mierda. Me invitaron a entrar en el club más importante y me marché a casa a llorar toda la noche porque sabía que tendría que decir que no. Y, emocionalmente, estaba herida. Cuando crees que tienes razón, pero todo el mundo hace lo contrario, y solo tienes quince años, el resultado es que se te rompe el corazón. Y aparece una cicatriz. A los quince años, todo el mundo quiere pertenecer a algo. A Jim le pidieron que se uniera a la AVO —*la* hermandad más importante— y dijo que no».

Durante sus años en el instituto George Washington, Jim mantuvo un promedio de 88,32 con solo un mínimo esfuerzo, siendo nominado dos veces al cuadro de honor. Su coeficiente de inteligencia era de 149. En los exámenes de ingreso a la universidad obtuvo unos resultados superiores a la media nacional en matemáticas (528, frente a los 502 nacionales), y mucho más altos en lenguaje (630, comparados con los 478 de promedio). Pero las estadísticas dicen muy poco. Los libros que Jim leía revelan mucho más.

Devoraba la obra de Friedrich Nietzsche, el filósofo y poeta alemán cuyos puntos de vista sobre estética, moralidad y dualidad apolínea-dionisíaca iban a aparecer una y otra vez en la conversación, la poesía, las canciones y la vida de Jim. Leyó las *Vidas paralelas*, de Plutarco, y se enamoró de la figura de Alejandro Magno, admirando sus logros intelectuales y físicos, llegando incluso a adoptar su aspecto: «(…) la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro izquierdo…». Leía al gran poeta simbolista francés Arthur Rimbaud, cuyo estilo influiría en la forma de sus poemas cortos. Leía todo lo que Kerouac, Ginsberg, Ferlinghetti, Kenneth Patchen, Michael McClure, Gregory Corso y los demás poetas *beat* publicaban. *La vida contra la muerte*, de Norman O. Brown, compartía estante con *Studs Lonigan*, de James T. Farrell, que a su vez se apoyaba en *El intruso*, de Colin Wilson, y a su lado, *Ulises* (su profesor de Inglés tenía la sensación de que Jim era el único de la clase que lo había leído y comprendido). Balzac, Cocteau y Molière le eran familiares, junto a la mayoría de filósofos existencialistas franceses. Jim

parecía comprender intuitivamente lo que podían ofrecerle aquellas mentes desafiantes.

Han pasado veinte años, y el profesor de Inglés de Jim todavía habla de sus hábitos de lectura:

—Jim leía tanto o más que ningún otro alumno de la clase. Pero todo lo que leía era tan extravagante que una vez pedí a otro profesor que solía ir a la Biblioteca del Congreso que comprobase si los libros de los que Jim hablaba existían en realidad. Yo tenía la sospecha de que se los inventaba, ya que se trataba de libros ingleses sobre la demonología en los siglos xvi y xvii. Nunca había oído hablar de ellos. Pero existían, y estoy convencido, por el trabajo que hizo, de que los había leído, y la Biblioteca del Congreso era la única fuente posible.

Jim se estaba convirtiendo en un escritor. Había empezado a escribir diarios, a llenar diariamente su cuaderno de espiral con observaciones y pensamientos; frases de anuncios de revistas; recortes de diálogos; ideas y párrafos de libros; y, al entrar en el último curso, más y más poesía. La noción romántica de la poesía estaba tomando posiciones: la «leyenda de Rimbaud», la tragedia predestinada habían quedado grabadas en su conciencia. La homosexualidad de Ginsberg, Whitman y el propio Rimbaud; el alcoholismo de Baudelaire, Dylan Thomas y Brendan Behan; la locura y adicción de tantos otros cuyo dolor casaba con sus visiones. Aquellas páginas se convirtieron en un espejo donde Jim se veía reflejado.

Ser poeta suponía mucho más que escribir poemas. Requería un compromiso con la vida, y la muerte, llevado con mucho estilo y mucha más tristeza. Era despertarse cada mañana con una fiebre altísima, que solo la muerte podría extinguir, y, aun así, estar convencido de que aquel sufrimiento llevaba consigo una recompensa única. «El poeta es el sacerdote de lo invisible», había dicho Wallace Stevens. «Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo —había escrito Shelley—, (…) los hierofantes de una inspiración no percibida; los espejos de las sombras gigantescas que el futuro proyecta sobre el presente».

El propio Rimbaud, en una carta a Paul Demeny, lo expresó de la mejor manera posible: «Un poeta se convierte en un visionario a través de una larga, ilimitada y sistematizada *desorganización de todos los sentidos*. Todas

las formas de amor, de sufrimiento, de locura; el poeta se investiga a sí mismo, vacía en su interior todos los venenos y preserva su quintaesencia. Es un tormento inenarrable, para el que necesitará una fe enorme, una fuerza sobrehumana, y con el que se convertirá, entre todos los hombres, en el gran inválido, el gran maldito ¡y el Científico Supremo! ¡Pues alcanza lo *desconocido*! Poco importa que sea destruido en su extático vuelo a través de cosas nunca oídas, innombrables…». El poeta como el ladrón del fuego.

En cierta ocasión, Jim había escrito lo que él describía como un «poema tipo balada», titulado «The Pony Express», pero ahora disparaba ráfagas más cortas, llenando cuadernos de los que saldría gran parte del material o la inspiración para muchas de las primeras canciones de los Doors. Uno de los poemas que sobrevivió fue «Horse Latitudes». Jim lo escribió después de ver la espeluznante cubierta de un libro que mostraba unos caballos arrojados al mar desde un galeón español, detenido por falta de viento en el mar de los Sargazos:

Cuando el mar inmóvil urde una armadura
y sus hoscas y abortadas
corrientes engendran minúsculos monstruos
la auténtica navegación muere.
Momento difícil.
Y el primer animal es arrojado por la borda.
Las patas frenéticamente bombeando
su tieso galope verde
y las cabezas salen a la superficie.
Porte.
Delicado.
Pausa.
Consentimiento.
En la muda agonía de los ollares
cuidadosamente purificados
y sellados.

Muchos de los poemas de Jim en aquella época y posteriormente trataban del agua y la muerte. Pese a ser un espléndido nadador, sus amigos más íntimos

mantenían que Jim sentía terror al agua.

Jim estaba en su penúltimo año como estudiante cuando Tandy Martin se trasladó del instituto George Washington a la escuela St. Agnes para chicas, en el mismo barrio. Jim la veía a menudo cuando Tandy pasaba por delante de su casa, y muchas veces la seguía hasta la suya para compartir horas de reveladoras confidencias.

—¿Cuál es tu primer recuerdo? —le preguntaba Tandy.

—Estoy en una habitación, hay cuatro o cinco adultos a mi alrededor, y todos dicen: «Ven, Jimmy, ven…». Yo apenas sé andar, y ellos me dicen: «Ven…».

—¿Cómo sabes que no se trata de algo que te ha explicado tu madre? —dijo Tandy.

—Es demasiado trivial. Ella no me contaría una historia así.

—Bueno, Freud dice que…

Tal vez la considerase trivial, pero en años posteriores Jim seguiría contando recuerdos similares. Presentaba la mayoría en forma de sueños, y en todos aparecían adultos que le tendían los brazos cuando era pequeño.

Tandy y Jim hablaban de lo que les daba miedo, de lo que compartían y de lo que esperaban ser. Él decía que quería ser un escritor para experimentarlo todo. Un par de veces dijo que quería ser pintor, y le regaló dos de sus pequeños óleos. Uno era un retrato de Tandy con forma de sol; el segundo era un autorretrato en el que Jim aparecía como rey.

La pintura de Jim, como su poesía, era una actividad casi secreta. Su paga semanal era pequeña, y tenía que robar las pinturas y los pinceles. Cuando terminaba los cuadros, estos desaparecían tan misteriosamente como habían llegado los materiales. Los de temática erótica, por supuesto, los escondía, destruía o regalaba. Pintaba encima de las copias de desnudos de De Kooning, y metía los dibujos de gigantescos penes serpentinos y caricaturas de felaciones en los libros de texto de sus compañeros de clase, donde sabía que los profesores los verían. Como de costumbre, Jim se fijaba en todas las reacciones, aprendiendo a distinguir entre lo que causaba repugnancia, fascinación o locura.

El hermano de Jim le preguntó una vez por qué pintaba.

—No se puede estar siempre leyendo —contestó a Andy—. Se cansan los

ojos.

Andy veneraba a su hermano mayor, incluso cuando Jim actuaba con gran crueldad. Recuerda dos o tres ocasiones en que, andando por un campo, Jim cogió una piedra del suelo y dijo:

—Contaré hasta diez.

Andy miró a Jim, aterrorizado. Después miró la piedra y volvió a mirar a Jim.

Jim dijo:

—Uno…

—No —gritaba Andy—. No, no…

—Dos…

—Venga, Jim, por favor, Jim, por favor…

Al llegar a «tres», Andy ya estaba corriendo y Jim gritaba: «Cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-diez», apuntaba y daba en el blanco.

Jim tenía dieciséis años cuando hizo eso, y diecisiete cuando se acercó malévolamente a Andy, sosteniendo en la mano una mierda de perro envuelta en una toalla. Se puso a perseguir a Andy, que huía gritando por toda la casa. Finalmente le atrapó y le restregó el excremento por la cara. Era de goma. Andy se puso a llorar, aliviado.

—Muchas veces, yo estaba mirando la televisión y él se me sentaba encima de la cara y se tiraba un pedo —dice Andy—. O después de beber chocolate con leche o zumo de naranja, cosa que te pone la saliva muy pegajosa, me sujetaba los hombros con las rodillas, para que no pudiera moverme, y hacía flotar un cacahuete sobre mi cara, dejando que la saliva le colgase de la boca y bajase más y más, hasta que casi estaba sobre mi nariz…, y entonces lo aspiraba y volvía a subir.

Cuando andaban juntos por el barrio y se encontraban a alguien mayor y más fuerte que Andy, Jim decía: «Eh…, mi hermano quiere pelearse contigo… ¡Mi hermano quiere pelearse contigo! ¿Qué piensas hacer?».

En el zoo de Washington, Jim retó a Andy a andar por una estrecha cornisa sobre el profundo desnivel que separaba los animales de los espectadores. En otra ocasión, pinchó a Andy a andar sobre una cornisa similar quince metros por encima de una autopista. «Si no lo hacía —dice Andy—, me llamaba gallina, ya que no me pedía nada que él no estuviera dispuesto a hacer».

Jim hacía cosas parecidas continuamente, y tal como había pasado con el trineo, jamás tuvo ningún percance serio. Como él mismo dijo una vez: «Bueno, hay que tener fe, tío, si no, te caes».

Jim veía poco a su hermana y a sus padres en Alexandria. A menudo salía de casa por la mañana sin desayunar, sin decir una palabra. Su hermana, Anne, no era más que otro objeto de sus incesantes bromas. Su padre estaba, como siempre, intelectualmente preocupado o físicamente ausente; de visita a Cabo Cañaveral para ver los despegues espaciales del *Vanguard*, jugando al golf en el club de la Marina, volando para conservar sus galones y resolviendo rompecabezas matemáticos en casa en vez de prestar atención a Jim, tal como este hubiera deseado.

Para entonces, la madre de Jim era quien llevaba las riendas de la familia. Incluso cuando Steve estaba en casa, Clara se ocupaba de la economía familiar. Era la esposa ejemplar del marino. Lo hacía todo bien, desde pulir la plata a hacer de anfitriona en las partidas de *bridge*. Como un familiar recordó en una ocasión: «Era el alma de la fiesta, la que seguía animada a la una de la madrugada, cuando Steve se había ido a dormir a las nueve». Jim consideraba a su madre un fastidio sobreprotector. Le ponía nervioso, siempre chinchándole por su pelo largo o el estado de su camisa.

A veces Jim llevaba la misma camisa varias semanas, hasta que daba realmente asco. En una ocasión, un profesor le preguntó si necesitaba ayuda económica. Una vez, Clara le dio a Jim cinco dólares para que se comprase una camisa nueva, y él se compró una por veinticinco centavos en una tienda del Ejército de Salvación y se gastó el resto en libros. Al final, Clara intentó que la madre de Tandy Martin pidiera a su hija que hablase con Jim. Tandy, por supuesto, se negó.

Una tarde, Tandy estaba con Jim en su casa cuando oyeron regresar a sus padres. Jim llevó rápidamente a Tandy al dormitorio de sus padres y la tiró encima de la cama, arrugando la colcha. Tandy protestó. Se levantó y se dirigió a la puerta, seguida por Jim. El cálculo había sido perfecto. Tandy, con la blusa salida de la falda, y Jim se precipitaron escaleras abajo justo en el momento en que los Morrison entraban en la sala de estar.

«Hola, mamá. Hola, papá», sonrió Jim.

A Clara le preocupaban las «rarezas» de Jim, temiendo que hubiese

heredado parte de la excentricidad que caracterizaba a sus hermanos. No supo qué hacer cuando Jim se dirigió a ella para decirle: «En realidad no te importan mis notas, solo quieres que saque buenas notas para alardear en el club de *bridge*». En otra ocasión, el chico sobresaltó a todo el mundo cuando dejó caer petulantemente los cubiertos de plata sobre el plato de la cena y dijo a su madre: «Cuando comes, pareces una cerda».

Otras personas se interrogaban también sobre los extraños hábitos de Jim. Cuando se paseaba por Alexandria con sus botas Clarke, sus pantalones anchos, sus camisas Banlon y el pelo largo, parecía cordialmente distante, idiosincrásico en el peor de los casos. En cambio, en otras ocasiones actuaba misteriosamente. Como apenas le dejaban utilizar el coche familiar, a menudo pedía a sus amigos que le llevasen al centro de Washington, donde bajaba del coche y se ponía a andar, sin dar ninguna explicación.

¿A dónde iba? ¿Qué hacía? Algunos creen que iba a visitar a un amigo que había conocido en una de las pequeñas librerías que frecuentaba. Otros dicen que se escabullía a los sórdidos bares de la vieja Ruta 1, cerca de Fort Belvoir, para escuchar a los cantantes de *blues* negros. Esto último parece lo más probable. La música que le gustaba, la que escuchaba más a menudo en su habitación del sótano, era el *blues* y los espirituales grabados por la Biblioteca del Congreso. (En aquella época, afirmaba que odiaba el *rock and roll*). También le gustaba vagar por los decadentes muelles de Alexandria y hablar con los negros que pescaban desde los espigones. A veces, Jim llevaba allí a Tandy de noche para que conociese a estos «amigos».

Más extrañas eran sus visitas a casa de Tandy. Jim se quedaba de pie en el patio de los Martin, mirando silenciosamente la ventana del dormitorio de ella en el segundo piso. Tandy dice que siempre se despertaba, pero cuando llegaba abajo, Jim ya se había marchado. Después, cuando acusaba a Jim de haberla despertado, él decía que no se había movido de la cama.

Durante todo el último año de instituto, sus padres le presionaron para que solicitara el ingreso en alguna universidad, igual que le habían acosado para que se hiciera la foto del anuario escolar. Pero, al no demostrar Jim ningún interés, los Morrison le matricularon en la Universidad de St. Petersburg, en Florida, y decidieron que viviría con sus abuelos en Clearwater durante el tiempo que estudiase. Jim aceptó encogiéndose de hombros y a continuación

anunció que no tenía la menor intención de asistir a las ceremonias de graduación del instituto. El padre se puso furioso, pero Jim no se inmutó. Durante la ceremonia, cuando llamaron a Jim, nadie dio un paso al frente para recoger el diploma. Se lo tuvieron que enviar por correo.

La última cita de Jim con Tandy fue un viernes por la noche. Aparcaron el coche a la orilla del río Potomac, con la amiga de Tandy, Mary Wilson, y su novio. Jim había traído un paquete de seis cervezas, y cuando fueron a casa de Mary, sacó un cuaderno con poemas suyos. Mientras Tandy leía, Jim empezó a hacer el payaso, alardeando de haberse bebido media botella de *whisky* de su padre antes de salir de casa.

Tandy estaba molesta.

—Oh, Jim, ¿por qué tienes que ponerte esa máscara? ¿Es necesario que la lleves continuamente?

De pronto, Jim se puso a llorar y cayó sobre el regazo de Tandy, sollozando histéricamente.

—¿No sabes —dijo finalmente— que lo hacía todo por ti?

Tandy se acordó de que los Wilson dormían en el piso de arriba y sugirió a Jim que se marchase a casa.

—Oh —dijo él—, tienes miedo de que despierte a los Wilson. Te estoy poniendo nerviosa, ¿verdad? No sabrías qué hacer si me encontraran llorando, ¿no es cierto?

Tandy se atragantó y contestó:

—No.

Jim se dirigió a la puerta, dijo buenas noches y salió cerrando la puerta. Tandy suspiró. Entonces la puerta se abrió de par en par y Jim anunció en voz alta:

—¡He cambiado de opinión! —Y confesó—: ¡Te quiero!

Tandy se sorbió la nariz y respondió con arrogancia.

—Claro que sí.

—Eres tan engreída… —dijo Jim para burlarse, utilizando las palabras que más molestaban a Tandy. Ella se enfureció. Jim le cogió del brazo y se lo retorció dolorosamente por detrás de la espalda. Ella reprimió un grito y escuchó con terror como Jim le decía que lo que tendría que hacer era coger un cuchillo afilado y cortarle la cara, dejándole una fea cicatriz «para que

nadie te mire más que yo».

Tandy nunca relató este incidente a su madre, pero la señora Martin no estaba ciega y percibía la personalidad cambiante de Jim. También era así para la propia Tandy. Aunque Jim le había parecido una persona inocente y feliz cuando le conociera a mediados de curso, en su segundo año, ahora, dos años y medio después, le encontraba amargado, cínico, obsesivo, perverso, y no entendía a qué se debía este cambio. Su lenguaje también era más afilado, y la amenaza del cuchillo solo había sido uno más de los incidentes, algunos incluso peores, que se sucedían rápidamente. La señora Martin le dijo a Tandy que parecía «sucio, como un leproso», y le pidió que no saliera más con él. Tal vez era una valoración un poco alarmista, pero hizo que Tandy y su madre recordaran un incidente sucedido dos años antes, cuando Jim acababa de llegar a Alexandria.

Tenía un problema que no podía discutir con sus padres, dijo Jim, y Tandy (deseosa de que se lo contara) le sugirió que hablase con el joven pastor de la iglesia presbiteriana de Westminster, el director de su comunidad y muy «enrollado» con los chicos. Jim estuvo de acuerdo, y concertaron una cita.

—Me parece que al final no voy a ir —dijo Jim cuando la madre de Tandy fue a buscarle al instituto.

—Sí que irás —dijo Tandy, que estaba a su lado con una amiga suya. Juntas le empujaron al asiento trasero del coche.

Cuál era el problema de Jim y qué le dijo al joven pastor es algo que nadie sabe. Parece ser que Jim nunca se confiaba a nadie, y el pastor no recuerda nada de aquella visita. Pero, a medida que se acercaba la graduación de Jim, Tandy se preguntaba si aquel problema no tendría que ver con el «cambio de personalidad» que su madre y ella habían notado.

A la noche siguiente, Jim llamó para disculparse por el incidente del cuchillo y le pidió a Tandy otra cita. Ella quería verle, pero hacía meses que se había comprometido para ir a un baile y no le pareció justo romper la cita con tan poca antelación.

—Pero me voy a Florida —dijo él—. Mañana me habré ido para siempre.

Tandy se quedó petrificada. Era la primera vez que oía hablar del traslado. Disgustada y dolida, le dijo que era una lástima que no se lo hubiera dicho antes y, justo antes de echarse a llorar, colgó el teléfono.

Jim corrió hasta la casa de Tandy, furioso, se detuvo bajo uno de los grandes y frondosos árboles del patio de los Martin, y gritó: «¡Por fin me voy a librar de ti! ¡Seré libre! ¡Me voy, y no te escribiré nunca…! ¡Ni siquiera pensaré en ti!».

Entonces Jim le exigió a Tandy que le devolviese los diarios que le había dejado. *Inmediatamente*. Tandy apareció, con la boca y los ojos rasgados, y le entregó los cuadernos de poemas.

El domingo por la noche, Tandy se despertó y supo que Jim estaba en el jardín trasero. Bajó al piso inferior y escuchó unos pasos que se alejaban. Se asomó a una ventana y observó la oscura figura que subía al coche de los Morrison.

El coche se perdió en la noche hacia Florida.

02

Jim esperaba al borde de la carretera, bajo el caluroso sol de Florida, quitándose la americana de su traje negro, abriéndose el cuello etiquetado de la limpia camisa blanca, arrancándose la corbata a rayas rojas: el uniforme de la St. Petersburg. El autobús que tenía que llevarle a casa se detuvo y las puertas se abrieron.

Jim se desplomó en un asiento de la parte central del autobús y empezó a silbar; luego emitió un par de eructos largos y graves, un preludio ruidoso y consciente a alguna de las bromas incoherentes y lastimosas que le gustaba contar.

«Tenía un amigo que quería comprarse un perro para cazar patos —anunció Jim—, así que fue a ver a un anciano y le preguntó cómo podía estar seguro de que el perro era bueno. El anciano le dijo a mi amigo que mirase el agujero del culo del perro, porque el perro debía tener el agujero del culo estrecho para que cuando saltase al río el agua no se le metiera dentro y le hiciera hundirse. Así que mi amigo se va a la perrera del pueblo, donde le enseñan unos cuantos perros, y le dicen que el precio es de setenta y cinco dólares cada uno. Mi amigo le dice al propietario de la perrera que le gustaría examinar de cerca a los perros…».

Jim había empezado la historia como quien habla para sí mismo. Pero pronto todos los que estaban a su alrededor hacían esfuerzos por escucharle.

«… y se acerca a un perro grande de aspecto tranquilo y le levanta la cola. “Vaya —dice mi amigo—, tiene el culo grande”, y se va a otro perro. El propietario de la perrera se le acerca señalando al primer perro y dice: “¿Qué cojones le está haciendo a mi perro?”. “Verá —dice mi amigo—, estaba

mirando el culo del perro y es demasiado grande, ¿sabe?, y cuando se tire al río detrás del pato, le entrará agua y se hundirá”. El propietario de la perrera echa un vistazo y dice: “Sí, tiene el agujero del culo grande, ¿verdad?”. Y va y agarra al perro por los huevos, se los retuerce un poco y el agujero del culo se le estrecha. “Lo siento —dice el propietario a mi amigo—, tenía al perro preparado para la caza de la codorniz”».

Jim se echó a reír con su típica risita y empezó otra historia, ignorando los gruñidos de algunos de los presentes y el silencio sepulcral de otros. Enseguida el resto de estudiantes volvía a escuchar con atención.

El autobús de la escuela dejaba a Jim a tres manzanas de donde vivía. Era un trayecto corto, pero suficientemente largo como para maquinar algunas maneras de incordiar a la «abuelita» Caroline y al «abuelito» Paul. Los dos ancianos Morrison eran abstemios, y aunque Paul tenía debilidad por las carreras de galgos, las actitudes imperantes en la confortable casa de la parte vieja de la ciudad eran fundamentalistas. Jim se burlaba de ellos.

Ignoraba sus ruegos para que se cortara el pelo, se afeitase, se cambiara de ropa y fuese a la iglesia. Les amenazaba con llevar a casa a una chica negra y dejaba botellas de vino vacías en su habitación. A veces no abría la boca durante días; entraba y salía de la vida diaria de sus abuelos como un humo negro.

«Odiaba el conformismo, siempre tenía un punto de vista excéntrico de todas las cosas —recuerda su abuela—. Intentaba escandalizarnos. Eso le encantaba. Nos contaba cosas que sabía que nos harían sentir incómodos. Nosotros no le comprendíamos. Jimmy tenía muchas caras. Veías una, y de pronto vislumbrabas otra. Nunca sabías en qué estaba pensando».

Jim pasó el año académico en el anonimato, ignorando todas las actividades extraescolares. Las notas que sacó en el primer semestre no eran nada espectaculares: un sobresaliente, dos notables y dos aprobados.

Más interesantes fueron los resultados de las pruebas de personalidad que se hacían a todos los nuevos alumnos. En ellas Jim aparecía como un chico impulsivo, despreocupado y amante de las emociones; en oposición al tipo disciplinado y tranquilo… Pero, paradójicamente, también le juzgaban tímido e interesado en las actividades públicas y las ideas liberales…, extremadamente hipercrítico con las instituciones sociales…, inclinado a la

autocompasión… y sorprendentemente masculino, teniendo en cuenta su predilección por la literatura y el nivel de composición y comunicación que reflejaba su historial en Alexandria.

Jim era capaz de verdaderas proezas de virtuosismo intelectual. Cuando algún amigo iba a visitarle a su habitación, él le desafiaba.

—Adelante, coge un libro cualquiera.

Hablaba con voz jactanciosa, mientras acariciaba con los pies la alfombra del dormitorio. Era un mago tímido.

—Coge cualquier libro, ábrelo al principio de cualquier capítulo y empieza a leer. Yo cerraré los ojos y te diré qué libro estás leyendo y su autor.

Jim movía el brazo alrededor de la habitación, señalando los cientos y cientos de libros desparramados por encima de los muebles y hacinados en los rincones.

¡No fallaba nunca!

Más generosa, pero no menos memorable, fue la vez en que ayudó a una amiga a hacer el examen de evaluación, analizando de manera instantánea, como un experto, un considerable volumen de poesía. Para otro amigo escribió un ensayo biográfico de treinta páginas sobre lord Essex, uno de los amantes de la reina Isabel.

«Yo tenía que escribir y leer un trabajo sobre “Integridad moral: necesaria para nuestra supervivencia” —dice Andy, el hermano de Jim—. Ni siquiera sabía qué coño significaba aquello. Eran las vacaciones de Pascua, mis padres no me dejaban salir de casa hasta que lo hubiese terminado y Jim quería que yo saliera con él. Estuve un par de días trabajando y, finalmente, Jim lo cogió y lo reescribió, añadiendo muchas cosas de su propia cosecha. El discurso era bastante bueno y terminaba así: “Vamos a la deriva en órbitas sin dirección, abandonados, solos”. Había tres o cuatro frases seguidas de este tipo y, aunque no era precisamente mi estilo, me pusieron un sobresaliente por el trabajo».

Jim empezó a salir con un pequeño grupo de graduados del instituto de Clearwater, con los que bebía. Se emborrachaba en los bailes y se quedaba inmóvil en un rincón, como una estatua; una vez se hizo un corte de consideración, pero su actitud fue tan beligerante e insultante que el médico del hospital local se negó a atenderle.

Jim aún no bebía en serio, ni de forma continuada. Como dijo uno de sus compañeros de clase, «parecía que *solo* bebiese para emborracharse; si no, no bebía». Para Jim, embriagarse era algo especial. Pero también era una manera manifiesta de aliviarse.

Una ocasión significativa fue el día que cumplió dieciocho años, en diciembre, cuando se registró en la oficina de reclutamiento. Jim odiaba rabiosamente todo lo militar y temía el terrible poder de aquella autoridad. En 1961 el movimiento antibélico todavía no era popular. Jim no había oído nunca las palabras objetor de conciencia. De modo que se inscribió y al salir se emborrachó estruendosamente. Algunos miembros de la familia cuentan que un tío suyo que vivía en Clearwater le libró aquella noche de una difícil situación que hubiese podido provocar un escándalo muy lamentable. Por lo que parece, se trataba de algo tan embarazoso que ni siquiera hoy quieren desvelar lo que ocurrió.

Durante aquella época, Jim encontró un refugio: un viejo hotel en el desierto de palmitos entre Clearwater y St. Petersburg, la galería y cafetería Renaissance; un laberinto de estudios, pisos y patios que se encontraba en la lista no oficial de «lugares no recomendables» de la universidad. Probablemente fuera eso lo que atrajese a Jim, pero fueron las lecturas de poesía, los concursos de canción folk y la bohemia imperante lo que le hizo volver una y otra vez.

El Renaissance estaba regentado por un locuaz homosexual de unos treinta y cinco años llamado Allen Rhodes. Media hora después de conocerle, Jim había recibido el equivalente verbal a una novela épica, un matorral de información que incluía historias de antepasados que habían creado la ingeniería de St. Petersburg en el siglo xix, exageradísimas aventuras de conquistas sexuales durante los apagones de Londres en tiempo de guerra, relatos del período que Rhodes había pasado con la Compañía de Bailarines de Red Shawn, el origen familiar y las tendencias sexuales de todos los tipos que merodeaban por el laberinto de la galería, astutas referencias al campamento nudista Jardín del Edén, al norte de Tampa… Cada declaración iba precedida de la expresión: «No te lo vas a creer, te vas a caer muerto».

Allen recuerda haberle dicho a Jim que veía en él ese «algo» que también tenía Elvis. Y recuerda haberle contado que cuando estaba en Londres

durante la guerra y salía a pasear por las calles para ver si se ligaba a alguien, nunca llevaba calzoncillos.

«Enseña la carne, es mi lema. Es algo que nunca me ha fallado».

Al final del año escolar, Jim fue a visitar a su familia, que ahora vivía en un barrio residencial de San Diego. Cuando volvió a Clearwater, en julio, encontró por fin una sustituta de Tandy Martin como novia y confidente.

Mary Frances Werbelow tenía casi dieciséis años, medía un poco más de metro y medio, tenía el pelo largo y castaño y había participado en el concurso de belleza Sol y Fiesta de aquel verano. Acababa de terminar el penúltimo año en el instituto de Clearwater cuando Jim la conoció en una fiesta.

«¡Eh, atención, mirad eso!», avisó una voz.

Jim hacía equilibrio encima de la barandilla del balcón de un edificio de apartamentos, balanceándose a seis metros del suelo.

«Eh, ¿has estado bebiendo, chico?».

Risas.

Jim colocó el pie derecho debajo de la barandilla y levantó el pie izquierdo, resbaló y empezó a agitar los brazos. Estaba cayendo. El chico y la chica que estaban más cerca de él le agarraron y le devolvieron a la fiesta.

«No deberías haberlo hecho —dijo Jim a la chica—. Pero no me importa, porque has sido tú».

A continuación, la obsequió con una irresistible sonrisa infantil.

Mary era católica y había llegado a plantearse hacerse monja. Era callada, como Jim, y eso le otorgaba un aire de madurez. Le dijo a Jim que daba algunas horas de clases en el estudio de baile Fred Astaire de la ciudad, y que quería llegar a bailar en películas. Jim le cayó bien en cuanto le dijo que él quería escribir y dirigir películas.

—¿Escribes poesía? —preguntó Jim.

—A veces. Pero no se la enseño a nadie.

—Yo tengo algunos poemas…

—¿En serio?

Durante la última semana de las vacaciones de verano, Jim pasó a ser una influencia importante en la vida de Mary Frances. Incitada por él, empezó a llevar gafas de sol, desafiando las convenciones del lugar, y probó el alcohol

por primera vez. Más adelante les dijo a sus padres que iría a visitar a Jim los fines de semana cuando él empezase las clases en la universidad del estado de Florida, en Tallahassee, en septiembre.

Cada noche, en ropa interior, Jim se situaba en medio de su pequeño dormitorio, se ponía de puntillas y estiraba los brazos para tocar el techo. Le contaba a su compañero de habitación que lo hacía para crecer y, aparentemente, creía que aquello funcionaba. Cuando se fue de Alexandria, Jim pesaba sesenta kilos y medía metro setenta y dos, afirmando que desde entonces había crecido más de dos centímetros y medio.

Compartía una moderna casa de tres dormitorios, a un kilómetro y medio del campus, con cinco estudiantes más. A dos de ellos ya les conocía; el resto eran compañeros de conveniencia. Como de costumbre, empezó inmediatamente a «ponerlos a prueba». Se había convertido en un obseso de Elvis Presley y pedía silencio cada vez que sonaba un disco del Rey por la radio, subía el volumen al máximo y se sentaba delante del aparato, absorto. Otra «faena» fue negarse a pagar su parte del recibo de calefacción, ya que sus abuelos le habían enviado una manta eléctrica y la Víspera de Todos los Santos hizo que todos se avergonzaran cuando, llevando puesto solo un gran impermeable, lo abrió para recibir a los niños que iban de casa en casa recogiendo los caramelos que les ofrecían.

Jim también creaba follones en los autobuses escolares. Una vez le dio al conductor un billete de veinte dólares y se puso a discutir agresivamente cuando el chófer le dijo que no tenía cambio. En otra ocasión fue hasta la parte trasera del autobús e insistió ruidosamente en que todos los negros se trasladasen a la parte delantera. Otro día se sentó detrás del conductor, al lado de una niña de diez años, y le sonrió.

—Hola —dijo.

La niña se mantenía muy erguida en su asiento y miraba nerviosamente a Jim.

—Eres muy guapa —dijo Jim, poniendo su voz de patán.

La niña estaba desconcertada.

—Tienes unas piernas muy bonitas —dijo Jim.

El conductor del autobús miró por el espejo retrovisor y vio como Jim se inclinaba sobre la niña y le ponía la mano encima de la rodilla.

El autobús dio unas sacudidas y se detuvo junto al bordillo. El conductor se giró:

—Fuera del autobús, chico. ¡Largo!

—Oh, por favor, amable señor —se quejó Jim—. Era solo un inocente cumplido. Me recuerda a mi hermanita. Por un momento he añorado mi hogar, señor.

Finalmente, el conductor cedió y le dijo a Jim que podía quedarse en el autobús, siempre que tuviese las manos quietas. Todos sus compañeros de piso estaban en el autobús, haciendo ver que no le conocían. Pero él se apeó antes que nadie cuando el autobús llegó al campus, se giró y les llamó:

—¡Eh, compañeros! —mientras saludaba con la mano.

Automáticamente, ellos le devolvieron el saludo. Entonces, Jim gritó:

—¡Que os den por culo!

Hizo una reverencia y se alejó pavoneándose.

Pidió prestada una Thunderbird a uno de sus compañeros de piso y la estampó contra un poste telefónico. Se bebía sus cervezas, les cogía su comida y se ponía su ropa sin pedir permiso. Anotaba todos sus actos y las reacciones de los otros en un cuaderno, como si fuese un antropólogo y sus compañeros, sus sujetos de estudio.

En menos de tres meses, Jim consiguió poner histéricos a los caseros. Todo el mundo vivía en un constante estado de ansiedad, preguntándose cuál iba a ser la próxima. La situación estalló una noche de diciembre, a finales del trimestre, cuando Jim estaba escuchando a Elvis a un volumen insoportable. Le dijeron que tendría que corregir su comportamiento o marcharse. Jim enderezó la espalda. Les dijo que era su problema, que él no hacía nada que ellos no pudiesen soportar, que no hacían ningún esfuerzo y que no tenían derecho a pedirle que cambiara, ya que él no les pedía a ellos que cambiasen. Terminaron pidiéndole que se fuera. Jim dijo que de acuerdo y, tranquilamente, se llevó todas sus cosas aquella misma noche. Al día siguiente, se había marchado.

Se trasladó a una caravana detrás de una pensión para chicas, a tres manzanas del campus. Le costaba cincuenta dólares al mes, la mitad de lo que sus abuelos le enviaban. Sus padres también le enviaban dinero cada vez que les escribía una carta.

—Tenía que escribir una carta al mes para que le diesen un cheque —dice su hermano Andy—. No escribía sobre chicas ni nada por el estilo. Contaba historias. Por ejemplo, un día estaba en un cine y se declaró un incendio, cundió el pánico entre el público y todo el mundo se abalanzó hacia las puertas, siendo él el único que conservó la calma. Subió al escenario, se sentó al piano y se puso a cantar una canción, calmando así al público, que pudo salir a salvo del local. En otra carta describía detalladamente cómo había visto ahogarse a un hombre en un pantano.

Durante el segundo trimestre, dos de las asignaturas influyeron poderosamente en Jim. En una de ellas estudió los filósofos de la protesta, considerados como críticos, escépticos y contrarios a la tradición filosófica: Montaigne, Rousseau, Hume, Sartre, Heidegger y el favorito de Jim, Nietzsche. El segundo curso era sobre el comportamiento colectivo, la psicología de las masas.

El profesor James Geschwender era un hombre bajo y corpulento, de pelo oscuro, y Jim era uno de sus mejores alumnos.

«Podía arrastrar al profesor a unas discusiones increíbles —dice Bryan Gates, un compañero de clase—, mientras el resto de nosotros nos quedábamos allí sentados, mudos. Jim sabía mucho sobre la naturaleza humana. La clase no le suponía ningún esfuerzo. Yo sudaba tinta para comprender los libros mientras él parecía haberlos escrito. El profesor siempre se dirigía a él en clase, y nos dijo que la tesis final de Jim era la mejor que había visto nunca de un alumno con tan limitada preparación educativa. De hecho, dijo, habría hecho justicia a cualquier tesis doctoral».

En sus años de instituto, Jim había leído la interpretación freudiana de la historia de Norman O. Brown, *La vida contra la muerte*, y su tesis de que la humanidad debe considerarse en gran parte desconocedora de sus propios deseos, hostil a la vida e inconscientemente inclinada a la autodestrucción le había atraído mucho. La represión no solo había causado una neurosis individual, escribía Brown, sino también una patología social. Jim llegó a la conclusión de que las masas podían tener neurosis sexuales al igual que los individuos, y que estos trastornos podían diagnosticarse rápida y eficazmente, y «ser tratados» a continuación.

¡El maestro estaba encantado!

«Las últimas clases se dedicaron íntegramente a discutir su tesis —dice Bryan—, y los únicos que hablaban eran Geschwender y Jim. Al resto nos dejaron atrás. No sabíamos de qué hablaban».

Ansioso de probar su teoría, Jim incitó a tres compañeros para que le ayudasen a intervenir los altavoces del campus.

—Puedo mirar a la multitud —dijo a sus amigos—. Puedo mirarla. Es muy científico, puedo diagnosticar psicológicamente a la multitud. Solo cuatro de nosotros, convenientemente situados, podemos hacer cambiar a la multitud. Podemos *curarla*. Podemos *hacerle el amor*. Podemos provocar *un motín*.

Los amigos de Jim le miraban sin entender nada.

—Eh, tíos —dijo Jim—, ¿ni siquiera queréis intentarlo?

Sus amigos se alejaron.

Los fines de semana, Jim solía recorrer haciendo autostop los ciento cincuenta kilómetros hasta Clearwater para ver a Mary. Su inocencia le seguía arrebatando, admiraba su virginidad psicológica y física. Cantaba y bailaba. Le gustaba andar descalza bajo la lluvia.

Aparte de Mary, el único amigo íntimo de Jim durante el segundo trimestre era Bryan Gates, que se parecía un poco a Basil Rathbone de joven y que, como Jim, tenía un padre que se había pasado al menos la mitad de la vida en el ejército. Cuando Jim hostigaba a Bryan por querer estudiar una carrera de comercio, Bryan se reconocía superficial y obtuso. La tranquilidad con la que rechazaba las pullas de Jim cimentó la relación. No fue raro que Jim le pidiera a Bryan que le acompañase en un viaje en autostop a través de Estados Unidos cuando el trimestre terminara y Bryan se graduase, en abril.

Jim ya tenía cierta reputación como autostopista. Varias veces, en sus viajes entre Tallahassee y Clearwater, había rehusado un coche —aunque llevase una hora esperando bajo la lluvia, como sucedió en una ocasión— solo porque el conductor parecía «poco interesante». Bryan lo meditó y accedió a acompañarle.

Jim y Bryan pasaron dos semanas de juerga en Clearwater, durante las cuales Jim hizo planes para que Mary se reuniera con él en California después de que se graduase en el instituto, en junio. Una vez estuviesen juntos en Los Ángeles, tenían pensado conseguir un apartamento, un empleo y matricularse en la Universidad de California. Entonces, le dijo a Mary, él

podría hacer realidad su antiguo sueño de matricularse en la escuela de cinematografía y aprendería a llevar sus ideas y sus fantasías a una película. Jim y Bryan se dirigieron al oeste, pasando seis días en la carretera que hubiesen enorgullecido a Kerouac.

Fueron detenidos por la policía en Mobile, Alabama, a las cuatro de la mañana y, al día siguiente, en Nueva Orleans, Jim entró rugiendo en lo que él llamaba «la periferia» para conversar con un supuesto camarero hermafrodita. Después intentó ligar con una lesbiana, cuya amante sacó una navaja y le amenazó con rajarlo. Al este de Texas les recogió el primo del vicepresidente Lyndon Johnson, que les llevó al lugar de nacimiento de LBJ y después al Rancho LBJ, donde les dieron carne de buey asada a la parrilla y les presentaron a la tía de Johnson. Pasaron a México por Juárez a medianoche, y Jim se pasó toda la noche hablando en su castellano de instituto con una prostituta mexicana en una cantina llena de nativos borrachos. En Phoenix fueron recogidos a las seis de la mañana por una chica que inmediatamente les dijo:

—Será mejor que os lo diga ya, necesito un hombre, y lo necesito desesperadamente.

Bryan cogió el volante, desviando el coche hacia el bordillo.

—Vamos, tío, sigámosle el juego —dijo Jim.

—¿Quiere llevarnos a su apartamento a las seis de la mañana? Ni hablar. Ve tú, yo me largo.

A regañadientes, Jim bajó del coche detrás de su amigo.

Al llegar a Coronado, a la tarde siguiente, se encontraron con una desagradable recepción. Para empezar, la madre de Jim le dijo que no le dejaría entrar en casa hasta que no se hubiese cortado el pelo. También le dijo que le horrorizaba el hecho de que hubiese viajado en autostop, después de que le enviara el dinero para el billete de avión. Días después se quejó sonoramente de sus continuos viajes a San Diego, en los que Bryan y él frecuentaban los salones donde se jugaba al póker y los violentos bares de la marina. Pero lo que más le sorprendió fue que su hijo le anunciase que se iba a Los Ángeles para matricularse en la UCLA.[1]

«Espera a que tu padre llegue a casa —dijo—, espérale. Volverá en menos de un mes y…».

Pero para entonces Jim ya se había ido.

Durante tres semanas Jim y Bryan buscaron trabajo y salieron de juerga con los primos de Bryan en Los Ángeles Este. Se alojaban en una pequeña caravana. Pero el trabajo era inexistente y el dinero de las juergas se terminó irremediablemente; la aventura y la fantasía se desmoronaban. Entonces, la madre de Jim le llamó para decirle que su padre atracaría en Long Beach al cabo de pocos días.

«Espero verte en el puerto», le dijo.

Jim colgó el teléfono sin prometer nada, pero acudió. Les dijo a sus padres que quería quedarse en Los Ángeles, pero estos se lo prohibieron. Jim presentó una docena de alternativas. Todas fueron rehusadas, y dos semanas más tarde le escoltaban hasta un avión en dirección a Florida, a tiempo para matricularse en un cursillo de verano.

Jim volvió a instalarse en su caravana repleta de libros en College Avenue, y el 18 de junio se inscribió en el mínimo número de asignaturas que le permitieron. Fue un verano sin incidentes, excepto en la asignatura de Historia de Europa Medieval. Jim le dijo a su profesor que quería escribir un estudio largo, en vez de los dos ensayos cortos asignados, y que él mismo quería escoger el tema.

«Aquello no tenía precedentes, pero me sentí intrigado y acepté», recuerda el profesor.

Jim escribió sobre el Bosco, el pintor holandés que veía el mundo como un infierno, donde los hombres pasan por el aparato digestivo del diablo, y sobre el que se tienen muy pocos conocimientos seguros. La teoría de Jim se basaba en que el artista era miembro de la secta adamita, un grupo herético del medioevo.

«No me convenció —dice el profesor—, pero me gustó mucho lo que escribió».

Jim terminó las clases el 27 de agosto, hizo el último examen tres días más tarde, y después volvió haciendo autostop a Clearwater para participar en una serie de fiestas playeras, bailes y borracheras. El 5 de septiembre volvía a estar en Tallahassee, matriculándose en un curso de historia del arte del Renacimiento que incluía un estudio ulterior sobre el Bosco, y en diversas asignaturas del departamento de Lingüística: Introducción al Teatro, Historia

del Teatro, Elementos Esenciales del Arte de Actuar y Principios de la Escenografía.

El plan de Jim era obtener una base para las clases de cine que estaba decidido a tomar en la UCLA a partir de enero. Con ese fin, unos días después de matricularse en la Universidad de Florida, Jim pidió oficialmente el traslado, escribiendo a su antiguo instituto en Virginia para que enviasen sus notas a la secretaría de la UCLA.

Para su cuarto y último trimestre en la Universidad de Florida, Jim se trasladó a la habitación 206 del hotel Cherokee, una sórdida y céntrica pensión que en años anteriores había albergado a los legisladores del estado que visitaban a las prostitutas que vivían allí.

«En aquella época, el Cherokee no era un prostíbulo —dice Bryan Gates—, pero la mala reputación permanecía, y para Jim aquello era como un hogar. Se sentía totalmente a sus anchas».

Jim empezó a salir con un pequeño grupo de estudiantes mayores que él y con algunos monitores y profesores del departamento de Arte, la mayoría de ellos bebedores y juerguistas empedernidos. Al cabo de pocos meses, había abandonado el Cherokee y se había trasladado a un apartamento de cuatro habitaciones con dos de ellos. Ahora lo que quería era pasárselo bien.

Un sábado, Jim se puso ciego de vino y, mientras se enzarzaba en un simulacro de combate a paraguazos de camino a un partido de fútbol americano, robó el casco de un policía de un coche patrulla. Fue detenido y esposado y, en la confusión que siguió a un intento de fuga, el casco desapareció y Jim fue acusado de hurto, perturbación del orden, resistencia a la autoridad y escándalo público.

Al día siguiente, Jim apareció en casa de Ralph Turner, el profesor de historia para quien había escrito el trabajo sobre el Bosco. Le dijo que había pasado la noche en la celda de los borrachos y que temía que se enterasen en la universidad. El profesor accedió a ayudarle.

El lunes, Turner acompañó a Jim a la barbería, le consiguió un traje, fue al tribunal con él y más tarde llamó al decano. Jim tuvo que pagar una multa de cincuenta dólares (una suma que poseía, pero de la que no quería desprenderse, por lo que llamó a su madre para que le enviase el dinero, sin decirle para qué era) y la universidad le concedió un período de prueba.

La intervención de Ralph Turner y las buenas notas de Jim, así como la buena opinión de otros profesores, le salvaron de unas restricciones más severas en el campus. Así pudo continuar sorprendiendo a alumnos y profesores.

En clase de Historia del Teatro, Jim escribió un irónico trabajo sobre *Esperando a Godot*, que interpretó como una historia de la Guerra Civil, ya que en el reparto había un Grant, un Lee y un esclavo. Su profesor de escenografía recuerda que uno de los montajes propuestos por Jim contaba con un hombre desnudo colgado encima del escenario, como crucificado. En otro, para *La gata sobre el tejado de zinc*, proponía, al principio de la obra, un pequeño punto de luz en la pared posterior que iría aumentando hasta cubrir todo el escenario, revelándose al final que se trataba de la diapositiva de una célula cancerígena (el personaje principal de la obra muere de cáncer).

Además, sin tener ningún tipo de experiencia, Jim se llevó uno de los dos papeles de una producción universitaria de la obra de Harold Pinter *El montaplatos*. En el programa de la obra, Jim adoptó el nombre artístico de Stanislas Boleslawski, una combinación de los nombres del gran actor y productor ruso Stanislavski, creador del célebre método, y del elegante director polaco Richard Boleslawski, que había trabajado en el Teatro Artístico de Moscú de Stanislavski antes de emigrar a Estados Unidos para dirigir películas.

El director de Jim, Sam Kilman, le introdujo en la obra de Antonin Artaud, autor que había escrito desde varios manicomios sus proclamas sobre la revolución en los años treinta y cuarenta: «Tenemos que reconocer que el teatro, como una plaga, provoca el delirio y el contagio, ese es el secreto de su fascinación». A Jim le encantó.

«Era interesante trabajar con Jim —dice Keith Carlson, el actor coprotagonista en *El montaplatos*—. Cada noche, antes de levantarse el telón, yo no tenía la más remota idea de lo que Jim iba a hacer. Era difícil sintonizar con él, porque siempre interpretaba el papel de forma distinta. No armonizaba conmigo, ni con el diálogo, ni con ninguno de los elementos tradicionales. Interpretaba las escenas y recitaba los versos con una inflexión que parecía totalmente desmotivada o al menos inesperada. Había un fondo constante de aprensión, una sensación de que las cosas estaban a punto de descontrolarse.

En aquella época (en 1963), cualquier obscenidad sobre un escenario causaba gran tensión, pero algunos de los ensayos resultaron maravillosamente obscenos. Sin embargo, ninguna de las funciones lo fueron, aunque con Jim nunca podías estar seguro».

«Han nombrado capitán a tu padre, Jim —le dijo su madre—, capitán de uno de los portaaviones más grandes del mundo (el *Bon Homme Richard*). En ese barco hay trescientos hombres que respetan a tu padre, y si ha conseguido ese respeto es por sus dotes de disciplina. ¿Qué van a pensar todos si su propio hijo se presenta hecho un *beatnik*?».

El 8 de enero de 1964, poco antes de dejar a su familia en Coronado para empezar las clases en la UCLA, Jim acompañó a su padre a unas maniobras en el Pacífico, con el pelo recién cortado. Por desgracia, no estaba lo suficientemente corto, y en cuanto Jim subió al *Bonny Dick*, como llamaban al portaaviones, le enviaron al barbero del barco, haciéndole un corte idéntico al de su padre: esquilado por detrás y por los lados, y un poco más largo por arriba. Jim estaba furioso, pero no dijo nada.



Jim y su padre en el puente de mando
del Bon Homme Richard, en enero de 1964

El capitán estaba orgulloso, aunque obraba con precaución. Llevó a Jim al puente de mando y le presentó a los oficiales. Jim estrechó manos y respondió a las presentaciones amablemente, sin sonreír. Un fotógrafo oficial de la Marina hizo algunas fotos. Más tarde, aquel mismo día, lanzaron por la borda unas dianas con forma humana y a Jim le dieron una ametralladora para que pudiera disparar a aquellos objetos que se agitaban sobre la superficie del océano.

Jim contaba la historia de aquella tarde con amargura. Decía que cuando su padre volvía a casa después de comandar a trescientos hombres con tal autoridad, se daba cuenta de que en casa era su madre quien mandaba.

«Le decía que sacase la basura —decía Jim—. Le gritaba. Y mi padre lo hacía. Sacaba la basura».

Una semana después, con suficiente dinero para alquilar un pequeño apartamento a ochocientos metros de la universidad, Jim pasó por los trámites de inscripción para el semestre, uniéndose a veinte mil estudiantes en uno de los campus más grandes de California. A diferencia de la universidad de Berkeley, la UCLA era prácticamente apolítica. Los estudiantes, bronceados, atléticos, de aspecto agradable, desenfadados y desclasados.

En 1964, cuando llegó Jim, la escuela de cine estaba entrando en lo que los profesores llaman hoy la Edad de Oro. La facultad contaba con algunos directores de primer rango; entre ellos, Stanley Kramer, Jean Renoir y Josef von Sternberg. Entre los estudiantes había un puñado de personalidades brillantes y volátiles, como Francis Ford Coppola. Quizá lo más importante fuera que la sección se regía por una filosofía estimulante, casi anárquica, que pudo haber inspirado a que Jim escribiera más adelante: «Lo bueno de las películas es que no hay expertos. En el cine no hay autoridades. Cualquier persona puede asimilar y contener en sí misma toda la historia del cine, cosa que es imposible en las otras ramas del arte. No hay expertos y, por lo tanto, teóricamente, cualquier estudiante sabe casi tanto como cualquier profesor».

En los primeros seis meses que Jim pasó en la UCLA no sucedió nada extraordinario, exceptuando las vacaciones de Semana Santa, cuando él y dos de sus compañeros de la escuela de cine —un melancólico y barbudo intelectual de Nueva York y una chica irlandesa, mayor que ellos— pasaron tres noches de borrachera en Tijuana.

Durante el resto del semestre primaveral, Jim continuó con su ociosa rutina: clases en los edificios diseminados por el enorme campus bordeado de árboles; largas horas leyendo solo en las bibliotecas universitarias o en su pequeño apartamento; y los domingos, llamadas a Mary a Florida desde un teléfono público, pagando solo los primeros tres minutos y hablando por lo general durante más de una hora, prescindiendo de dar la señal una vez que había terminado.

Por las tardes y noches, Jim solía ir al Lucky U, un bar y restaurante mexicano situado a poco más de un kilómetro del campus, cerca del Hospital de Veteranos. Aquel sitio le gustaba. Había camareras y ciegos que llevaban a sus amigos sin piernas en sillas de ruedas; estos últimos guiaban a los primeros. A veces los inválidos se emborrachaban y se peleaban, luchando con las muletas. A Jim todo aquello le recordaba un cuento de Nelson Algren; para él, aquel era «un buen lugar» para beber.

Los fines de semana, Jim iba a la playa de Venice. Venice había sido la meca de la generación *beat* en los años cincuenta, y la tradición bohemia sobrevivía. Poetas, pintores y estudiantes vivían barato en grandes habitaciones de casas victorianas de antiguo esplendor, o en cabañas al lado de los canales derruidos.

Al llegar el verano, Jim regresó a Coronado. Estaba delgado, tras cuatro meses de comer poco o nada, pero pronto recuperó su robustez característica. Entonces volvió a México, esta vez con su hermano y su padrino, un oficial de marina retirado que había servido con Steve en el Pacífico. Andy recuerda el viaje como una borrachera continua.

«Condujimos unos ciento cincuenta kilómetros al sur hasta Ensenada. Jim me enseñó lo que era la vida. Yo bebía cerveza y él me llevaba de bar en bar, discutía en español con los mexicanos cuando estos intentaban timarnos con el cambio, hablaba con las putas, corríamos por los callejones con los perros persiguiéndonos. Fue genial».

De regreso al área de San Diego, Jim y Andy iban a los cines del puesto, y a veces Jim colaba vino a escondidas y se emborrachaban. En las bases militares, después de una película, se pasaban rutinariamente unas imágenes de la bandera y sonaba el himno nacional. En una ocasión, Jim llenó la sala con su voz: «Ooooh, diiiiiiiii, ¿loooooo veeeeeeees…?». El único que cantaba era él.

Jim no tenía gran cosa que hacer en Coronado, se aburría y estaba intranquilo. Empezó a pedir que le dejaran volver a la universidad para recuperar el curso de historia que había dejado colgado. Se marchó a principios de agosto, con la promesa de que buscaría un empleo de media jornada. A finales de verano, Jim trabajaba de auxiliar en la Biblioteca de Artes Escénicas, colocando libros en los estantes y reclamando devoluciones

atrasadas, por un dólar veinticinco la hora. Era un trabajo sencillo, pero fue incapaz de conservarlo. En octubre llegó un nuevo bibliotecario que despidió a Jim cuando se hizo evidente que este no tenía ningún interés en llegar puntual al trabajo.

Entonces apareció Mary, que encontró rápidamente un empleo en el centro médico de la UCLA y, para pasmo de Jim, cogió un apartamento propio. Dijo que quería conseguir un agente y buscar trabajo de bailarina; tal vez podrían hacer una película juntos algún día. Sus amigos afirman que aquel otoño en la universidad Jim fue más feliz que nunca. Aunque las cosas no fueran precisamente como él las había planeado, por fin él y su amada Mary estaban juntos en California.

Jim empezó a formar a su alrededor un pequeño círculo de amigos entre los estudiantes más enigmáticos y explosivos de la escuela de cine. Los cuatro más próximos a él eran, individualmente, más bien ingenuos e inocentes, pero juntos resultaban siniestros o, como mínimo, ligeramente retorcidos.

El más raro de todos era Dennis Jakob, un estudiante graduado, tímido pero a menudo beligerante, muy inteligente, que era conocido como «la Rata» o «la Comadreja» por su forma huidiza de caminar y su espalda torcida a causa de las muchas horas que se pasaba inclinado sobre una máquina de edición. Dennis era un poseso, la reencarnación virtual del director soviético Serguéi Eisenstein. Con el tiempo trabajaría como ayudante de Francis Coppola en *Apocalypse Now*.

Una de las razones por las que Jim se sentía atraído por Dennis era que este había leído tantos o más libros que él. Su tema de discusión más frecuente era las obras de Nietzsche, pues Jim ya había leído casi todos los escritos del filósofo alemán. Estando todavía en el instituto, se había tragado *La genealogía de la moral* y *Más allá del bien y del mal*. Más recientemente había descubierto *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*, un pequeño volumen que se uniría a *La vida contra la muerte*, de Norman O. Brown, como una de sus mayores influencias. El libro, el primero que escribió Nietzsche, continúa siendo verdaderamente revolucionario, y es una de las exposiciones más relevantes que se hayan hecho nunca sobre el concepto de tragedia. Trataba del conflicto clásico entre el arte apolíneo de la escultura y el arte dionisíaco de la música. Como Nietzsche, Jim se

identificaba con el sufridor Dioniso, que «carecía de imágenes, pues él mismo era el dolor puro y primordial y su primordial resonancia». Pero la recompensa por el sufrimiento era amplia. El resultado no era la trascendencia de la conciencia individual de cada uno, sino la disolución extática de la conciencia personal en «la naturaleza primitiva del universo», lo que Jim, y otros, llegaron a llamar la Mente Universal.

Dennis y Jim se sentaban a hablar sobre Nietzsche durante horas. Discutían de vez en cuando, pero, por lo general, coincidían ardientemente, leyendo en voz alta largos pasajes de las obras del filósofo. Un día, hablando de Dioniso y recordando el verso de William Blake: «Si se limpiaran las puertas de la percepción, todas las cosas aparecerían ante el hombre tal y como son en realidad, infinitas», que había dado título al libro de Aldous Huxley *Las puertas de la percepción*, Jim y Dennis decidieron formar un grupo. Le dijeron a un amigo que se llamarían Las Puertas:[2] Abiertas y Cerradas.

El segundo estudiante del grupo de Jim era John DeBella, el vanidoso y robusto hijo de un policía de Brooklyn, que estaba tan orgulloso de los doscientos libros que leía cada año como de su musculoso cuerpo de metro ochenta y cinco. La leyenda del campus aseguraba que, durante la semana, visitaba las librerías vestido con una larga gabardina negra con docenas de bolsillos cosidos en el interior para robar los libros que codiciaba. Los fines de semana iba a Muscle Beach[3] en busca de chicas.

La estatura física de John y su exagerada pero genuina mundanería le hacían parecer la antítesis de Dennis Jakob, pero había algunas similitudes. Una, por supuesto, era su amor por los libros y las filosofías doctrinarias. La otra era la edad; como Dennis, John era mayor que Jim, tenía veinticinco años. La tercera era su facilidad verbal. Y los dos eran católicos. Cuando Dennis y John se ponían a tejer su tapiz intelectual, Jim se sentaba a escucharles, fascinado.

«Chamanismo —dice John—. Estábamos metidos en el chamanismo: el poeta inspirado. Todos estábamos metidos en eso. Parte de la vaga filosofía de los estudiantes de cine de la UCLA era: difumina la distinción entre los sueños y la realidad. Uno de mis versos preferidos era: «Los sueños engendran la realidad». Phil Oleno estaba metido de lleno en la psicología de Jung, y de él recogimos mucha sabiduría. Teníamos una teoría sobre el

Rumor Verdadero, según la cual la vida no es tan excitante y romántica como debería ser, y por lo tanto decimos cosas que son falsas porque es mejor crear imágenes. Carece de importancia que estas no sean ciertas, mientras las creamos».

Cuando se aburrían, Jim y John tramaban maneras de divertirse. Una vez, Jim y Phil Oleno, amigo íntimo de los dos, desafiaron a John a robar libros en la librería de la universidad: el que escapase con mejor botín en una hora sería el ganador.

En otra ocasión, Jim y John decidieron trabar conversación con una desconocida, colocarse e ir a la fonoteca, donde harían turnos para poner sus discos favoritos. Riendo, convencieron a una chica, escucharon los discos, empezaron a fumar hierba y al cabo de un rato John empezó a hacer el payaso. Ella debió considerar más prometedor a Jim y se fue a su casa con él. Allí le contó que su novio la había dejado embarazada, que después había contraído una enfermedad venérea, seguida de una operación uterina que la había dejado estéril y… Los detalles de su vida surgían como un torrente, mientras intentaba ahogar las lágrimas. A Jim le recordó el cuento de Dylan Thomas «Los seguidores», en el que dos niños se conocen y descubren que ambos sienten horror por la vida.

Otra vez Jim y John se emborracharon en el Lucky U y Jim insistió en ir a la biblioteca pública, que estaba cerca de allí. John le siguió a regañadientes y entró detrás de él, observando la longitud de las faldas y las medias en la sala de lectura. Cuando alcanzó a Jim, vio que este estaba orinando en el suelo entre dos estantes de libros. John le agarró y empezó a sacarle de allí. Una mujer se aproximaba.

«¡Eh, señora! —gritó Jim—. Eh, señora…».

Con el pelo oscuro y ondulado, la cara grande, guapo y ancho de espaldas, Phil Oleno, el tercer amigo, parecía una versión ligeramente más corpulenta de Jim. Tenía veintitrés años y era el único del grupo que vivía en casa de sus padres, circunstancia que le ganó el frecuente hostigamiento de Jim y John.

Phil había leído casi todo lo referente a Carl Jung; en un estante de su habitación tenía todos los libros, subrayados con grueso lápiz negro. Jung no era el psicoanalista favorito de Jim, y tanto a él como a Phil les encantaba discutir, después de ver una película, sobre si el simbolismo del director

podía ser interpretado mediante la línea Jung o, en el caso de Jim, según la de Ferenczi.

Como Jung, Sandor Ferenczi era un colega de Freud que había buscado su propio camino, desvinculándose de Freud más en el método que en la teoría. Mientras Freud recomendaba la abstinencia sexual a sus pacientes, arguyendo que así la libido se concentraba en experiencias pasadas, Ferenczi llevó la negación mucho más allá, intentando convencer a sus pacientes de que dejasen, en la medida de lo posible, de comer, beber, defecar y orinar. Después dio un giro hacia el extremo opuesto, hacia el amor y la permisividad, creyendo que los neuróticos eran gente que no había recibido amor o no había sido aceptada por sus padres, y que lo que realmente necesitaban era afecto, calor y mimos.

Como suele pasar al hablar de psicoanálisis, estas conversaciones estaban llenas de referencias sexuales, que a menudo abarcaban un amplio abanico de neurosis, fetiches y anormalidades: del hermafroditismo y la necrofilia al masoquismo, el sadismo y la homosexualidad. Así, cuando Jim y Phil hicieron una película juntos, el tema no sorprendió a nadie.

Habían hablado de hacer varias películas. Una idea de Phil era recoger parte de la vida de Rimbaud, por lo que le preguntó a Jim si le gustaría interpretar el papel principal. Otro proyecto, sugerido por Jim, trataba de mostrar la famosa escena de la vida de Nietzsche en que este ve a un hombre golpeando a un caballo y le obliga contundentemente a detenerse. La banda sonora de este corto, decía Jim, serían unos aplausos. Ninguna de estas películas llegó a realizarse. La que hicieron carecía de pretensiones intelectuales, era una simple broma.

Jim y Phil se encontraban todavía en los cursos preliminares de cámara, iluminación, sonido y edición, pero en la escuela de cine se esperaba que incluso los neófitos utilizasen su escasa educación y su imaginación para producir una película. No tenía que ser larga ni complicada, ni siquiera buena; el objetivo era que el estudiante se familiarizase con las *herramientas*. En realidad, Phil no hizo ninguna película, sino que satisfizo el requerimiento poniéndose a disposición de unos estudiantes graduados del departamento de Psicología que estaban haciendo una película en condiciones secretas y que iba a ser guardada en la caja fuerte del departamento. Mostraba a un hombre

y a una mujer desnudos que simulaban las posiciones y acciones del acto sexual. En cuanto a Jim, con la ayuda de Phil, obtuvo unas tomas desechadas de esa filmación, las pegó en una secuencia culminante y utilizó el final del «Bolero» de Ravel como banda sonora. La proyección divirtió sonoramente a los estudiantes, pero sacó de sus casillas a la mayoría de instructores y profesores. Jim recibió la peor nota posible y quedó marcado como alborotador, una designación que le obligaría, al siguiente semestre, a asistir a un taller especial para «estudiantes problemáticos».

Las proyecciones de los estudiantes se celebraban dos veces al año, al final de los talleres de cada semestre. Había otras proyecciones que tenían lugar con más regularidad, normalmente los viernes por la noche. Profesionales invitados de las factorías fílmicas cercanas mostraban alguna de sus películas y se prestaban —eso creían ellos— a una sesión amistosa de preguntas y respuestas. El programa fue cancelado en vista de que los estudiantes insistían en atormentar a los conferenciantes.

En estas proyecciones, el cabecilla —el alumno considerado como el más perverso, ruidoso y cínico— era otro de los amigos íntimos de Jim, el cuarto excéntrico de la Edad de Oro, un locuaz y rubio Mefistófeles llamado Felix Venable. La afición de Felix al alcohol, las pastillas y las sesiones consistentes en contar historias durante toda la noche le recordaban a Jim al héroe de *En el camino*, Dean Moriarty. Felix era, a sus treinta y cuatro años, el alumno más veterano de la escuela de cine. Había llegado a la UCLA tras trece años de variopintos trabajos, incluyendo un largo período como conductor de autobús y otro como trabajador en unos astilleros en el Área de San Francisco, donde había asistido a la universidad de Berkeley, desde 1948 hasta 1952, aunque no había conseguido graduarse. En la UCLA le aceptaron rápidamente, quizás porque sus notas en Berkeley, la mitad sobresalientes y la otra mitad suspensos, eran realmente intrigantes, o quizás porque cuando un hombre tiene treinta y cuatro años y quiere sacarse un título, se merece que le den una oportunidad.

Igual que a John DeBella, a Felix le gustaba hablar de sí mismo, pero sus historias solían ser menos jactanciosas y más divertidas. Felix no era tan intelectual como los otros amigos íntimos de Jim en la escuela de cine, pero no por eso el vínculo era menos estrecho. Stanton Kaye, que utilizó a Felix

como personaje principal en una de sus películas, cree que la relación se basaba, en parte, en las similitudes psicológicas. «Yo tenía la impresión de que Felix se estaba estropeando como hombre, que carecía de definición y de identidad. Al ser mayor, sentía las presiones coactivas de la sociedad con mucha más intensidad. Estaba desvalido, hasta un punto de impotencia. Se encontraba en un estado de constante ansiedad. Y también Jim, por supuesto. Yo veía aquel profundo nihilismo, aquel sentimiento de desesperación que era mucho más fuerte que el mío. Tal vez fuese la ira, tal vez de ahí proviniera la desesperación».

«El mirón —garabateó Jim en uno de sus cuadernos de notas— es un oscuro comediante. Es repulsivo en su oscuro anonimato, en su secreta invasión». A continuación pasaba a describir la amenaza y el poder de la asociación silenciosa que se establecía entre el mirón y su confiada víctima.

Había cientos de notas como esta. Algunas de ellas se publicarían cuatro años más tarde, primero en edición privada, después por Simon & Schuster, con el título de *Los señores: notas sobre la visión*. Durante su época en la universidad, salieron a la luz en forma de examen de estética cinematográfica. Todavía no podía realizar películas, así que pensaría y escribiría sobre el cine como arte. «La atracción del cine reside en el miedo a la muerte». Las páginas de sus cuadernos estaban repletas de ciencia cinematográfica, en gran parte aprendida de John DeBella.

En otras páginas, Jim porfiaba por llegar a una definición. Las imágenes de magia, violencia, sexo y muerte fluían por sus cuadernos como un río oscuro. Kennedy fue asesinado por la «injuriosa visión» del francotirador y Oswald encontró refugio, «devorado en las cálidas, oscuras y silenciosas fauces del teatro físico». Edipo hacía su aparición: «Puedes mirar las cosas, pero no tocarlas. Puedes acariciar a tu madre solo con los ojos». Parecía que cuanto más veía, cuanto más experimentaba, más escribía; y cuanto más escribía, más parecía comprender.

Jim se desnudaba en sus cuadernos, como si estuviese abriendo su psique para un reconocimiento. «No voy a salir —escribía—, tienes que entrar tú en mi interior. En la matriz ajardinada desde donde me asomo a mirar. Donde puedo construir un universo dentro del cráneo para rivalizar con lo real».

Finales de 1964. Después de una histórica misión de patrulla por el océano Índico en una demostración de fuerza y de participar en el incidente del golfo de Tonkín, en las costas de Vietnam, el capitán Morrison disputó su último concurso de tracción gimnástica con los oficiales del *Bon Homme Richard* (siempre ganaba), entregó el portaaviones a otro hombre y empezó a hacer las maletas para un nuevo traslado, esta vez a Londres, donde serviría como comandante en jefe de las Fuerzas Navales de Estados Unidos en Europa. Pero antes viajaría a la Costa Oeste para disfrutar de unas cortas vacaciones con su familia. Jim pasó las Navidades en casa y, después, los demás se fueron de excursión a Florida para visitar a los parientes. Fue la última vez que Jim vio a sus padres.

Las lluvias de enero disminuyeron y los estudiantes de la escuela de arte comenzaron a acudir al Gypsy Wagon, un pequeño bar sobre ruedas no muy lejos de los *bungalows* de cinematografía. Allí, mezclándose con estudiantes, músicos y artistas, Jim y muchos de sus compañeros de clase exhibían lo que uno de los amigos de Jim, Bill Kerby, bautizó con el nombre de «las gilipolleces y chulerías de la escuela de cine»; planeaban por la escuela, cumplían la ley del mínimo esfuerzo y cubrían esta inactividad con una espesa capa de pavoneo y charla pretenciosa. Jim hacía equilibrio sobre las vallas, gritando y aullando de camino a clase, llenaba las paredes del lavabo con frases punzantes y hacía rodar botellas de vino vacías por los pasillos de la sala donde se realizaban las proyecciones. Luego estaban las historias de siempre, la mayoría de ellas relacionadas con las drogas, la desnudez o la osadía. Una de ellas combinaba los tres elementos: Jim se había emborrachado y había trepado a una de las torres del campus a medianoche. Una vez arriba, se había desnudado y había lanzado la ropa al suelo.

«En una imagen —escribió en su cuaderno de notas— no hay peligro presente».

Algunos profesores apreciaban a Jim y eran indulgentes con lo que uno de ellos llamó su «diletantismo». También a Jim le gustaban algunos de ellos. Su favorito era Ed Brokaw, que decía unas mentiras increíbles en las clases, para ver si alguien le estaba escuchando. A Jim le entusiasmaba especialmente el hecho de que Brokaw desapareciera de vez en cuando durante varios días, tal como haría el propio Jim en los años siguientes.

«Brokaw se sentía atraído por la destructividad de Jim —dice Colin Young, jefe de estudios del área de Cine—. La debió oler frotándose las manos, porque muchas veces esa destructividad está conectada con el verdadero talento».

Brokaw era el tutor de Jim, y fue a quien Jim le anunció su propósito de dejar la carrera. Después fue a ver a Colin Young y le dijo lo mismo.

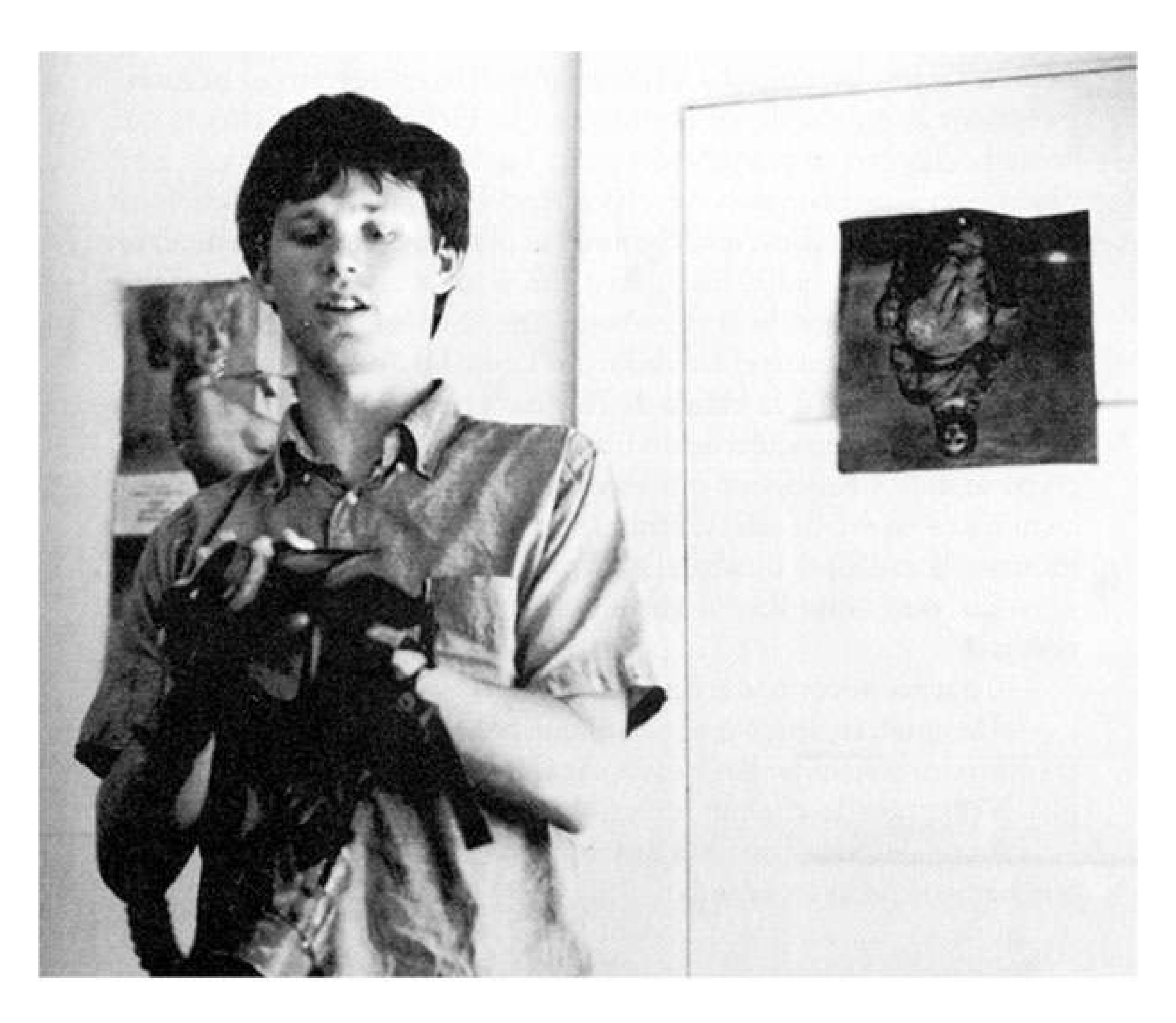
La decisión de Jim llegó solo una o dos semanas antes del final de las clases, después de los dos días de proyecciones de películas de alumnos. Era el acontecimiento principal del año escolar y lo más parecido a un examen final que ofrecía la escuela de cine. Aunque el título universitario no dependía de si la película era o no aceptada para una posterior proyección pública en la sala Royce de la universidad, la pugna por conseguir esa aceptación era enorme.

La mayoría de la cuarentena de películas proyectadas aquel mes de mayo habían sido realizadas en las clases de taller del Proyecto 170, donde se hacían películas mudas con pistas de voz o de sonido grabadas encima. Las filmaciones se llevaban a cabo normalmente los sábados y el procedimiento consistía en que cada alumno desempeñaba todos los papeles; una semana hacía de cámara, la siguiente de actor, la siguiente de técnico de sonido, etc., y, en un momento dado, dirigía su propia película.

Jim no escribió ningún guion para su película. Como le dijo a John DeBella, a quien eligió como cámara: «Contaré las cosas a medida que vayamos avanzando». Lo que Jim tenía en mente, según explicaría más tarde, era «una película que cuestionase el proceso cinematográfico en sí mismo…, una película sobre las películas». No tenía título, y tomó la forma de un montaje o de una secuencia de acontecimientos conectados muy libremente, lo que DeBella llamó en su momento «un difuso popurrí de imágenes sobre un director de cine y la visión de ese director». Comenzaba con una imagen de Jim dando una enorme calada a una pipa de hierba e inclinando la cabeza hacia atrás. Entonces, la cámara pasaba al contoneante logotipo que se usaba como título de crédito en la serie de televisión *Rumbo a lo desconocido.* Seguía una escena con una mujer (la alta novia alemana de DeBella) que llevaba solo sostén, bragas y liguero. La cámara bajaba en una vista panorámica desde la cara de la chica hasta los zapatos de tacón de aguja que

bailaban encima de un televisor encendido en el que aparecían unas imágenes de soldados nazis desfilando. A continuación, una escena en un apartamento (el de Jim) con las paredes cubiertas de pósteres con desnudos de *Playboy*, que habían sido utilizados como dianas para jugar a dardos. Varios hombres fumaban hierba, y después se sentaban a mirar películas pornográficas, pero la película se rompía y los hombres saltaban y empezaban a hacer sombras chinescas contra la luz blanca de la pantalla. Después había un primer plano de una chica que lamía el globo ocular de DeBella (limpiando así la suciedad de las imágenes que acababa de ver). En la escena final, alguien apagaba el televisor y la imagen iba fundiéndose; primero una línea blanca, luego un punto y, después, la oscuridad.

La proyección fue tan caótica como la película. Primero se despegaron los empalmes y la película no entraba en el proyector. Le dijeron a Jim que la volviese a pegar y que se proyectaría por la noche. Las reacciones pasaron de la confusión al regocijo y al disgusto. Algunos estudiantes pensaron que Jim había perdido el juicio, y apenas unos pocos hicieron algún comentario, aunque la mayoría aulló de placer al ver a la novia de DeBella en ropa interior. Incluso Ed Brokaw, que normalmente se sentía intrigado por la mente de Jim, jugueteaba con una imaginaria pelota de baloncesto, moviendo las manos a derecha e izquierda, mientras decía: «Jim…, me has decepcionado terriblemente». La película no fue incluida en el programa de la sala Royce, y Jim recibió un «aprobado caritativo».



Jim en su apartamento en la época de la UCLA

Jim quedó dolido por el rechazo. Algunos dicen que salió de la sala y se puso a llorar. Sea o no verdad, lo cierto es que aquello le amargó. Al principio adoptó una postura defensiva, después petulante y, finalmente, anunció su partida inminente de la universidad. Colin Young intentó convencerle de que no lo hiciera, pero en junio, cuando llegó el momento de recoger los diplomas, Jim vagaba por la playa de Venice fumando hierba.

Para entonces, Jim y Mary ya se estaban alejando. Ella seguía insistiendo en su destino estelar. Al principio, Jim se lo había tomado con humor, pero luego había intentado disuadirla. Un día, Mary le dijo que iba a hacer unas

pruebas de bailarina para el Whiskey a Go Go, un club que había abierto sus puertas en enero en Sunset Strip. Jim le dijo que no quería verla con una faldita de flecos dentro de una jaula de cristal, meneando el culo para un puñado de adultos borrachos.

Volvieron a pelearse cuando ella contrató a un agente, que le aconsejó que no colaborara en ningún proyecto de Jim, porque aparecer en una película estudiantil podría ser perjudicial para su carrera. Discutieron por tercera vez cuando Mary se presentó de improviso en el piso de Jim y le pescó con otra chica. Jim le dijo a Mary que no tenía derecho a ir a su apartamento, a menos que él la invitase. Aparte de las peleas, estaban los educados pero molestos comentarios de Mary. En su opinión, Jim estaba tomando demasiadas drogas.

Jim vio a Ray Manzarek cruzando el campus. Ray era amigo de John DeBella, y Jim le admiraba y había aplaudido en secreto su negativa a suprimir la escena de un desnudo en la ducha de una película que había hecho con su novia. Además, a Jim le atraía la música de Ray, y había ido a oírle con su banda, Rick and the Ravens, al Turkey Joint West de Santa Mónica, una comunidad playera cercana a Venice. En una ocasión, Ray había invitado a Jim a subir al escenario, junto a varios de sus amigos de la escuela de cine, y todos, borrachos de cerveza, habían entonado el estribillo de «Louie Louie». Ahora, en junio, habían contratado a la banda de Ray para telonear a Sonny y Cher en el baile de graduación de un instituto. Pero, cuando uno de los del grupo lo dejó y Ray llamó a la escuela para avisar que iban a ser cinco músicos en vez de seis, le contestaron que si no se presentaban seis músicos, como especificaba el contrato, no les pagarían.

—Eh, tío —dijo Ray al ver a Jim—, ¿quieres hacer un bolo con nosotros?

—Yo no sé tocar nada, Ray.

—Da igual, lo único que tienes que hacer es subir con una guitarra eléctrica colgando. Pasaremos el cable por detrás de uno de los amplis. Ni siquiera lo enchufaremos.

Tiempo después, Jim diría que aquel había sido el dinero más fácil que había ganado en su vida.

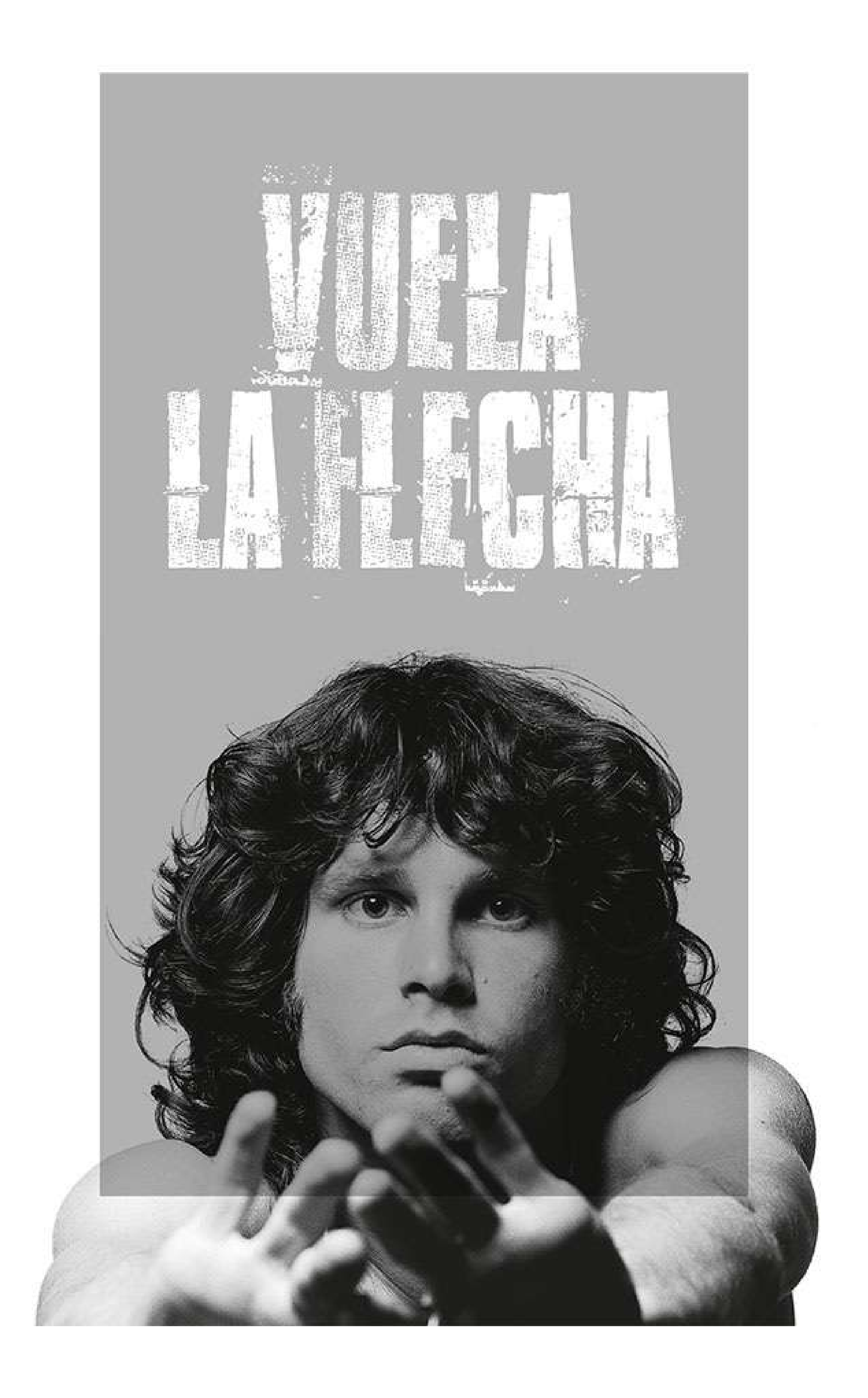
---

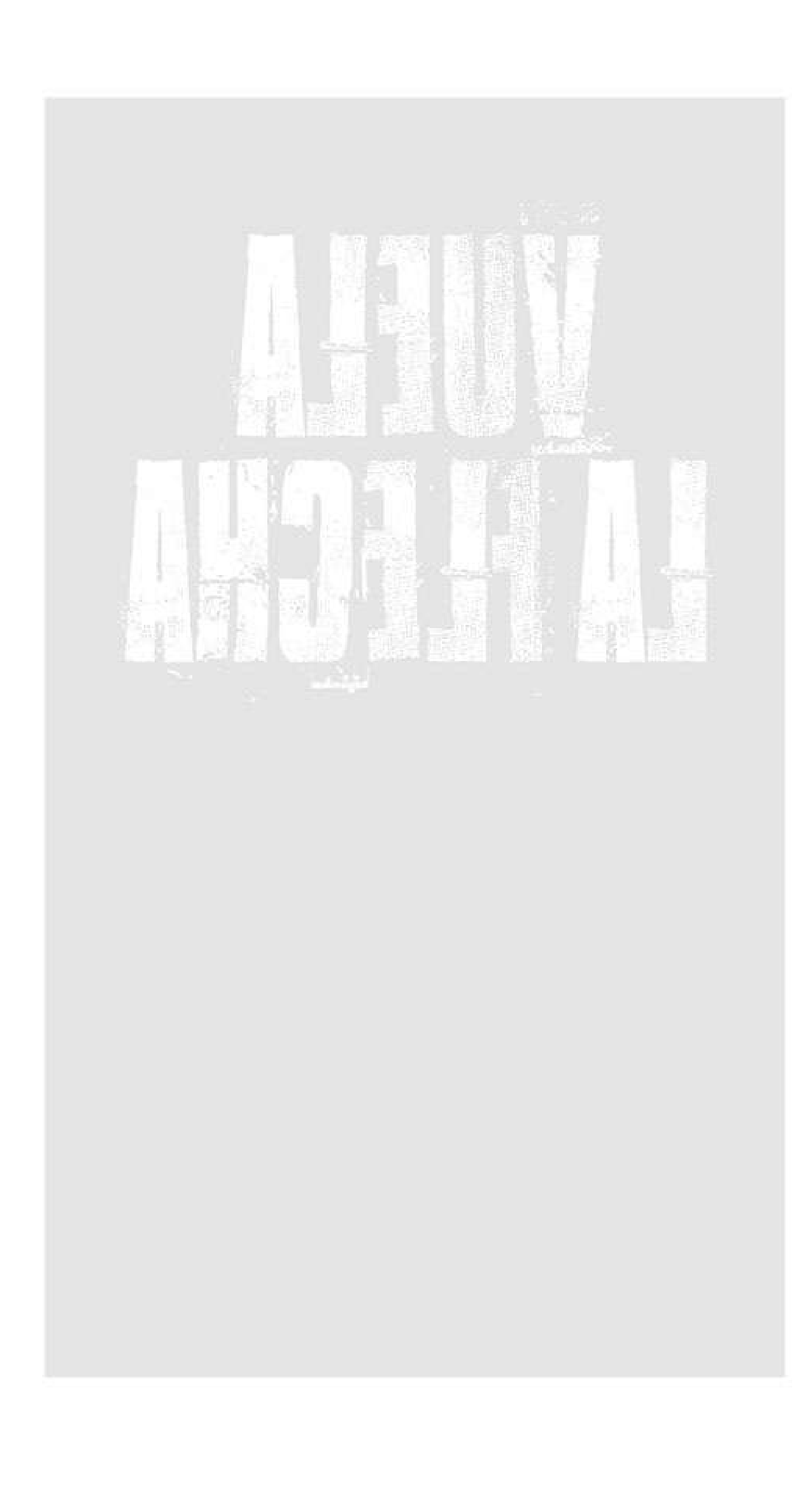
[1] UCLA (University of California, Los Angeles): Universidad de California en Los

Ángeles. *(Todas las notas al pie de la presente edición corresponden al traductor).*

[2] *Las Puertas* equivale al inglés *The Doors*.

[3] Muscle Beach es un sector de la playa de Venice frecuentado por culturistas y aficionados al ejercicio físico.


VUELA
LA FLECHA


VUELA
LA FLECHA

03

—¿Sabes qué deberíamos hacer?

Jim estaba estirado en la cama, mirando al techo. Utilizaba la voz que sus amigos conocían tan bien: una sorprendente amalgama de tosca ironía y vago sarcasmo que hacía preguntarse a quien le oía si hablaba en serio o se estaba burlando. A veces Jim utilizaba esa voz para disfrazar sus crueles burlas. Otras, como ahora, con su amigo de la Universidad Estatal de Florida, Sam Kilman, que había aparecido por Los Ángeles poco después de terminar las clases, la utilizaba para disimular sus dudas sobre la sugerencia que estaba a punto de hacer.

—No —dijo Sam—. ¿Qué?

—Montar un grupo de *rock* —dijo Jim, sin dejar de mirar al techo.

—Jo, tío, hace siete años que no toco la batería… ¿Y *tú* qué harías?

Jim se incorporó.

—Yo cantaré. —Se puso a tararear las palabras—. Yooo…. caaantaaré…

Sam miró a Jim, incrédulo.

—¿Tú sabes cantar? —le preguntó.

—¡Claro que no, joder! ¡Yo no sé cantar! —gritó Jim.

—Muy bien, Jim, digamos que montamos el grupo de *rock*, y digamos que sabes cantar, lo cual no es cierto; ¿cómo lo vamos a llamar?

—The Doors. Por un lado está lo conocido. Y por otro, lo desconocido. Y lo que separa las dos cosas es una puerta, y ahí es donde yo quiero estar. Quieeeeroo ser la pueeerrrtaaa…

John DeBella y Phil Oleno se habían ido a México; Dennis Jakob y Felix Venable se habían quedado en Venice; Jim pensó en trasladarse a Nueva

York, pero permaneció unas semanas en Los Ángeles Oeste, buscando trabajo con Sam; entonces, Jim también se trasladó a Venice. *Escapó* sería una palabra más adecuada, porque el traslado fue precedido por una crisis que le dejó muy tocado. El 14 de julio se presentó a la revisión médica del Ejército y, dos días después, se enteró de que había sido admitido, lo cual significaba que perdía la prórroga por estudios y que se encontraba en situación 1-A.

Jim pensó con rapidez. Había mentido al Gobierno diciendo que todavía estaba matriculado en la UCLA, pero ya debían de haberse enterado de lo contrario. Al día siguiente, fue al despacho del secretario general de la universidad y puso su nombre en varias asignaturas que no tenía ninguna intención de cursar.

Venice era ideal para Jim. La pequeña comunidad artística atraía cada día a más y más gente con el pelo largo, desertores y artistas. Los cuerpos cubrían la playa, las panderetas sonaban alegremente al ritmo de docenas de transistores; los perros perseguían *frisbees*; círculos de piernas cruzadas y tejanos azules fumaban hierba; se vendía LSD detrás del mostrador del supermercado, San Francisco tenía Haight, y Los Ángeles tenía Venice. La era *hippy* estaba empezando.

Jim era uno de los vagabundos anónimos de pelo largo, camiseta y tejanos. Durante un tiempo vivió con Dennis Jakob en una choza al borde de un canal contaminado, y más tarde se trasladó al tejado de un almacén vacío. Tenía una vela para iluminarse, un mechero Bunsen para calentar las latas de comida y una manta para no pasar frío. Raras veces dormía o comía, excepto para engullir los buenos ácidos que estaban inundando la comunidad de la playa; y empezó a escribir, creando en un solo arrebato de lucidez más material del que nunca compondría en tan poco tiempo.

«Verás —decía—, el nacimiento del *rock and roll* coincidió con mi adolescencia, con mi toma de conciencia. Era realmente excitante, aunque en aquella época no podía permitirme pensar racionalmente que yo mismo pudiera hacerlo. Supongo que durante todo aquel tiempo estuve acumulando inconscientemente la inclinación y el valor. Mi subconsciente lo estaba preparando todo. Yo no pensaba en ello. Simplemente pensaba. Escuché un concierto entero, con un grupo, un cantante y un público, mucho público.

Esas cinco o seis primeras canciones que escribí eran solo anotaciones que tomé durante un fantástico concierto de *rock* que tenía lugar dentro de mi mente».

Aunque lo que estaba a punto de ocurrirle a Jim no estaba en absoluto preconcebido, sí era consciente de la música que sonaba en el interior de sus oídos, que pedía permiso para salir al exterior.

«De hecho, creo que la música vino a mi mente antes que nada, y entonces me inventé una letra que encajara con la melodía, algún tipo de sonido. Podía escucharlo y, como no podía anotarlo musicalmente, la única forma de recordarlo era intentar ponerle una letra. Y muchas veces terminaba una letra y ya no podía acordarme de la melodía».

Hola, te quiero.
¿No vas a decirme cómo te llamas?
Hola, te quiero.
Deja que me zambulla en tu juego.

En 1965, tres años antes de que el mundo escuchara «Hello, I Love You», Jim estaba sentado en la arena de la playa de Venice, mirando cómo una joven negra, alta y delgada, se acercaba insinuándose hacia él.

La acera se agacha a sus pies
como un perro mendigando algo dulce.
Idiota, ¿esperas que ella lo entienda?
¿Esperas coger esa oscura joya?

Para «End of the Night» Jim se inspiró en una novela del apologista nazi y pesimista adamantino francés Louis-Ferdinand Céline, *Viaje al fin de la noche*: «Coge la autopista hasta el final de la noche…». Una tercera canción, «Soul Kitchen», estaba dedicada a Olivia’s, un pequeño restaurante de cocina sureña, cerca del centro comercial de Venice, donde Jim podía comer un gran plato de costillas, judías y pan de maíz por 85 centavos, y cenar un bistec por un dólar veinticinco. Otra canción, «My Eyes Have Seen You», incluía una descripción de todas las antenas de televisión que Jim veía desde el tejado donde vivía: «Contemplando una ciudad bajo cielos de televisión…».

Por muy obvia que fuera la inspiración de estas canciones, no eran

ordinarias. Incluso la más simple de todas tenía un giro enigmático y visionario, un ritmo, una frase o una imagen que daba a los versos una fuerza peculiar. Como cuando insertó la frase: «Las caras parecen feas cuando estás solo» en «People Are Strange». Y en la canción sobre Olivia's aparece este verso: «Tus dedos tejen rápidos minaretes / hablando en alfabetos secretos. / Enciendo otro cigarrillo. / Aprendo a olvidar, aprendo a olvidar, aprendo a olvidar».

Estas primeras canciones-poemas conectaban con la oscuridad por la que Jim se sentía tan atraído, que sentía como parte de él. Las visiones de muerte y locura se expresaban terrorífica y compulsivamente. En un poema que después formaría parte de una obra más extensa, «The Celebration of the Lizard», Jim escribió: «Una vez yo tenía un juego. / Me gustaba replegarme dentro de mi cerebro. / Creo que ya sabes a qué juego me refiero, / me refiero al juego de volverse loco…». En «Moonlight Drive», una agradable canción de amor con unas imágenes tan poderosas que actuaba sobre los sentidos más como un cuadro que como un poema, Jim escribió este sorprendente final: «Venga, nena, daremos una vueltecita. / Bajaremos hasta la orilla del mar. / Venga, agárrate fuerte, / nena, esta noche nos *ahogaremos*. / Húndete, húndete, húndete…».

Una vez escritas las canciones, en palabras de Jim, «tenía que cantarlas». En agosto llegó su oportunidad, cuando se encontró a Ray Manzarek caminando por la playa de Venice.

—¡Eh, tío!

—Hola, Ray, ¿cómo te va?

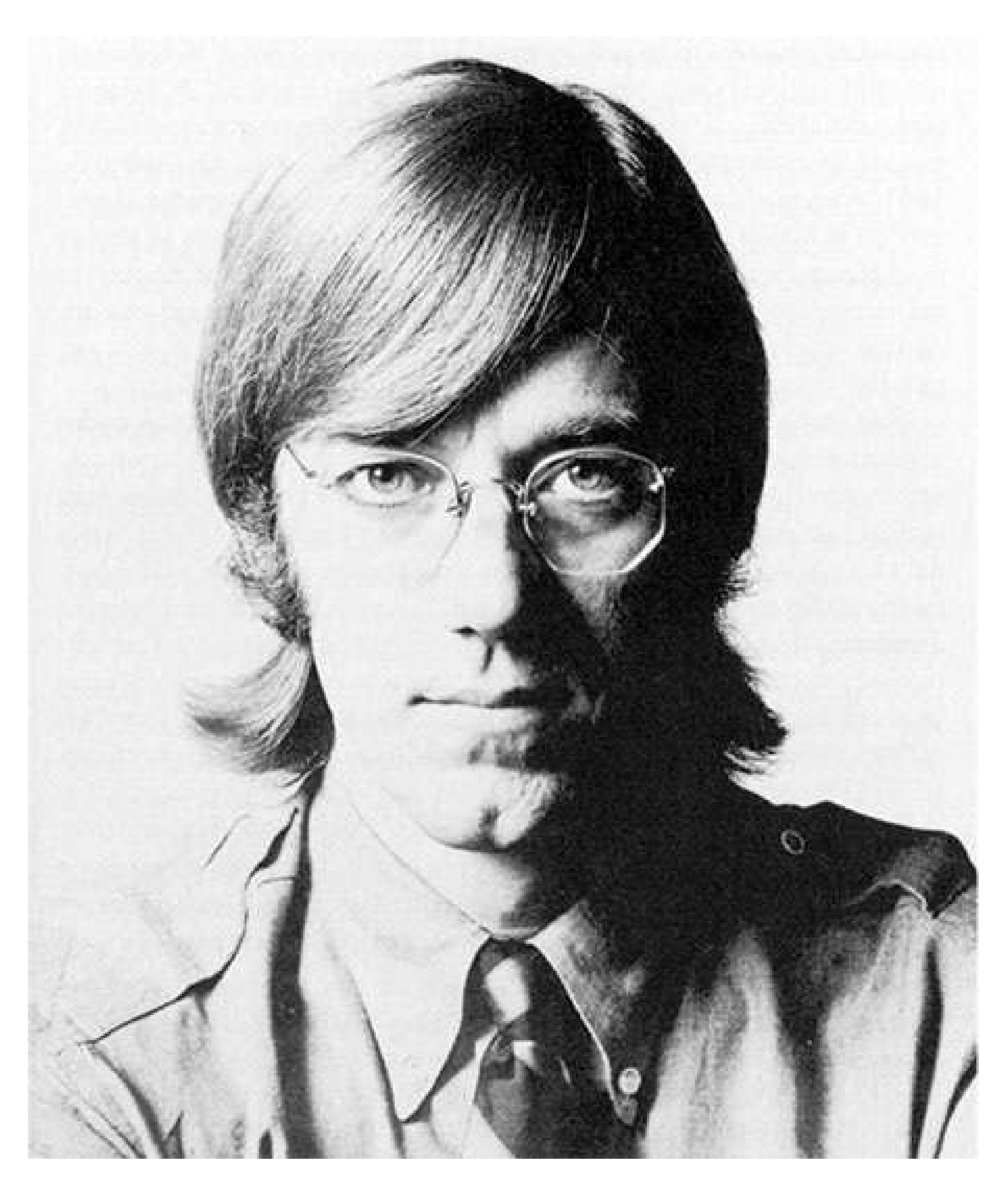
—Bien. Creía que te habías ido a Nueva York.

—No, me he quedado por ahí. Vivo con Dennis. Estoy escribiendo.

—¿Escribiendo? ¿Qué escribes?

—Nada del otro mundo —dijo Jim—. Unas canciones.

—¿Canciones? —preguntó Ray—. Me gustaría oírlas.



Raymond Daniel Manzarek

Jim se agazapó sobre la arena, Ray se arrodilló delante de él. Jim se

balanceaba con una mano a cada lado, dejando caer la arena entre los dedos, con los ojos completamente cerrados. Eligió el primer verso de «Moonlight Drive». Las palabras le salieron lentas y cautelosas:

> Nademos hasta la luna, ah, ah,
> subamos por la marea.
> Descubramos la noche
> que la ciudad durmiendo oculta.

Cuando hubo terminado, Ray dijo:

—Es la letra más increíble que he oído en toda mi puta vida. Montemos un grupo de *rock ’n’ roll* y ganemos un millón de dólares.

—Exacto —contestó Jim—. Es lo que he estado pensando todo este tiempo.

Ray era una persona muy angulosa, lo que normalmente se conoce como «el tipo huesudo». Medía poco más de uno ochenta y pesaba setenta y dos kilos. Pero tenía los hombros extraordinariamente anchos, la mandíbula dura y rectangular, y llevaba unas gafas sin montura, frías e intelectuales. Si Ray hubiese creído en los clichés de Hollywood, quizás se hubiera encasillado en lo que había sido hasta entonces, es decir, un estudiante graduado que se tomaba a sí mismo en serio, o quizás un joven y austero maestro de escuela en una ciudad fronteriza de Kansas. Pero también tenía su lado tierno, simbolizado por la peca en la barbilla, o en su manera de hablar, controlada, amable y tranquilizadora. A Ray le gustaba considerarse el hermano mayor en potencia de todo el mundo: era organizado, inteligente, maduro, sabio, capaz de ser compasivo y de aceptar grandes responsabilidades.

Cuatro años mayor que Jim, Ray había nacido en Chicago en 1939, de padres de clase trabajadora. Tras estudiar piano clásico en el conservatorio de la ciudad y licenciarse en Económicas por la Universidad de DePaul, se había matriculado en la Facultad de Derecho de la UCLA. Dos semanas más tarde, dejaba la carrera para acceder a un puesto de aprendiz de dirección en una sucursal del Westwood Bank of America, un empleo que le duró tres meses antes de volver a la UCLA, esta vez como estudiante titulado en el departamento de Cinematografía. Un fracaso sentimental le llevó a alistarse en el Ejército, en diciembre de 1961. Aunque la tarea que le asignaron era muy ligera —tocar el piano con la banda militar en Okinawa y en Tailandia

(donde se aficionó a fumar hierba)—, Ray quería salir de allí y le dijo al psiquiatra del puesto que se estaba volviendo homosexual. Se licenció con un año de antelación y volvió a la escuela de cine de la UCLA a la vez que Jim llegaba.

Ray empezó a producir películas de una calidad excepcional, todas ellas autobiográficas, ensalzando la sensualidad de su novia japonesa-americana, Dorothy Fujikawa. En una de ellas, *Evergreen*, había una escena que parecía inspirada en las repetidas tomas en cámara lenta del chico y la chica que corren a encontrarse en la película de Alain Resnais *Hiroshima, mon amour*. Al final, Ray y Dorothy conseguían abrazarse, desnudos, bajo la ducha. La facultad quería que Ray eliminase esa escena, y él habría accedido, pero cuando varios estudiantes le acusaron de acomodaticio, Ray cambió de decisión y distribuyó un folleto donde se explicaba por qué la película no iba a proyectarse. (Con el tiempo, esa película y todas las que hizo Ray se proyectarían y obtendrían grandes alabanzas). En junio, cuando recibió el título, el jefe de departamento dijo que Ray era uno de los pocos alumnos de aquel año que estaban preparados para dar el paso de dirigir largometrajes. Incluso la revista *Newsweek* reconocía los tempranos logros de Ray.

Ray conoció a Jim a través de John DeBella, y en poco tiempo se hicieron buenos amigos. Nunca llegaron a ser íntimos, pero compartían el carácter intelectual y un ingenuo interés por la filosofía de Nietzsche. En muchos aspectos eran diferentes. Ray iba siempre bien afeitado y llevaba impecablemente planchada la raya del pantalón. Jim iba deliberadamente desaliñado, con camisetas y vaqueros llenos de arena, y por las noches, cuando refrescaba, se ponía una mugrienta chaqueta de soldador que había comprado en una tienda de saldos. Ray se había familiarizado con el pensamiento oriental, y en 1965 estaba empezando a estudiar la meditación trascendental del Maharishi Mahesh Yogi, mientras que Jim daba la espalda a todo eso, creyendo que la verdadera *senda* eran las drogas y el chamanismo. Ray era un asceta practicante, mientras que Jim se deleitaba, y a veces se revolcaba, en lo dionisíaco. Pero, aun así, sentían una atracción mutua, y cuando se encontraron en la playa de Venice, Ray le pidió a Jim que se trasladase a vivir a su casa. Podría dormir en el sofá de la sala de estar, y durante el día trabajarían en las canciones mientras Dorothy estaba en el

trabajo. Jim se trasladó inmediatamente, y empezaron a trabajar.

La voz de Jim era débil, pero tanto él como Ray estuvieron de acuerdo en que aquello era en gran parte una cuestión de confianza, que iría aumentando con la práctica. Trabajaron en las canciones durante dos semanas, ininterrumpidamente. Ray se sentaba al piano en su pequeño y extravagante apartamento mientras Jim sostenía nerviosamente las letras para mayor seguridad (aunque se las sabía de memoria), rígido e inmóvil, deseando que desapareciese la polilla que, estaba seguro, se le había metido en la garganta. Después, Ray llevó a Jim a casa de sus padres, donde ensayaban Rick and the Ravens.

Las letras de Jim sobrepasaban a los hermanos de Ray. Era evidente que Rick y Jim Manzarek no comprendían a Jim ni sus letras, pero accedieron a intentar trabajar con él. No eran los únicos que no comprendían a Jim. Cuando Ray tropezó con dos antiguos compañeros de la escuela de cine y les anunció que había formado un grupo con Jim, estos se quedaron de piedra.

—¿Has montado un grupo con *Morrison*? Por el amor de Dios, Ray, ¿cómo se te ha podido ocurrir?

La gente todavía veía a Jim como un tarado extravagante, aunque inteligente. La mayoría de sus compañeros de clase no hubieran dado un duro por el futuro de un grupo donde estuviera Morrison.

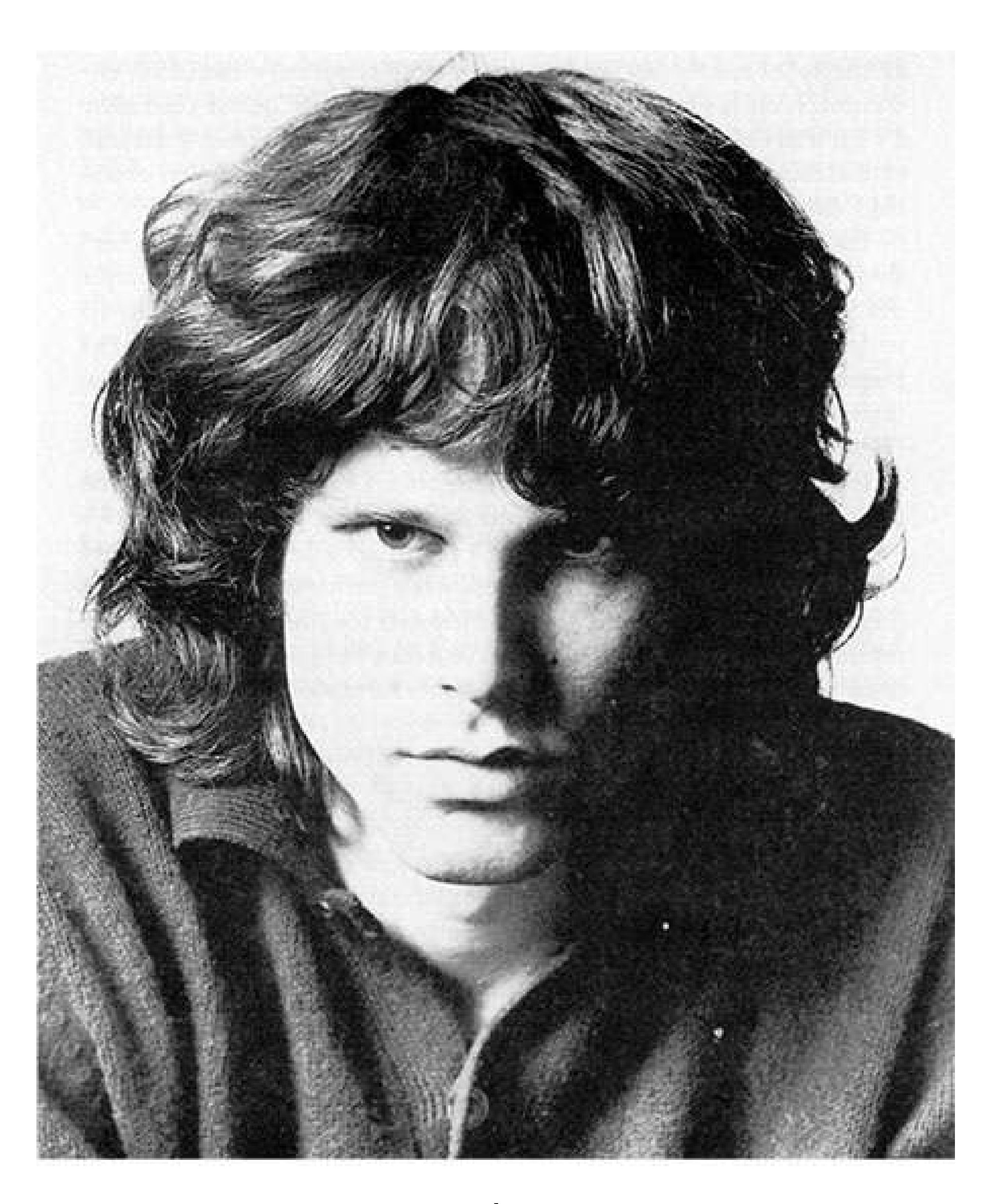
Ray le permaneció fiel, pues intuía algo en Jim que pocos veían, algo que el propio Jim estaba apenas empezando a vislumbrar. El cambio más evidente había sido a nivel físico. Jim había bajado de setenta y cuatro a cincuenta y ocho kilos, perdiendo su gordura característica; ahora era flaco y sinuoso. El cambio físico iba acompañado de una cabellera más larga, que brotaba por encima de las orejas y se rizaba más abajo del cuello, enmarcando un rostro que había dejado de ser rechoncho para convertirse, decididamente, en atractivo. La transformación era radical.

Pero lo más importante era lo que Jim sentía. Una confianza delirante, en pleno desarrollo, un magnetismo de otro mundo que parecía facilitarle todo lo que se proponía.

Poco después de que Jim conociera a la familia de Ray, los hermanos Manzarek y él trasladaron el local de ensayo a una casa detrás de la estación de autobuses Greyhound de Santa Mónica, donde añadieron a un nuevo

batería, John Densmore, que Ray había conocido en su clase de meditación.

John tenía muchas cosas en común con Jim. Los dos provenían de una familia de clase media; el padre de John era arquitecto. Ambos tenían un hermano y una hermana. En el instituto, los dos habían destacado en un deporte minoritario; John en tenis, Jim en natación. Con Ray, John compartía la devoción por el *jazz*, así como la avidez y dedicación a las disciplinas de yoga del Maharishi.



James Douglas Morrison

John explicó a Ray y a Jim que tenía un temperamento muy fogoso y esperaba que la meditación le ayudara a aprender a controlarlo. Tenía veinte años y aún vivía en el hogar paterno (cosa que le convirtió inmediatamente en el blanco de las chanzas de Jim), pese a que anhelaba emanciparse de sus padres. Entrar en un grupo que funcionase podía ayudarle a liberarse en ese aspecto. En los años siguientes, Jim y John trabajarían juntos en los Doors, pero nunca llegaron a trabar una verdadera amistad.

John había empezado a tocar la batería a los doce años. Había tocado el timbal en el Instituto Universitario de Los Ángeles Oeste y empezó a tocar *jazz* al entrar en la universidad. Su periplo universitario se había iniciado en Santa Mónica, continuando en Los Ángeles, para acabar en la Estatal del Valle de San Fernando.

Después de dos semanas de ensayos, Ray y sus hermanos, acompañados del nuevo cantante, el nuevo batería y una bajista temporal (una chica cuyo nombre todos han olvidado) fueron a los estudios de grabación World Pacific de la calle Tercera, en Los Ángeles. Rick and the Ravens tenían contrato con la compañía Aura Records y habían grabado un par de temas cantados por Ray bajo el nombre de Screaming Ray Daniels.[4] El *single* se editó y se hundió sin ninguna repercusión, y Aura decidió obsequiar a los chicos con unas horas de estudio gratis en vez de grabarles más canciones. En tres horas grabaron seis temas.

«Lo que teníamos —diría Jim años después— era una demo en acetato, de la que prensamos tres copias».

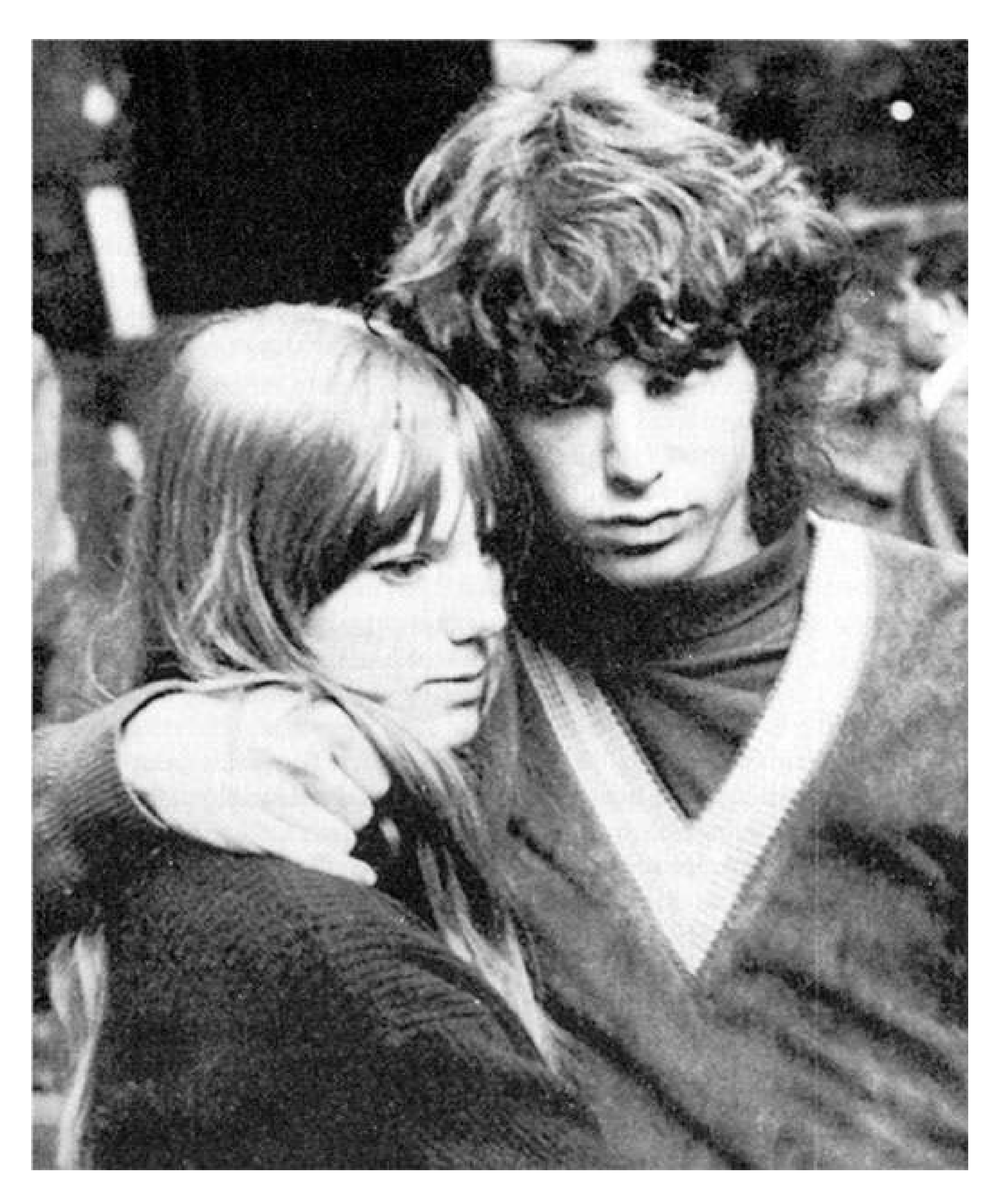
Estos fueron los discos que Jim, Ray y John, y a veces Dorothy Fujikawa, llevaron de discográfica en discográfica, con las canciones que Jim había escrito aquel verano en Venice, incluyendo «Moonlight Drive», «My Eyes Have Seen You» (que entonces se llamaba «Go Insane»), «End of the Night» y una inocua melodía con una letra imperecedera, «Summer's Almost Gone». Las canciones y el grupo fueron rechazados por todas y cada una de las compañías.

Por aquella época, Jim conoció a Pamela Courson.

Pamela era una pelirroja de dieciocho años. Tenía pecas en la parte posterior de las manos; pecas desperdigadas por su cara pálida, delicada, de cervatillo; pecas que salpicaban como la canela un cuerpo de la longitud de una cuerda.

Llevaba el pelo peinado con raya en medio, liso y largo. Sus ojos eran de un azul translúcido, más grandes de lo normal, y recordaban un cuadro de Walter o Margaret Keane; una mujer vulnerable, dependiente, adorable.

Había nacido el 22 de diciembre de 1946 en Weed, California, a pocos kilómetros del monte Shasta, una montaña sagrada para los indios. Su padre, como el de Jim, había sido aviador de la Marina (no piloto, sino bombardero) y ahora era comandante de la Reserva Naval de Estados Unidos y director de un instituto de Orange, la ciudad que da su nombre al condado de Orange. Según le contó a Jim, Pamela había dejado sus clases de arte en la Universidad de la Ciudad de Los Ángeles para buscar algo significativo que hacer con su vida.



Pamela y Jim

Años más tarde, Pamela diría que Jim le había enseñado lo que era la vida, refiriéndose a sí misma como «la creación de Jim». Él le habría hablado de los filósofos, desde Platón a Nietzsche, introduciéndola en las grandes ideas del pensamiento occidental. Jim le dejó sus diarios para que los leyese, y ella se asignó inmediatamente la tarea de custodiar su poesía.

Jim estaba releyendo *Las puertas de la percepción*, de Aldous Huxley: «La mayor parte de estos alteradores de la conciencia solo pueden comprarse bajo prescripción facultativa, o bien ilegalmente, con un riesgo considerable. Occidente solo permite el consumo no restrictivo del alcohol y el tabaco. Todas las demás “puertas” químicas en el “muro” llevan la etiqueta de “drogas”, y sus usuarios no autorizados son “demonios”». A Jim le divertía aquella descripción, y empezó a incrementar la variedad y la cantidad.

Jim hacía cualquier cosa para colocarse. «Abre las puertas de la percepción…, ábrete camino hasta el otro lado…, coge la autopista hasta el final de la noche…, extrañas escenas dentro de la mina de oro…, monta la serpiente…». Escribía las impactantes frases que luego se diseminarían por sus canciones en la calidez otoñal de la playa. Se hallaba en el momento cumbre del descubrimiento de una visión y un vocabulario propios. Engullía tabletas de ácido como si fueran cacahuetes o aspirinas, porque eso es lo que parecían en aquellos días: las primeras Owsley de San Francisco, las originales «Rayo Blanco», puras y baratas… Y hierba, por supuesto, bolsas y bolsas llegadas de México. Y también terrones de LSD.

Ábrete camino hasta el otro lado.
Ábrete camino hasta el otro lado.
Ábrete camino hasta el otro lado.

Jim decidió que había llegado el momento de comunicar sus planes a su familia, que se encontraba en Londres. Les escribió diciendo que había intentado encontrar trabajo después de graduarse, pero que la gente se había reído de su título de cinematografía y que ahora estaba cantando en un grupo. ¿Qué les parecía?

Su padre se quedó de piedra y contestó con una carta llena de reproches. Recordaba a Jim las clases de piano que había abandonado; su negativa, cuando era niño, a cantar con su familia los villancicos de Navidad… ¿Y

ahora había montado un grupo? ¿Después de que su padre le hubiese pagado cuatro años de universidad? «La verdad —decía el oficial de rápidos ascensos —, creo que es una tomadura de pelo».

Jim siempre se tomaba muy en serio las críticas, y jamás volvió a escribir a sus padres.

Un día de octubre, una foto de Billy James apareció en las revistas musicales que Jim y Ray leían semanalmente. Billy, un exactor de treinta y tres años, había sido el responsable de la campaña de promoción de Bob Dylan en Nueva York después de que este fichara por Columbia, y en 1963 se había trasladado a California para seguir trabajando en el mismo campo. Durante un tiempo le había ido bien, lo que equivale a decir que había satisfecho los requerimientos habituales de la compañía, pero después había empezado a adoptar el estilo de vida de los músicos, llegando a ser tan radical el cambio que ni siquiera podía comunicarse con sus amigos de la Costa Este ni con la mayoría de sus superiores en Columbia. De modo que Billy había sido nombrado «director de cazatalentos», un título lo suficientemente vago como para esquivar los gráficos convencionales de la empresa. Por lo que a él respectaba, el cargo era un visto bueno para oler el material que más le atrajese.

Ray y Jim observaron la fotografía. Billy llevaba barba.

«Tal vez sea un tipo enrollado», dijo Ray.

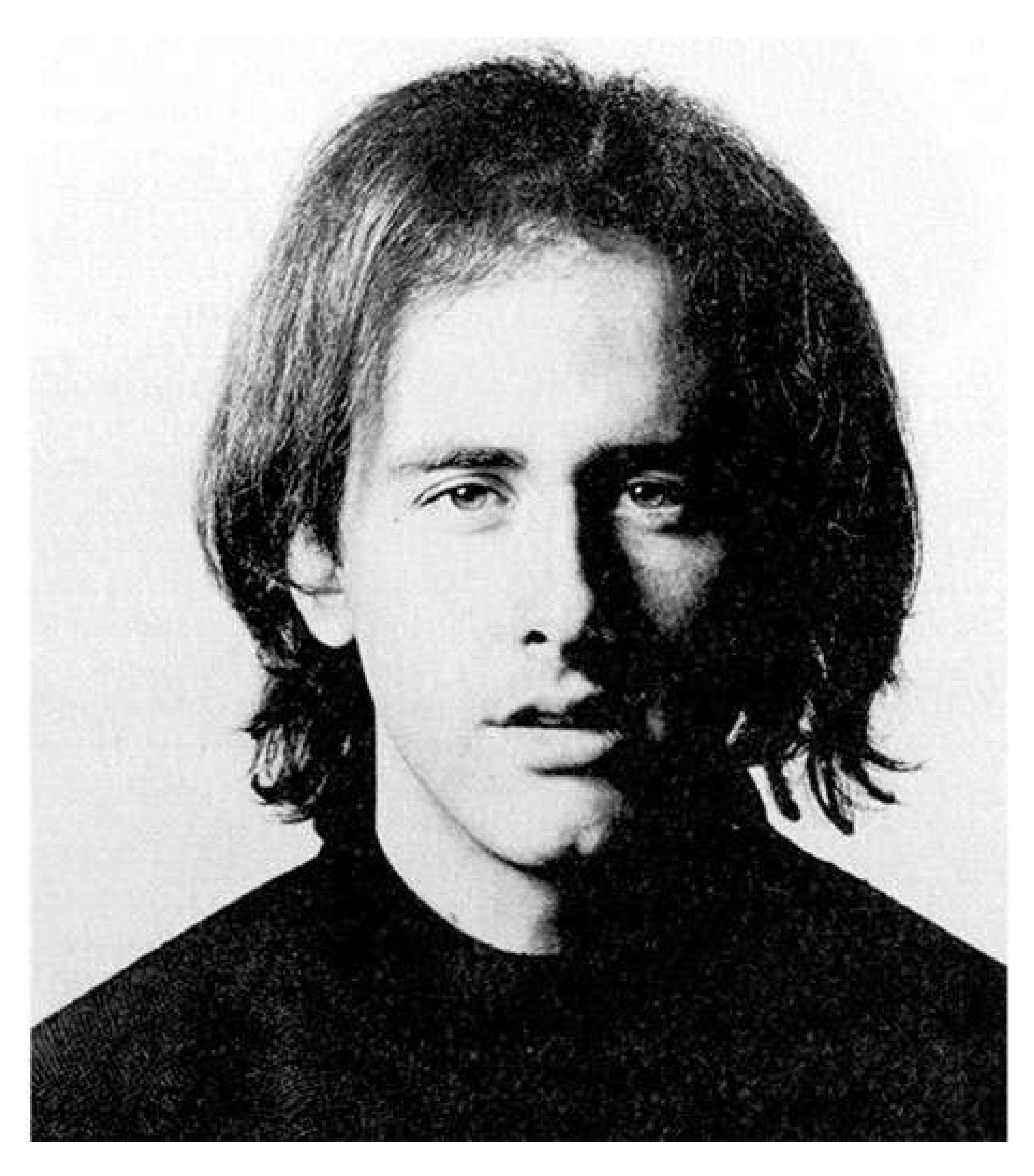
Cuando Billy volvió de comer se encontró a Jim, Ray, Dorothy y John esperando en el vestíbulo, al lado del surtidor de agua que había a la puerta de su despacho. Saludó con un gesto, les dijo a los chicos que pasaran, aceptó amablemente el acetato y escuchó un discurso repetido muchas veces, como adivinó al instante. Prometió que les llamaría, probablemente al cabo de un par de días. Dos días más tarde, la secretaria de Billy localizó a Jim por teléfono. Le dijo que Billy quería verles tan pronto como fuera posible.

«Les dije que podía producirles los discos, pero que, aunque intuía que allí había talento, no estaba seguro de poder captarlo en un estudio de grabación —recuerda Bill—. Yo sabía que tendría que involucrar en el proyecto a otro productor de Columbia. Como preveía que habría problemas, el contrato que les ofrecí era de cinco años y medio, con un plazo inicial de seis meses durante el cual la compañía se comprometía a producir un mínimo de cuatro

canciones y a editar un mínimo de dos. No quería que se quedaran colgados por contrato más de seis meses sin que pasara nada».

Jim no se lo podía creer. Columbia. El sello de Dylan.

A pesar de las buenas noticias, el grupo empezó a disgregarse. Uno de los hermanos de Ray lo dejó y el otro fue sustituido. El sustituto era Robby Krieger, un guitarrista que iba con John y Ray a clase de meditación.

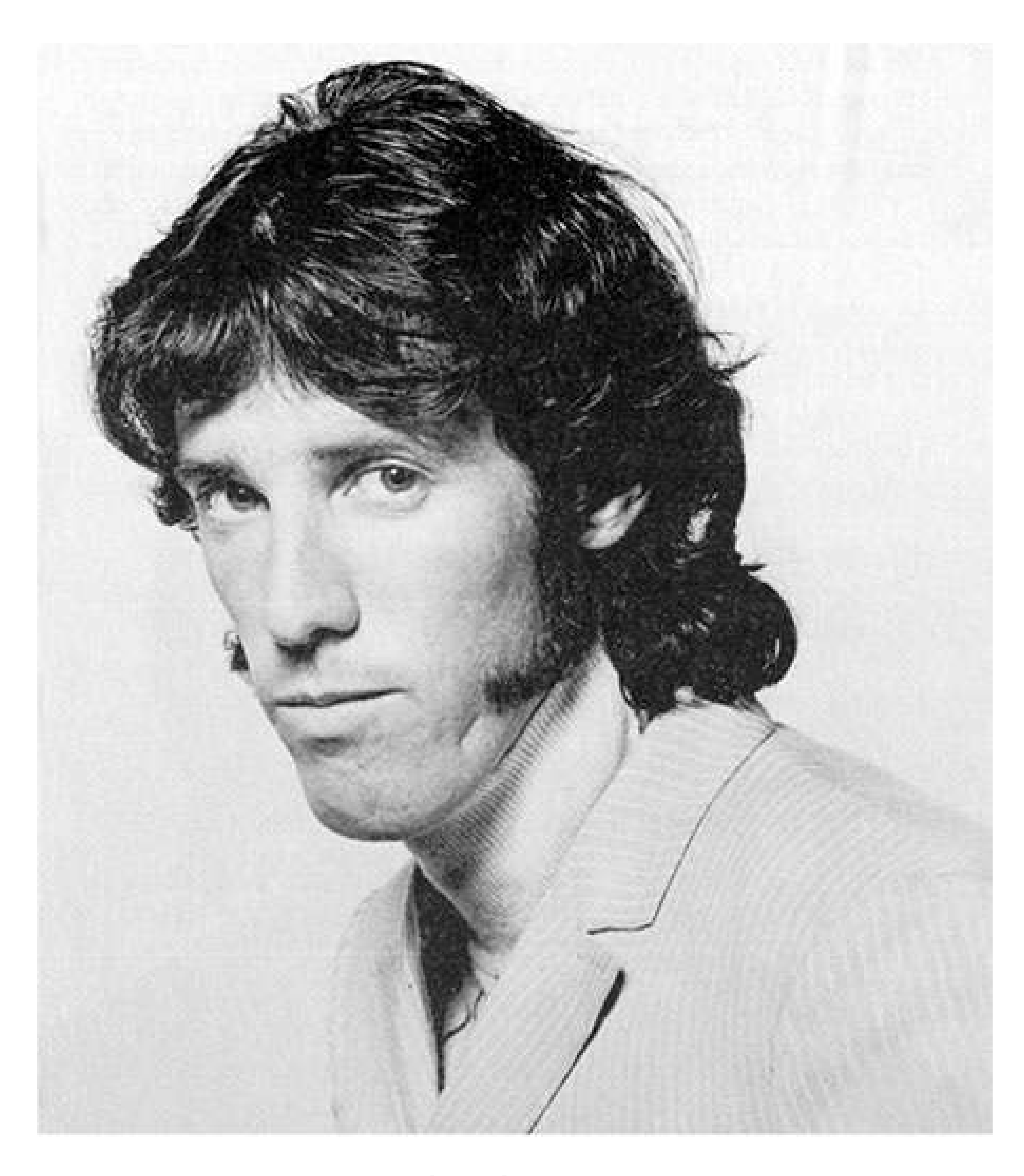


Robert Alan Krieger

Con diecinueve años, Robby era el más joven de los cuatro. También era el menos imponente. Tenía el pelo castaño y muy rizado, y unos ojos verdes

borrosos que le daban un aspecto de aturdimiento que algunos pensaban se debía a las drogas o a unas lentillas mal colocadas. Aquella imagen excéntrica era corroborada por su manera de hablar: siempre dudando, como si se estuviese durmiendo, terminando las frases con una interrogación o un susurro. Pero las apariencias engañan. Detrás del aspecto aturdido e infantil había una mente ágil y un sutil sentido del humor, ambos heredados de su padre, un hombre modestamente rico que aconsejaba a agencias gubernamentales o a empresas en temas de planificación y finanzas.

Como John, Robby era nativo de California —había nacido el 8 de enero de 1946, junto a un hermano mellizo— y había ido a la «uni». Pero Robby también había estudiado en los institutos de Pacific Palisades, un rico barrio playero de Los Ángeles, y Menlo Park, una agradable zona residencial de San Francisco. Había pasado un año en la universidad de California en Santa Bárbara, y llevaba algún tiempo en la UCLA, donde había cambiado ya tres veces de carrera. Estaba estudiando Física cuando John le propuso hacer una prueba con unos tipos que se llamaban los Doors.



John Paul Densmore

«¿Los Doors? —dijo Robby, con la mirada perdida—. ¡Brutal!».

Robby y John habían tocado juntos en un grupo que se llamaba The Psychedelic Rangers. Era un nombre poco corriente, o al menos eso había creído hasta entonces.

Robby contó a Jim que había empezado a tocar la guitarra a los quince años, y a los dieciocho ya aspiraba a ser un Montoya o un Segovia. Pero cambiaba de estilo musical tan a menudo como de escuela, y había pasado rápidamente del flamenco al folk, y de este al *blues* y al *rock*. Le gustaba, sobre todo, la gente del folk, y recordaba la vez que fue a ver a Joan Baez a la Universidad de Stanford. Jim, por descontado, empezó a hablar de Bob Dylan. Entonces Robby enchufó su guitarra y tocó algo con el *bottleneck*.[5] Jim había escuchado aquella técnica en los discos, pero era la primera vez que veía cómo se hacía. Durante un tiempo, Jim quiso que Robby usase el *bottleneck* en todas las canciones.

Las discusiones sobre música y los ensayos continuaban, y los cuatro empezaron a intimar. Se veían todos los días, a veces en casa de Ray, otras en casa de Robby, donde sus padres tenían un piano en un cuarto lateral, y a veces en casa de un amigo en Venice. Ensayaban cinco días a la semana, durante toda la tarde. De vez en cuando actuaban un fin de semana, sobre todo en bodas, confirmaciones y fiestas de las hermandades. Su repertorio se nutría en gran parte de unas cuantas canciones fácilmente reconocibles, como «Louie Louie» y «Gloria», y de vez en cuando tocaban alguna de sus propias composiciones. Jim, demasiado tímido aún para enfrentarse al público, por muy escaso que este fuera, daba la espalda a la pista, y cuando se ponía de cara cerraba los ojos y sujetaba el micrófono como si aquello fuese lo único que le impidiera hundirse en el escenario. En realidad, en muchas de las primeras actuaciones de los Doors era Ray quien cantaba la mayoría de las canciones, mientras Jim enfatizaba los versos soplando una armónica o gruñendo: «¡Sí!» y «¡Venga!».

Phil Oleno trabajaba de encargado nocturno en un supermercado, y en las raras tardes en que Jim no ensayaba solían matar el tiempo fumando hierba y vagando por el campus de la UCLA, hablando con las chicas del departamento de Arte. Una de ellas era Katie Miller, un par de años más joven que Jim, cuya imagen recordaba ligeramente a una joven Tuesday Weld: inocente, rubia, etérea.

Katie era una chica sensible, insegura de sus posibilidades, y siempre se disculpaba antes de hacer alguna observación. Pero era su generosidad lo que le causaba mayores problemas. Parecía como si intentara hacer de madre de todos los «perdidos» que conocía en la escuela. Invitó a Jim a ir a su casa siempre que quisiera, y allí le cocinaba suculentas comidas. También le instaba a que cogiera su coche cuando necesitase un medio de transporte. A veces, Jim desaparecía con el coche durante días, y a Katie no le quedaba más remedio que andar y esperar. Otras veces, él se instalaba unos días en el piso, lo desordenaba todo y abusaba cruelmente de ella, castigándola con su lengua viperina, jactándose ebriamente de las otras mujeres de su vida, amenazándola con coger un cuchillo y rasgar los enormes cuadros que Katie había pintado en la escuela y colgaban de las paredes. Pero, de vez en cuando, también la tranquilizaba: era muy guapa, le decía, toda una belleza.

«Ya verás, tienes que conocer a Jim», dijo Katie a su amiga Rosanna White, otra estudiante de arte. Rosanna había oído algunas de las historias que Katie contaba, y estaba horrorizada, pero cuando finalmente conoció a Jim, se sintió fascinada. A menudo no llevaba camisa, y con el pelo largo y su manera de inclinar la cabeza de lado a lado, tensando los músculos del cuello, a Rosanna le pareció una estatua griega que hubiese cobrado vida. Su voz también la cautivaba; en los seis meses que se vieron, nunca la levantó por encima de un susurro. Rosanna reconocía que Jim le daba miedo, pero, aun así, le ofreció el sofá negro de su piso, un segundo lugar donde caerse muerto en las noches en que no consiguiera llegar a la playa.

El apartamento de Rosanna tenía de austero lo que el de Katie de exuberante. Era naturista, de modo que nunca había mucho que comer, y como no fumaba marihuana, tampoco tenía la clase de comida basura que les gustaba a los fumadores de hierba. Ni siquiera bebía vino, y Jim se veía obligado a traérselo. Sin embargo, tenía un champú orgánico que a Jim sí que le gustaba y, a menudo, cuando Rosanna volvía de clase, se encontraba a Jim en el cuarto de baño con los vaqueros puestos y la parte superior del raído pijama que usaba para dormir, posando delante del espejo, succionando las mejillas como una modelo en la portada de la revista *Vogue*, retocándose el pelo todavía húmedo y despeinado.

—Jim —decía ella—, ¿por qué no te cepillas el pelo?

Jim se daba una última palmadita y miraba a Rosanna, casi como una caricatura de seductor.

—Porque quiero que parezca el ala de un pájaro.

A continuación se acariciaba, cruzaba los brazos sobre su pecho para frotarse sensualmente los bíceps por encima de la fina capa de franela y la miraba con petulancia.

Una noche, poco después de conocerse, Jim se presentó en el apartamento de Rosanna con John Densmore y Katie, que se fueron al cabo de un rato, dejándolos solos a los dos. Rosanna, que cada vez estaba más molesta con los pavoneos y susurros de Jim, decidió vomitar todo lo que llevaba dentro.

—¿Qué mierda es esta? —dijo cuando Jim empezó a hablarle en susurros—. No es *cierto* que hables así. Basta ya.

Jim cambió los susurros por una sucia proposición, y le dijo a Rosanna que lo que realmente quería ella era acostarse con él.

—Por favor, Jim —contestó ella, asqueada—. No seas tan falso. Te pasas todo el día colocado. No puedo relacionarme contigo. Ni siquiera puedo hablar contigo, porque estás colocado y eres un farsante. Jim, siempre estás actuando.

Jim corrió a la cocina y al cabo de un instante volvió con un enorme cuchillo curvo de acero inoxidable. De pie, delante de ella, Jim agarró a Rosanna por la muñeca derecha y le dobló el brazo por detrás de la espalda. La blusa se desabrochó con el movimiento, y Jim colocó la hoja sobre la carne suave del vientre de la chica.

—No puedes decirme eso —susurró—. Voy a cortarte para ver si sangras.

Parecía que hablaba en serio. Entonces, alguien entró en el apartamento. Jim se dio la vuelta y vio a John Densmore, que había vuelto de improviso. Volvió la vista a Rosanna y después al cuchillo que él mismo sostenía entre las manos. Se puso a reír.

—Eh, ¿qué es esto? ¿Un cuchillo? Pero ¿de dónde ha salido?

Más tarde, Rosanna le pidió disculpas y Jim también se disculpó, a la vez que le preguntaba si podía quedarse a dormir en el sofá. Ella dijo que sí.

Un día de noviembre, Jim llamó a Ray. Eran las ocho de la mañana y se encontraba en plena subida de ácido. Quería reunirse con los demás para ensayar. Ray dijo que era demasiado temprano. Jim insistió y le dijo a Ray

que si no acudía inmediatamente habían terminado, que mandaba a la mierda los Doors y se largaba. Ray le dijo a Jim que se verían más tarde.

Habían pasado unas horas y Jim estaba en casa de Phil Oleno con Felix Venable, bajando de los efectos de la droga. Hablaban de unas fotos de telarañas tejidas bajo los efectos del LSD y la mescalina. Oleno sacó el libro —lo había cogido de la biblioteca de la UCLA— y lo abrió por la página donde salían las fotos. Las telas tejidas por arañas que habían consumido ácido eran geométricas, mientras que las de la mescalina eran arbitrarias, caóticas, ilógicas, tal vez (dijo Jim) dementes. Decidieron que tenían que conseguir unas muestras de mescalina en su estado más puro, el cactus de peyote, e ir al desierto de Arizona.

Los tres se metieron en el Chevrolet rojo y desvencijado de Phil, que tenía estropeadas la primera marcha y la marcha atrás. Pero aún estaban cruzando Hawthorne, sin haber salido de Los Ángeles, cuando Jim ordenó estrepitosamente a Phil que frenara, saltó del coche, se puso a correr y besó a una jovencita, volviendo al coche justo en el instante en que un coche patrulla de la policía se detenía delante del Chevy. El caprichoso vuelo de Jim no había pasado desapercibido. Los policías le pidieron la identificación, hablaron con la chica y se enteraron de que solo tenía catorce años.

—Venga —gritó Jim—, ¿por qué no me disparan? Vamos, hijos de puta, gilipollas de mierda, dispárenme.

Misteriosamente, los policías les dejaron marchar con una simple advertencia. El viaje al este prosiguió.

Dos días más tarde, Jim y Felix volvieron sin Phil, llenos de moratones y cortes, y empezaron las historias. Jim contó que habían conducido hasta Arizona, se habían encontrado a unos indios y se habían adentrado con ellos en el desierto para disparar un círculo de flechas alrededor de un cactus de peyote, porque si podías tensar el arco y disparar la flecha (aclaraba Jim) quería decir que eras suficientemente fuerte para experimentar un buen viaje. Después habían mascado el peyote, y Phil había decidido continuar el viaje hasta México. Otros escucharon una versión distinta sobre los moratones. En esta, Jim, Phil y Felix no habían encontrado a ningún indio, no habían encontrado peyote, sino a unos motoristas chicanos que vivían cerca del río Colorado y disfrutaban apaleando a la gente que llevaba el pelo largo.

Mientras tanto, en Columbia no se movía nada. Habían firmado el contrato y lo habían celebrado con una cena en casa de Robby, pero después de eso, nada. Billy James no conseguía interesar a los productores en plantilla de la compañía. Los Doors seguían ensayando, tocaban de vez en cuando en alguna fiesta y daban audiciones siempre que podían.

En diciembre, en una proyección de la escuela de cine de la UCLA que incluía uno de los ejercicios que Ray había dirigido el año anterior, los Doors aparecieron en escena —en su primera verdadera actuación en público— e improvisaron una banda sonora con instrumentos acústicos. Más adelante, se presentaron a una prueba en un club de Westchester donde solían actuar los Turtles, un grupo de Los Ángeles famoso en aquella época, y fueron rechazados. Tampoco fueron aceptados en Bido Lito's, el pequeño pero emblemático club de Hollywood donde los Love habían sido la banda de la casa durante mucho tiempo. El problema, les dijeron, era que se echaba demasiado en falta el sonido del bajo.

Empezaron a invitar a bajistas a los ensayos, pero el sonido era demasiado pleno, parecido al de los Rolling Stones (tocaban casi las mismas canciones que ellos) o al de cualquier banda de *blues* eléctrico. Todavía estaban intentando decidir si querían cambiar tanto su sonido (seguían presentándose sin bajista a las audiciones en los clubs) cuando, a principios de enero, recibieron una oferta para actuar en el London Fog, un pequeño club de Sunset Strip a menos de cuarenta metros del Whiskey a Go Go, cuyo propietario era conocido con el improbable nombre de Jesse James. Los Doors contemplaron cómo se colocaba un cartel en el exterior: «Doors, grupo de Venice», y se quedaron extasiados. La primera noche que tocaron no entró ni una sola persona.

Las condiciones del propietario eran tan roñosas que parecía que estuviese intentando vengarse de ellos por haber llenado el local de amigos de la UCLA la noche de la prueba. Como el Fog no estaba afiliado al sindicato, al igual que el Bido Lito's, los músicos contratados tampoco tenían que estarlo, y así el club evitaba pagar los mínimos establecidos. Los Doors tocaban de nueve a dos, cinco pases cada noche, con un descanso de quince minutos cada hora, seis noches a la semana. Por todo eso cobraban cinco dólares cada uno los días laborables, y diez dólares los viernes y los sábados. Pagados al

contado, al final de la noche, solo si el propietario había hecho suficiente caja.

La proximidad con el Whiskey no sirvió para mejorar en número ni en aspecto a los primeros espectadores de los Doors. A pesar de su nombre «moderno», el London Fog era frecuentado mayoritariamente por marineros, homosexuales, chulos, putas y mafiosos de traje negro, junto al típico turista sorprendido que se había equivocado de lugar. Todos iban en busca de una diversión que, evidentemente, estaba en otra parte.

Entre pase y pase, los Doors se turnaban para ir al Whiskey, donde les permitían quedarse en el vestíbulo y ver al grupo principal, con la esperanza de llegar a ser algún día, como diría Jim más tarde, «tan grandes como Love», por aquel entonces la banda *underground* más popular de Los Ángeles.

Pese a todo, el contrato les dio ánimo y la posibilidad de adquirir experiencia mientras pulían su propio material. Al principio, Jim seguía interponiéndose con la armónica en los trozos instrumentales, o se escondía tras el teclado, mientras Ray tocaba la flauta. Pero cuando empezó a concentrarse más en el aspecto visual de la actuación, abandonó los intentos de tocar ningún instrumento. Ray descubrió el teclado de bajo Fender, un instrumento que podía tocar con la mano izquierda mientras seguía haciendo acordes y solos con la derecha en el órgano Vox que Columbia Records le había financiado. El dilema del bajo había quedado resuelto.

En febrero, el grupo tenía ya un repertorio de cuarenta canciones, de las cuales unas veinticinco eran composiciones originales. Entre ellas se contaba «The End», que, a principios de 1966, no era más que una canción bien escrita sobre un amor que se apaga:

> Este es el fin, hermosa amiga.
> Este es el fin, mi única amiga.
> El fin de nuestros planes elaborados.
> El fin de todo lo que queda, el fin.
> Sin seguridad ni sorpresa, el fin.
> Nunca volveré a mirarte a los ojos.

Con la excepción de «Alabama Song», extraída de un musical de Bertolt

Brecht y Kurt Weill sobre la gloria y degradación de la Alemania nazi anterior a la guerra, las canciones que interpretaba el grupo eran viejos clásicos de *blues* o reconocidos éxitos de *rock*, como «Money», «Back Door Man», «Gloria» y «Louie Louie». Jim cantaba la mayoría de ellas.

Las semanas iban pasando y Jim adquiría cada vez más confianza en sí mismo. No creía tener una gran voz —«Yo no canto, grito», solía decir—, pero sabía que estaba mejorando. Cuando la banda se soltaba, él hacía un número dramático con un pañuelo negro. Primero envolvía el micrófono y después se frotaba sensualmente la cara con el pañuelo.

Lo más importante para los Doors era la creciente sensación de «unidad». Después de un tiempo ensayando a diario, y tocando ahora en directo, los tres músicos y el cantante estaban conociendo a la perfección las posibilidades musicales de los otros, y cada vez eran mejores. El órgano perentorio, casi de iglesia, a lo Flash Gordon, de Ray; la batería *jazzy* de John, que recalcaba perfectamente las letras de Jim; los sutiles punteos, aparentemente improvisados, de Robby, mezcla de *blues* y flamenco; la voz entre tenor y barítono, ligeramente ronca, desigual, pero sensual de Jim; todo resultaba en un estilo que apenas podía adivinarse en la demo. Durante la mayor parte de la actuación, Jim todavía daba la espalda al público, cantando de cara a los músicos, adoptando la postura de los ensayos, donde, en palabras de Ray, «nos concentrábamos interiormente para dirigir la energía». Con la ayuda del LSD, dice Ray, los Doors desarrollaron una «mente común». La mayoría de músicos que tocan juntos durante un tiempo, respetándose cada uno en su terreno, sienten una proximidad que los que no son músicos ni cantantes son incapaces de comprender. «Sí —dice Ray—, eso existía. Pero también había una *intensidad* poco habitual».

Habían llegado a un curioso acuerdo de sociedad según el cual todo se compartiría a partes iguales. Jim escribía casi todas las canciones, pero, cuando grabasen, decía, los Doors figurarían como compositores, y los *royalties* y demás ingresos se dividirían en cuatro partes iguales. Todas las decisiones creativas se tomarían no por mayoría, sino por votación unánime.

Jim empezó a llevar sus drogas al escenario, a veces dentro del cuerpo: los ojos dilatados, la percepción sensorial alternativamente distorsionada e intensificada, el ego fragmentado; otras veces en los bolsillos: sacaba

rápidamente un Amytal[6] justo cuando Ray empezaba un solo de órgano y se lo esnifaba. Una vez hizo esnifar *amys* a todos en el momento de empezar «Little Red Rooster» y, al llegar a la estrofa que dice: «los perros empezaron a ladrar y los lobos empezaron a aullar», Ray ladró, John aulló y Jim se cayó del escenario. Otra noche, completamente borracho, Jim hizo una especie de regresión a la adolescencia, improvisando una nueva letra grosera para «Gloria»: «Y entonces se corre en el suelo, / se corre en mi cama, / se corre en mi boca…».

Jim todavía carecía de domicilio fijo, e iba de sofá en cama y de cama en sofá. Pamela era la chica más importante para él, pero no era monógamo. Hablaban de coger un piso en Laurel Canyon, pero al mismo tiempo pasaba las noches por todo Los Ángeles Oeste. Aún no tenía coche, y dependía del prehistórico Volkswagen amarillo de Ray o del Singer Gazelle de John. Cuando tenían hambre, los Doors solían ir a casa de John, ya que su madre era la más amable de las tres madres disponibles de los Doors.

Al llegar abril, el grupo pasaba un mal momento. Continuaban sin dinero. Cuarenta dólares a la semana no eran suficientes para vivir, y a menudo no cobraban ni eso. A John le habían ofrecido un puesto en otro grupo. John y Robby fueron arrestados por posesión de marihuana, y Jim, que el verano anterior había obtenido la prórroga por estudios de manera ilegal, recuperó la clasificación 1-A y le dijeron que se presentara a una nueva revisión médica en mayo. Entonces, Columbia les puso en la «lista de descartes».

Uno de los productores en nómina de Columbia, Larry Marks, habría aparecido una noche en el London Fog presentándose como su productor, pero no habían vuelto a verle. Tampoco tenían noticias de Billy James. Fue John quien vio el nombre de los Doors en la «lista de descartes» sobre el escritorio de Billy.

Pidieron la carta de libertad inmediata.

«Aguantad hasta el final —dijo Billy—. Os llevaréis mil pavos si al cumplirse los seis meses no os han grabado las canciones».

Ellos dijeron que no. Billy suspiró y llamó a alguien del departamento jurídico. Los Doors eran legalmente libres.

Unos días más tarde, el propietario del London Fog liberó completamente a los Doors. Les había despedido.

La suerte del grupo cambió en mayo.

Para empezar, Jim alteró su tensión sanguínea, azúcar en la sangre, pulso cardíaco, respiración, visión y habla con una amplia y generosa variedad de drogas; salió hacia el centro de incorporación a filas para pasar la revisión médica y dijo a los médicos que era homosexual y que si se lo llevaban iban a ser los hijos de puta más arrepentidos que habría sobre la faz de la tierra. Le dieron por inútil. Entonces, durante la última noche de actuación en el London Fog, la programadora del Whiskey a Go Go apareció para preguntarles si estaban dispuestos a llenar la vacante del lunes por la noche. Solo una actuación, dijo aquella guapa morena llamada Ronnie Haran, pero los propietarios del club presenciarían el pase.

—Les he hablado muy bien de vosotros —le dijo a Jim—, y estamos buscando una banda fija.

Si la cosa funcionaba, dijo, serían dos pases cada noche —en vez de los cuatro o cinco del Fog— por la suma aprobada por el sindicato, 499 dólares y medio para los cuatro. Jim y los otros respondieron con despreocupación, pero por dentro estaban radiantes de alegría.

—Sí —dijo Jim—. Creo que podremos. El lunes, ¿no? Eh, eso es mañana. No nos lo habéis dicho con demasiada antelación.

El hombre que tomaba las decisiones y era socio propietario tanto del PJ's (un bar de citas muy cerca del Strip) como del Whiskey a Go Go era un expolicía de la brigada antivicio de Chicago de unos treinta y pico años que respondía al *runyonesco* nombre de Elmer Valentine. Ronnie Haran, que había conocido a Elmer cuando era una aspirante a actriz que frecuentaba el PJ's, llevaba la promoción de los dos clubs y buscaba nuevos espectáculos. En 1966 también trabajaba en la promoción del cantante escocés Donovan, y en una ocasión que necesitó un fotógrafo alguien mencionó el nombre de Paul Ferrara. Este, que había ido a la UCLA con Jim, le comentó a Ronnie que no se perdiera al grupo que tocaba en el Fog. No era el primero ni el último que le hablaba de los Doors, y como ella confiaba más en lo que oía en la calle que en lo que recomendaban los mánager, acabó pasándose por el Fog.

Elmer reconoce que Ronnie Haran tuvo que suplicarle dos veces que contratara a los Doors, porque en la primera ocasión no le habían gustado

nada. Le dijo a Ronnie que Jim era un aficionado sin ningún potencial que adoptaba una afectada pose de cuelgue para ocultar su falta de talento. También pensaba que Jim era un malhablado. Pero a Elmer le gustaba Ronnie, así que accedió a programar a los Doors dos noches más.

Los Doors permanecieron en el Whiskey desde mediados de mayo hasta mediados de julio, siendo despedidos por lo menos una vez a la semana por exasperar a los propietarios. Aunque los Doors querían impresionar favorablemente a los cabezas de cartel del club —los Rascals, Paul Butterfield Blues Band, los Animals, los Beau Brummels, Them, Buffalo Springfield, Captain Beefheart—, también pretendían «borrarlos del escenario», cosa que provocaba que Phil Tanzini, el socio de Elmer, les gritara en plena actuación: «¡Demasiado alto! ¡Demasiado alto! ¡Os voy a echar ahora mismo! ¡Bajad el volumen! ¡Bajad el volumen!». Como venganza, cada vez que el grupo tocaba «Unhappy Girl», Ray sostenía la nota más aguda hasta que el órgano y Tanzini chirriaban. Las bufonadas de Jim agravaban la situación. A veces se ponía tan ciego de alcohol o drogas que ni siquiera se presentaba. Aún peor, en ocasiones subía al escenario entre pase y pase y gritaba: «¡Que se joda Elmer! ¡Que se joda el Whiskey! ¡Que se joda Phil!».

Cada vez que despedían a los Doors, Ronnie Haran llamaba a una chica de catorce años de Beverly Hills, que se había convertido en una de las fans más acérrimas del grupo, y a la que permitían ver la actuación desde el vestíbulo, sin dejarla entrar. Esta avisaba a todas sus amigas, y una tras otra llamaban al Whiskey para preguntar cuándo volverían a actuar los Doors. Elmer tenía la costumbre de recibir muchas llamadas en el club, y las utilizaba para lo mismo que Ronnie usaba lo que oía en la calle, para estar al día.

«Siempre pasaba lo mismo —dice Elmer, que hoy sigue ignorando que, al menos en parte, le estaban engañando—. Chicas, chicas y más chicas que preguntaban: “¿Va a actuar esta noche ese hijo de puta en celo de los pantalones negros?”. Mi madre no crio a ningún hijo tonto, así que seguí programándolos como grupo telonero».

En la calle corría la voz: «Tienes que ir a ver a los Doors al Whiskey. El cantante está *loco*».

La imagen de los Doors era descaradamente sexual —un cantante

delgaducho que se frotaba la entrepierna contra el pie del micro— pero también intelectual. La galería de extravagancias que aparecían en las letras de Jim fascinaban al público del grupo. Canciones como «When the Music's Over» eran sucesivamente lúgubres, violentas, consoladoras, absorbentes, suplicantes y, por encima de todo, frustrantes.

El repertorio de los Doors era muy fluido. A menudo se pasaban cinco minutos entre canción y canción intentando decidir qué tocarían a continuación. «¿Y si tocamos "Crystal Ship"?», preguntaba Jim. «No, creo que no —contestaba Ray—, no me apetece». John sugería una canción que tuviera un largo solo de Robby, y Robby negaba con la cabeza. «¿"When The Music's Over"?», proponía Jim. Ray miraba contemplativamente, sonreía a lo Henry Fonda, sin enseñar los dientes, y asentía. John daba su aprobación y Robbie decía: «¿Por qué no?». Unanimidad. La política de los Doors.

«When the Music's Over» era un tema de improvisación que duraba unos once minutos, dependiendo de la longitud de las partes instrumentales y de los fragmentos poéticos que Jim introdujese. En muchos aspectos era la clásica canción de los Doors: interpretada con un estilo altamente dramático que invitaba a considerar la teatralidad del grupo, además de su música.

La canción empezaba con un *riff*[7] saltarín de órgano, y Jim exhortando, casi sin aliento: «Sí…, venga». Entonces John Densmore empezaba a agitar los brazos exageradamente, se sumaba con un ritmo fuerte y metronómico y, de pronto, ante la sorpresa general, Jim daba un salto en el aire con el micro en la mano y gritaba: «¡Siiiií!». El órgano retomaba la melodía, Robby ponía los acentos y Jim tarareaba un lamento fatalista:

Cuando la música acabe,
cuando la música acabe,
cuando la música acabe,
apaga las luces,
apaga las luces,
apaga las luces.

Entonces, con un poco más de energía:

Porque la música es tu amiga especial.

Y todavía más fuerte, casi gritando:

Baila ardiendo como ella quiere.

Y a continuación, un consuelo (y una advertencia):

La música es tu única amiga.

La batería redoblaba:

Hasta el final,
hasta el final,
hasta el final.



The Doors

Aquí Robby metía una guitarra psicodélica, acoplada y pasada de vueltas, John aporreaba los platos, Ray sostenía unas notas de órgano agudas y penetrantes y, en medio de esta cacofonía, Jim se retorcía por el suelo, se restregaba el micrófono contra el pecho, movía las piernas, adoptaba alternativamente una posición fetal y una perfecta rigidez. La música se ralentizaba, los músicos recuperaban la compostura. Jim volvía a estar de pie.

Cancela mi suscripción a la Resurrección.
Envía mis credenciales a la casa de arresto.
Tengo algunos amigos dentro.
El rostro en el espejo no parará.
La chica en la ventana no caerá.
Una fiesta de amigos vivos, gritó ella,
me espera
fuera.

La última palabra era otro grito. La música se volvía hipnótica:

Antes de que me hunda en el gran sueño
quiero oír,
quiero oír
el grito de la mariposa.
Vuelve, nena,
vuelve a mis brazos.

Un punto de impaciencia se adueñaba de la voz de Jim, e implicando violencia:

Estamos hartos de perder el tiempo,
de esperar con las cabezas pegadas al suelo.

La voz dejaba atrás la violencia y se volvía tan hipnótica como la propia música:

Oigo un sonido muy suave,
muy cerca aunque muy lejos,
muy bajo aunque muy claro.
Ven hoy, ven hoy.

Se había creado un ambiente de tristeza, que degeneraba en rabia:

¿Qué le han hecho a la tierra?
¿Qué le han hecho a nuestra hermosa hermana?
Destrozada, saqueada, desgarrada y devorada,
cosida a puñaladas en el costado del amanecer,
atada a vallas y arrastrada.

Solo se escuchaba el rítmico latido del órgano de Ray: dos notas, bum-bum, con alguna intrusión apocalíptica de la batería. Bum-bum. Bum-bum.

Oigo un sonido muy suave
con la oreja… pegada al suelo.

Jim situaba la cara junto al micrófono, que sostenía casi amorosamente con la mano izquierda, mientras con la derecha se tapaba la oreja. Tenía la pierna derecha ligeramente adelantada, con la rodilla doblada, y con el pie sostenía el pie del micro. La pierna izquierda estaba rígida, en equilibrio.

Queremos el mundo y lo queremos…
Queremos el mundo y lo queremos…

Un redoble de batería. Y:

Ya.
¿Ya?

El redoble terminaba. Jim daba un salto. Gritaba:

¡Ya-aaaaaaajaaaaaaaaaaaaaa-
aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

El órgano reaparecía a todo volumen:

Noche persa
ve la luz.
Sálvanos, Jesús, ¡sálvanos!
Así pues, cuando la música acabe,
apaga las luces.
La música es tu amiga especial.
Baila ardiendo como ella quiere.
La música es tu única amiga.
Hasta el final, hasta el final,
hasta
¡EL FINAL!

Incluso las bailarinas, que habían visto el número dos veces, estaban hipnotizadas.

---

[4] Nombre inspirado, probablemente, en el cantante de *rhythm 'n' blues* negro Screaming Jay Hawkins.

[5] Literalmente, «cuello de botella». Técnica guitarrística en la que se utiliza un cilindro metálico sobre las cuerdas, produciendo un sonido hiriente y primitivo propio del *blues*.

[6] Polvo blanco y cristalino utilizado como sedante e hipnótico.

[7] Fragmento melódico instrumental que se repite varias veces durante una canción, caracterizándola.

04

Cuando estuvo claro que los Doors iban a quedarse en el Whiskey durante una temporada —habían dejado de tomarse en serio los despidos después de las primeras dos semanas—, todos ellos cambiaron de domicilio. John y Robby se fueron de la casa de sus padres para compartir un pequeño apartamento en Laurel Canyon e intentar conseguir más actuaciones para la banda. Ray y Dorothy cogieron un piso en primera línea de playa que tenía una sola habitación de 18 metros de largo, perfecta para ensayar. Jim se trasladó a casa de Ronnie Haran, un pequeño piso que costaba 75 dólares al mes y estaba a pocas manzanas del Whiskey. Fue aquí donde Ronnie empezó a hablar con Jim de formalizar un contrato para lo que ella llamaba «*management* de promoción». También empezó a invitar a las compañías discográficas a ver a los «Rolling Stones americanos». Pocos llegaron a ir. A Nick Venet, productor de los Beach Boys, el grupo no le gustó nada. Lou Adler, que ya llevaba a los Mamas and the Papas, permaneció tan impasible como cuando Jim y Ray le mostraron la maqueta nueve meses antes. Algunos de los Rolling Stones fueron a verles cuando pasaron por la ciudad, pero tampoco quedaron nada impresionados. Como tampoco quedó impresionado Jac Holzman, el loco de la electrónica y productor de música folk que era fundador y presidente de Elektra Records. Por aquel entonces, Elektra era una pequeña compañía que comenzaba a introducirse en el mercado del *rock* con el grupo Love. Al salir del Whiskey aquella primera noche de mediados de junio, Jac dijo: «Este grupo no tiene nada».

Ronnie animó a Holzman a volver a ver a los Doors, pero esta vez también se lo sugirió Arthur Lee, el líder de Love. De modo que volvió, y esta vez

decidió que *había* algo atractivo en la manera en que Ray tocaba el órgano. A la cuarta visita ofreció un contrato al grupo. Les quería por un año, con derecho a dos más, o hasta que hubiesen editado seis álbumes, es decir, lo que tardara más en ocurrir. A cambio, los Doors cobrarían 2.500 dólares en concepto de adelanto de futuros *royalties* del 5 por ciento sobre el precio de venta al por mayor.

Jac hizo hincapié en las dos características más evidentes de Elektra: su sinceridad y su tamaño. Quería que quedase claro que Elektra era una compañía pequeña cuya organización, modesta pero eficiente, era siempre accesible. Los artistas de Elektra, dijo, podían acceder fácil e inmediatamente a cualquier cargo de la compañía…, y con tan pocos artistas bajo contrato (comparado con Columbia, por ejemplo) el personal podía dedicarse más directamente a promocionar a todos los grupos.

Sonaba bien. Durante una época los Doors solo habían querido ser tan grandes como Love. Ahora querían más, y tal vez una compañía pequeña les ayudase a conseguirlo. Además, era la única oferta en firme que habían recibido. Contemplaban los contratos con precaución después de su experiencia con Columbia, pero también estaban ansiosos por grabar. Le dijeron a Jac que querían pensarlo y Jac volvió a Nueva York.

La primera persona a quien enseñaron el contrato fue Billy James, su amigo de Columbia. Les dijo que no estaba en posición de evaluarlo, ya que estaba a punto de abandonar Columbia para abrir una sucursal de Elektra en la Costa Oeste. Si decidían firmar por Elektra, Billy les prometía que haría todo lo posible por conseguir cuanto quisieran. También les dijo que se buscaran un abogado para que les aconsejara convenientemente.

Cuando acudieron a Ronnie Haran con el contrato, esta los llevó a su abogado, Al Schlesinger, que se comprometió a representarlos con la advertencia de que, en caso de producirse un conflicto con Ronnie, él tendría que ponerse de parte de ella. Esto les puso nerviosos, y Robby habló con su padre, que había actuado como consejero interino del grupo, y les envió a su abogado, un atildado y canoso letrado de Beverly Hills que ostentaba otro nombre maravillosamente *runyonesco*, Max Fink.

Mientras Max negociaba con Holzman, Jim estaba increíblemente tenso. Se había pasado dos semanas bebiendo como un cosaco con el grupo británico

Them, que encabezaba el cartel del Whiskey, ya que el cantante y compositor del grupo no solo tenía el mismo apellido que Jim, sino también muchas de sus costumbres. Jim y Van estaban convencidos de ser parientes, y brindaban por ello.

A esto le siguió un período de consumo de drogas más intenso de lo normal. Casi a diario, Ronnie veía cómo Jim se tragaba ácido, y una vez, asegura, se fumó 150 gramos de hierba en un solo día, cosa que consiguió manteniéndose despierto casi toda la noche, encadenando petardos tan gruesos como su dedo índice. El pequeño apartamento estaba lleno de semillas y tallos por todos los rincones, y Ronnie estaba furiosa. Jim la ignoraba, diciéndole que desde que habían arrestado a Robby y a John todos se habían vuelto paranoicos y le perseguían para que bajase un poco la marcha. «Solo porque hacen meditación…». Dejaba las frases sin terminar. Jim no estaba preparado para la meditación, pero asistió a una conferencia del Maharishi solo para mirarle a los ojos y comprobar si era feliz. Jim decidió que sí lo era, y le dedicó una canción, «Take It As It Comes»: «Hazlo muy lentamente. / Te gustará cada vez más. / Tómalo como viene. / Especialízate en divertirte». Pero no tenía ninguna intención de someterse a la disciplina de la meditación.

Para entonces, los Doors ya llenaban el Whiskey hasta los topes con sus propios seguidores incondicionales. Una noche, Jim no se presentó al primer pase, y los otros tocaron sin él. Ray cantó todas las canciones. Al acabar, Robby volvió al camerino, mientras John y Ray salían pitando hacia el Tropicana, donde esperaban encontrar a Jim.

Durante el trayecto de diez minutos, Ray y John hablaron de Jim y las drogas. John estaba visiblemente decepcionado, a punto de estallar. Ray estaba más tranquilo.

—Si parece que Jim toma tantas drogas es solo porque tú has dejado de hacerlo.

—¿Ah, sí? Mira, yo nunca he tomado más de un ácido a la semana —contestó John—, y Jim se toma uno al día, como mínimo.

Aparcaron el coche cerca de la habitación de Jim.

John reconoce que nunca llegó a comprender a Jim.

«Realmente quería salirse de sí mismo, ir hasta el final, tan lejos como

pudiera llegar, siempre. ¡Descubrir! Yo nunca le comprendí, porque había llegado a la metafísica desde la vertiente india, la vertiente positiva. Él siempre estaba con Nietzsche y la exploración existencial del tipo “¿cuál es el significado de las cosas?”».

Ray suspiró mientras atravesaba el aparcamiento en dirección a la habitación por la que Jim pagaba ocho dólares diarios. Estaba tarareando el estribillo de una canción: «Ábrete camino hasta el otro lado…».

John y Ray llegaron a la puerta de Jim. Llamaron. No contestó nadie, pero creyeron oír un ruido.

—¿Jim? Venga, somos Ray y John.

Al final, Jim abrió la puerta y se quedó mirándolos.

—Diez mil microgramos —fue todo lo que dijo.

Ray rio. No creía que fuera posible. Una dosis normal de LSD tenía entre 350 y 500 microgramos.

—Venga, a ver qué pasa. Ya te has perdido el primer pase. Vamos a darle algo a Tanzini que recuerde toda su vida.

Jim corrió de vuelta a su habitación.

—No, tío, no… Tomad… —Abrió un cajón del armario—. Tomad.

Jim sacó dos pequeños frascos de color púrpura llenos de LSD y se los ofreció a John y Ray. Ray se dio cuenta de que en el armario también había un ladrillo de hierba. Un kilo entero.

El segundo pase fue un desastre, pero cuando los Doors salieron a tocar los cuarenta minutos finales, Jim había recuperado hasta cierto punto la coherencia.

—En este pase haremos «The End» —dijo, asintiendo como si estuviera preocupado.

«The End» era el trabajo más memorable de los Doors, o al menos lo sería después de esta actuación. Englobaba el concepto teatral del *rock* aún más que «When the Music’s Over». Había empezado como una sencilla canción de adiós de dos versos, pero últimamente duraba doce minutos, ya que Jim insertaba y eliminaba fragmentos de poesía cada vez que la interpretaban. Aquella noche, Jim había preparado una nueva sorpresa.

Con la camiseta y los pantalones oscuros, el pelo rizado hasta los hombros, la cara de Botticelli mal afeitada, rondaba por entre las luces cinéticas de la

pista del Whiskey a Go Go. Se detuvo y miró a las chicas dentro de las jaulas de cristal. En la pista estaban Vito y su tropa de arlequines locos por la música vestidos con encajes transparentes, que seguían a todas partes a los nuevos grupos que salían. Habían conocido a los Byrds en Ciro's, después a los Love en Bido Lito's, se habían convertido en miembros de las Tropas Auxiliares de los Mothers de Frank Zappa. Entre semana, Vito y su séquito entraban gratis en el Whiskey, ya que allí donde iba Vito los clientes de pago le seguían en breve.

Jim se dirigió desganadamente al escenario, con los ojos semicerrados y la cabeza inclinada hacia un lado. Contempló cómo John, Robby y Ray se situaban en sus lugares y se unió a ellos, colocándose junto al órgano de Ray. Sonaron los acordes disonantes que emitían los músicos para calentar, y después se hizo el silencio. Jim y los otros permanecían a oscuras.

En la pista de baile la gente estaba tranquila.

Jim se colgó del pie del micro como si fuese una camisa, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, cubriendo el micrófono con una mano y tapándose la oreja con la otra. Plantó la bota en la base del micro y empezó su lúgubre recitado.

Este es el fin, hermosa amiga.
Este es el fin, mi única amiga.
El fin de nuestros planes elaborados.
El fin de todo lo que queda, el fin.
Sin seguridad ni sorpresa, el fin.
Nunca volveré a mirarte a los ojos.

¿Te imaginas cómo será,
tan ilimitados y libres,
desesperadamente necesitados
de la mano de un desconocido
en una tierra desesperada?

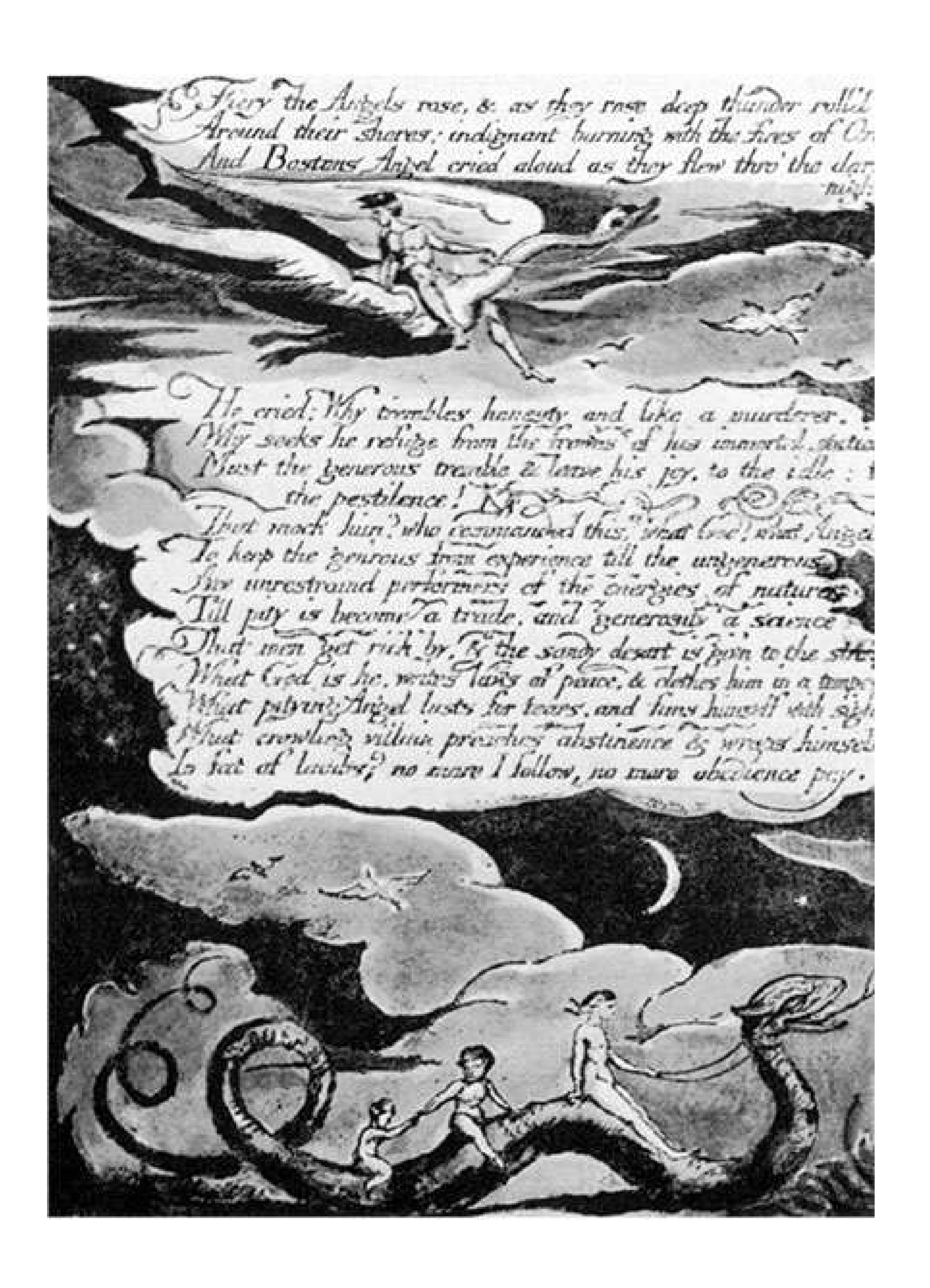

Fiery the Angels rose, & as they rose deep thunder roll'd
Around their shores: indignant burning with the fires of
And Bostons Angel cried aloud as they flew thro' the
He cried: Why trembles honesty and like a murderer,
Why seeks he refuge from the frowns of his immortal
Must the generous tremble & leave his joy, to the idle:
the pestilence!
That mock him? who commanded this? what God! what
To keep the generous from experience till the ungenerous
Are unrestraind performers of the energies of nature;
Till pity is become a trade, and generosity a science
That men get rich by, & the sandy desert is giv'n to the
What God is he, writes laws of peace, & clothes him in a
What pitying Angel lusts for tears, and fans himself with
What crawling villain preaches abstinence & wraps
In fat of lambs? no more I follow, no more obedience pay.

Ilustración de William Blake

El acompañamiento musical era tan hipnótico como la voz quejumbrosa y amenazadora de Jim. El órgano de Ray latía, la batería de John sufría súbitas eyaculaciones, la guitarra de Robby emprendía excursiones satíricas.

Perdidos en un desierto romano de dolor.
Y todos los niños están locos
esperando la lluvia del verano… Siiiiiiiií.

Jim pronunciaba cuidadosamente. Hacía una pausa entre sílaba y sílaba, tal como hacía al hablar, como si eligiera las palabras y las frases con tanta precaución como un cirujano sostiene el bisturí. En la música y en el recitado había una sensación de retención, de advertencia, de expectación, de miedo.

Hay peligro en las afueras de la ciudad.
Coge la autopista del Rey, ne-na.
Extrañas escenas dentro de la mina de oro.
Coge la autopista al Oeste, ne-na.

La pista de baile del Whiskey permanecía estática, atestada de cuerpos que esperaban, que miraban fijamente a Jim, inmóviles desde que la canción había empezado. Incluso en el bar la gente estaba quieta. Todo el club estaba en silencio. Hasta las camareras parecían hipnotizadas por la figura sobre el escenario.

Monta la serpiente.
Monta la serpiente, hasta el lago,
el antiguo lago.
La serpiente es laaaaaaaaarga…, diez kilómetros.
Monta la serpiente.
Es vieja… y su piel fría
El Oeste es lo mejor.
El Oeste es lo meeeeeeeejoooooor.
Ven aquí y nosotros haremos el resto.
El autobús azuuuuuuul… nos llama.

El autobuuuuuuús azuuuuuuuul… nos está llamando.
Chófer, ¿adónde nos llevas?

Jim miró al público de reojo, como a hurtadillas, y volvió a cerrar los ojos mientras los sonidos atormentados de los otros tres Doors creaban un fondo misterioso.

Los ojos de Jim se abrieron. Arrancó el micrófono y miró airadamente al público, con las piernas cruzadas, recitando los doce versos que completan la canción en su versión final, y que, en menos tiempo del que se tarda en explicar la historia, propulsaron a Jim a un lugar de honor en la mitología popular contemporánea.

El asesino se despertó antes del alba,
se puso las botas,
cogió una máscara de la antigua galería,
y cruzó el pasiiiiiiillo.
Entró en la habitación donde vivía su hermana y…
Hizo una visita a su hermano,
Y entonces… cruzó el pasiiiiiiillo.

Y llegó a una pueeeeeeerta,
y miró dentro.
—¿Padre?
—Sí, hijo.
—Quiero matarte. Madre…, quiero
¡FOLLAAAAAAAARTEEEEE!

La voz de Jim había desembocado en un grito primitivo, como el sonido de un pedazo de seda desgarrado por unas uñas rotas. Detrás de él, los instrumentos rugían y chillaban. Ni John, ni Robby ni Ray habían oído nunca aquellas palabras, pero la sorpresa no les impedía continuar improvisando la parte instrumental.

Al escuchar a Jim decir algo sobre tirarse a su madre, toda la sangre de la cara de Phil Tanzini se concentró en su corazón, que empezó a latir rápidamente.

—Esta —gruñó— es la última vez. Nunca, nunca más volverán a entrar en

el Whiskey. Ni siquiera *pagando*.

Jim seguía cantando, con los ojos cerrados.

Venga, ne-na, arriésgate con nosotros,
venga, ne-na, arriésgate con nosotros
y búscame al fondo del autobús azul.
Venga, siiiiiií.

El grupo se lanzó a un rápido traqueteo que se intensificaba hasta llegar al final, primitivo y estremecedor, acompañado por los sensuales gemidos de Jim. Entonces, volviendo a la misteriosa introducción, Jim cantó lo que originalmente había sido la segunda estrofa de la canción.

Este es el fin, heeeeeeermooooosa amiga.
Este es el fin, mi única amiga.
Me duele dejarte libre, pero sé que nunca me seguirías.
El fin de la risa y de las dulces mentiras.
Este es el fin, heeeeeeeermooooosa amiga.
Este es el fin, mi única amiga.
Me duele dejarte libre, pero sé que nunca me seguirías.
El fin de la risa y de las dulces mentiras.
El fin de las noches en que intentamos morir.
Este
es
el
fiiiiiiiiiiiiiiiiinnnnnnnnnnnnn.

Lentamente, la gente que llenaba la pista retrocedió en dirección a las mesas o hacia el bar, las camareras empezaron a servir bebidas, y se reanudaron las conversaciones.

Cuando los Doors entraron en el camerino, en el piso superior, Phil Tanzini les estaba esperando.

—Tú —gritó a Jim en el momento en que entraba en la habitación—, ¡eres un hijo de puta malhablado, y quedas despedido! ¡Estáis todos despedidos! ¡Fuera! ¡Y no os toméis la molestia de volver!

Los Doors sabían que esta vez iba en serio.

«Folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre, mata a tu padre…».

Como en un mantra, las palabras llenaban el estudio de grabación tenuemente iluminado. Había otros sonidos —instrumentos que se afinaban, micrófonos que se ajustaban, la voz que llegaba a través de los bafles desde la sala de control, dando instrucciones—, pero todos los oídos oían el canto suave, repetitivo y molesto de Jim Morrison, tumbado en el suelo junto a la batería.

«Folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre…».

Se inspiraba en *El nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche.

«¡Edipo, asesino de su padre, marido de su madre, que resolvió el enigma de la esfinge! —dijo Jim—. Repitiendo este lema una y otra vez puedes llegar a alucinar. Folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre…».

Sófocles tenía una concepción romántica de Edipo sobre la cual escribió Nietzsche. Llamaba a Edipo la «figura más patética de la escena griega […], la clase de hombre noble a quien, a pesar de su sabiduría, la fatalidad conduce al error y a la desgracia, pero que, a través de sus extraordinarios sufrimientos, acaba por ejercer un efecto mágico y curativo sobre todo lo que le rodea, continúa incluso después de su muerte…».

A Jim le gustaba la idea.

—Folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre…

—Muy bien, creo que ya estamos preparados…

La voz de Paul Rothchild llegaba desde la sala de control. Al ver que Jim no dejaba de cantar, volvió a llamarle:

—Jim, creo que ya estamos preparados.

Paul era el productor que Elektra les había asignado. Era robusto y pequeño, unos diez centímetros más bajo que Jim, y llevaba el pelo rubio y rizado, muy corto porque acababa de pasar ocho meses en la cárcel por tráfico de marihuana. Paul era hijo de una cantante de ópera y de un hombre de negocios inglés, y había sido criado según el modelo liberal y excéntrico del Greenwich Village. En julio, Jac Holzman envió a Paul a Los Ángeles para que escuchara a los Doors en el Whiskey, y la grabación empezó después del Día del Trabajo.

Rothchild y los Doors escogieron las canciones que mejor funcionaban en

directo, para producir lo que Paul llamaba «un documental sonoro». Llevaron a un bajista profesional para que tocase en dos canciones, y en otra los Doors dieron zapatazos en el suelo para grabar una pista de ritmo, pero todo lo demás se hizo como si el pequeño estudio Sunset Sound fuese una sala de conciertos. A pesar de su falta de familiaridad con los estudios y las técnicas de grabación, los Doors se sentían cómodos, y las primeras piezas quedaron listas en solo dos o tres tomas. Después venía la canción que ocuparía más de la mitad de una de las caras del disco, el drama épico edípico «The End».

—Folla a tu madre, mata a tu padre, folla a tu madre…

Paul se estaba impacientando.

—Jim…

Jim estaba colocado, y mientras se incorporaba pesadamente —abandonando por fin su canto edípico— sus ojos recayeron en el pequeño televisor que había traído. Miró a Johnny Carson, cuyos labios se movían en silencio, y a continuación agarró el televisor y lo lanzó contra la sala de control, haciendo que Paul y el ingeniero se agacharan. El televisor rebotó en el grueso vidrio insonorizado que separaba las dos salas y fue a parar al suelo. Jim parecía desconcertado.

Paul suspendió la sesión y sugirió a la chica que había venido con Jim que se lo llevase a casa.

—No —dijo Jim—. Vamos a dar una vuelta, tío.

Paul negó con la cabeza y metió a Jim en el coche de la chica. Ella se adentró en el tráfico de Sunset. Jim mascullaba:

—Folla madre…, mata padre…, folla madre…

Entonces dijo claramente:

—Tengo que volver al estudio.

Abrió la puerta y bajó del coche.

Rehízo el camino corriendo, escaló la valla de madera de dos metros y medio de alto, consiguió cruzar una puerta exterior y una segunda puerta que conducía al estudio. Respirando dificultosamente, se quitó los zapatos, los vaqueros y la camisa.

—Folla madre…, mata padre…, folla madre…

Desnudo, cogió uno de los grandes ceniceros de barro y lo lanzó violentamente contra el suelo. Entonces arrancó un extintor de incendios de la

pared y roció con espuma química toda la mesa de mezclas, las paredes y los instrumentos, estropeando una de las guitarras de Robby y un clavicordio alquilado.

Jim soltó el extintor. Había oído una voz.

—¿Jim? ¿Jim? ¿Estás ahí?

Era Paul Rothchild, a quien había avisado Billie Winters, la chica que Jim había abandonado en medio de Sunset Strip. Estaban mirando desde la puerta. Jim salió corriendo.

—¡Hola, tío, me alegro de verte! Entremos, tío, vamos a grabar…, vamos a grabar unas canciones.

—Un momento, tío —dijo Paul—. Tenemos que irnos, vámonos de marcha a otro sitio. Aquí nos van a detener, tío. Sería una estupidez.

Convencieron a Jim para que saliese, pero se olvidó los zapatos, y a la mañana siguiente el propietario del estudio llamó a Paul. Había encontrado unos zapatos en medio del caos. Quería que le ayudase a descubrir de quién eran los zapatos. Paul contestó que enviase la factura a Elektra. Cuando los Doors llegaron al estudio aquella tarde, todo estaba limpio y ordenado, sin que nadie mencionara para nada los desperfectos.

—Muy bien —dijo Paul—, hoy grabaremos «The End». Creo que podremos hacerlo en una sola toma.

Lo hicieron en dos.

Más tarde, cuando Ray, John y Robby bromearon con Jim sobre el «incendio» que había apagado en el estudio (al final Paul se lo había contado), Jim negó la veracidad de la historia. El cenicero, la espuma química…

—No —dijo Jim—. ¿En serio?

Ray fue el primero en aparecer sobre el escenario, encendiendo una barra de incienso. Después salieron Robby, John y, finalmente, Jim, con sus vigorosos andares de chulo callejero.

Estaban en una nueva discoteca de moda llamada Ondine, cerca del puente de la calle 59, en Manhattan. Era uno de aquellos clubs diseñados para los bohemios de la parte alta de la ciudad, un cabaret *brechtiano* donde las celebraciones apocalípticas eran tan espesas como el humo de la marihuana. Era la primera actuación del grupo fuera de su ciudad. ¡Nueva York!

Jim tenía los ojos cerrados y echó la cabeza hacia atrás con insolencia. Plantó la bota sobre la base del pie del micro, acercó la entrepierna al palo y sacudió despreocupadamente la melena oscura y rizada. Detrás de él, Robby atacó la hipnótica introducción de «Back Door Man». Se oyó un grito, el aullido de un puma en la noche, y entonces Jim empezó a cantar: «Soy el hombre de la puerta trasera. / Los hombres no se enteran, pero las chicas saben de qué va…».

Corrió la voz, y la noticia se propagó como la llegada de un cargamento de hierba mexicana buena y barata. La segunda noche, las mejores *groupies*[8] de la ciudad estaban allí.

«Tenéis que ir a ver a ese grupo —contó una de ellas a todas sus amistades —. El cantante está en su punto».

Durante las semanas siguientes, Jim vagó por las calles de la parte baja de Manhattan, bebiendo cerveza en Bowery, entrando en las pequeñas *boutiques* del Lower East Side, frecuentando las raídas librerías de la Cuarta Avenida. Hubo algunas reuniones con Elektra: para firmar el contrato editorial con Nipper Music, una de las compañías de Jac Holzman; para dar el visto bueno a la fotografía de la portada del álbum; para acceder, a regañadientes, a editar «Break On Through» si el verso *«She gets high. / She gets high. / She gets high»* se convertía en *«She gets. / She gets. / She gets»*[9]. Iba a ser el primer *single* de los Doors, y Holzman temía que la palabra *high* dificultase que lo radiaran. Como tenían muy poco dinero, los Doors pasaban las tardes en sus habitaciones del hotel Henry Hudson mirando series de humor en la tele y fumando hierba. De vez en cuando, cuando Jim estaba aburrido, se colgaba de la cornisa de una ventana del hotel.

El grupo volvió a Los Ángeles a finales de noviembre y Jim se trasladó a vivir con Pamela Courson. Habían estado saliendo intermitentemente durante casi un año, y ahora ella tenía un pequeño piso en Laurel Canyon. Si bien Pamela no había aceptado completamente la irresponsabilidad de Jim, ya había aprendido a esperarla. De entrada, *trasladarse*, para Jim, significaba poco más que dormir allí, ya que no tenía casi nada, ni nada que trasladar. Más importante y frustrante para Pamela era saber que por el hecho de que durmiera allí las noches del martes al viernes, eso no significaba que fuese a estar allí el sábado o el domingo, ni el miércoles o el jueves siguiente.

Pero ella tampoco se quedaba corta. Mientras los Doors estuvieron en Nueva York, Pamela llegó a llamar tres veces al día al hotel intentando encontrar a Jim en su habitación. Al final, perdida la esperanza, empezó a salir con un joven actor llamado Tom Baker. Al volver Jim (y al volver Pamela con Jim), los dos hombres se hicieron amigos y supieron que compartían el amor por el teatro y la poesía, además de una infancia nómada y militar.

Durante las semanas siguientes no es que los Doors tuvieran precisamente gran cosa que hacer, así que se pasaban por las pequeñas oficinas de Elektra para ayudar a preparar el lanzamiento del disco.

—Hola, chicos —les dijo su viejo amigo Billy James—. ¿Estáis preparados?

—Lo hemos estado pensando —dijo Ray—, y no estamos seguros de querer una hoja biográfica. Creemos que nuestros orígenes o nuestros colores preferidos son irrelevantes para la gente que escuche nuestra música.

—Tenéis razón, claro —reconoció Billy—. De todas formas, tarde o temprano os preguntarán cuáles son vuestros objetivos. No sería mala idea escribir todas esas cosas ahora y olvidarnos de ello.

Los cinco jóvenes hablaron del tema de la promoción durante casi una hora. Comprendían la importancia de dar una buena imagen, pero todas las hojas biográficas que habían visto de otros artistas —incluyendo los de Elektra— eran muy aburridas.

Billy se acercó a una de las ventanas de la habitación, desde donde observó el *smog*[10] durante un instante, y luego dijo:

—A ver…, ¿por qué no lo escribimos ahora? Podéis decir todo lo que os apetezca, y lo enviamos a Nueva York.

Sue Helms, la directora de la oficina, taquigrafió todo lo que allí se dijo y luego lo pasó a limpio para que los Doors dieran su aprobación. En total eran treinta páginas, y la parte que al final se elegiría contenía algunas de las frases más imaginativas de Jim, frases que aparecerían en letra impresa y que iban a definir —y limitar— la imagen de Jim Morrison hasta mucho tiempo después.

> Sobre el escenario parece que los Doors estén en su propio mundo. Las canciones son antiguas y espaciales. Suenan a música de carnaval.

> Cuando concluyen, hay un segundo de silencio. Algo nuevo se ha adueñado de la sala.
>
> Podría decirse que es un accidente el hecho de que yo sea la persona ideal para el trabajo que estoy realizando; me siento como la cuerda de un arco que ha estado tensa durante 22 años, y de pronto se suelta. Yo soy, en primer lugar, norteamericano; en segundo lugar, californiano; en tercer lugar, ciudadano de Los Ángeles. Siempre me he sentido atraído por las ideas que tienen relación con la rebelión contra la autoridad; cuando haces las paces con la autoridad, te conviertes en la autoridad. Me gustan las ideas que tengan relación con escapar o derribar el orden establecido; me interesa cualquier cosa que tenga que ver con la rebelión, el desorden, el caos y, especialmente, cualquier actividad que aparentemente carezca de significado.

La hoja de datos que acompañaba a esta estudiada propaganda era más tradicional. En ella, Jim decía que sus grupos favoritos eran los Beach Boys, los Kinks y Love. Decía que admiraba a Frank Sinatra y a Elvis Presley y, como actores, a Jack Palance y a Sarah Miles. También afirmaba que no tenía familia, que sus padres habían muerto.

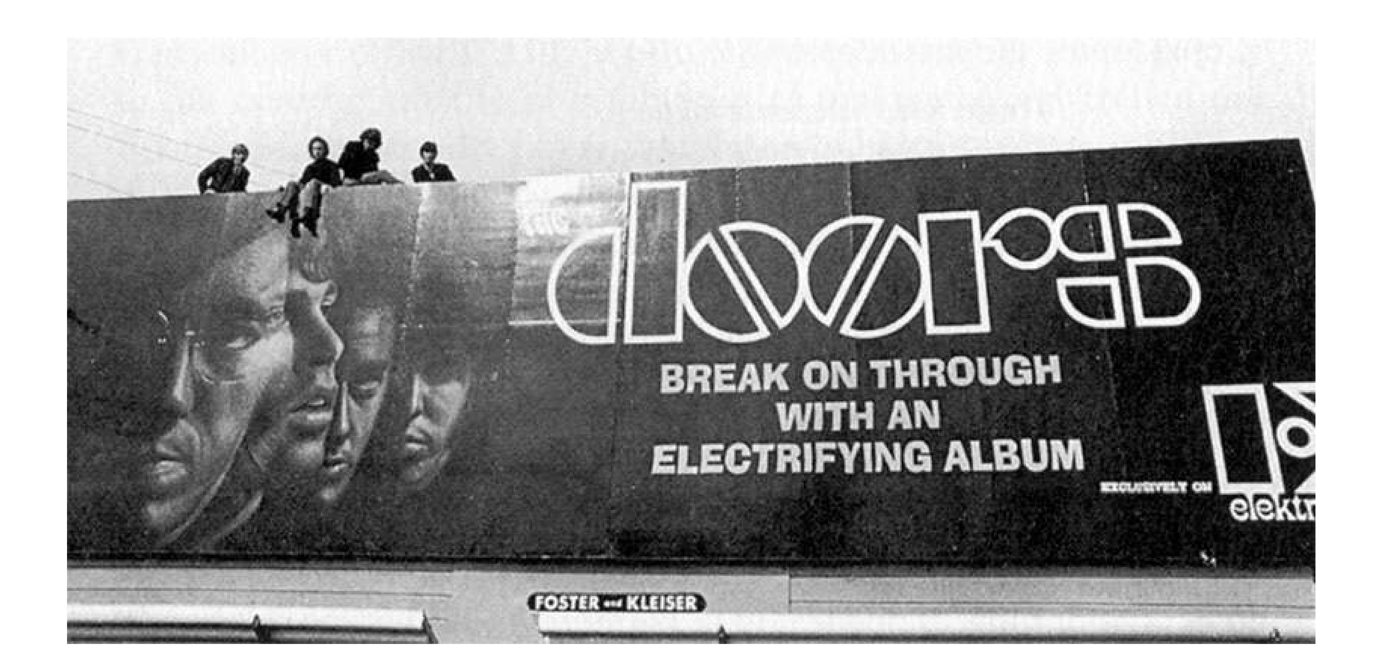
«¡Jim! —le dijo Sue Helms—. Eso no está bien. ¿Qué pensarán tus padres?». Jim insistió. Si alguien lo preguntara alguna vez, sus padres estaban muertos. Y eso es lo que ponía en la hoja biográfica.

La primera semana de enero de 1967, el álbum titulado *The Doors* y el *single* «Break On Through» salieron a la venta. Una cartelera con sus rostros y el lema «THE DOORS: Se abren camino con un álbum electrizante» se convirtió en el primer anuncio de un grupo de *rock* que se colocaba en Sunset Strip. El grupo viajó a San Francisco para actuar en el Fillmore Auditorium de Bill Graham, teloneando a los Young Rascals y a los Sopwith Camel. La paga, 350 dólares, era mínima, pero el local era el más importante del país.

Llegaron pronto a San Francisco, a tiempo para la Concentración Humana del Miércoles, un acontecimiento catalizador y espiritualmente orgásmico que pasó a formar parte de la mitología pop antes incluso de que acabara el día. Los Doors quedaron inmensamente impresionados por la reunión en el parque Golden Gate.

La era Haight-Ashbury se había formalizado aquella semana en San Francisco, y los Doors, de lleno, se sentían parte de ella.





Abrieron la actuación del Fillmore con su *single* «Break On Through», y a continuación tocaron la canción que Jim había dedicado al Maharishi, «Take

It As It Comes», ambas poseedoras de un valor existencial contemporáneo. Normalmente, el grupo telonero solía suscitar poco interés en aquel tipo de conciertos, pero cuando los Doors iban por la tercera canción, los seguidores de los Young Rascals, de los Sopwith Camel y los asiduos del Fillmore empezaron a acercarse al escenario para mirar y escuchar con más atención. El grupo tocó «Light My Fire»:

Sabes que no sería verdad,
sabes que sería un mentiroso
si te dijera, chica,
que no podemos ponernos más ciegos.

La canción era básicamente de Robby. Él había compuesto la melodía y casi toda la letra, con alguna pequeña ayuda de Jim. Pero Ray había creado una carnavalesca introducción de órgano que pronto llegaría a considerarse como una especie de definición del sonido Doors. Lo más significativo era que la canción duraba siete u ocho minutos, en su mayor parte un interludio musical que dejaba claro que los Doors eran algo más que Jim Morrison. El grupo afirmaba que nunca tocaban esta canción del mismo modo, sino que la utilizaban como un telar ambiental en el que tejían una improvisación intrincada y jazzística, hasta llegar a un clímax vertiginoso:

El tiempo de las dudas ha terminado,
no hay tiempo para revolcarse en el fango.
Inténtalo ahora, solo podemos perder
y que nuestro amor acabe en una pira funeraria.

Venga, nena, enciende mi fuego.
Venga, nena, enciende mi fuego.
Trata de pegar fuego a la noche.
¡Trata de pegar fuego a la nocheeeeeee!

El público del Fillmore estaba hipnotizado.

Durante el segundo pase los Doors interpretaron «The End», y Jim, al intentar coger el micro, tropezó y se cayó encima de la batería, lesionándose la espalda. Sin embargo, al ocurrir esto justo después de que Jim gritara: «¿Madre? ¡Quiero follarteeeee!», el público pensó que la caída formaba parte

de la extraña coreografía. A la noche siguiente, ya había corrido la voz por toda la ciudad: «Id al Fillmore a ver al grupo telonero».

Los Doors volvieron a San Francisco tres semanas después para dar otra serie de actuaciones en el Fillmore, teloneando esta vez a los Grateful Dead y a la Junior Wells’ Chicago Blues Band. Y, como ya sucediera en el Whiskey, «borraron del escenario a los cabezas de cartel».

Durante los dos meses siguientes, hasta finales de marzo, el grupo permaneció en California, ayudando a que el *single* subiera puestos en las listas. La principal emisora de radio *rock* recibía continuas llamadas para que pusieran la canción, que llegó al número once en Los Ángeles.

Estaban cogiendo velocidad. Dieron un concierto benéfico para la KPFK-FM, la emisora de la zona del Pacífico subvencionada por los oyentes. A continuación actuaron en el antiguo Moulin Rouge, que ahora se llamaba Hullabaloo, y tocaron durante una semana en Gazzarri’s, en Sunset Strip, a raíz de lo cual les hicieron una pequeña pero alentadora reseña en *Los Angeles Times*. La misma semana, a finales de febrero, otro crítico del *Times* (John Mendelsohn) tildó a Jim de «algo amanerado, lóbrego e insulso» y dijo que «The End» era una «exploración de lo aburrido que puede llegar a ser mientras recita sobreelaboradas y psicodélicas conclusiones erróneas y falacias particularmente simples». Casi un año después, Jim se encontró con este crítico en un ascensor y, una vez que el ascensor se puso en marcha y el crítico ya no tenía escapatoria, Jim sonrió y dijo: «Sobreelaboradas y psicodélicas conclusiones erróneas y falacias particularmente simples, ¿eh?».

Después, los Doors fueron a San Francisco para actuar por primera vez en el Avalon Ballroom, la menos convencional de las dos grandes salas de baile de la ciudad. Esta vez eran ellos los cabezas de cartel, precedidos por los Sparrow y Country Joe and the Fish.

Ahora Jim y Pamela tenían un nuevo apartamento en Laurel Canyon, en Rothdell Trail. El piso estaba escasamente amueblado, y se oía constantemente el zumbido y el repiqueteo del tráfico del Boulevard. A menudo, Jim se sentaba en el balcón con una cerveza, mirando a la gente entrar y salir del pequeño colmado que había a unos veinte metros. En un garaje, dos puertas más allá, vivía el amigable camello del barrio, un expinchadiscos que se llamaba Ted. Era él a quien Pamela compraba la

heroína y, pese a consumir esta droga muy de vez en cuando, todavía no se había atrevido a confesárselo a Jim. «Por favor, no se lo digas a Jim —le rogaba—. No se lo digas nunca. Me mataría».

Pamela iba a Gazzarri's siempre que tocaban los Doors y, cuando no había actuación, salía con Jim por el Strip, se sentaba a su lado mientras él bebía hasta enloquecer y entonces se iba con el primer grupo que estuviese tocando por ahí y se ponía a cantar con ellos hasta que los del grupo le echaban. Al final, se iban a casa andando. Cansados, drogados, borrachos y derrotados, les solían dar las dos de la mañana y, para llegar hasta el piso, tenían que caminar veinte minutos cuesta arriba.

—Por favor, Jim, hagamos autostop esta noche.

Jim siempre decía que no, y cada noche hacían el camino a pie. Pamela descargaba el brazo sobre la espalda de Jim, apoyándose en él, con la cabeza sobre su hombro derecho, y daba cabezadas. Tropezaba y se volvía a levantar.

—Por favor, Jim, deja que pare un coche…

—Venga, cariño, solo es un poco más allá. Son solo unos cuantos metros…

Poco después, Jim escribió una canción sobre su casa de Rothdell Trail titulada «Love Street». Como en el resto de canciones que dedicó a Pamela, había una indecisión, un rechazo a comprometerse del todo, una hiriente mordacidad final:

Ella vive en la Calle del Amor,
siempre anda por la Calle del Amor.
Tiene una casa con jardín.
Me gustaría ver qué pasa.

Tiene túnicas y tiene monos,
pelotilleros holgazanes adornados de diamantes.
Tiene sabiduría y sabe lo que hace,
me tiene a mí y te tiene a ti.

Veo cómo vives en la Calle del Amor.
Ahí está la tienda donde se reúnen las criaturas.
Me pregunto qué harán ahí dentro
un domingo de verano y un año.

Creo que hasta aquí… me gusta.

Pese a todo, Jim seguía durmiendo allí donde perdiera el sentido. Andaba dando tumbos por Sunset Strip, cantando con grupos perfectamente olvidables, cayéndose borracho como una cuba con amigos que acababa de conocer. Una noche atravesó corriendo, completamente embriagado, un cementerio de Hollywood, en busca de la tumba de Valentino; otra noche hizo de torero con los coches que pasaban a toda velocidad; en otra ocasión quemó una parte de sus cuadernos y poemas en la cocina de una amiga.

—¡Tandy Martin! ¡Qué fuerte!

A Jim le sorprendió ver en Nueva York a su antigua novia del instituto. Era mediados de marzo, y los Doors habían regresado para otra semana de conciertos en el Ondine. Tandy le contó a Jim que se había casado con un pintor que hacía de editor de poesía en el *East Village Other*, un exitoso periódico *underground*. Jim la invitó a acompañarle a una cena en casa de Jac Holzman, y al presentarla, dejó claro que se trataba de una vieja amiga y no de otro de sus ligues:

—Robby, esta es Tandy Martin. Fui a la escuela con ella… Jac, te presento a Tandy, una amiga mía del instituto…

Después de cenar, Jim se emborrachó.

—¿Siempre bebes tanto, Jim?

—No siempre. Bueno… A veces bebo más. —Rio.

Tandy miró a Jim sin comprender nada.

—He bebido mucho —dijo Jim, finalmente—, pero estoy mejorando. Ahora sé cuándo…, bueno, sé calcular cuánto tengo que beber para no perder el control. Cada sorbo es una nueva posibilidad. Otra centelleante posibilidad para llegar a la felicidad.

La disertación de Jim se extendía como la melaza, ahora una frase poética, ahora otra incoherente. Estaban sentados en la espaciosa sala de estar de casa de Jac, cerca de una ventana. Jim contemplaba el exterior, la noche de Manhattan, sin mirar a Tandy mientras hablaba.

—Tenemos que reunir las canciones para grabar el segundo álbum. Tenemos suficientes, pero estoy intentando escribir algunas más.

—¿Aún guardas los diarios que me dejabas leer?

Jim miró a Tandy, un tanto asustado por lo que estaba a punto de contar.

—Algunos. Pero otros los he perdido, y una noche que iba de ácido en Los Ángeles cometí la estupidez de quemar algunos. ¿Crees que si tomase pentotal sódico podría acordarme de lo que había escrito?

Tandy estaba inmóvil, con las manos sobre el regazo, mirando a Jim con atención y tristeza. Ninguno de los dos se daba cuenta de que había otras personas en la sala.

Jim se puso a rebuscar en los bolsillos y extrajo montones de servilletas, cajas de cerillas y tarjetas.

—Alguien me ha dado el nombre de un psiquiatra —dijo, sosteniendo finalmente en el aire un sobre rasgado—. *Una* psiquiatra.

De pronto, se puso a hablar con su estúpida voz de persona a punto de perecer tragada por las arenas movedizas.

—¿A ti qué te parece?

—Creo que podría ser una ayuda. Quizá no, pero no tienes nada que perder. No te irá mal.

Jim se quedó un instante en silencio, y después dijo:

—Bueno, yo no necesito ningún psiquiatra, no tengo por qué hacerlo, no tengo ningún problema con la bebida.

Después le pidió a Tandy que fuese a verle al Ondine.

—¡Eh, Jim! —le llamó Ray desde el otro extremo de la habitación—. Es hora de ir al club. ¿Estás listo?

Cuando Tandy llegó al Ondine, Jim se había olvidado de dejar su nombre en la lista de invitados y no la dejaron entrar. Entonces apareció Jim. Tandy estaba furiosa.

—¡Jim! ¡Maldito seas, Jim! Ese tipo me ha tratado como si fuese una mierda. Dile que te has olvidado de dejar mi nombre. Díselo, me acaba de poner en ridículo.

Jim habló con el portero.

—Esto…, yo…, bueno, tenía que haber dejado su nombre en la puerta.

Después preguntó dulcemente a Tandy:

—¿Te parece bien así?

Entonces le dijo que le esperara en el camerino, que la vería más tarde, y se dirigió al bar, donde docenas de los personajes más en boga de Nueva York

estaban ansiosos por pagarle las copas.

Gran parte de la adulación estaba provocada por la buena aceptación crítica que los Doors, y especialmente Jim, recibían de Richard Goldstein, que a sus veinticinco años era uno de los dos o tres críticos de *rock* más importantes del país. Se había perdido a los Doors en su primera actuación en el Ondine, pero, estando en Los Ángeles, les había escuchado en Gazzarri's, y ahora les apoyaba, calificando su regreso al Ondine como un «éxito rotundo» en las páginas del *Village Voice* y describiendo el disco como «una convincente, tensa y poderosa excursión». De «The End» proclamaba que «cualquiera que discuta el concepto de literatura *rock* haría bien en escuchar atentamente esta canción». Se trataba, según Goldstein, nada menos que de «pop *joyceano*». Describía a Jim como un «gamberro callejero que había ido al cielo y se había reencarnado en un chico del coro de ángeles».

—Tíos, deberíais haber visto las cartas —dijo John a los demás una semana más tarde, de regreso a Los Ángeles—. Dave Diamond nos llevó a Robby y a mí a su casa y había un montón de cartas así de alto.

—Todo el mundo quiere oír «Light My Fire» —añadió Robby—. Dave dice que estamos locos si no la sacamos como próximo *single*.

El *Diamond Mine* de Dave Diamond era uno de los programas de *rock* más importantes de la radio de Los Ángeles, y uno de los programas donde estaban pinchando la canción. Pero ¿cómo iban a publicarla? En el álbum duraba casi siete minutos, y los *singles* solían durar menos de la mitad.

Alguien le dijo a Jim que dividieran la canción entre las dos caras del *single*, siguiendo la vieja tradición de canciones con dos partes. Otros le aconsejaron que no transigiera, que publicaran la canción tal como estaba. ¿No había sido un éxito «Like a Rolling Stone», de Bob Dylan, con sus seis minutos? Jac Holzman, sin embargo, prefería una versión más corta y pidió a los Doors que volvieran al estudio para regrabar la canción. Lo intentaron, pero al final pidieron al productor Paul Rothchild que eliminara un fragmento de la parte instrumental.

Unos días más tarde, los Doors actuaban en Ciro's, en Sunset Strip, un local que en el pasado se había impregnado del *glamour* de las estrellas de cine que lo frecuentaban, y que más recientemente había servido de plataforma de lanzamiento a los Byrds. Jim había preparado muy a conciencia esta

actuación. En el escenario hizo la danza del chamán, dando vueltas, saltando y haciendo volar el micrófono. Después tiró el pie del micro y cayó sobre él, para luego levantarse, recuperarlo y volverlo a tirar. Una alta mujer negra con la cabeza afeitada se puso a bailar con él. David Thompson, un antiguo compañero de la escuela de cine que llevaba las luces del club, estaba tan impresionado que prescindió del equipo y se quedó contemplando la actuación hasta que terminó. Un joven surgió del público como lanzado por una ballesta gigante, abrazó a Jim y le ofreció su copa para que bebiese. Jim bebió. Al acabar, los Doors estaban muy excitados. Se habían colocado en el escenario, y habían conseguido que el público se colocase con ellos.

Una semana más tarde, los Doors volvieron a triunfar tocando para diez mil personas —era la primera vez que actuaban ante tanto público— en el estadio de un instituto del Valle de San Fernando, donde abrieron para los Jefferson Airplane, la banda de San Francisco. El público había ido a ver a los Doors. Al terminar estos, se fue una tercera parte de la gente.

Hasta aquel momento, los negocios y contratos de los Doors eran controlados en su mayor parte por Elektra y por el padre de Robby, o por los propios chicos. Pero cuando «Light My Fire» apareció en las listas nacionales de ventas, coincidieron en que era el momento de contratar a unos mánager profesionales.

Aquello no se debía solo al éxito que esperaban tener. Como recuerda Robby: «Jim estaba colgado, nos creaba muchos problemas. En aquellos días teníamos que trabajar duro solo para conseguir una actuación, y después teníamos que trabajar duro para conseguir que Jim llegase a tiempo. Así que pensamos: ¿por qué tenemos que hacer esto? Necesitamos un mánager que le haga de canguro».

Había también otras razones más normales para buscar un mánager: entrar en una agencia de contratación y encontrar a un publicista; organizar sus vidas y llevar los negocios con eficacia; hacer de muro protector entre ellos y los promotores, propietarios de clubs, prensa y público; y, como dice Ray: «Contestar al maldito teléfono».

Tras unas semanas de búsqueda y de discutir las pocas ofertas que tenían, los Doors firmaron finalmente con Asher Dann, un próspero agente inmobiliario que vendía casas a las estrellas del cine y que ahora quería una

porción más grande de la tarta del *glamour*; y con el nuevo socio de Asher, Sal Bonafede, que había trabajado para el exitoso grupo de la Costa Este Dion and the Belmonts y que ahora llevaba a una popular cantante llamada Lainie Kazan.

Como Jim, Asher era una persona tímida y encantadora, un hombre guapo al estilo tenístico de California. Siendo también un gran bebedor, adoptó rápidamente el papel de canguro número uno de Jim. Por otro lado, Sal era astuto, hablaba deprisa, pero no le gustaba lo más mínimo a Jim, que le recordaba a un mafioso; solo le faltaba el mostacho.

Sal y Ash, que se llevaban el 15 por ciento de las ganancias de los Doors más gastos, llevaron rápidamente al grupo a una agencia de contratación y a una firma de publicidad. Todd Schiffman era un elegante agente de veinticinco años que vestía trajes a cuadros y corbatas anchas. Lo primero que hizo fue subir el caché de la banda. En aquel momento cobraban de 750 a 1.000 dólares por noche en Los Ángeles, pero en Nueva York, donde les esperaban tres semanas de actuaciones, iban a hacer tres pases cada noche por 750 dólares a la semana. Todd creía que esos precios eran demasiado bajos, así que empezó a trabajarse a un pequeño promotor de Denver que le había llamado para contratar a los Airplane para dos noches en septiembre. Cuando Todd hubo terminado de charlar y fanfarronear, el promotor ya había accedido a llevar a los Doors en su lugar, por 7.000 dólares. De hecho, en septiembre los Doors aún costarían más, pero en abril, antes de «Light My Fire», el trato sirvió para establecer un precio que el agente utilizaría en el futuro para provecho del grupo.

Hubo una excepción. Fue la actuación del 7 de mayo en el Valley Music Theater de Los Ángeles por 750 dólares, en agradecimiento a Dave Diamond, que promocionaba el concierto —recaudó 10.000 dólares en bruto—, por haberles ayudado a hacerse un nombre entre el público local.

Mike Gershman, un llano neoyorquino que acababa de ser destinado a Beverly Hills para poner en marcha el departamento de *rock* de Rogers, Cowan y Brenner, la General Motors de la publicidad hollywoodiense, había aprendido algo de la escena roquera entrando en una tienda y pidiendo «una docena de discos de grupos con nombres raros». Había aprendido lo suficiente como para bombardear las redacciones del *Time* y *Newsweek* con

cartas inventadas dirigidas a los Doors.

El equipo de los Doors estaba completo. Tenían un abogado de unos cincuenta años cuya especialidad era el derecho criminal, pero que también disfrutaba de todo lo relacionado con el mundo del espectáculo. Tenían unos mánager atraídos no por la música, sino por el potencial de estrella de Jim. Tenían un agente y un publicista jóvenes que estaban poniendo en marcha nuevos departamentos, ansiosos de demostrar su valía. Era un surtido casual pero nada inusual.

Verano del 67. Junio fue un buen mes. El día 3, la versión corta de «Light My Fire» hizo su primera aparición en las listas nacionales y, a continuación, los Doors fueron a San Francisco para actuar por vez primera en el Fillmore como cabezas de cartel, junto a la Jim Kweskin Jug Band. El día 11 volaron a Nueva York, donde fueron recibidos por el nuevo director de promoción de Elektra, Danny Fields, y salieron a toda velocidad en una limusina alquilada en dirección al Village Theater del Lower East Side, donde la emisora de radio WOR-FM celebraba su primer aniversario. Otros grupos habían actuado ya cuando llegaron los Doors, y una pandilla de jazzeros locales que simulaban poses roqueras estaban terminando su ruidosa actuación. El presentador, uno de los pinchadiscos de la emisora, dijo algo de «encenderse» y presentó a los Doors. El telón subió, y Jim subió con él, agarrándose con las dos manos. El aplauso fue prolongado.

Al día siguiente, los Doors iniciaron lo que sería su último compromiso con un club, tres semanas en otra de las discotecas más en boga de Nueva York, dirigida por un encantador organizador de fiestas y relaciones públicas llamado Steve Paul. El local recibía el nombre, muy apropiado, de The Scene. Como Ondine, The Scene era la meca de los conocedores del pop, un balneario nocturno que atraía a veleidosos estilistas de la parte alta de la ciudad, con sus apretados pantalones de terciopelo y su vestimenta importada de Carnaby Street. Otros venían del East y del West Village: eran los drogatas fanáticos de la música vestidos con plumas y flecos, símbolos de la paz y trajes raros y teatrales.

Lo que había ocurrido era que muchos de aquellos neoyorquinos se habían ido a California esa misma semana para asistir al Festival Pop de Monterrey. Los organizadores del festival habían pasado por alto a los Doors, hasta que

fue demasiado tarde, según el director del festival, John Simon, y eso les había molestado a los Doors, sobre todo porque The Scene había cerrado las puertas durante tres días y los Doors habían tenido que ir a actuar a Long Island y a Filadelfia.

Jim estaba melancólico y bebía en exceso. Daba largos y solitarios paseos desde la hora en que se despertaba, normalmente por la tarde, hasta que tenía que ir al club. En una ocasión, un lunes por la noche, acompañó a Danny Fields y a Paul Rothchild al Max's Kansas City del East Side y no quiso hablar con nadie durante toda la noche. En la actuación de Long Island, durante el fin de semana del festival pop, sorprendió al resto del grupo con un conato de quitarse la ropa en el escenario.

Pese a todo, las actuaciones fueron buenas y el humor de Jim mejoró cuando Richard Goldstein volvió a dedicar al grupo gran parte de su columna en el *Village Voice*, donde llamaba a Jim un «chamán sexual» y decía que «los Doors empiezan allí donde terminan los Rolling Stones». Lillian Roxon, otra respetada crítica de *rock*, dijo: «Los Doors son un intolerable y prolongado placer».



The Doors en The Scene, Nueva York, 1967

Entonces Pamela llegó a Nueva York para estar con Jim. Un día, mientras vagaban por la ciudad, se encontraron con una vieja amiga de Los Ángeles, Trina Robbins, que tenía una tienda de ropa donde Pamela compró varios pantalones de campana y terciopelo. Al regresar al hotel, llamó Tom Baker. Pamela le dijo que aquella era la última noche en que Jim actuaba y le preguntó si podía venir. Tom dijo que sí, y que traería a unos amigos con los que tenía la intención de hacer una película, Andy Warhol y Paul Morrisey.

Tom se acercó furtivamente a Jim en la fiesta que hubo tras el concierto.

—¿Qué tal?

—Bastante bien, bastante bien.

Ray se unió a ellos.

—Tienes razón. Los Beatles han comprado diez copias del álbum.

—Sí, debe de irnos muy bien, porque Pamela está buscando una casa —añadió Jim.

Durante la semana siguiente, los Doors actuaron dos veces más, teloneando a Simon and Garfunkel, en Forest Hills, Nueva York, y como cabezas de cartel en Greenwich, Connecticut, en el auditorio de un instituto. En Forest Hills se enfrentaron a los seguidores de Simon and Garfunkel, totalmente desinteresados en los fuegos artificiales de Jim, indiferentes a todo lo que sonase a *rock*.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Danny Fields cuando Jim apareció el lunes por las oficinas de Elektra.

—Se han reído de mí.

Danny bajó la voz.

—¿Qué quieres decir?

—Se abrió el telón y allí estaba yo, y entonces empezaron a reírse. Aquellos cabrones me odiaban. Y yo les odiaba a ellos. Quería matarles. Nunca había odiado tanto a nadie. No pude hacer nada durante el resto de la actuación, de tanto que les odiaba.

Simultáneamente, «Light My Fire» se movía muy deprisa, popularizándose de oeste a este, tal como lo habían hecho los propios Doors. En la tercera semana de junio, entró en el venerado *Top 10*, donde se mantuvo durante todo un mes, subiendo peldaño a peldaño. Finalmente, el 25 de julio, Sal y Ash recibieron una llamada de Elektra.

—Haced el favor de comunicar a los chicos —dijo la voz— que en el número de la semana próxima del *Billboard* los Doors estarán en el número uno.

¡Lo habían conseguido! Número uno. El verdadero estrellato estaba al alcance de la mano.

---

[8] Chicas que intentan por todos los medios conocer y ligarse a los músicos de *rock*.

[9] *She gets high* equivale a «se pone ciega» (fumando o tomando algún tipo de droga), y *she gets*, «lo consigue».

[10] Niebla causada por la contaminación.

05

Para celebrar el éxito, Jim salió y se compró un traje de cuero negro, tan ceñido que cuando se puso los pantalones y se colocó delante del espejo parecía un cuerpo desnudo teñido con tinta china. Pasó un buen rato mirándose, haciendo poses, quitándose y poniéndose la chaqueta de cuero. Al final, dejó caer la chaqueta y flexionó el pecho y los brazos ágiles pero musculosos, veteando los músculos del abdomen y tensando los del cuello. Con el pelo oscuro y ondulado y las mejillas hundidas, parecía un David recién llegado a Hollywood, el puño enguantado de un chico negro.

«Aquel mes de junio —dice Danny Fields—, al ver a Jim rodeado de *groupies* en el camerino del Fillmore, decidí que si mi tarea era ocuparme de la imagen de aquella persona, al menos iba a mejorar su gusto por las mujeres».

En julio, Danny le presentó a Jim por teléfono a Gloria Stavers, la editora de la revista *16*. A continuación, cuando descubrió que algunos de los amigos de Andy Warhol se alojaban en el Castillo, la siempre disponible residencia del actor Phillip Law, se encargó de que Jim conociera a una de las chicas de Warhol.

Nico no tenía edad, era evasiva y carismática. Había trabajado como modelo de revistas en su Alemania natal, en 1958 había aparecido en *La dolce vita* de Fellini, había sido amante del actor francés Alain Delon, era amiga íntima de Bob Dylan y Brian Jones, y era una de las estrellas de *Chelsea Girls*, de Warhol. Ahora hacía de vocalista en la excéntrica contribución de Warhol al *rock*, la Exploding Plastic Inevitable. Era tan alta como Jim, y por muchas locuras que él hiciera, ella aún iba más allá.

También disfrutaba bebiendo. Jim la encontró irresistible.

Parecía una película de Ingmar Bergman, escrita por Bertolt Brecht y escenificada por Ionesco. Jim estaba bebiendo vino cuando descubrió que Danny tenía unos siete gramos de chocolate, e inmediatamente se lo fumó todo. Entonces recordó que llevaba un ácido y se lo tragó con un poco de vodka.

Danny estaba hablando de negocios.

—Tienes que comprender lo importante que es la revista *16*. Es la llave para llegar a los menores de doce años.

Jim miró a Danny distraídamente.

—¿Tienes algún Tuinal? —le preguntó.

—Es importante proyectar una imagen adecuada, Jim.

—¿Estás seguro de que nos hemos terminado el chocolate?

Jim y Nico se agacharon y empezaron a buscar por el suelo.

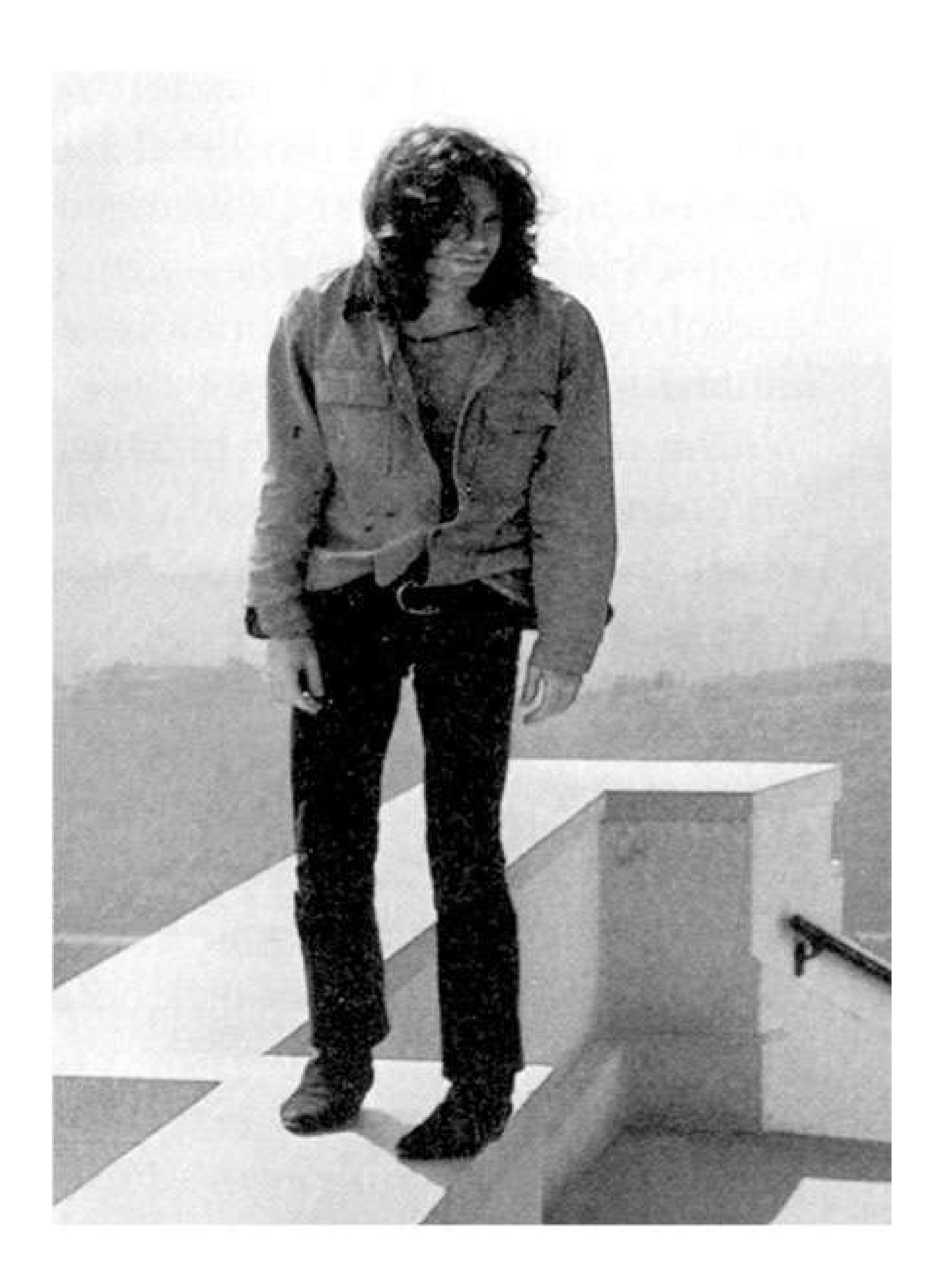
Más tarde, aquella misma noche, se oyeron unos gritos en el patio del Castillo. Jim estaba tirando a Nico del pelo. Al final, ella había conseguido liberarse y, minutos más tarde, Jim andaba desnudo por entre los pretiles del Castillo bajo el resplandor de la luna llena.

Al día siguiente, Jim se lanzó al agua de la piscina del Castillo. Cruzó varias veces la piscina a nado, en una carrera agresiva y solitaria.

«Jim está loco —decía Nico en su profunda voz wagneriana—. Está completamente loco».

Era evidente que le adoraba.

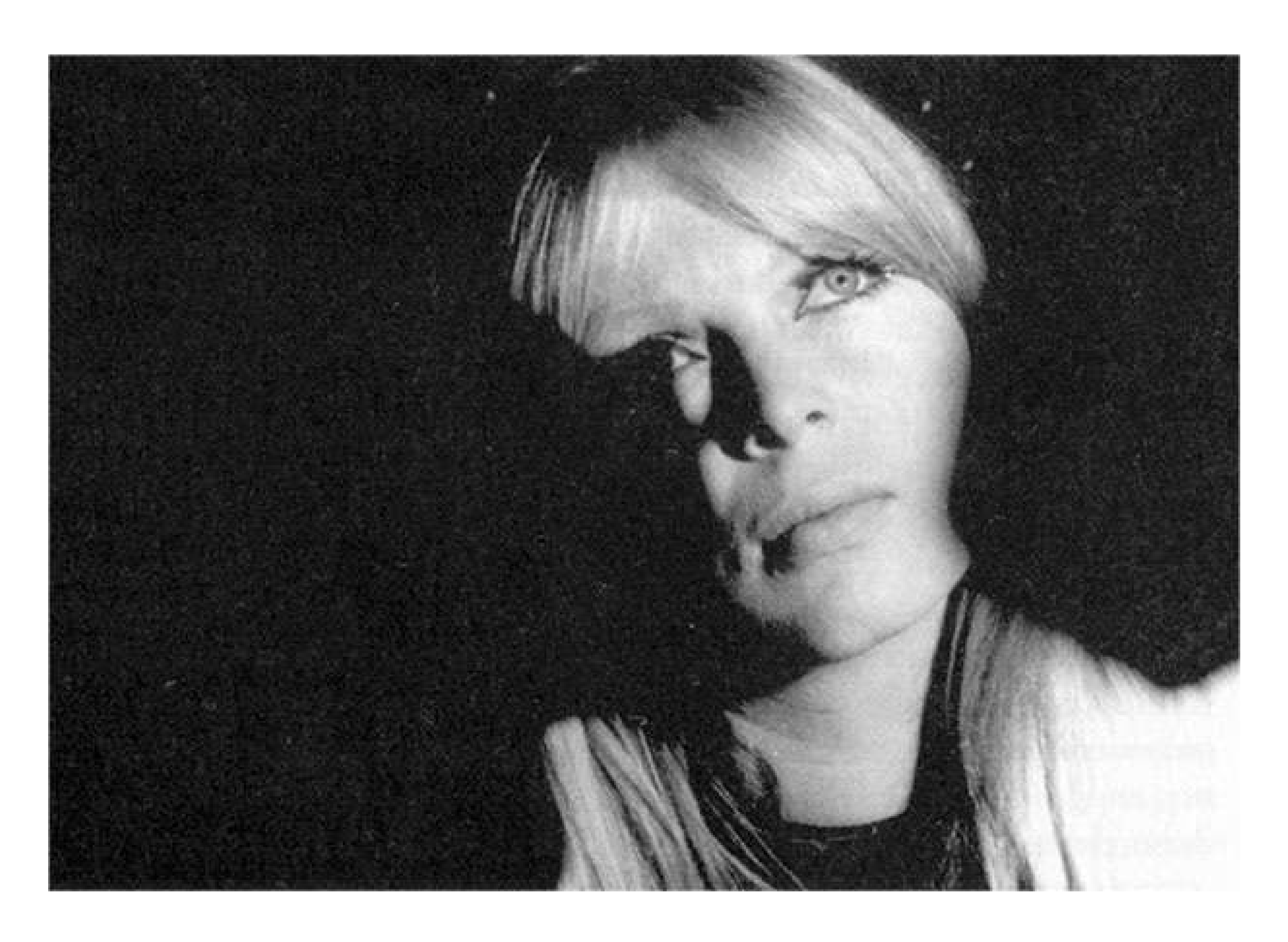
Al día siguiente, Jim volvía con Pamela. Nico, al igual que algunas otras, reaparecería al cabo de años, pero para él Pamela era su «compañera cósmica», una expresión que solo usaba cuando se refería a ella. Las Nicos que hubo en la vida de Jim —las docenas de mujeres que conoció en la noche de Hollywood— eran solo el aperitivo y el postre: Pamela era su sustento.



Uno de sus juegos favoritos

En muchos aspectos, Pamela era igual que Jim. Era inteligente, físicamente atractiva e introvertida. Evitaba la luz del sol y prefería el anonimato de la oscuridad. Le gustaba experimentar con drogas —aunque, a diferencia de Jim, prefería los tranquilizantes a las drogas psicodélicas y, de vez en cuando, esnifaba heroína— y no se oponía a los rollos fuera de la pareja ni a los ligues ocasionales. Consideraba irrelevante la moralidad tradicional: la vida en los años sesenta era más existencial, más hedonista, menos rígida.

En ciertos aspectos, se parecía a la madre de Jim. Este contaba a sus amigos que a Pamela le gustaba «construir un nido» y que era buena cocinera. Pero también se quejaba porque se sentía alejada de los otros Doors y le decía incesantemente a Jim que se había equivocado de carrera, que la poesía le convenía mucho más. También le martilleaba diciendo que bebía demasiado. A veces Jim se ponía nervioso y se encaraba. Para Pamela, lo más brutal era que Jim la rechazase verbalmente. Como la vez que tuvieron que ir a Cheetah, en Los Ángeles, para un concierto de bienvenida a los Doors.



Nico (1938-1988), en The Factory.
En 1969 grabó una canción dedicada a Jim Morrison,
«Julius Caesar», y en 1974 versionó «The End»

Jim se había puesto su conjunto de cuero y se retocaba el pelo recién lavado frente al espejo del lavabo. Succionó las mejillas y tensó los músculos del cuello, al tiempo que se daba golpecitos con las manos en las caderas y los muslos, probando una pose descarada, andrógina.

—Va a ser un buen concierto —le dijo a Pamela, que se estaba vistiendo en la habitación de al lado—. Lo presiento. El Cheetah está en Venice, ¿lo sabías?

—Oh, Jim —dijo ella—, ¿vas a volver a llevar los pantalones de cuero? No te cambias nunca de ropa. Estás empezando a oler mal, ¿lo sabías?

Jim no dijo nada. Desde la calle les llegó el sonido de la bocina de un

coche. La limusina venía para llevarles a la franja de playa de Los Ángeles donde hacía exactamente dos años Jim se había encontrado con Ray y le había cantado «Moonlight Drive». Corrieron escaleras abajo y cuando Pamela iba a entrar en la limusina, Jim se puso delante de ella.

—¿Jim? —dijo ella—. ¿Qué…?

—He cambiado de opinión. No quiero que vengas. Lo único que harías sería fastidiarme.

Jim subió al coche y ordenó al conductor que arrancara, dejando atrás a Pamela.

«Light My Fire» permaneció en el número uno hasta mediados de agosto, por lo que los Doors entraron a grabar su segundo álbum, *Strange Days*, con absoluta confianza en sus posibilidades. Había pasado un año desde que grabaran el primer disco, y en ese tiempo el estudio número uno de Sunset Sound había doblado el número de pistas: ahora tenía ocho. Los Doors aprovecharon al máximo esa oportunidad para desarrollar su creatividad.

Como fondo para el poema que Jim había escrito en el instituto, «Horse Latitudes», Paul y el ingeniero Bruce Botnick crearon un telón de *musique concrète*. En una pista, Bruce extrajo el ruido de una grabadora, alteró la velocidad rebobinando con la mano y consiguió un sonido parecido al del viento. Jim, John, Robby y Ray tocaron instrumentos de modo poco habitual —pulsando las cuerdas de un piano, por ejemplo— y los sonidos orgánicos fueron desnaturalizados electrónicamente para crear diferentes tiempos y efectos. Incluso tiraron una botella de Coca-Cola en un contenedor de basuras metálico, golpearon cáscaras de coco en el suelo embaldosado e invitaron a algunos amigos a gritar hasta reventar. Sobre este fondo, sobresaliendo a duras penas, Jim gritaba los versos de su poema:

Cuando el mar inmóvil urde una armadura…

En la canción que titula el disco, «Strange Days», Ray fue uno de los primeros músicos en aplicar al *rock* un sintetizador Moog. En otro tema, «Unhappy Girl», tuvo que tocar toda la canción hacia atrás, y John tocó el *charles* también hacia atrás, creando un suave y succionante sonido rítmico.

Hubo otro tipo de experimentos. Paul intentó crear una atmósfera especial

en el estudio para grabar ciertas canciones. En una de las baladas, «I Can't See Your Face in My Mind», Paul susurró a los chicos que imaginaran que estaban en Japón, y que «a lo lejos se oía el sonido de un *koto*». Los Doors respondieron con una ruidosa obscenidad. Entonces Paul sugirió a Jim buscar a una chica que le masturbase mientras grababa «You're Lost Little Girl», una balada que esperaban que Frank Sinatra grabase un día para Mia Farrow. A Paul le gustaba tanto la idea que estaba dispuesto a pagar a una prostituta. Pero a Pamela también le gustó la idea, y se desnudó allí mismo, en la sala de control, y se dirigió silenciosamente hacia la cabina donde Jim estaba grabando las voces. Paul contó lentamente hasta sesenta, y entonces dijo:

—Aaaaaah… Avísame cuando, aaah, estés preparado, Jim.

Unos veinte minutos más tarde, Jim entró en la sala de control.

Paul se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—. No siempre se gana.

La intensidad lírica de Jim no había disminuido un ápice. Por un lado, estaba la fascinación por el sacrificio de los sementales españoles de «Horse Latitudes». «Moonlight Drive» tenía un final impactante. También encontraba su lugar la inseguridad honesta y dolorosa de «People Are Strange». Los once minutos de «When The Music's Over» contenían una inflamada protesta: «¡Queremos el mundo, y lo queremos ya!», así como una muestra de la constante preocupación de Jim por su propia muerte («Antes de hundirme en el gran sueño / quiero oír / el grito de la mariposa»). Y finalmente estaban las muestras de desprecio de Jim hacia las mujeres en «Unhappy Girl» («Estás encerrada en una prisión / de tu propia invención») y en el título de «You're Lost Little Girl». El segundo álbum no era el extraño catálogo de sacudidas y dolores físicos que había sido el primero, pero seguía describiendo un increíble surtido de aflicciones en un año, 1967, en que parecía que todos los demás cantaban al incienso, a la menta y a los cielos de mermelada. El disco también contaba con una portada muy poco habitual: un forzudo, un corneta, dos acróbatas, un malabarista y un enano jugueteando en una callejuela. La única mención al grupo era un pequeño cartel pegado a una pared del callejón. Elektra quería una foto del grupo con Jim a la cabeza, pero todos, especialmente Jim, se mostraron inflexibles. No querían foto en la portada. Solo accedieron a colocar una sombría fotografía en la funda

interior, junto a las letras.

A finales de verano de 1967, los Doors seguían cruzando el país de lado a lado. Una semana actuaron ante nueve mil personas en el Centro Anaheim de Convenciones en el sur de California, donde Jim se puso un jersey de deporte gris, sin mangas, manchado de pintura, por encima de los pantalones de cuero negro. Lanzó cigarrillos encendidos al público, y el público le contestó encendiendo cerillas cuando el grupo interpretó «Light My Fire». Después viajaron al este para cumplir con una semana de actuaciones en Filadelfia, Boston y Nuevo Hampshire, volviendo a Los Ángeles para actuar una vez más en el Cheetah con los Jefferson Airplane. «Light My Fire» permaneció en el puesto número uno durante tres semanas más, y después dio paso a «All You Need Is Love», de los Beatles, la misma semana que Elektra publicó la siguiente nota de prensa:

> Elektra Records ha solicitado a la Asociación de la Industria Discográfica de Norteamérica la certificación de que tanto el álbum como el *single* de los Doors han alcanzado la calificación de Discos de Oro. Hasta la presente semana (30 de agosto), según ha anunciado el presidente de Elektra, Jac Holzman, el álbum *The Doors* ha sobrepasado con creces la cifra de un millón de dólares de recaudación, y se lleva vendido un millón de copias del *single* de los Doors «Light My Fire».
>
> Esta doble demostración de poder comercial establece a los Doors como el grupo más potente que ha aparecido en la escena de la música pop en el curso de este año. Los Doors son el único grupo del año que obtiene un disco de oro con su primer LP; además, entre todos los grupos que han debutado discográficamente en 1967, solo los Doors han vendido un millón de copias de un *single*…

A finales de agosto hubo otros acontecimientos importantes. En el concierto del Cheetah, los Doors encabezaron por primera vez el cartel por encima de sus rivales de San Francisco, Jefferson Airplane. Y fue la primera vez que Jim incluyó en su actuación una especie de paseo por la cuerda floja, balanceándose a lo largo del borde del escenario de tres metros de altura y cayendo después encima del público. Había parecido un accidente, y fue

realmente sensacional. La multitud estaba impresionada.

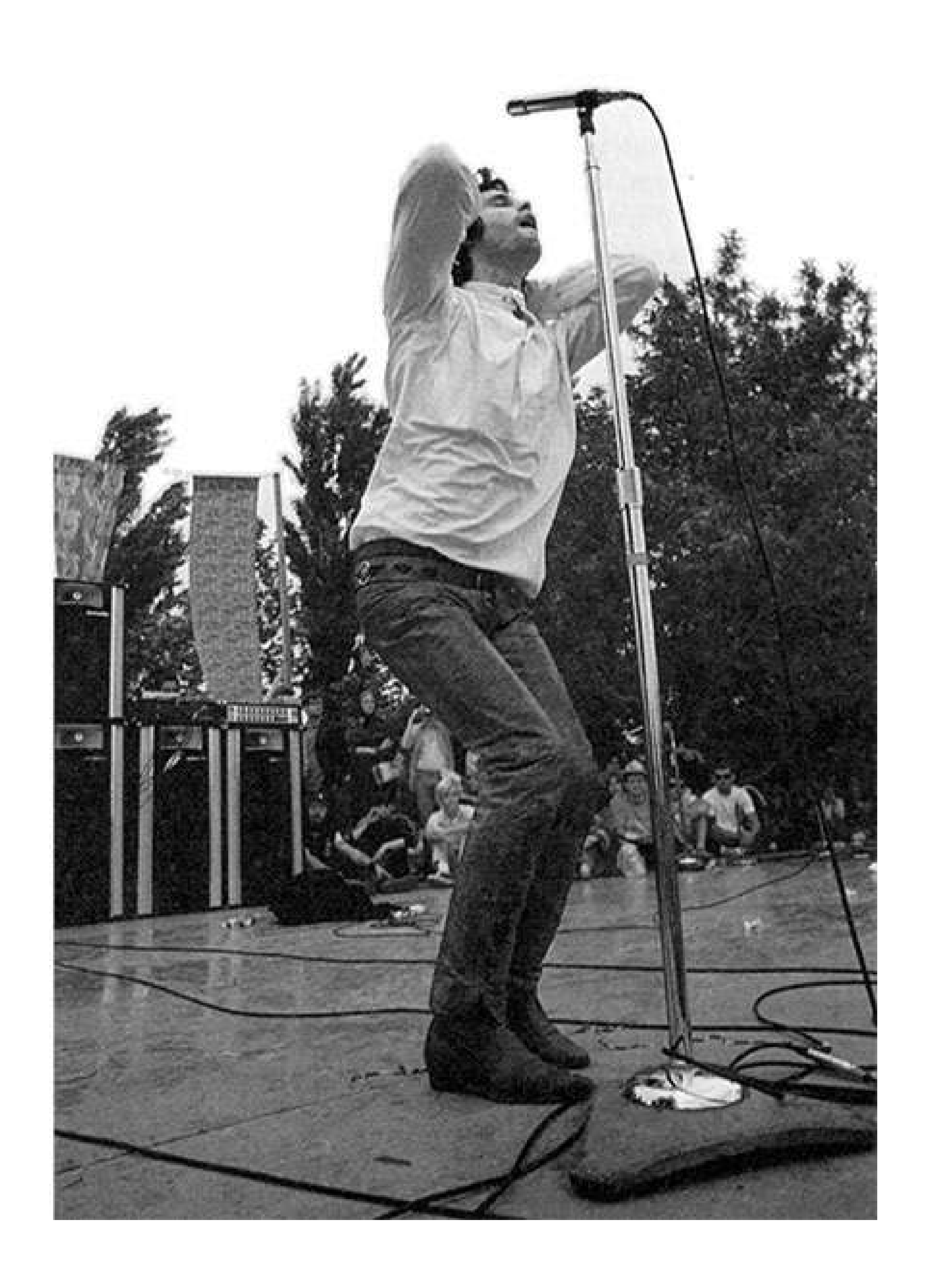
Para entonces los Doors habían pulido y perfeccionado lo que podría denominarse la pausa fecunda en su música y su interpretación. A veces, el grupo introducía un silencio en medio de una canción, y Jim hacía algo parecido entre sílaba y sílaba. Owsley, el legendario fabricante de ácido y amigo de los grupos de *rock* de San Francisco, dijo a los Doors que aquellas pausas le volvían loco. De vez en cuando, alguien del público se reía. Una vez que ocurrió esto en Berkeley, Jim se ofendió y dijo: «Cuando os reís durante una actuación, en realidad os estáis riendo de vosotros mismos».

Más tarde explicó: «El único momento en que realmente me abro es en el escenario. La máscara de la interpretación me permite hacerlo. Es un lugar donde puedo esconderme y descubrirme a mí mismo. Esto se debe a que para mí actuar es algo más que tocar unas canciones y largarme. Me lo tomo todo a un nivel muy personal. No me siento satisfecho hasta que conseguimos crear con todas las personas del recinto una especie de causa común. A veces detengo la canción y dejo un largo silencio para que salga toda la hostilidad, la inquietud y las tensiones latentes, antes de que nos juntemos».

Poco después de esta pausa fecunda en Berkeley, Jim la utilizó en una universidad de Nueva York. Se detuvo en medio de «The End» durante cuatro minutos, pero esta vez no hubo ninguna interrupción. En su lugar, el efecto que se produjo en el gimnasio fue como el de una olla a presión. Junto a la tensión, subió también la temperatura y, justo cuando el público estaba a punto de explotar, Jim hizo una señal a la banda y retomaron la canción.

—Es como mirar un mural —diría más adelante—. Hay movimiento, y luego todo se detiene. Me gusta ver cuánto tiempo pueden soportarlo, y justo cuando están a punto de reventar, dejo que todo continúe.

—Pero ¿qué harías si se volvieran locos y subieran al escenario —le preguntó alguien—, no porque te adoren, sino porque quisieran matarte?



Jim se acordó de Norman O. Brown y de su propia teoría sobre las neurosis sexuales y las masas. Parecía confiado.

—Siempre sé exactamente cuándo puedo hacerlo —dijo—. Eso excita a la gente. ¿Sabes lo que pasa? Se asustan, y el miedo es muy excitante. A la gente le gusta asustarse. Es como el momento previo a un orgasmo. Todo el mundo quiere llegar ahí. Es como llegar al punto máximo.

Sin saberlo Jim, mientras «Light My Fire» era número uno, su padre había llegado a lo más alto de su propia lista de éxitos, convirtiéndose, a los cuarenta y siete años, en el almirante más joven de la Marina de Estados Unidos. Trabajaba para el Pentágono y los Morrison —Andy tenía ahora dieciocho años y Anne, veinte— se trasladaron a Arlington, Virginia.

Un día, un amigo de Andy llegó a su casa con una copia del primer disco de los Doors. «Mira esto —dijo—. ¿Verdad que es Jim?».

Andy, que llevaba varias semanas escuchando «Light My Fire» por la radio sin haber reconocido la voz de su hermano, pidió prestado el disco a su amigo y esa noche lo escuchó con sus padres. Clara dejó el libro que estaba leyendo, pero el almirante siguió con su periódico. Al llegar a la parte edípica de «The End», el periódico empezó a agitarse, lentamente al principio, pero con más violencia a medida que quedaba claro el tema de la canción. Hasta el día de hoy, el almirante no ha comentado jamás la obra de su hijo.

A la mañana siguiente, la madre de Jim llamó a Elektra Records y les dijo que estaba intentando localizar a su hijo. Después de dar unos convincentes detalles sobre Jim, accedieron a darle el número de un hotel de Manhattan y el nombre del mánager de gira de los Doors. Ella colgó y volvió a marcar el prefijo de Nueva York.

—¿Oiga? Soy la señora Morrison. ¿Está Jim?

—¿Qué Jim?

—Jim. Jim Morrison. Soy su madre.

—¿Ah, sí? —contestó el hombre, con voz de fastidio.

Otra voz salió por el auricular.

—¿Diga?

—¿Jim? Oh, Jim…

—Sí, madre…

Ella le dijo muy nerviosa que se alegraba mucho de oír su voz, le preguntó por su salud, le regañó por no escribir, le dijo que estaba tan preocupada que había estado a punto de contratar a un detective privado, pero que el almirante se había negado en redondo. Después del alivio, vino el resentimiento. Jim respondía con gruñidos a las preguntas y acusaciones.

—Jim…

—Sí, madre —gimió.

—Por favor, ven a casa para la cena de Acción de Gracias. Andy y Anne…

—Uh… Creo que voy a estar muy ocupado —dijo Jim.

—Inténtalo, Jim. Por favor.

Al final, Jim dijo que iría pronto a Washington para dar un concierto y que tal vez ella podría ir a verlo.

—Una cosa, Jim. ¿Puedes hacer un gran favor a tu madre? Ya sabes cómo es tu padre, ¿podrás cortarte el pelo antes de venir a casa?

Jim se despidió y se giró hacia las personas que estaban en la habitación, que se habían quedado en silencio, escuchando:

—No quiero volver a hablar con ella nunca más.

El concierto tuvo lugar en el hotel Hilton de Washington, y la señora Morrison, con su hijo Andy, llegaron temprano, por la tarde, y esperaron en el vestíbulo hasta que oyeron a alguien de recepción mencionar el nombre de los Doors. Era Todd Schiffman, el agente del grupo, y Clara se presentó rápidamente e informó que quería ver a su hijo. Todd envió a un amigo a la sala de baile donde los Doors estaban haciendo la prueba de sonido. Al volver el amigo le dijo a Todd en voz baja: «Jim dice que ni hablar». Así que durante las cuatro horas siguientes, Todd mantuvo a Clara y a Andy alejados de Jim, les llevó a cenar y puso todo tipo de excusas; al final dijo que Jim les vería aquella noche.

—Nosotros hicimos lo mismo —dice Ray—. Todos nos turnábamos para distraerla.

—¡Y que lo digas! —dice Bill Siddons, que en aquella época era un apuesto *surfer* y mánager de gira de los Doors.

Ray reconstruye con exactitud el incidente.

—Sí, señora, está por aquí. Les acabo de ver pasar por aquí…

—No, yo he visto cómo salía —añadía Siddons, siguiendo con el engaño.

Clara oyó un comentario de Bill.
—Hay problemas con el equipo de exteriores.
Clara no sabía lo que era un equipo de exteriores, pero dijo:
—¿A qué se refiere? ¿Hay algún problema? ¿Dónde está Jim? ¿Qué le pasa al equipo de exteriores de mi hijo?
Clara y Andy estuvieron aquella noche a pie de escenario con Todd Schiffman, que les aseguró que verían a Jim inmediatamente después del concierto. La interpretación de Jim de «The End» dejó a Clara estupefacta y a Andy avergonzado. Después de gritar: «¿Madre? ¡Quiero… FOLLARTE!», dirigió a su madre una mirada vacía y, a continuación, volvió a gritarlo, esta vez enseñando los dientes.
Después del concierto, Todd acompañó a Clara y a Andy a una habitación de hotel donde les habían dicho que Jim les estaba esperando, pero al llegar Todd confesó que Jim había salido ya hacia Nueva York para aparecer en el *Ed Sullivan Show*.

Los bastidores del teatro Ed Sullivan de la calle 54 eran una casa de locos todos los domingos. A veces había más de cien invitados, y la logística del programa era complicada. Los pasillos y camerinos retumbaban al compás de malabaristas, equipos técnicos, sopranos y bailarines de claqué, mientras el personal de producción intentaba organizar a la revoltosa multitud.
Los Doors recibieron a Bob Precht en su camerino. Era el yerno de Ed Sullivan, además del director del programa.
—Tenemos un pequeño problemilla —dijo Precht, juntando el índice y el pulgar de su mano derecha—. Nada importante, pero…
Los cuatro Doors intercambiaron miradas de sorpresa.
—Es sobre vuestra canción «Light My Fire», que me parece magnífica.
Los Doors permanecían en silencio.
—Esto…, la cadena, quiero decir, nosotros…, en la CBS no se puede decir la expresión *colocarse*. Ya sé que es una tontería… —Se encogió exageradamente de hombros, gesticuló con las manos—. Pero tendríamos que hacer un pequeño cambio en la canción.
Extrajo un folio del bolsillo de la americana y leyó:
—La frase dice: «Chica, no podemos colocarnos más».
Jim y los demás no estaban sorprendidos. Su propia compañía de discos

había eliminado la palabra *colocarse* de una canción de su primer álbum. Jim también era consciente de que, una semana antes, Pete Seeger había sido censurado en otro programa de la CBS, el popular *Smothers Brothers Show*, y que Precht había censurado personalmente la aparición de Bob Dylan en el programa de Sullivan.

—Claro —dijo Jim—. Creo que se nos ocurrirá otra frase.

Precht sonrió de oreja a oreja, dijo a los Doors que eran unos tíos estupendos, corrió hacia la puerta del camerino y llamó a su suegro. Precht le llamaba «señor Sullivan».

—Chicos, cuando sonreís, tenéis muy buen aspecto —dijo Sullivan—. No estéis tan serios.

Jim miró al empresario televisivo desde detrás de sus párpados semicerrados y dijo:

—Bueno, es que somos un grupo bastante tétrico.

Cuando Precht y Sullivan salieron de la habitación, Jim y los otros se miraron. De acuerdo. Cantarían una frase nueva en el ensayo y después, durante el programa, cantarían el original.

Cuando ocurrió, Bob Precht, en la sala de control, empezó a gritar, furioso:

—¡No podéis hacerlo! —gritaba a las pequeñas imágenes de los monitores que tenía delante—. ¡Estáis muertos en este programa! ¡No volveréis a salir jamás en el programa!

Al acabar, se dirigió hacia los chicos del grupo, lloriqueando:

—Me lo habíais prometido, chicos, me lo habíais prometido…

—Vaya —dijo Jim, encogiéndose de hombros—, supongo que debimos olvidarlo con el entusiasmo.

Durante la misma semana hubo una fiesta en la bodega de Delmonico’s, un caro restaurante de Park Avenue. Acudieron todos los periodistas y editores importantes, responsables de emisoras de radio, Steve Paul (propietario de The Scene) y Andy Warhol. Danny Fields estaba sentado bebiendo vino a sorbitos junto a Gloria Stavers. Las mejores y peores *groupies* llegaron, se quedaron y bebieron. Jim se emborrachó y lanzó cubitos de hielo contra las chicas. Danny propuso cerrar el bar. Jim protestó. Sabía perfectamente de quién era la fiesta, y abrió una botella de champán rompiéndola contra el borde de una mesa. A continuación empezó a sacar botellas de vino añejo de

los estantes, las rompía, las levantaba y las repartía entre los demás bebedores.

Su comportamiento no varió al acabar la fiesta. Andy Warhol regaló a Jim un teléfono francés de marfil y oro. Al cabo de un rato, Jim estaba sentado en el asiento trasero de una limusina junto a Steve Paul, Gloria y Andy. Cuando el coche doblaba la esquina de Park Avenue con la calle 53, Jim sacó medio cuerpo por la ventana, lanzó el teléfono francés a un contenedor de basura y se puso a gritar a los coches que pasaban.

Eran las tres de la mañana y Jim decidió vengarse de Jac Holzman por no haber asistido a la fiesta. Jac no había creído necesario presentarse, ya que todo iba como una seda. La fiesta, de hecho, era para celebrar el éxito de «Light My Fire» y para confirmar a la prensa el ingreso oficial de los Doors en el estrellato. Estaba claro que Jac había realizado bien su trabajo, ¿para qué jactarse de ello asistiendo a la fiesta? Pronto iba a saber que se había equivocado en su razonamiento.

Con una voz que el *bourbon* había vuelto incomprensible, Jim ordenó al conductor de la limusina que les llevase al elegante domicilio de los Holzman en Chelsea. Gloria se puso a temblar, Danny discutió la decisión de Jim y Steve suplicó que le dejasen bajar para coger un taxi. Jim no les hizo ningún caso.

Al llegar a casa de Jac, Jim insistió en que todos le acompañasen hasta la puerta del lujoso apartamento de diez habitaciones de los Holzman. Llamó por el interfono y, al no obtener respuesta, pulsó el timbre de todos los pisos hasta que un vecino temerario permitió que el grupo cruzase las puertas de seguridad.

Ante la puerta principal del piso de Jac, Jim pasó de llamar insistentemente al timbre a golpear la puerta de acero con su cuerpo sudoroso. Después de caer al suelo sin haber obtenido respuesta, rasgó la moqueta de medio rellano y descendió ruidosamente junto a sus compañeros los ocho pisos de escaleras, hasta llegar al vestíbulo de mármol, donde se puso a vomitar metódicamente por toda la entrada.

Y los Doors volvieron al oeste.

En el negocio de la publicidad, la lista calificada «A» es aquella compuesta por periodistas y editores cuya atención el publicista desearía atraer hacia su

cliente. Se trata de la gente del *Time*, *Newsweek*, *New York Times* y, en 1967, también del *Saturday Evening Post*, *Life* y *Look*. Para los Doors, la lista «A» era más amplia que para la mayoría de grupos, ya que tenían suficiente potencial para atraer a un público mayor. Eso significaba que su lista iba del *Times* a la prensa *underground*, del *Vogue* a la revista *16*.

«Era un buen asunto para los periodistas —dice Danny Fields, el encargado de promoción de Elektra—. Era brillante. Daba unas entrevistas buenísimas, siempre con unas citas fabulosas. Se las sacaba de la manga. Y a los periodistas les encantaba escribir sobre él. Ese era el verdadero secreto. Hacía que los periodistas *disfrutaran* escribiendo sobre él. Le tomaban totalmente en serio».

Jim y los otros Doors *querían* que se les tomara en serio. Así, las entrevistas con ellos parecían discusiones entre universitarios. La entrevista con *Newsweek*, en Los Ángeles, al volver de Nueva York, fue un buen ejemplo.

«Existen cosas que conoces —dijo Ray, citando a Jim— y cosas que desconoces, lo conocido y lo desconocido; entre estas dos cosas están las puertas; eso somos nosotros».

Más tarde, esta máxima sería atribuida a William Blake.

«Es una búsqueda —dijo Jim—, es abrir una puerta tras otra. Aun así, no existe una idea filosófica o política consistente. La sensualidad y el mal son ahora imágenes atractivas para nosotros, pero son como una piel de serpiente que algún día mudará. Nuestro trabajo, nuestra actuación, es un esfuerzo por llegar a la metamorfosis. Ahora mismo me interesa más la cara oscura de la vida, lo maligno, la cara oscura de la luna, la noche. Pero en nuestra música, creo que estamos buscando, luchando, intentando abrirnos camino para llegar a un reino más limpio, más libre. Es como un ritual purificador en el sentido alquimista. Primero tienes que pasar por un período de desorden, de caos, regresar a una región de desastre primitivo. Con eso purificas los elementos y encuentras una nueva semilla que transforma toda vida, toda materia y personalidad, hasta que, finalmente, de un modo esperanzador, emerges y te casas con todos los dualismos y opuestos. Entonces ya no hablas del bien y del mal, sino de algo unificado y puro. Nuestra música y nuestras personalidades, tal como se ve en las actuaciones, se hallan todavía en un estado de caos y desorden con, quizá, un incipiente elemento de pureza que

empieza a surgir. Últimamente, en nuestras apariciones en público todo ha empezado a converger».

Seguidamente, Jim lanzó su mejor lema publicitario hasta la fecha: «Consideradnos como políticos eróticos».

Con el entrevistador de la revista *Time*, Jim estuvo encantado de hablar sobre el concepto de teatro *rock*, la mezcla de la música con «la estructura de un drama poético». Sobre Los Ángeles, dijo: «Esta ciudad está buscando un ritual para unir sus fragmentos. Los Doors también estamos buscando ese ritual. Es una especie de boda eléctrica». Y a continuación: «Nos escondemos detrás de la música para descubrirnos a nosotros mismos».

Jim siempre estaba pendiente de la imagen y de la prensa. Antes de cada concierto, preguntaba a alguno de los responsables de promoción de Elektra qué periodistas había entre el público y a quién iban dirigidas sus publicaciones. Trabajaba junto a Gloria Stavers en los artículos que ella publicaba en *16*, repasándolos hasta que quedaba satisfecho.

El modo de trabajar de Jim con los fotógrafos también era revelador. Durante su estancia en Nueva York, en septiembre, los Doors tenían que realizar tres importantes sesiones fotográficas, por lo que Jim acudió a Jay Sebring, el peluquero de moda en Hollywood, antes de salir de Los Ángeles.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó Jay.

—Así —contestó Jim, sacando una página arrancada de un libro de historia en la que había la foto de una estatua—. Como Alejandro Magno.

—Mira, Jim —dijo Gloria Stavers—. Ahora tienes que escucharme atentamente. —Jim estaba en el piso de Gloria en el East Side mientras esta le hacía fotos para la revista *16*—. Quiero que mires a la cámara, no a mí. Imagina que la cámara es lo que tú quieres que sea; una mujer a quien quieres seducir, un hombre al que quieres matar, una madre a quien quieres hacer sufrir, un chico al que quieres seducir. La cámara es cualquier cosa que tú quieres que sea. Recuérdalo.

Los otros miembros de los Doors se habían ido. Jim empezó a rondar por el espacioso piso, mirando dentro de los armarios y abriendo los cajones, sacando abrigos y joyas. Gloria le seguía y le observaba con atención. Se puso frente a un espejo y se retocó el pelo, dejándoselo estudiadamente desordenado. Gloria quiso peinárselo, pero él la apartó:

—¡Quita ese peine de mi vista!

Ella volvió a su silencioso papel de fotógrafa. Jim se echó el abrigo de pieles de Gloria por encima de la camisa Nehru bordada, se puso contra una pared con las manos cruzadas sobre la entrepierna y abrió las delgadas piernas ceñidas por el cuero. La miró con los ojos semicerrados mientras la cámara empezaba a chasquear. Después se quitó el abrigo y la camisa y empezó a probarse los collares de Gloria.

Al día siguiente, los Doors acudieron al estudio de Joel Brodsky, el fotógrafo de Elektra. Jim todavía llevaba sus pantalones de cintura baja y otra vez iba sin camisa. Alrededor de su cuello había un solo collar de pequeñas cuentas de colores que había tomado prestado a Gloria la noche anterior. Los otros Doors se pusieron unos ponchos negros y se colocaron contra un fondo negro, de manera que en las fotografías únicamente aparecería la figura de Jim y tres cabezas. Durante una hora, Joel dio instrucciones a John, Ray y Robby para que no se movieran apenas, mientras permitía que Jim adoptara la postura que más le apeteciese. Jim hizo muecas y miró con rabia, señaló acusadoramente con el dedo y extendió la mano pidiendo ayuda, contorsionando su cuerpo flexible. Empezó a beber *bourbon* a grandes tragos entre pose y pose. Echó la cabeza hacia atrás para tensar los músculos del cuello, imitó los pucheros de Mick Jagger y la sonrisa burlona de Elvis, gruñó, escupió, silbó, sacó la lengua. No sonrió ni rio en ningún momento.

«La mayoría de los grupos, cuando los fotografías en el estudio —dice Brodsky—, se toman el pelo entre ellos, hacen bromas, intentan animarse. Los Doors nunca lo hicieron. Se tomaban en serio lo que hacían en todo momento. Y Jim era el más serio de los cuatro».

Gloria solo había utilizado un carrete. En cuanto vio los contactos los envió, junto al primer álbum de los Doors, a una amiga de la revista *Vogue*. Menos de una semana después, Jim entraba en el estudio fotográfico de *Vogue* y se dirigía directamente a un estante lleno de sombreros que se habían utilizado en una sesión anterior. Empezó a probárselos y a dar saltos. «¡Aaaaah! —exclamó el fotógrafo—. Este tipo está vivo».



En octubre, los Doors actuaron ante casi cincuenta mil personas y otras treinta y cinco mil marcharon hacia el Pentágono. Elektra anunció que tenía pedidos de quinientas mil copias del segundo álbum. Cinco marines de

Estados Unidos murieron y treinta resultaron heridos al ser bombardeados accidentalmente por aviones norteamericanos. John Wayne empezó a rodar una película sobre los boinas verdes. Un desfile en San Francisco declaró la «muerte del *hippy* y el nacimiento del hombre libre». Joan Baez, Mimi Fariña y su madre fueron arrestadas por manifestarse delante del centro de reclutamiento del Ejército en Oakland. «People Are Strange» entró en el *Top* 20 a nivel nacional, mientras en otro disco un ejecutivo de publicidad de mediana edad llamado Victor Lundberg leía una «Carta abierta a mi hijo adolescente» sobre el fondo de «El himno de batalla de la República». Estas eran las líneas finales:

> Si no estás agradecido a un país que ofreció a tu padre la oportunidad de trabajar para su familia, para darte las cosas que has recibido, y no sientes el suficiente orgullo para luchar por que todo continúe igual, en ese caso asumo la culpa por tu incapacidad de reconocer el verdadero valor de nuestro derecho de nacimiento. Y te recuerdo que tu madre te amará hagas lo que hagas, porque es una mujer. Y yo también te quiero, hijo mío, pero también quiero a mi país y los principios en que se sostiene. Y si tú decides quemar tu tarjeta de reclutamiento, entonces quema también el certificado de nacimiento. A partir de ese momento, yo no tengo hijo.

Los límites estaban claramente marcados. En 1967 era Nosotros contra Ellos. En octubre, Jim empezó a escribir sus canciones más militantes.

La primera de ellas tomaba prestado su nombre de un reverenciado monumento nacional, «The Unknown Soldier»,[11] y fue perfilándose durante las giras, del mismo modo que los Doors habían creado sus primeras canciones en el Whiskey a Go Go y en el Ondine. Durante un período de dos o tres meses fue desarrollándose hasta convertirse en una de las piezas teatrales más exitosas del grupo:

> Espera que acabe la guerra
> y seamos un poco mayores.
> El soldado desconocido.

De pronto, el canto fúnebre se convertía en una celebración. John y Robby se

unían a Ray en un ritmo a la vez militar y carnavalesco:

Desayuno con las noticias.
La televisión y los niños ya han comido.
Vivos nonatos, vivos, muertos,
la bala da en la cabeza del casco.

Y todo ha terminado para el soldado desconocido.
Todo ha terminado para el soldado desconocido.

Cuando Jim, Ray y Robby empezaban al unísono a golpear el suelo con los pies se creaba una sensación de marcha que John acentuaba con un apropiado ritmo de caja. Ray contaba la cadencia:

Un,
dos,
un dos tres cuatro. Un,
dos,
un dos tres cuatro. Un,
dos,
un dos tres cuatro.
Compañía
alto.

El pataleo se detenía y Jim adoptaba la postura torturada del prisionero a punto de ser ejecutado por un escuadrón de fusilamiento. Había un segundo de silencio durante el cual todos los ojos se posaban sobre él. Tensaba los brazos detrás de la espalda, alzaba la cabeza, sacaba pecho orgullosamente:

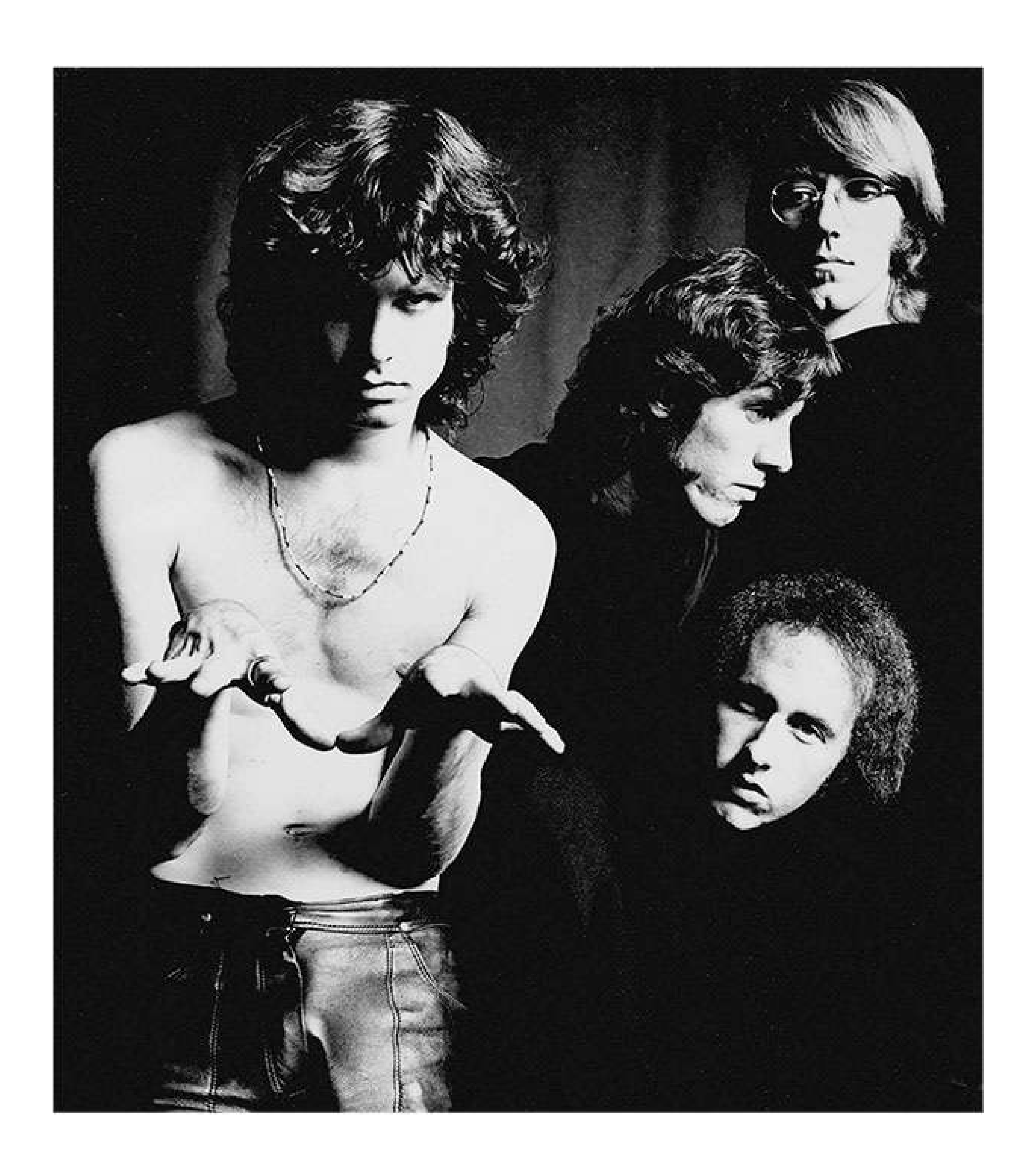
¡Presenten
armas!

Había un largo redoble de batería, y John rompía una baqueta al aporrear el borde de un timbal, simulando un disparo. Simultáneamente, Jim doblaba el cuerpo por la mitad, como si tuviese una bisagra, y caía espectacularmente al suelo. Otro silencio, más largo, y el misterioso órgano de Ray retomaba la canción mientras una voz solemne emergía del cuerpo desplomado en el suelo:

Haz una tumba para el soldado desconocido
como un nido en el hueco de tu hombro.
El soldado desconocido.

De nuevo la celebración. Jim bailaba alegremente mientras gritaba:

¡Todo ha terminado!
¡La guerra ha terminado!
¡Todo ha terminado!
¡La guerra ha terminado!



La segunda de las canciones militantes de Jim en ese período —y, a primera vista, la más militante que escribió nunca— fue malinterpretada por casi todo el mundo, pues la gente prestaba atención solo a las dos primeras estrofas:

Cinco a uno, nena,
de cinco, uno.
De aquí nadie sale vivo.
Tú te llevas lo tuyo, nena,
y yo lo mío.
Vamos a lograrlo, nena,
si lo intentamos.

Los viejos se hacen viejos
y los jóvenes se hacen más fuertes.
Quizás nos lleve una semana
o quizás nos lleve más.
Ellos tienen las armas,
pero nosotros somos mayoría.
Vamos a ganar, sí,
vamos a tomar el poder,
¡venga!

La canción tomaba su título del primer verso, «Five to One», una estadística que Jim nunca explicó. La teoría de Paul Rothchild es esta: «Cinco a uno es lo mismo que de cinco, uno, la proporción aproximada entre negros y blancos en Estados Unidos, y recuerdo que un quinto era la proporción de fumadores de droga en Los Ángeles». Pero siempre que se lo preguntaban, Jim contestaba que no se trataba de una canción política.

Escuchada en su totalidad, la canción parece una parodia de toda la ingenua retórica revolucionaria que se oía por las calles y se leía en la prensa *underground* a finales de los años sesenta. Esta interpretación viene reforzada poderosamente por la estrofa final, la estrofa a la que el público de Jim prestaba menos atención. En ella, Jim se dirigía a una parte de los jóvenes que le rodeaban, las hordas «*hippies*/hijos de las flores» que veía en número cada vez mayor pordioseando por las aceras de las ciudades en el exterior de todas las salas de conciertos:

Tus días de fiesta han terminado, nena,
la noche se acerca.
Las sombras de la noche se arrastran por los años.

Andas por el piso con una flor en la mano
intentando decirme que nadie lo entiende.
Das tu tiempo por un puñado de centavos.

Aunque eso no quería decir que Jim hubiese vuelto la espalda a la «generación del amor», que era de donde había surgido la banda.

«Todos creíamos verdaderamente en aquello… —dice Ray—. Cuando estábamos tocando en el Whiskey a Go Go pensábamos: eh, tíos, vamos a conquistar el país, vamos a darle la vuelta, vamos a crear una sociedad perfecta».

El propio Jim dijo en 1969: «Desde un punto de observación histórico privilegiado, probablemente esta época se parecerá al período de los trovadores en Francia. Estoy seguro de que parecerá algo increíblemente romántico. Creo que le vamos a parecer estupendos a la gente del futuro, por el hecho de que se estén produciendo tantísimos cambios y por nuestro talento al manejarlos. —Se trataba, decía Jim, de un renacimiento espiritual y cultural—. Como lo que ocurrió al final de la epidemia que diezmó a la mitad de la población europea. La gente bailaba, llevaba ropa de colores. Era una especie de primavera increíble».

Por mucho que Jim se identificase con sus jóvenes seguidores, era diferente a ellos en muchos aspectos básicos. A diferencia del *hippy* prototípico, Jim consideraba la astrología como una pseudociencia, rechazaba el concepto de personalidad totalmente integrada y no ocultaba su aversión hacia el vegetarianismo, provocada por el fervor religioso que a menudo iba ligado a la dieta. Era, decía, un dogma, y él no quería saber nada de aquello.

La educación, la inteligencia y el origen de Jim le separaban todavía más de muchos de sus seguidores. Licenciado universitario, lector voraz con un gusto sumamente católico, Jim no se parecía demasiado al hombre tribal, posletrado, no lineal, de Marshall McLuhan. Le gustase o no, era el resultado evidente de una familia sureña de clase media alta: encantador, con objetivos y en muchos aspectos políticamente conservador. Por ejemplo, miraba las obras benéficas con el mismo desprecio que sentía por los pordioseros de pelo largo a los que criticaba en «Five to One».

Otra cuña entre Jim y su público fue su paso de las drogas psicodélicas al alcohol. Las juergas estaban adquiriendo ya proporciones casi míticas.

Asher Dann sostenía una teoría: si Jim y él salían y se emborrachaban la noche anterior a un concierto importante, Jim se sacaba de encima la ansiedad y a la hora de actuar estaba relativamente sobrio. La teoría no sirvió para la noche de noviembre en que los Doors actuaron para Bill Graham en el Winterland de San Francisco. Jim bebió con Ash en el bar del hotel desde las tres hasta las ocho; unas diez o doce copas cada uno. Entonces se les unió Todd Schiffman, que pagó una ronda más antes de meterles en un coche y salir como una bala por Fillmore Avenue. Durante el trayecto, Jim no dejó de proferir obscenidades.

—¿Crees que aguantará? —preguntó Todd.

—Claro —dijo Asher—. Cuando está así de borracho, el concierto es aún mejor.

Esto era cierto solo en parte: cuando estaba borracho, a menudo ofrecía sus mejores conciertos; cuando estaba borracho, también ofrecía algunos de los peores.

La limusina se detuvo. Apareció Bill Graham.

—¡¿Dónde cojones os habíais metido?! —gritó.

—Estamos aquí, Bill —dijo Asher, tan borracho como Jim—. No hemos llegado tarde.

Graham convirtió su cara en una máscara y gritó:

—El contrato estipula que el grupo tendría que estar aquí desde hace una hora: eso significa los cuatro miembros del grupo. ¡Incluyendo a Jim Morrison! —Graham señaló a Jim con el dedo—. Está borracho, ¿verdad?

Desde el momento en que Jim pisó el escenario, todo fue un caos. La multitud estaba extática, colocada, en adoración. Jim corría de acá para allá, volviendo loco al técnico de luces. Se montó sobre el borde del alto escenario, balanceándose sobre el equipo de luces que había en el foso, haciendo volar el micrófono como un lazo, lanzándolo por encima de las cabezas del público.

Delante del escenario, los cuerpos se aplastaban. Bill Graham bajó corriendo a la sala desde su oficina en el piso superior, abriéndose paso entre la multitud. Agitaba los brazos para atraer la atención de Jim. Este seguía moviendo el micrófono. Tenía los ojos cerrados, la música retumbaba. Finalmente, dejó ir el micro, que fue directo hacia Graham como una flecha,

golpeándole en la frente y derribándole.

Después, en el camerino, Jim retó a Asher a que le pegara, cosa que hizo, dejando a Jim tumbado en el suelo.

En noviembre, los Doors invadieron los quioscos apareciendo en la flor y nata de la lista «A»: *Newsweek*, *Time*, *The New York Times* y *Vogue*. No se trataba de menciones ni de elogiosas críticas del disco; la jerarquía periodística estaba investigando e intentando *definir* a los Doors.

El 6 de noviembre *Newsweek* publicaba: «Las Puertas batientes se abren de par en par: frío acero, extraños tañidos, un mundo fantasmal y una fruta prohibida». El día 15, *Vogue* utilizaba una foto de Jim —con el pecho desnudo, el cinturón de plata indio alrededor del cuello— para ilustrar un artículo de un profesor de historia del arte que contaba a la América convencional cómo Jim «llega a la gente. Sus canciones son misteriosas, cargadas de un simbolismo algo freudiano, poéticas pero no bonitas, llenas de referencias al sexo, a la muerte, a la trascendencia… Jim Morrison escribe como si Edgar Allan Poe hubiese regresado convertido en un *hippy*». El día 20, *Time* utilizaba la cita de Jim extraída de la biografía de Elektra: «Me interesa todo lo que tenga que ver con la rebelión, el desorden, el caos», y a continuación describía la música como una búsqueda que «lleva a los Doors no solo más allá de unos hitos tan familiares para la odisea juvenil como la alienación o el sexo, sino que se adentra en los terrenos simbólicos del subconsciente: misteriosos mundos nocturnos repletos de ritmos palpitantes, temblorosos tonos metálicos, imágenes inquietantes». La fotografía, tomada entre bastidores, mostraba a Jim vestido de cuero negro, como drogado, escondiendo la cara a la cámara.

«En realidad no ha surgido ningún símbolo sexual importante desde que James Dean muriera y Marlon Brando criara barriga —escribía Howard Smith, el columnista «enrollado» del *Village Voice*—. Dylan es más una palpitación intelectual, y los Beatles siempre han sido demasiado monos para ser profundamente sexis. Y ahora llega Jim Morrison, de los Doors. Si mi antena no me falla, podría ser el fenómeno más grande en apoderarse de la libido de las masas en mucho tiempo».



Junto a su pronóstico, Smith publicaba una de las fotos de Joel Brodsky, que en Elektra pasaría a conocerse como la «foto del joven león», un primer plano que mostraba el pecho desnudo de Jim y uno de sus hombros, un collar de cuentas de Gloria Stavers alrededor del cuello musculoso, la línea del mentón a lo Steve Canyon, los labios sensualmente partidos, una mirada de abrasadora intensidad en los ojos, las patillas realzando las mejillas, el pelo

esculpido a lo Alejandro Magno.

Incluso los críticos más cínicos admitían que Jim Morrison era un superhombre cultural, capaz de llevar a las chicas y a muchos hombres al clímax sexual y de hacer reflexionar a los intelectuales. El crítico científico de Nueva York, Albert Goldman, lo llamó «Dioniso nacido de la resaca» y «Adonis *hippy*», mientras que Digby Diehl, que pronto se convertiría en el editor de libros del *Los Angeles Times*, le describía refiriéndose a la «perversa y polimorfa sexualidad infantil» de Norman O. Brown.

En la siguiente visita de los Doors a Nueva York, Jim apareció a medianoche borracho y con los ojos enloquecidos en la *boutique* del Lower East Side donde Pamela y él habían encargado unos pantalones en su anterior visita a la Costa Este. Trina Robbins vivía en una de las habitaciones traseras, y cuando Jim empezó a dar golpes en la ventana, se despertó y le dejó entrar.

«No dijo una palabra. Entró, se quitó la ropa y se quedó quieto, desnudo. Era tan bello… Parecía un poco tímido, pero me preguntó si yo me iba a quitar la mía o no».

Jim veía a menudo a Gloria Stavers, la comprensiva exmodelo treintañera, de apariencia frágil y dulce corazón, que publicaba la revista para adolescentes *16*. Ray, John y Robby habían advertido a Gloria que tuviera cuidado con Jim, contándole lo de la noche en que roció el estudio con un extintor de incendios.

—Ten cuidado —dijo Robby, mientras Gloria indicaba a Jim que se pusiera contra una pared para fotografiarle—, hará lo que tú le digas, lo que tú le digas y lo que tú le digas, pero, de pronto, un día hará algo muy extraño y violento.

Era como si Robby hablase de un hermano al que quería mucho y que tuviese ataques de locura. La advertencia era amistosa y sincera.

La mente comunal todavía funcionaba. Cuando Gloria le dijo a Jim que quería escribir sobre él y fotografiarle a él solo, a Jim le preocupó que los otros se sintieran marginados y puso algunas condiciones para que se actuara con delicadeza. Cuando sus mánager le dijeron a Jim que podría convertirse en una estrella más famosa sin los otros tres y ser más rico contratando músicos a sueldo en vez de tener socios a partes iguales, Jim dijo que lo pensaría, e inmediatamente se lo contó a Ray, Robby y John, y juntos

empezaron a hablar de cambiar de mánager. Jim le dijo a Gloria: «Solo con mirar a Ray puedo saber si he ido demasiado lejos». Cuando Gloria se lo contó a Ray, este contestó: «Es que yo le quiero mucho».

En las actuaciones, la mente comunal estaba en su punto álgido.

«Verás —dice Ray—, cuando el chamán siberiano está a punto de entrar en trance, todos los habitantes del pueblo se reúnen y hacen sonar los sonajeros, los silbatos y cualquier instrumento que tengan para hacerle despegar. Hay una palpitación constante, constante, constante. Y esas sesiones duran horas y horas. En un concierto, los Doors hacíamos lo mismo. La actuación no duraba tanto, pero creo que nuestros experimentos con las drogas nos permitían alcanzar ese punto mucho más deprisa. Conocíamos los síntomas, así que podíamos intentar aproximarnos. Era como si Jim fuese un chamán eléctrico y nosotros fuéramos el grupo eléctrico del chamán, palpitando detrás de él. A veces, él no se sentía con ánimos para alcanzar ese estado, pero el grupo continuaba palpitando y, poco a poco, él se iba metiendo en el rollo. Dios mío, yo podía transmitirle una descarga eléctrica con el órgano. John también lo hacía con la batería. De vez en cuando podías verlo. ¡Zas! Yo tocaba un acorde y él se retorcía. Y ya había vuelto a despegar. A veces era increíble. Totalmente asombroso. ¡Y el público también lo notaba!».

La policía también lo notó el 9 de diciembre de 1967. Un día después del vigesimocuarto cumpleaños de Jim, los Doors estaban en New Haven, Connecticut. Jim estaba entre bastidores hablando con una chica en minifalda. Había unos polis repantigados contra las paredes del pasillo. Los miembros del equipo trasladaban amplificadores. Había parásitos por todas partes. Faltaban treinta minutos para que los Doors subieran al escenario.

—Aquí no podemos hablar —dijo Jim a la chica—. Vamos a buscar un sitio más tranquilo.

La chica asintió y siguió a Jim. Este abrió la puerta de las duchas, miró a ver si había alguien y entró.

Pocos minutos más tarde, Jim y la chica se estaban besu-queando.

De pronto entró un poli.

—¡Eh, chicos! ¡Fuera de aquí! ¡No está permitida la entrada a bastidores!

Jim miró al poli.

—¿Quién lo dice?

—He dicho que salgáis de aquí. ¡Venga, moveos!

—Chúpamela.

Jim se llevó la mano a la entrepierna.

El poli sacó el pulverizador que tenía enganchado al cinturón.

—Último aviso —dijo—. Es la última oportunidad.

—La última oportunidad para chupármela. —Se mofó Jim.

La chica salió corriendo en el momento en que el poli daba un paso y rociaba a Jim en la cara con el producto químico.

Jim se lanzó hacia delante y salió a ciegas al pasillo, bramando:

—*¡Me ha quemado! ¡El jodido cerdo!*

Se congregó una multitud a su alrededor y, por la manera solícita en que le estaban tratando, el poli se dio cuenta de que se había equivocado.

Bill Siddons, el *roadie* [12] de los Doors, acudió a toda prisa y con la ayuda del policía llevó a Jim a un lavabo, donde le mojaron los ojos con agua. El poli se disculpó, y unos minutos más tarde empezaba la actuación.

Durante el espectáculo, los estudiantes aplaudieron con fuerza y muchos se unieron a Jim cuando este gritó: «¡Queremos el mundo, y lo queremos… ya!». Jim escupió despreciativamente al público y tiró el pie del micro, mientras aquel le respondía con adoración. Entonces, durante la parte instrumental de «Back Door Man», Jim empezó a hablar: «Quiero contaros algo que ha sucedido hace solo unos minutos aquí en New Haven. Esto es New Haven, ¿verdad? New Haven, Connecticut, Estados Unidos de América».

El público iba callando a medida que Jim contaba los detalles de su reciente llegada: la cena y las copas, una conversación sobre religión con una camarera, un encuentro con una chica en los camerinos. La chica y él habían entablado conversación, dijo. Sobre el ritmo de «Back Door Man», el discurso se volvió hipnótico: «Y queríamos un poco de intimidad… De modo que nos hemos metido en las duchas. No estábamos haciendo nada, ¿sabéis?… Simplemente hablábamos… Y entonces ha entrado ese hombrecillo, un hombrecillo con un trajecito azul y una gorrita azul…».

Había una hilera de policías alineados contra el escenario, de frente al público, para mantener a raya a los adolescentes armados con *Instamatics*. Pero a medida que Jim narraba su historia, algunos de ellos se giraron.

«“¿Qué hacéis ahí?” —Jim citaba al poli de las duchas—. “Nada”. Pero no creáis que se fue. Se quedó allí plantado y luego se metió la mano en el cinturón y sacó un bote negro. Parecía espuma de afeitar. Y entonces me lo roció por toda la cara».

Ahora casi todos los polis estaban mirando a Jim. Había utilizado su acento de idiota sureño para contar la historia, para ridiculizar al hombrecillo del trajecito azul. Desde el público se oían risas, dirigidas a los polis.

«¡Todo el mundo me odia! —gritó Jim—. Todo el jodido mundo…, nadie me quiere. Todo el jodido mundo me odia».

El público estaba embelesado.

Jim hizo una señal al grupo y enlazó con el último estribillo de la canción: «Oh, soy el hombre de la puerta trasera…».

De pronto, las luces se encendieron y Robby se adelantó para decir a Jim al oído: «Creo que los polis se han cabreado».

Jim preguntó al público si querían más música, y al escuchar el estruendoso «¡Sí!» que obtuvo por respuesta, gritó: «¡Entonces apagad las luces! *¡Apagad las luces!*».

Las luces continuaron encendidas, y el jefe de la división juvenil del departamento de policía de New Haven subió al escenario y comunicó a Jim que quedaba arrestado.

Jim se dio la vuelta para mirar al poli, con las piernas vestidas de cuero, tensas, desafiantes, y el pelo largo y ondulado, húmedo y despeinado. Colocó el micrófono debajo de las narices del poli. «Muy bien, cerdo —dijo. Era una mezcla de bravata escolar y adulto aborrecimiento de la autoridad—. ¡Vamos, di lo que tengas que decir, tío!».

Apareció un segundo agente, y entre ambos agarraron a Jim por los brazos y desaparecieron del escenario, por detrás del telón. Le arrastraron escaleras abajo, le redujeron en el aparcamiento, le colocaron junto al coche patrulla y le tomaron fotografías, le golpearon, le dieron unas cuantas patadas y le metieron en el coche para llevarle a comisaría, donde le acusaron de «exhibición inmoral e indecente, perturbación del orden público y resistencia a la autoridad».

Los polis también detuvieron a un periodista del *Village Voice* y a un fotógrafo de la revista *Life*, garantizando a Jim, sin quererlo, la máxima

publicidad.

Unos días más tarde, Jim estaba sentado en el suelo de la oficina de los Doors, rodeado de una avalancha de cartas de los fans, un montón de diarios y revistas y los últimos recortes enviados por el publicista de los Doors. Jim abrió un artículo escrito por el crítico de cine de *Los Angeles Free Press*.

—Eh —dijo al cabo de un instante—, ¿alguien ha leído lo que dice Gene Youngblood de nosotros?

Los demás alzaron la vista. Jim sonreía afectadamente.

—Dice, y cito textualmente: «Los Beatles y los Stones te hacen volar la mente; los Doors son para después, cuando ya no tienes mente».

Jim se enderezó y continuó, como si estuviera leyendo unos apuntes:

—Escuchad lo que dice sobre la música: «La música de los Doors es la música del ultraje. No es una farsa. Examina los secretos de la verdad. Es vanguardista en su contenido, ya que no en su técnica; habla de la locura que habita en el interior de todos nosotros, de la depravación y de los sueños, pero lo hace en unos términos musicales relativamente convencionales. Esa es su fuerza y su belleza; una belleza que aterroriza. La música de los Doors es más surrealista que psicodélica. Es más angustiosa que ácida. Más que *rock*, es un ritual; un ritual de exorcismo físico-sexual. Los Doors son los demonios de la cultura pop. Morrison es un ángel, un ángel exterminador».



The Doors en New Haven, 1967

John Densmore cogió el recorte de las manos de Jim y lo miró.

—Eh —dijo—, en el primer párrafo dice que estaba follando y, justo en el momento de correrse, estábamos tocando «Horse Latitudes».

Todo el mundo se levantó para ver el recorte.

—Mirad esto —dijo Bill Siddons—. Dice: «Los Doors pueden proporcionar una iluminación instantánea a través del sexo».

Todos se echaron a reír, y durante diez minutos bromearon sobre el tema. Durante meses Jim diría que Youngblood había sido el primero en comprender lo que realmente quería hacer.

Poco después, justo antes de Navidad, la tarde anterior a su primera actuación en el Shrine, Ray y Dorothy pidieron a Jim y Pamela que hicieran de padrino y dama de honor en su boda.

—¡Qué pasada! ¿Cuándo, Ray?

—Esta tarde… en el ayuntamiento.

Aquella noche tuvieron que obligar a Jim a bajar del escenario, empecinado en pasar toda la noche cantando baladas a los recién casados.

---

[11] El soldado desconocido.
[12] Miembro del equipo de una gira contratado por el grupo.

06

Jim vivía en una habitación de diez dólares la noche en el motel Alta Cienega, una anónima estructura de dos pisos de habitaciones prácticamente idénticas construida contra una ladera, a muy corta distancia de Sunset Strip. En los años siguientes, este motel se convertiría en el centro del universo de Jim Morrison.

Era ideal para las ocasiones en que Jim no tenía coche, o cuando le retiraban el carnet por conducir borracho. Todo estaba a una distancia razonable para ir andando, incluso para los parámetros de Los Ángeles. Las nuevas oficinas y el estudio de grabación de Elektra quedaban a menos de ochenta metros bajando por La Cienega Boulevard, una ancha avenida conocida como la Calle de los Restaurantes, donde Jim comió centenares de veces. Aún más cerca estaban las propias oficinas de los Doors y los tres bares favoritos de Jim.

Jim estaba en la habitación 32, en el segundo piso, tumbado sobre la colcha verde de felpa que cubría la cama doble. Había una chica delgada de diecisiete o dieciocho años de pie junto al televisor dando la espalda al pequeño cuarto de baño.

Jim vació una cerveza y lanzó la lata a una papelera de plástico que había al lado del tocador. Falló el tiro y la lata hizo caer un libro al suelo: *Orígenes e historia de la conciencia.*

—A la mierda.

Jim eructó. Miró a la chica. Hizo un gesto con el mentón, indicándole que se acercara a la cama. Era un ligue de la noche anterior; Jim había escuchado la historia completa de su vida, después se la había «tirado por detrás» y

ahora estaba aburrido.

—Enséñame las manos —dijo.

La chica extendió una mano. Jim se la agarró por la muñeca y empezó a quitarle los anillos de los dedos. Lo hacía sin ninguna delicadeza. Ella gritaba de dolor.

—Dame la otra mano —ordenó antes de soltarle la primera. La chica dudó. Él le apretó la muñeca y repitió la orden. Ella obedeció y Jim le quitó todos los anillos que le quedaban, arrancándole trozos de piel.

Entonces la soltó. Guardó los anillos en una mano, se reclinó sobre la cama, sacó otra lata de cerveza de una bolsa de papel y ordenó a la chica que la abriera. Ella obedeció.

De pronto, alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?—dijo Jim, irritado—. ¿Quién es?

—Es un secreto —dijo una mujer con voz burlona.

Era evidente que Jim había reconocido la voz.

—¿Por qué no vuelves más tarde? No llevo nada puesto —dijo.

—Jim, he venido hasta aquí ¿y ahora no me vas a dejar entrar?

—Pam, mi amor, ahora estoy ocupado.

—Jim, ya sé que estás con alguien. ¡Lo sé perfectamente! No puedo creer que lo hayas vuelto a hacer. ¡Eres realmente asqueroso!

Jim no dijo nada.

—Jim, tengo una magnífica pierna de cordero en el horno para la cena, y mi nuevo apartamento es…

Jim la interrumpió.

—Bueno, verás, aquí dentro hay una chica que está loca, Pam, está estirada en la cama con las piernas abiertas y yo no sé qué hacer.

—¡Eres asqueroso, Jim Morrison, me largo!

—Pero, Pam, mi amor, si es tu hermana Judy. No te enfades.

Jim se giró hacia la chica que había en la habitación y se disculpó por no disponer de ninguna puerta trasera por la que escapar.

—Y no puedes saltar por la ventana, estamos a seis metros de la acera. —Miró alrededor—. Tal vez podrías esconderte en la ducha.

Pamela gritó desde fuera:

—Quiero verla, Jim.

Apareció la camarera y empezó a discutir con Pamela, diciéndole que estaba armando demasiado ruido, que tendría que marcharse. Jim se puso una camisa y unos pantalones y salió de la habitación.

—Pam, mi amor —dijo, pasando el brazo por encima de sus hombros—, era una broma. Ahí dentro no está tu hermana.

Jim extendió la mano, enseñándole los anillos.

—Mira —dijo—, son para ti. Me los ha dado una fan.

Pamela cogió un anillo con una turquesa incrustada, se lo puso en el dedo y se metió los otros en el bolsillo. Fueron hasta el coche de Pamela y subieron en él.

Era una escena típica. Jim era capaz de pasar de la ternura a la crueldad en cuestión de minutos. Para algunos, parecía un «osito de peluche». A todos prometía amor, la verdad del instante. Pero, para muchos, incluyendo a Pamela, la promesa ponía a prueba su credibilidad.

Para compensar lo que había pasado, Jim le dijo a Pamela que la llevaría a Las Vegas con Bob Gover y su novia. Gover era el cachondo autor cuarentón de *Malentendido de 100 dólares*, una divertida novela sobre un ingenuo universitario blanco y una incrédula pero muy enrollada puta negra. El *New York Times* le había encargado que escribiese un reportaje describiendo a Jim como un producto de los maquiavélicos titiriteros hollywoodienses. Al insistir Bob en que Jim no era creación de nadie, le retiraron el encargo, pero para entonces los dos ya se habían hecho amigos, compartiendo el amor por los libros, las mujeres y el alcohol. Gover había vivido en Las Vegas y decía que quería enseñar a Jim la cara de la ciudad que no conocen los turistas. Como era de esperar, Jim y Pamela se pelearon, y Jim se fue a Las Vegas sin ella.

Jim se apeó junto a otros tipos del coche de Gover, sintió el calor seco y desértico de la noche y miró durante un instante la marquesina del club nocturno: Pussy Cat a Go Go presenta *Completamente desnudo y los ladrones de coches*. Jim se rio y atravesó contoneándose el aparcamiento. Llevaba bebiendo desde el mediodía, y ya eran casi las diez. Miró atrás hacia los otros del grupo y, llevándose los dedos a los labios, dio una ruidosa calada a un porro imaginario.

—¿Quieres fumar? —preguntó.

El guardia retrocedió, asqueado, y después se inclinó hacia delante, apuntando con la porra en la misma dirección.

—Eh, un momento.

Uno de los compañeros de Jim se puso delante de él para protestar. El guardia golpeó con la porra el cráneo más cercano, después se giró y atizó a Jim. Parecía más sorprendido que herido, aunque tenía la cara ensangrentada, y el guardia le volvió a golpear.

Poco después llegó la policía y metieron a Jim y a Gover —los dos que llevaban el pelo más largo— en la parte trasera del coche patrulla.

—Cabrones —susurró Jim, y calló—. *Cabrones* —dijo un poco más fuerte, y volvió a callar—. Cerdos —dijo—. *Cerdos* —otra vez—. Cerdos cabrones.

Los polis que iban delante no se inmutaron, y fue Gover quien intentó hacerle callar.

—Déjalo ya, oye, esos tipos pueden aplastarnos la cabeza si les apetece. Tienen permiso para hacerlo.

—No, tío —dijo Jim—, es una prueba de valor.

A Bob le ficharon por embriaguez pública, lo mismo que a Jim, aunque a este le acusaron también por vagabundear e ir indocumentado. Como de costumbre, lo único que llevaba en los bolsillos era una tarjeta de crédito.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo uno de los polis de la comisaría al ver entrar a Jim y a Bob—. ¿Un par de chicas?

—Sí, tío, fíjate en esos pelos. Ja, ja.

—Creo que estas bellas criaturas deberían quitarse la ropa para asegurarnos de su sexo. ¿Qué os parece?

Los polis obligaron a Bob y a Jim a desnudarse y después de ficharlos les encerraron en una celda. Los barrotes medían unos seis metros de alto hasta el techo y, cuando la puerta estuvo cerrada, Jim trepó como un mono hasta el límite de la jaula para mirar desde arriba hacia los escritorios y los polis de la habitación adyacente.

—Eh, Bob —gritó—, ¿no son los hijos de puta más asquerosos que has visto en tu vida?

Jim se puso a reír.

—Ji, ji, ji, ji…

Uno de los polis se acercó y miró hacia arriba.

—Yo termino de trabajar a medianoche, y luego tengo una cita. Tú y yo solos en una habitación. Hasta luego…, bonita.

Cuando faltaban cinco minutos para la medianoche, los amigos de Bob pagaron la fianza y Jim se libró de una paliza más que segura.

Era una escena típica. En los primeros meses de 1968, la capacidad bebedora de Jim aumentó a un nivel que alarmó a los otros Doors. En la tradición de Dylan Thomas y Brendan Behan, Jim se estaba convirtiendo no solo en un borracho mítico, sino en un borracho cualquiera.

En una fiesta en casa del cantante John Davidson, Jim y Janis Joplin se emborracharon juntos. Paul Rothchild los recuerda abrazándose: «El señor y la señora *rock ’n’ roll*». Pero, de pronto, Jim envileció y cogió a Janis del pelo y le tiró de la cabeza hasta ponérsela delante del paquete. Ella consiguió soltarse y corrió al cuarto de baño, llorando. Alguien obligó a Jim a meterse en un coche. Janis llegó corriendo tras él. Metió el brazo por la ventanilla y empezó a golpear a Jim en la cabeza con una botella de Southern Comfort. Cuando el coche arrancó, Jim se echó a reír.

En Nueva York, en el Scene, Jim tropezó y vació las bebidas que había en una mesa en el regazo de Janis. Después, emocionado por la música, se tambaleó hasta el escenario y, una vez allí, se arrodilló, estrechando las piernas de Jimi Hendrix en un abrazo ferviente y etílico.

De vuelta a Los Ángeles, en Barney’s Beanery, Jim se puso a discutir con su amigo Tom Baker. En una película que había hecho con Andy Warhol, Tom aparecía desnudo, y ahora este estaba llamando «calientabraguetas» a Jim.

—Al menos a mí me cuelga —dijo.

Jim estaba borracho y se bajó la cremallera.

—Bueno, yo también puedo hacerlo —fanfarroneó—. Yo también puedo hacerlo. No es nada. Eso no es arte.

En un aeropuerto del Medio Oeste, otra vez borracho, Jim insistió en que alguien le llevara en una silla de ruedas, de la cual se dejaba caer periódicamente, agitándose con violencia, como si estuviese a punto de sufrir un ataque fatal. Al final cayó y se quedó inmóvil. Había ido a parar debajo de un banco, y Bill Siddons le bloqueó educadamente toda escapatoria con el equipaje de mano y las fundas de las guitarras.

Aparte de liarse con un número de chicas cada vez mayor, empezó a gastarse el dinero como un descosido; no en coches ni en casas, sino en enormes cuentas en los bares y en ropa a medida, como una chaqueta de piel de lagarto y un traje de 2.200 dólares de piel de poni. Este último fue abandonado en el contenedor de basura de un aeropuerto porque mucha gente lo había confundido con un abrigo de piel de foca. Había reunido a un pequeño grupo de aduladores que le acompañaba a todas partes, y gozaba del peculiar resplandor que las estrellas pop despedían en los años sesenta. Llevaban a Jim donde quisiera, competían por encenderle los cigarrillos con filtro que fumaba de vez en cuando, iban a buscarle botellas a la licorería y mantenían la cabina del estudio donde grababa las voces repleta de *groupies* dispuestas a todo.

Jim también empezó a reunir su primera camarilla de bebedores compulsivos, que incluía a Tom Baker, al cantante Alice Cooper, por entonces completamente desconocido, y a un miembro del grupo de Alice, Glen Buxton. En aquella época, el problema de Jim con la bebida era ya muy grave, por mucho que lo disimulase. Se pasaba los días en los bares que rodeaban el motel. Jamás entraba en el estudio sin una botella.

El alcohol era la panacea de Jim, la poción mágica que respondía a sus necesidades y solucionaba sus problemas. Además, le parecía lo más adecuado desde el punto de vista histórico. Su consumo le proporcionaba la imagen dionisíaca con la que se identificaba y que le gustaba proyectar. También estaba firmemente enraizado en la tradición cultural norteamericana.

Coincidiendo con la puesta en marcha del tercer álbum, la cosa se desmadró. Primero en el local de ensayo y después en el estudio, había parásitos de pared a pared. Bruce Botnick recuerda la noche en que una chica gorda entró en la sala de grabación con el vestido levantado hasta la cintura, sin bragas, y todo el que quiso se la folló.

Una noche, John tiró las baquetas y se largó. Ya lo había hecho otra vez en que Jim estaba demasiado borracho para cantar durante la fiesta de inauguración de curso en la Universidad de Michigan. Pero ahora parecía definitivo.

—¡Se acabó! —escupió John—. ¡No lo aguanto más, me largo! ¡Esta vez

va en serio, me largo!

Y se largó.

Ray y Robby se miraron y después bajaron la vista hacia Jim, que estaba tirado en el suelo del estudio sobre una mancha de orina que se extendía. Ray se levantó pesadamente y se dirigió a la sala de control. Se encogió de hombros y dijo:

—No sé…

Al día siguiente, los cuatro Doors volvían a trabajar con toda normalidad.

Con discreción, John, Robby y Ray empezaron a pensar en alguien a quien contratar para ejercer un ligero control amistoso sobre Jim. Paul Rothchild les propuso a Bobby Neuwirth, un amigo que vivía en Nueva York. Los Doors dijeron que sí, que habían oído hablar de él.

—¿No había sido *roadie* de Bob Dylan?

—Más que eso —dijo Paul. Neuwirth era un catalizador, un animador, una persona afable y responsable con una fachada de despreocupación. Además, conocía a todo el mundo. «¿A quién quieres conocer, a Brando?». Joan Baez decía que Dylan se había inspirado en Neuwirth para escribir «Like A Rolling Stone».

—Lo más importante —dijo Rothchild a los tres Doors— es que puede superar a Jim Morrison en lo que sea. Puede divertirse, ponerse en su onda intelectual, armar más juerga que él, beber más, correr más deprisa, dormir menos y llevarle a tiempo a la actuación.

Los tres coincidieron en que parecía la persona adecuada y Paul llamó a Jac Holzman en Nueva York para informarle de que la situación se había deteriorado de tal forma que no estaban seguros de poder terminar el tercer álbum a menos que alguien se ocupara de Jim. Jac dijo que Elektra pagaría la mitad del sueldo de Neuwirth.

Aunque Neuwirth ya había conocido a Jim en Nueva York, ya que era lo que él mismo se autoproclamaba, un «artista de la marcha», para que la cosa pareciera más natural Paul se presentó con Bobby cuando se unió a la gira de los Doors en marzo. Idearon un plan para que Bobby empezara a filmar una película sobre los Doors; un minidocumental que podría utilizarse para promocionar alguno de los futuros *singles*, tal como se había hecho con «Break On Through» y «The Unknown Soldier».

Jim, por supuesto, se dio cuenta enseguida.

«No se puede decir que los Doors lo hicieran a sus espaldas —dice Neuwirth—, porque nadie hizo nunca nada a espaldas de *ese* tío, porque si le conocías un poco, sabías que no era un imbécil. Se enteró de todo el rollo al *instante*. Se suponía que yo tenía que ser una especie de director sin dirección, ¿vale? Pero, en realidad, no fue nada de eso. El tío se enteraba de *todo* lo que pasaba a su alrededor».

Así, en palabras de Neuwirth, llegaron a una relación estable y cómoda. Al principio, Bobby intentó enseñar a Jim a tocar la guitarra, pero él dijo que no, que aquello le llevaría demasiado tiempo. A partir de ahí, hicieron la especialidad Bobby: ir de marcha.

—No era molesto en *absoluto*, tío. Era una situación potencialmente volátil, porque a mí también me gusta la cerveza fría, tío… y el tequila. Reconozcámoslo: no había manera de convencer a Jim para que no se tomase una copa. Al final, acababas tomándote una tú también.

Jac Holzman visitó una de las sesiones de grabación poco después de que Neuwirth fuera contratado, y los Doors le llamaron de manera conspiradora a una de las cabinas.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Robby.

—Claro, Robby.

Robby le dijo a Jac que querían un adelanto de los *royalties* que habían ganado ya y que debían cobrar al cabo de unos meses.

—¿Cuánto necesitáis?

—No lo sé, queremos pagar la rescisión de nuestro contrato con Sal y Ash.

Los Doors llevaban meses discurriendo sobre el tema. Dann y Bonafede les habían conseguido un buen agente y una firma publicitaria eficiente, pero también habían intentado desmembrar el grupo incitando a Jim a continuar en solitario, y no dejaban de llevarle botellas a los camerinos. Habían hablado con el padre de Robby y después con el abogado del grupo, Max Fink.

A Jac Holzman nunca le gustaron los mánager de los Doors, pues pensaba que habían cavado una zanja entre él y el grupo al convencer a los chicos de que se cambiaran los números de teléfono y no dieran los nuevos a la gente de Elektra. De modo que les adelantó gustosamente 250.000 dólares, una parte de lo que las ventas de discos garantizaban. Dann y Bonafede aceptaron

una quinta parte.

Los Doors decidieron pedir a su antiguo mánager de gira, Bill Siddons, que ocupase la plaza. Les había dejado después del primer año y había vuelto a la universidad para evitar que le llamasen a filas, pero con los 1.500 dólares al mes que los Doors le prometían —en vez de un porcentaje— pensó que podría permitirse anular la prórroga por estudios y contratar a un buen abogado (que más tarde también conseguiría la exención para Robby). Bill, de solo diecinueve años, tenía nacionalidad canadiense y la condición de extranjero residente, pero era el perfecto californiano del sur: un individuo alto, rubio y bien formado, obsesionado por las tablas de *surf*, las motos, la marihuana y las chicas guapas.

En aquellos días no era nada extraordinario que alguien con la juventud e ingenuidad de Bill llevase a cabo con éxito el trabajo de mánager de un grupo de *rock*. Los grupos solían pedir ayuda a sus *roadies* cuando tenían problemas. Además, desde un principio, quedó claro que en realidad serían los Doors los que llevarían el *management* y tomarían todas las decisiones creativas, mientras que Bill dirigiría la oficina y haría de enlace entre ellos y el abogado, el agente, el contable y los publicistas.

El humor y el comportamiento de Jim mejoraron y los cuatro conciertos en el Fillmore East de Nueva York fueron de lo mejor de aquella época. Bill Graham se opuso enérgicamente a proyectar la violenta película impresionista que los Doors habían hecho para «The Unknown Soldier» —en la que Jim, atado a un poste en la playa de Venice, era fusilado y empezaba a brotarle sangre de la boca—, pero finalmente aceptó.

Los adolescentes fanáticos del *rock*, que habían florecido por todas partes, aceptaron al Morrison irlandés en blanco y negro como un dios. En *Crawdaddy*, Kris Weintraub describió a Jim con estas palabras en el verano de 1968:

> Se acercó al micrófono, cogió la parte superior con la mano derecha y el pie con las yemas de los dedos de la izquierda, y alzó la vista hasta que el foco le iluminó la cara. El mundo empezó a rodar en ese instante. En el mundo no hay otro rostro como el suyo. No es hermoso a la manera convencional. Al mirarle, te convences de que él es Dios. Cuando se ofrece a morir por nosotros en la cruz, no nos sorprende,

> porque él es Jesucristo.

Otro periodista, más calmado, de la misma revista contaba:

> En la película todo el mundo festeja salvajemente la muerte simbólica de Jim, mientras Morrison canta histéricamente desde la banda sonora: «¡Todo ha terminado, nena! ¡La guerra ha terminado!».
>
> Cuando la película se proyectó en el Fillmore East, el joven público, rebosante de frustración antibélica, estalló. «¡La guerra ha terminado! —gritaban los adolescentes por los pasillos—. ¡Los Doors han acabado con la maldita guerra!». El pequeño drama pasional de los Doors había conectado con el público. Jimmy y los chicos lo habían vuelto a conseguir.

Mientras «The Unknown Soldier» entraba en las listas de ventas, se produjo otra crisis. Fue en Los Ángeles, cuando los Doors volvieron al estudio. Ray se dirigió a Vince Treanor, que hacía cuatro meses que trabajaba para ellos como técnico de mantenimiento del equipo, y le pidió algo de cambio para la máquina de refrescos.

—Hablando de cambio —dijo Vince—, ¿no creéis que ya es hora de que cambiéis de mánager?

Evidentemente, se estaba recomendando a sí mismo. Ray se quedó helado.



En el Fillmore East de Nueva York, 1968

En opinión de Vince, Bill estaba perjudicando mucho a los Doors, y así se lo dijo a los cuatro por separado. Más tarde, el grupo al completo y Paul Rothchild entraron en la sala de control, y luego Bill se sumó a la reunión. Al pasar por delante de Vince, le saludó con un gesto. Los Doors decidieron quedarse con Bill. Estaban de acuerdo en que Vince era un genio de la electrónica (una noche, en una situación de emergencia, había desmontado, reparado y reconstruido el amplificador de guitarra de Ray en la oscuridad del escenario). También estaban de acuerdo en que sería imposible encontrar a alguien tan leal a los Doors como el sombrío fabricante de órganos de Massachusetts. Pero creían que carecía de la personalidad adecuada. Tenía mal genio y era uno de esos excéntricos cuyos modales ahuyentan a más de uno. Al mismo tiempo, decidieron que Vince merecía un ascenso y un aumento de sueldo; de técnico de mantenimiento a mánager de gira, de 400 dólares al mes, a 500, más 100 dólares por concierto.

La pequeña tensión pasó y los Doors concentraron su atención en una tensión más importante: completar el álbum.

La cosa no iba demasiado fina. Una larga composición titulada «Celebration of the Lizard» fue desechada, aunque se recuperó un pequeño fragmento que apareció bajo el título de «Not to Touch the Earth». Jim había sacado los dos primeros versos —«No tocar la tierra. / No ver el sol»— del índice de *La rama dorada*. La versión original de «Lizard» duraba veinticuatro minutos y su eliminación —después de muchas horas de estudio— dejó el disco a medio hacer.

De modo que los Doors se sumergieron en lo poco que quedaba de su repertorio primerizo y grabaron canciones que Jim había escrito en Venice, incluyendo la que iba a ser su próximo gran éxito, «Hello, I Love You», repescada de la maqueta original por el hijo de Jac, Adam. Los arreglos para otras canciones se hicieron sobre la marcha, cosa que requirió horas de estudio muy costosas. En una de ellas, «My Wild Love», los Doors renunciaron a la música y la convirtieron en una canción de trabajo, haciendo que todos los presentes, incluyendo a Mark James, el pequeño hijo de Billy,

dieran palmas, golpearan el suelo con el pie y cantasen al unísono.

El perfeccionismo de Paul Rothchild también consumió mucho tiempo. Casi todas las canciones del disco necesitaron veinte tomas —aunque es cierto que la mayoría de las tomas malas fueron culpa de Jim—, mientras que «The Unknown Soldier», grabada en dos partes, tuvo que empezarse ciento treinta veces. Finalmente, el álbum se terminó en mayo.

Jim había llegado al final con determinación, pero mostraba su frustración y aburrimiento cada vez más, olvidándose de la música y dedicando su tiempo a un creciente número de actividades extramusicales. Una de ellas era el cine.

Cuando el director francés Jean-Luc Godard acudió al estreno americano de *La Chinoise* en la Universidad de California del Sur, Jim se sentó en primera fila. Su amigo novelista Bob Gover estaba escribiendo un guion, y hablaron de involucrar a Jim en el proyecto. Joan Didion, que había escrito un halagador artículo sobre Jim en el *Saturday Evening Post*, y su marido escritor, John Gregory Dunne, tenían los derechos cinematográficos de un libro titulado *Needle Park* y querían que Jim y su amigo Tom Baker interpretasen los papeles principales. Y el documental en blanco y negro de Bobby Neuwirth, *Not to Touch the Earth*, fue editado como una especie de prototipo para las otras películas promocionales producidas por los Doors.

«La idea era —dice Bobby— que los Doors no tuvieran que hacer nunca el *Dick Clark Show* u otros programas semejantes. Sencillamente, enviarían su película más reciente. De esta manera nadie tendría que trasladar amplificadores ni estar sobrio».

La película de Bobby no llegó a utilizarse nunca. Los Doors decidieron no sacar «Not to Touch the Earth» como *single*, y Bobby fue expulsado del equipo.

Coincidiendo con la marcha de Bobby, decidieron realizar un largometraje documental. Los cuatro Doors accedieron gustosamente a compartir los gastos de producción; todos pensaban que la película sería una inversión que podría recuperarse con creces. Si llegaba a estrenarse y a popularizarse tanto como *Don't Look Back*, de Dylan, podrían obtener grandes beneficios. Incluso con la venta de la película a la televisión podría financiarse el proyecto. De cualquier manera, se esperaba que la película realzase la creatividad del grupo, además de incrementar su poder económico. En 1968

eran uno de los primeros grupos de *rock* que se interesaban por utilizar el cine como medio de expresión.

Se invirtieron veinte mil dólares en cámaras, focos, equipo de grabación y edición, y se contrató a tres «empleados» a jornada completa. Dos de ellos eran antiguos compañeros de la escuela de cine de Jim y Ray. El primero era Paul Ferrara, un tipo atractivo y lisonjero que había formado parte de la antigua escena de Venice y que ahora se dedicaba a la fotografía. El segundo era Frank Lisciandro, excéntrico y dulce estudiante de zen que, junto a Kathy, su mujer (más tarde sería secretaria de los Doors), había servido en el Cuerpo para la Paz en África. El tercero era Babe Hill, uno de los antiguos amigos de Paul Ferrara en el instituto del suburbio de Inglewood, donde hasta hacía poco Babe había vivido con su mujer y sus dos hijos.

Durante los tres meses siguientes, estos tres hombres siguieron a los Doors por todo el sur de California —de Disneylandia a Catalina— y después por toda América para filmarles en las horas de trabajo y en los momentos de tranquilidad. Como todo el que entraba en la órbita de los Doors, los tres se vieron arrastrados por la fuerza de la personalidad de Jim y por lo profundo de su generosidad. Con el tiempo se convertirían en sus amigos más íntimos, sobre todo el infantil Babe, cuya facilidad para aceptar abiertamente a todo el mundo y todas las cosas fascinaba a Jim. «No sé si este tipo es idiota o es un genio, pero sabe pasárselo bien».

Al mismo tiempo, Jim volvía a luchar con su poesía. Pese a que para los otros Doors «Celebration of the Lizard» era como una especie de albatros que los tuviera cogidos por el cuello, hasta que fue descartada del tercer álbum, Jim se sentía satisfecho de la letra y consideraba la pieza «un drama puro». En él reiteraba muchos de sus temas favoritos, incluyendo la cárcel, la locura, los sueños y la muerte. También disfrutó desenterrando algunos de sus primeros escritos de la UCLA para la revista *Eye*. Un disperso ensayo sobre las visiones, poético y penetrante, pero tan esotérico que los editores se sintieron obligados a añadir gran cantidad de notas a pie de página para explicar sus secretas referencias.

Pamela le regaló una cartera de piel para que guardara los poemas que tan laboriosamente pasaba a máquina y le concertó un encuentro con el poeta californiano Michael McClure. Jim le había dicho que quería ver la nueva y

controvertida obra de teatro de McClure, *The Beard*, y Pamela llamó a un antiguo amigo de su hermana, que era el agente literario de McClure y les consiguió entradas para ver la obra en Los Ángeles. Así fue como Jim conoció al poeta de la generación *beat* que había sido uno de sus héroes en la época del instituto, aunque, dado que Michael McClure no había leído nada de su poesía, Jim, por timidez, se emborrachó como una cuba. Pero salió satisfecho del encuentro. Un agente, Michael Hamilburg, le dijo que quería leer sus poemas, y estuvo de acuerdo en que deberían publicarse sin referencias a la imagen de Jim como estrella de *rock*.

A Jim le aburría el estrellato cada vez más. Originalmente, Ray y él habían concebido los Doors como una fusión inteligente y volátil de teatro, poesía y música exploradora bien ejecutada. Pero para Jim estaba claro que este concepto no era comprendido por su público, cuya mayoría se sentía atraída por el sensacionalismo y la adoración del ídolo sexual.



Robbie Robertson, Michael McClure
(mirando a la cámara), Bob Dylan
y Allen Ginsberg

Sin embargo, Jim había empezado a despreciar a sus seguidores. Llevaba ya meses escupiendo al público (o a la imagen que este tenía de él) y emborrachándose tanto que las actuaciones solían resentirse. A principios del verano de 1968, Jim adoptó una pose descaradamente despreciativa como medio para negarse a sí mismo la estúpida y desencaminada aprobación que el público le dispensaba.

Era 10 de mayo y los Doors estaban en Chicago. Jim atravesó a grandes zancadas el pasillo que iba del camión de los camerinos al escenario, protegido por una falange de polis, pensando tal vez en el trabajo que escribiera en Florida sobre las neurosis sexuales de las masas. Evidentemente, lo que pasó a continuación fue deliberado. Jim lo admitiría más adelante. Se estaba poniendo de moda que los grupos dejaran que sus fans subiesen al escenario, y él quería ver si podía dar un paso más allá. Quería comprobar si podía provocar un disturbio.

Los otros Doors estaban ya en su sitio, tocando una obsesiva introducción típica de la banda. Jim sacó pecho, se acarició la melena y subió los peldaños. Dio seis grandes pasos hasta el centro del escenario, agarró el micrófono y soltó un gruñido.

Una erupción hitleriana de quince mil gargantas le respondió y, como réplica, Jim condujo al grupo a través de todas las canciones «incendiarias», empezando por «The Unknown Soldier». El sentimiento antibélico estaba subiendo como la espuma en 1968, y esta canción había sido virtualmente prohibida en las emisoras radiofónicas, mientras el violento cortometraje que los Doors habían producido para promocionarla en televisión había sido totalmente censurado. Aun así, el disco llegó al *Top 40* y se convirtió en una canción de lucha para lo que en aquella época recibía el muy optimista nombre de la Revolución.

«Break On Through» llegó a continuación, seguida de «Five to One». Cuando Jim gritó: «¡Queremos el mundo, y lo queremos ya!» en «When the

Music’s Over», la multitud respondió con la misma exigencia.

Jim lo dio todo en esa actuación, utilizando todos los trucos que conocía: cayó y saltó, se retorció en falsa agonía, se lanzó contra el suelo del escenario con tanta fuerza que se lastimó en el costado, restregó las maracas por la parte delantera de sus ceñidos pantalones de cuero y después las lanzó a las chicas de las primeras filas, se desabrochó la camisa y la lanzó también al público.

Hicieron dos bises, y después Bill Siddons anunció: «¡Los Doors se han ido, ya no están en el edificio!».

Era el mismo tipo de anuncio que se hacía al final de un concierto de los Beatles o de los Rolling Stones.

La multitud golpeaba el suelo con los pies y gritaba al unísono: «¡Más, más, más, más, más, más…!».

Alguien subió a la barandilla del anfiteatro y se dispuso a lanzarse desde una altura de cinco metros y medio sobre la multitud que se movía nerviosamente por el suelo de cemento. Hubo un murmullo general y de pronto se hizo el silencio. Todo el estadio estaba mirando al anónimo adolescente, que saltó de la barandilla, con los brazos abiertos como si fuesen alas.

La multitud se apartó y el chico aterrizó con un sonido seco. Nadie se atrevía a respirar. Entonces, el joven se puso de pie y rompió el silencio: «¡No veas! ¡Qué pasada!».

La multitud entró en erupción. Cargó contra el escenario. Saltó y ganó los primeros metros, pero fue obligada a retroceder. Después llegó otra oleada que aplastó los instrumentos.

Finalmente, el personal de gira de los Doors y los polis del alcalde Daley, golpeando y aporreando a los adolescentes con las porras, las baquetas abandonadas por John Densmore y los pies de micro de Jim, consiguieron hacer retroceder al último de los fans de los Doors. Jim Morrison había visto probada su teoría.

Para los cientos de miles, millones quizás, que componían su público, Jim era un rebelde, una fantasía sexual, el Rey Lagarto; un loco romántico. Para la América convencional, era una amenaza pública, obsceno y arrogante. Esta era su cara apocalíptica.

En privado, con sus amigos, desplegaba una inocencia verdadera, complementada por la timidez y el tono suave de su voz. Pero, como él mismo admitía, se sentía atraído por los extremos. «Creo que los puntos más altos y más bajos son los importantes. Todos los puntos medios son eso: puntos medios. Quiero tener libertad para intentarlo todo, quiero experimentar todas las cosas por lo menos una vez».

Podía ser extremadamente civilizado, educado, incluso erudito; pero en otras ocasiones era grosero o, como él prefería llamarse, «primitivo».

Más que nada, Jim Morrison era carismático.

Con sus amigos podía ser dulcemente fino y respetuoso. En palabras de Jac Holzman: «Como regla, intentaba que sus palabras no molestaran a la gente que le caía bien. Como los japoneses, que nunca dicen no, sino: “Sí, pero…”» .

Normalmente, en las entrevistas Jim reaccionaba ante las cosas que le desagradaban con un «entiendo lo que quieres decir, pero tal vez…». También era compasivo con algunos de sus fans. En Filadelfia, por ejemplo, se ocupó de que dos adolescentes, a quienes unos amigos habían dejado en la estacada, tuvieran una habitación de hotel para pasar la noche. En Nueva York, después de un concierto, consoló amablemente a otro adolescente que se había hecho daño. En una ocasión se quitó la chaqueta de los hombros y se la dio a un joven tembloroso a quien la tormenta le había pillado tirado en una esquina. En palabras de Jac: «Jim no podía evitar, aunque hubiera querido esconderlo, que en muchas ocasiones saliera a la luz su buena educación». Cuando quería, hacía gala de unos modales excelentes y era un gran conversador.

También podía ser increíblemente compasivo, como lo demuestra el caso de un adolescente para el que Jim era a la vez un héroe y un hermano mayor. Este último papel parecía gustarle especialmente a Jim. Denny Sullivan había conocido a los Doors a través de uno de sus *roadies* y, después de verlos en concierto, quedó tan entusiasmado que consiguió colarse en las oficinas del grupo en West Hollywood. Tal vez porque solo tenía trece años y era bajo, nadie se molestó en echarlo. Al cabo de poco tiempo, toda la familia de los Doors le conocía. Pero, también al cabo de poco tiempo, Bill Siddons decidió que Denny pasaba allí demasiado tiempo e interfería en el funcionamiento de

la oficina. Cuando Siddons le dijo a Denny que no quería verlo por allí tan a menudo, Denny se hundió. Entonces Jim desautorizó las protestas de Bill y encargó a Denny que se ocupase de llevar la correspondencia de los fans, que en aquella época llegaba a montones. Denny cobraba diez centavos por cada carta que contestaba.

Jim no se tomaba a sus seguidores a la ligera, y creía verdaderamente que Denny haría el trabajo con sensibilidad, a diferencia del servicio comercial que los Doors habían pensado utilizar. De este modo, Denny *aumentó* sus visitas a la oficina, faltando a clase para poder estar con la gente por la que sentía más apego.

Unas semanas más tarde, Jim le preguntó bruscamente a Denny por qué llevaba el pelo tan corto. Denny le dijo a Jim que sus padres le obligaban a cortárselo.

—¿Te obligan? —Jim frunció el ceño—. Bueno, pues ya no van a obligarte más.

—¿Por qué no?

—Porque lo digo yo —sentenció Jim—. Porque no les voy a dejar. A partir de ahora no tendrás que hacer nada que no quieras. No tienes que cortarte el pelo si no quieres, ¿lo entiendes?

Jim hurgó con el dedo en el pecho de Denny. Sabía que sus atenciones eran lo más importante del mundo para Denny.

—La próxima vez que te molesten, dímelo, y yo te diré lo que tienes que decirles.

Jim continuaba sin reducir las grandes cantidades de alcohol que consumía. Como sucedía con otros aspectos de su comportamiento, aquello era imposible de detener. Además, pensaban algunos, Jim era quien soportaba más presión de todo el grupo y, por lo tanto, tenía derecho a beber si lo necesitaba o si le apetecía. De hecho, Jim se encontraba en una posición que le permitía hacer lo que le diera la gana, por mucho que desagradara a los que le rodeaban, y así lo hacía. No era algo intencionado, pero sí autodestructivo.

Se estaba poniendo flácido, abotargado. Su pelo ya mostraba algunas mechas grises. Un pequeño michelín le caía por encima de los pantalones de cuero, y empezó a llevar la camisa por fuera para ocultarlo. Cuando un fan que se encontró por la calle le dijo que había engordado, se inscribió en el

Club de Salud Beverly Hills, una sociedad que hasta entonces desconocía.

Aún peor, Paul Rothchild le dijo que estaba perdiendo la voz. Paul nunca había pensado que Jim fuera un gran cantante, aunque a veces decía que era el «primer *crooner* de verdad que había surgido desde Frank Sinatra». Pero Jim «no tenía mentalidad de cantante. Pensaba en términos teatrales más que vocales. Y se estaba destrozando la poca voz que tenía con la bebida».

Pese a todo, recibía la aclamación pública. En los primeros meses de 1968, los lectores del *Village Voice* votaron a Jim como mejor vocalista del año. (Los Doors se llevaron el premio al grupo revelación del año, Ray Manzarek quedó tercero en el apartado de mejor músico, por detrás de Eric Clapton y Ravi Shankar, y el primer álbum del grupo fue solo superado por *Sergeant Pepper*). Un reportaje de siete páginas en la revista *Life* tomaba partido por la validez y la capacidad literaria de los Doors y era comprensivo con el arresto de Jim en New Haven.

Pero tal como Diana Trilling había escrito sobre Marilyn Monroe, tarde o temprano la fama da un mal juego a las estrellas; ella lo llamaba la ley de la compensación negativa. Jim enseñó su juego en junio, en una reunión concertada con los Doors.

Aparcó su coche, un Shelby GT 500 Cobra (solamente conducía coches norteamericanos), en el aparcamiento del bar de *topless* que había junto a las oficinas de los Doors en West Hollywood. Observó que el local de ensayo en la planta baja estaba vacío, de modo que subió lentamente la escalera y abrió la puerta de la planta superior.

En la primera habitación había tres o cuatro escritorios, un sofá barato, un tocadiscos, una máquina de café y un montón de cartas de los fans, revistas, periódicos y discos desordenados. En una esquina había un pequeño cuarto de baño con ducha. De las paredes de la oficina colgaban los discos de oro de los Doors, que por entonces eran ya cuatro.

Jim atravesó silenciosamente la habitación hasta su escritorio, sin decir nada a los presentes: una secretaria, Bill Siddons y el resto de los Doors. Echó un vistazo a las cartas más raras e interesantes del día —apartadas diariamente a petición suya—, sacó una hamburguesa fría de una bolsa de papel y le dio un mordisco. Masticaba lentamente, igual que hablaba lentamente o caminaba lentamente. Al cabo de un par de minutos, alzó la

vista para mirar a los otros y dijo que lo dejaba.

—¡¿Qué?!

—Pues… que lo dejo —dijo Jim.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Al final, hubo un silencio y Bill preguntó:

—¿Por qué?

—Ya no quiero dedicarme a esto. Antes sí, pero ya no.

Los Doors habían mantenido la misma política desde el principio: si no estaban todos de acuerdo en algo —un concierto, una canción, lo que fuera—, entonces nadie lo hacía; se regían por unanimidad. Jim solo tenía un voto entre cuatro, pero no podía perder una votación.

Los otros Doors y Siddons empezaron a comentar que tal como estaba el grupo en aquellos momentos, nadie sabía hasta dónde podían llegar. Tenían poder para hacer cualquier cosa.

—Ya no quiero dedicarme a esto —repitió Jim. Se puso a manosear las cartas que tenía delante y le dio otro mordisco a la hamburguesa.

Ray dio un paso adelante y dijo ardientemente, con un deje de pánico en la voz:

—Seis meses más. Démonos seis meses más.

Nunca es fácil bajarse de un tren en marcha, y Jim no pudo hacer realidad su amenaza. Los Doors ya estaban ensayando para su concierto más prestigioso hasta la fecha, un gran festival en el Hollywood Bowl, el 5 de julio. A este le seguiría un concierto en el inmenso Singer Bowl de Nueva York. Con una gira europea a la vuelta de la esquina y la publicación simultánea de su tercer álbum y un nuevo *single*, que se iban a convertir ambos en éxitos instantáneos, el grupo había cogido suficiente carrerilla como para continuar durante una década o más.

Al mismo tiempo, era como si los Doors estuvieran subiendo su propio listón. Para el concierto del Hollywood Bowl contrataron a tres cámaras más, sumando ya cinco. En cuanto al sonido, colocaron cincuenta y dos amplificadores a lo largo de ciento setenta metros de escenario, que producían sesenta mil vatios de potencia solo en el equipo de voces de exteriores, suficientes para que la voz de Jim llegara con fuerza a las colinas de Hollywood que envolvían el Bowl.

No había manera de detener el clamor del éxito. Encabezar el cartel del Hollywood Bowl había situado a los Doors al nivel de los Beatles, les había convertido definitivamente en «los Rolling Stones americanos». Elektra tenía pedidos adelantados de casi medio millón de copias del nuevo álbum, y en diez semanas se vendieron 750.000 copias que lo colocaron en lo más alto de las listas de ventas. «Hello, I Love You» llegó al número uno en la lista de *singles* y se convirtió en el segundo 45 r. p. m. del grupo en vender un millón de copias.

El título del álbum se había cambiado varias veces durante los cinco meses de gestación del disco, de *American Nights* (que Jim había propuesto en primera instancia) a *The Celebration of the Lizard* (Jim quería que la cubierta del álbum fuera una imitación de piel de lagarto), para llamarse finalmente *Waiting for the Sun*, que era el título de una canción que había sido descartada en un principio. Hubo un momento en que Jim quiso recitar pequeños poemas entre canción y canción, y al final decidieron imprimir el texto del poema que tanto se había resistido a dejarse musicar, «The Celebration of the Lizard», en la funda interior del álbum.

Jim explicaba su fascinación por los reptiles. «No debemos olvidar —decía— que el lagarto y la serpiente se identifican con el subconsciente y con las fuerzas del mal. Hay algo profundo en la mente humana que reacciona poderosamente ante las serpientes. Aunque jamás hayas visto una. Creo que la serpiente encarna todo aquello que tememos».

Su extenso poema, decía Jim, era «una especie de invitación a las fuerzas oscuras», pero la imagen del Rey Lagarto que él proyectaba no lo era. «Todo eso es una invención —insistía—. Me parece que la gente no se da cuenta. No hay que tomárselo en serio. Es como si haces el personaje del malo en una película del Oeste; no quiere decir que ese seas tú. Es solo un aspecto que reservas para la actuación. La intención es irónica».

Los Doors volvieron a la carretera durante el mes de julio, viajando del Hollywood Bowl a Dallas y a Houston, a Honolulú y, finalmente, a Nueva York. El mayor y más memorable de estos conciertos tuvo lugar el 2 de agosto en el Singer Bowl, en los terrenos de la vieja Exposición Universal de Nueva York. Bill Graham quería a los Doors para un nuevo concierto en el Fillmore East, pero el estadio al aire libre en el barrio de Queens era cinco

veces mayor y les permitía compartir cartel con los Who, el grupo británico que acababa de anunciar sus planes de realizar una ópera *rock*. Los Doors estaban seguros de que iba a ser una noche artística excitante.

Sounds of the Fire
(whistles, rattlesnakes, castanets)

< I am the Lizard King
I can do anything
I can make the earth stop in its tracks
I made the blue cars go away

For seven years I dwelt
in the loose palace of exile
Playing strange games
w/ the girls of the island.

Now I have come again
To the land of the fair, & the strong, & the wise.

Brothers & sisters of the pale forest
O Children of Night
Who among you will run w/ the hunt?

Now Night arrives w/ her purple legion.
Retire now to your tents & to your dreams.
Tomorrow we enter the town of my birth.
I want to be ready. >

Letra de «The Celebration of The Lizard»,
manuscrita por Jim Morrison

«Morrison, Morrison, Morrison, Morrison…». Jim bajó de la limusina negra mientras el equipo de cámaras, alternativamente, retrocedía delante de él o seguía su estela de chapero vestido de cuero. Parecía relajado mientras pasaba lentamente entre una multitud de chicas y entraba en la zona del *backstage*, donde se encontró envuelto en un manto de polis neoyorquinos.

«¡Morrison, Morrison, Morrison!».

Su nombre era un mantra que el público cantaba a lo largo y ancho del área de la exposición. Su expresión se volvió solemne en el momento de subir los peldaños hasta el escenario. Los polis tomaron posiciones delante de la tarima y los cámaras (Paul y Babe) treparon a escena detrás de él. Aparte de las lucecitas de los amplificadores y el brillo del incienso sobre el órgano de Ray, el escenario estaba totalmente a oscuras.

«Morrison, Morrison, Morrison…».

Los otros Doors tocaban la introducción de «Back Door Man». Jim llegó al micrófono, se encendió un cañón de luz, el público explotó y Jim llenó el mundo con un largo, doloroso y penetrante aullido. Durante un instante se quedó inmóvil, y entonces cayó al suelo, contorsionándose y pateando.

En la hora que siguió, Jim fue como una visión vestida con camisa de peón mexicano y pantalón de cuero negro que giraba sobre una sola bota, se derrumbaba en un dolor primitivo, volvía a levantarse y se cubría la entrepierna con las manos ahuecadas, brincando hacia delante, con los ojos cerrados, los labios apretados, en pleno éxtasis. Los chicos del público empezaron a chocar contra el escenario como bichos que se estrellasen en la rejilla de un radiador. Los polis retrocedieron y tuvieron que subir hasta el mismo escenario, donde formaron un muro de camisas azules de manga corta y pantalones azul marino entre los Doors y el público enfervorizado.

Nadie veía nada. Jim estaba en el suelo, retorciéndose sobre un costado, con las manos entre los muslos. La música retumbaba.

Algunos chicos empezaron a subirse a los hombros de otros, desde donde conseguían agarrarse al borde del escenario, pero, una vez allí, los polis los

cogían y los lanzaban literalmente a la oscuridad.

Cientos de sillas de madera plegables empezaron a caer sobre los polis. Había cientos de adolescentes sangrando.

El concierto terminó bruscamente, convirtiéndose en el «segundo motín». En una época en que los «motines» del *rock* estaban bien vistos en la escena *underground* —y eran sinónimo de titulares en los periódicos—, la reputación del grupo aumentó. En agosto seguían cogiendo velocidad. «Hello, I Love You» llevaba cuatro semanas en el número uno. Los Doors volvieron a aparecer en *Vogue*, en un artículo sobre la teatralidad en el *rock*. Los críticos de la revista *New York* y de *Los Angeles Times* calificaron el tercer álbum como el mejor del grupo hasta la fecha. Y Europa aún estaba por llegar.

«Hello, I Love You» había sido el primer éxito importante de los Doors en Europa, y este éxito sirvió de base para su explosiva gira de tres semanas. La hipnótica canción estaba ya situada en uno de los primeros puestos de las listas británicas cuando el grupo aterrizó en Londres. En el aeropuerto fueron recibidos por centenares de fans y por un equipo de Granada TV, que no solo filmó su paso por la aduana, sino sus cuatro conciertos en el Roundhouse.

Europa estaba ya lista para los Doors, y los Doors lo sabían. El Roundhouse era un teatro relativamente pequeño, con una capacidad de solo dos mil quinientos asientos. Era menor que los estadios a los que los Doors estaban acostumbrados. El contrato estipulaba cuatro actuaciones en dos noches y diez mil entradas en total, que se agotaron rápidamente. Miles de personas se arremolinaron a las puertas del teatro con la esperanza de poder oír la excitación que se generaba en el interior. Tal y como el *disc-jockey* John Peel escribió en su columna del *Melody Maker*: «Los ingleses han adoptado a los Doors con la misma calidez que Estados Unidos adoptó con nuestros Beatles».

Los conciertos en el Roundhouse fueron un éxito total. El público estuvo muy receptivo y el grupo pasaba por su mejor momento. En la intimidad del pequeño auditorio, la teatralidad de Jim impactaba con más fuerza que nunca. En todos los conciertos el público obligó al grupo a hacer varios bises. La prensa británica se olvidó de los Jefferson Airplane, con los que compartían cartel, y dedicó la mayor parte de los reportajes a los reyes norteamericanos

del *rock* ácido. Las afortunadas diez mil personas que presenciaron las actuaciones informaron a quienes no habían podido entrar a la sala. Granada llevaría el espectáculo a los ausentes. La reputación de los Doors había alcanzado proporciones legendarias, y solo llevaban una semana en la ciudad.



Morrison en el Roundhouse inglés, 1968

Morrison se había enfrentado a Inglaterra, y estaba claro que los yanquis habían vencido. Ahora les esperaban Copenhague, Fráncfort y Ámsterdam.

La única situación problemática que se produjo durante la gira surgió en Ámsterdam. En Fráncfort, a Jim le habían dado una piedra de hachís del tamaño de medio pulgar y, al día siguiente, cuando los Doors descendieron del avión en Ámsterdam y se dirigieron al control de aduanas, Bill Siddons preguntó:

—¿Alguien lleva algo?

Jim dijo:

—Sí, yo tengo este chocolate.

Nadie más llevaba nada comprometedor.

—Bien, pues deshazte de él —dijo Siddons.

Jim se lo metió en la boca, lo masticó y se lo tragó.

Jim había bebido unas cuantas copas en el avión, y durante la comida con los promotores del concierto en Ámsterdam consumiría unas cuantas más. Al acabar, se fue a explorar el famoso distrito de luces rojas de la ciudad.

Siddons habló con uno de los *roadies*: «Ve con Jim, y asegúrate de que llega a tiempo a la actuación».

Jim continuó bebiendo a lo largo de la tarde, y cuando un fan le regaló otra piedra de costo, volvió a tragársela sin dudarlo un instante. Alrededor de las nueve, el *roadie* le hizo subir a un taxi.

Una vez más los Doors compartían cartel con los Airplane, que abrían el concierto. Jim llegó a la zona de camerinos a mitad de la actuación y, en medio de una conocida canción de los Airplane, apareció encima del escenario y se puso a dar vueltas y a brincar, completamente borracho.

No se sabe bien lo que pasó exactamente después. Los testigos no se ponen de acuerdo. Algunos dicen que Jim se desmayó cerca de los bastidores y que se lo llevaron fuera. Otros sostienen que le ayudaron a llegar al camerino de los Doors, donde se sentó en la banqueta de un piano en estado semicomatoso, con la cabeza colgando y los ojos vidriosos, mientras los demás discutían lo que podían hacer.

Los Airplane recibieron el encargo de alargar la actuación y, al acabar, el personal técnico de ambos grupos se tomó con mucha calma el cambio de escenario. Entre bastidores, se decidió que Vince Treanor anunciaría que Jim estaba enfermo, pero que los otros tres Doors tocarían igualmente. «Y diles que quien lo desee podrá recuperar el dinero de la entrada inmediatamente», terminó Bill.

De pronto, Jim resbaló de su asiento y cayó al suelo, como si alguien, silenciosamente, hubiera tirado de un cordel. Bill se puso encima de él, se sacó un espejito del bolsillo y lo sostuvo junto a la boca y la nariz de Jim, en busca de alguna señal de vida. «¡Atrás! —gritó a los demás—. No puedo ver

si respira. ¡Atrás, maldita sea!». Bill volvió a inclinarse sobre el cuerpo de Jim, mirando esperanzadamente el pequeño trozo de cristal que sostenía en la mano. La cara de Jim tenía el color del marfil antiguo, su respiración era muy tenue. Un médico que se encontraba entre el público llegó resoplando y, tras una breve revisión, dijo: «El *monsieur* se ha desmayado».

Sus palabras habían roto el hechizo y, mientras se llevaban a Jim a un hospital, la sincera preocupación se convirtió en una furia contenida. Los otros Doors salieron a actuar, con Ray cantando, como si siempre hubieran sido un trío.

Al día siguiente, los sorprendentes poderes de recuperación de Jim le habían devuelto el color a sus mejillas.

«Tendríais que haber oído lo que me ha dicho el médico esta mañana —contó a los demás—. Me ha preguntado cómo había sucedido, y yo le he dicho que seguramente estaba cansado, y entonces me ha soltado un discurso de veinte minutos sobre los peligros del mundo del espectáculo. Me ha dicho que tenía que ir con cuidado con los mánager avariciosos que hacen trabajar demasiado duro a los artistas».

Bill y los otros miraron airadamente a Jim, que les respondió con una tímida sonrisa.

07

Pamela permaneció en Londres durante la gira europea, en un suntuoso piso que había encontrado en el caro y elegante barrio de Belgravia. Durante los primeros días, Jim y ella exploraron juntos la ciudad, pasearon por el Soho y recorrieron Carnaby Street y Oxford Street, donde Pamela se compró ropa. El 6 de octubre miraron el programa de Granada Television *Las Puertas están abiertas*, que presentaba a Jim en un contexto revolucionario, intercalando el concierto del Roundhouse con imágenes de la convención demócrata de Chicago y una reciente manifestación ante la embajada estadounidense en Londres. El planteamiento era demasiado obvio, pero a Jim le pareció que los Doors habían salido bien parados.

Una semana más tarde se reunieron con el poeta Michael McClure, que había viajado a Londres para visitar a un productor norteamericano en el exilio, Elliott Kastner. Kastner quería que Jim interpretase el papel de Billy el Niño en una adaptación cinematográfica de la obra de Michael *The Beard*. Jim y Michael pronto superaron los problemas en su relación y, en aquellos días de largas conversaciones y alcohol en Londres, cimentaron su amistad. Para Jim, Michael y Pamela, emborracharse era una obligación, con una rica tradición poética, de modo que la primera noche se pusieron a tono e intentaron inútilmente conseguir un taxi que les llevase, a ocho horas de viaje, a la Región de los Lagos, la tierra de Lamb, Scott, Wordsworth y Coleridge. Cada vez que bajaban a la calle, el mismo policía del barrio les daba el alto y a las cuatro de la madrugada les amenazó con llevarles al cuartelillo si volvían a salir de la casa.

A la mañana siguiente, Michael se levantó con una resaca «tan fuerte que

parecía un colocón de mescalina» y se puso a leer distraídamente unos poemas de Jim que había encontrado sobre la mesa. Ya había oído hablar de su poesía, pero aún no había visto ninguno de sus poemas, quedando «terriblemente impresionado». Michael pensaba en Jim como la reencarnación humana del Alastor de Shelley, un andrógino medio espíritu, medio hombre, que vivía en el bosque venerando la belleza intelectual, y los poemas que leyó aquella mañana antes de desayunar, muchos de los cuales aparecerían posteriormente en *Las nuevas criaturas*, no hicieron sino confirmar su opinión.

Cuando Jim apareció, Michael le dijo que creía que debía publicar aquellos poemas. Jim se enfadó con Pamela por haberlos dejado sobre la mesa, pero se olvidó del tema al oír las alabanzas del poeta. Le preguntó a Michael qué le parecía la idea de publicarlos a título privado.

«Le dije que si lo hacía por una buena razón era diferente a publicar algo por vanidad —dice McClure—. Jim no quería ganar reconocimiento como poeta por ser Jim Morrison, la estrella del *rock*. Quería separar la poesía de todo aquello. Le dije que Shelley había publicado su obra privadamente. Le dije que creía que las primeras obras de Lorca se habían publicado también en ediciones privadas. Yo mismo había publicado un libro de esa manera».

Las charlas sobre poesía continuaron durante dos o tres días, amenizadas por la bebida. Jim le dijo que había dedicado los poemas a Pamela porque ella era su editora.

—Lo repasa todo y quita los «joder» y «mierda» —dijo Jim, sonriendo.

Michael miró a Jim y le dijo:

—La mujer de Mark Twain hacía lo mismo.

Michael ojeó algunos de los poemas y comentó:

—¿Conoces el poema de William Carlos Williams «La carretilla roja»? Es uno de los grandes poemas objetivistas y tiene relación con el tuyo de «Ensenada». Me recuerda a «La carretilla roja» en concreción y extensión, aunque tú utilizas una técnica impresionista. Atraviesa el espacio como si fuera cine, como una película.

Al volver a Los Ángeles, Jim visitó el despacho del agente literario de Michael, Mike Hamilburg. Llevaba consigo cuarenta y dos páginas de poesía, acompañadas de veinte fotos que había tomado en un viaje a México. Se

trataba del manuscrito de *Las nuevas criaturas*. También llevaba consigo un largo poema titulado «Dry Water». El agente se mostró muy entusiasmado por el material y estuvo de acuerdo en no enfatizar la imagen de Jim como estrella del *rock*. A finales de octubre, *Las nuevas criaturas* estaba sobre el escritorio de un editor de Random House en Nueva York, y Jim hacía planes para publicar el libro en Los Ángeles a título privado.

Mientras tanto, había problemas con el documental. Ya se habían gastado unos 30.000 dólares, y todos menos Jim querían abandonar el proyecto. En aquel momento el montaje distaba mucho de estar terminado y aún no se había rodado ninguna de las secuencias de ficción que estaban planeadas. Al final llegaron a un trato. No se rodaría nada más, Paul Ferrara y Frank Lisciandro trabajarían sin cobrar y los Doors aportarían los 3.000 o 4.000 dólares que faltaban para completar el montaje. Esperaban poder vender la película a la televisión.

Durante los últimos días de octubre, Jim se encerró en la sala de montaje, una caseta situada detrás del local de ensayo de los Doors. Había latas y más latas de película por todas partes, y en el tablón de anuncios se amontonaban las sugerencias para el título, la mayor parte sacadas de letras de canciones de Jim. «Mute Nostril Agony» era el favorito de John Densmore, pero, finalmente, se eligió una de las propuestas de Ray: «Feast of Friends».[13] Jim se sentaba detrás de la moviola, realizaba algunos cortes y proponía secuencias de escenas, pero dejaba las decisiones finales a Paul y Frank.

«Jim era intensamente consciente de que una película no se hacía en una sola etapa —dice Frank—, que se trataba de una especie de evolución, que cada paso realzaba y aumentaba el producto final. Le interesaba muchísimo el montaje cinematográfico».

Fue al visionar el metraje cuando Jim hizo un sorprendente descubrimiento. Babe, Frank y Paul habían hecho lo posible por captar la violencia de la actuación del Hollywood Bowl, la angustiosa agonía fingida de Jim sobre el escenario, los agentes de policía lanzando cuerpos de adolescentes al público a solo unos metros de él.

«La primera vez que vi la película me asusté un poco —diría Jim posteriormente—, porque al estar en el escenario y ser una de las figuras centrales de la película, solo lo veía desde mi punto de vista. Por eso, al ver

una serie de situaciones que yo creía controlar…, al ver cómo ocurrió en realidad…, de pronto me di cuenta de que en cierto modo yo solo era una marioneta en manos de un montón de fuerzas que solo comprendía vagamente».

Por mucho que a Jim le «asustase» el caos y la violencia que generaba, el 1 de noviembre los Doors empezaron la gira más accidentada de su carrera, para la cual contrataron a cuatro de los guardaespaldas más corpulentos disponibles en la agencia de detectives Parker, una organización de hombres negros de buena pasta, que pesaban por lo menos 140 kilos y tenían licencia para llevar armas.

Los conciertos en Milwaukee y Columbus, los días 1 y 2, fueron normales. La única diferencia digna de mención era que Jim estaba cantando más material de *blues* y menos canciones originales, tal como había hecho en algunas de las actuaciones en Europa. Pero en los ocho días siguientes, hubo heridos, disturbios y detenciones en Chicago, Cleveland, San Luis y Phoenix.

El titular de primera plana del *Phoenix Gazette* decía: «Un disturbio estalla en el Coliseum», y debajo el artículo afirmaba: «Anoche, la feria estatal que tiene lugar en el Coliseum estalló en una guerra entre jóvenes y policías. La culpa fue de los Doors, probablemente el grupo más controvertido del mundo. El cantante solista Jim Morrison salió descamisado al escenario y se comportó con beligerancia. La multitud se tragó las payasadas de Morrison, que lanzó al público objetos, palabrotas y gestos obscenos». Se habían producido más de veinte detenciones.

Cuando le preguntaban a Jim cómo se sentía ante las situaciones de violencia en una sala de conciertos, sus respuestas eran ambiguas. Fue «muy divertido…, bastante festivo», dijo a un periodista. «Nosotros nos divertimos, los chicos se divierten, los polis se divierten. Es un triángulo bastante raro. Pero hay que contemplarlo desde un punto de vista lógico. Si los polis no estuvieran allí, ¿por qué iba a intentar nadie subir al escenario? Porque ¿qué van a hacer cuando lleguen? Cuando suben al escenario son muy pacíficos. No hacen nada. El único incentivo para cargar contra el escenario es la barrera que los separa. Lo creo de verdad. Sin embargo, es interesante, porque los chicos tienen la oportunidad de poner a prueba a los polis. Hoy en día ves a los polis andando por ahí con sus uniformes y sus pistolas, y todo el

mundo siente curiosidad por saber qué pasaría exactamente si se les desafiara. Creo que es algo positivo, porque da la oportunidad a los chicos de desafiar a la autoridad».

A otro entrevistador le contó: «Intenté provocar un par de disturbios, ¿sabes?, y después de unas cuantas veces me di cuenta de que era un chiste. Se había llegado al punto en que la gente no consideraba que el concierto fuera un éxito a menos que todo el mundo corriese un poco. Es un chiste, porque no lleva a ninguna parte. Creo que sería mejor mantener ese sentimiento sumergido durante el concierto, para que cuando la gente saliera se llevase esa energía a las calles y a sus casas».

Era evidente que el público ya sabía lo que tenía que esperar de un concierto de los Doors: disturbios y trascendencia. Si eso no ocurría, por lo menos tendrían la oportunidad de ver al Rey Lagarto actuando como solo él podía hacerlo. Tan colocado que se caía del escenario; tan borracho que se ponía a gritar cuando olvidaba las letras; tan drogado que cargaba con los amplificadores y se desplomaba al suelo, incapaz de levantarse. Los Doors ofrecían espectáculo; un espectáculo nunca visto, un espectáculo estrafalario.

Los Doors hacían lo posible por responder a las expectativas. Eran, con diferencia, el grupo más teatral del momento y atraían tanto al tío enrollado como al adolescente. Morrison era capaz de llevar a ambos más allá de la mera actitud de espectadores e introducirles en el ruedo de la experiencia directa y la admiración.

Pero cuanto más evidente era para Jim que las letras y la música eran ignoradas, más estallaba su frustración dentro y fuera del escenario. También se estaba hartando del calibre de las expectativas de la gente. En los primeros tiempos, no había sido difícil transportar al público, pues este acudía con la mente abierta. Ahora la gente solo se sentía satisfecha si presenciaba lo que le habían contado, lo que creía que le habían prometido. ¿Cómo se podía manejar esa situación?

Los Doors se habían convertido en algo más grande que la vida misma, y la relación con el público se estaba volviendo menos realista en cada nuevo concierto. No era solo que Jim se sintiera indigno de tal admiración, sino que la situación le causaba un creciente desasosiego. El desprecio solo había servido para añadir un espectáculo accesorio a la atracción principal. Quizá,

pensó, la salida fuese dejar de ajustarse a su imagen publicitaria. No era una solución inmediata, pero quizá pudiera conseguirlo poco a poco y, a la larga, rebajar las exigencias del público y llegar a corregir su relación mutua.

La primera semana de diciembre, después de que el grupo grabara su primera aparición televisiva en más de un año, en *The Smothers Brothers Show*, Jim fue al bar Troubadour, donde se emborrachó tanto que tuvo que convencer a una de las camareras para que le acompañara. De camino hacia el coche, al que llamaba *Blue Lady*,[14] se aproximaron a él dos homosexuales. «Mirad, a mí no me va ese rollo», dijo lacónicamente.

Ellos le siguieron y se metieron a empujones en el coche. Jim arrancó raudamente, pisó a fondo el acelerador y salió disparado a Doheny Drive. Circulaba en sentido contrario, cada vez a mayor velocidad. Había un árbol. Se oyeron gritos, neumáticos chirriando, bocinas sonando; pero, por alguna razón, el coche se detuvo justo al tocar el bordillo. Las puertas se abrieron de par en par, los pasajeros salieron despedidos sin daño alguno y Jim se lanzó rugiendo de nuevo hacia la noche.

La camarera volvió al Troubadour para llamar a un taxi. Jim apareció y le gritó que tenía que subir al coche con él. Ella se negó, estaba loco, le dijo, y Jim se largó como una exhalación, terminando la juerga al estrellar el *Blue Lady* contra un árbol de Sunset Boulevard a menos de un kilómetro de allí. Se lo llevaron inconsciente pero ileso a la habitación de su motel.

Media hora más tarde, la camarera le llamó y Jim le suplicó que fuera a verle. Ella corrió al motel, y Jim empezó a sollozar: «No quiero hacer daño a nadie —decía—. No quiero hacer daño a nadie».

Ella le preguntó qué quería decir. Él siguió gimiendo: «No quiero hacer daño a nadie, no quiero…».

Nadie se había hecho daño, y unos días más tarde la grúa se llevó el coche al taller de Beverly Hills.

A la semana siguiente, el 13 de diciembre, los Doors dieron su primer concierto en Los Ángeles después de la última actuación en el Hollywood Bowl, encabezando el cartel del Forum, con capacidad para dieciocho mil personas. Aquella tarde, el grupo había estado grabando las primeras canciones de su cuarto álbum y Jim había salido del estudio de Elektra un par

de horas antes de que llegasen las limusinas. Con su hermano Andy, que tenía entonces diecinueve años y había ido a visitarle desde San Diego, se dirigió a una licorería y compró seis botellas de cerveza y una de vodka. Se las bebió todas en el aparcamiento de Elektra, rompiendo cada botella contra la pared después de terminarla.

El promotor del concierto había realizado un excelente trabajo. Hacía semanas que la televisión emitía un anuncio donde aparecía Morrison vestido de cuero. Los carteles que anunciaban el evento inundaban Los Ángeles, desde las comunidades playeras hasta West Hollywood. Todas las emisoras de radio propagaban la noticia: ¡vuelven los Doors! El estadio estaba repleto, y el concierto había despertado gran expectación.

El público ignoró al músico de folk chino que Ray había colado en el cartel como telonero (la presentación de Ray cosechó más aplausos que el propio músico), después abroncó a Jerry Lee Lewis cada vez que tocaba una canción *country* y, cuando salieron los Doors, no hizo más que pedir «Light My Fire» a la más mínima oportunidad. Alguien tiró bengalas encendidas al escenario, que no impactaron en Jim por muy poco. Jim avanzó hasta el borde del escenario.

—Eh, tío —gritó hacia la multitud, con una voz que retumbaba a través de los treinta y dos gigantescos amplificadores que Vince había montado—, corta ya esa mierda.

La gente empezó a murmurar en voz alta.

—Cerrad el pico.

Había una mezcla de impaciencia, risas y murmullos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jim—. ¿A qué habéis venido esta noche?

No hubo respuesta. Aquello no era lo que esperaban de él, y Jim lo sabía.

—Mirad, tíos, podemos tocar toda la noche, pero eso no es lo que queréis, ¿verdad? Queréis algo más, algo que no hayáis visto en toda vuestra vida, ¿no?

El público rugía.

—Pues que os jodan. Hemos venido a tocar música.

El grupo comenzó «The Celebration of the Lizard». La introducción dispersa y siniestra invitaba a los graciosos a alzar la voz, pero nadie lo hizo. Mientras los músicos se sumergían en el cuerpo de la canción, la gente

escuchaba con atención. La interpretación era perfecta; Jim cantaba con una nueva pasión. No bailaba. Ni siquiera saltaba. Y no gritó ni una sola vez. Cuando terminó de tocar las maracas, las volvió a colocar sobre la tarima de la batería. La canción duró casi cuarenta minutos y, al terminar, el público se quedó inmóvil. No hubo ningún jaleo…, ninguna ovación. Apenas hubo aplausos. Los músicos no hicieron reverencias ni saludaron con la mano. Bajaron silenciosamente del escenario y se dirigieron al camerino. La multitud estaba petrificada. Después, empezó a desfilar lentamente, saliendo del enorme auditorio hacia la noche de Los Ángeles.

A Jim y Pamela se les prohibió el paso a la fiesta tras el concierto porque el guardia de seguridad no les conocía y su nombre no figuraba en la lista de invitados. En contra de lo que esperaba Pamela, Jim no se enfadó, y empezó a bromear.

—Tengo amigos muy influyentes —le dijo al guardia.

—La respuesta sigue siendo no. No pueden pasar.

Inmediatamente alguien reconoció a Jim y le hicieron pasar. La multitud se abalanzó sobre Pamela y él.

Después de la fiesta, Jim, su hermano y Pamela jugaron a fútbol con una lata de cerveza en el inmenso, silencioso y solitario aparcamiento del Forum.



The Doors con Tony Glover (armónica)

Bill Graham llevaba meses intentando que los Doors diesen un nuevo concierto en el Fillmore East de Nueva York, pero Bill Siddons le respondía rotundamente que no. La próxima vez que los Doors tocasen en el este, decía, lo harían en el Madison Square Garden, el auditorio cuyo nombre y capacidad para veinte mil personas lo convertían en la sala de conciertos más prestigiosa y lucrativa de la ciudad. Graham le contestó:

—Eso fue un poco antes de que llegaras tú, Bill, pero yo fui quien metió a los Doors en el Fillmore de San Francisco antes de que tuviesen éxito, yo les di la primera oportunidad.

—Claro, Bill —replicó Siddons—. Creo que les pagaste trescientos cincuenta dólares.

—Escucha, niñato de mierda…

Evidentemente, la conversación terminó como el rosario de la aurora y Siddons se ocupó de que los conciertos del Garden no fuesen organizados por Graham. Los Doors iban a ser la primera banda en «graduarse» de los Fillmores al Garden, y Siddons sabía que a Graham le habría gustado estar

allí.

—No puedes compartir nada con el público en un sitio tan grande —dijo Graham al despedirse—. No me hables de buenas vibraciones en una fábrica de cemento. Me alegro por los chicos, que les vaya tan bien, pero diles que me parece perjudicial que toquen en sitios tan grandes.

No se puede negar que, a mediados de enero de 1969, a los Doors les iba realmente bien. En realidad, eran el grupo norteamericano más importante. Se negaban a actuar en locales donde cupieran menos de diez mil de sus fieles fans, y cobraban 35.000 dólares por noche, o el 60 por ciento de la taquilla si se superaba esa cantidad. Su nuevo *single*, «Touch Me», una sorprendente canción de amor tradicional compuesta por Robby, pronto alcanzaría el millón de copias vendidas, y para recrear el sonido del *single* el grupo se llevó a Nueva York a un bajista y un saxofonista de *jazz*, además de contratar a varios violinistas de la Filarmónica de Nueva York. En una votación de los lectores de la revista *Eye*, los Doors figuraban como mejor grupo, y Jim recibía el apelativo del «hombre más sexi del *rock and roll*».

Al día siguiente del triunfal concierto en el Garden, Jim se estaba divirtiendo en su *suite* del Plaza. El bigotudo *aide de camp* de Elektra en Los Ángeles, David Anderle, le acababa de presentar a una persona que estaba convencido de que le gustaría a Jim: una rubia preciosa que trabajaba desde hacía poco en la oficina de Nueva York como publicista y se llamaba Diane Gardiner. Diane era una atractiva y sociable californiana de veintiún años. Había dejado la universidad para trabajar en la promoción de docenas de grupos de éxito, entre ellos los Cream, Bee Gees y Jefferson Airplane; pero los Doors, y especialmente Jim, eran su punto débil.

Diane pidió a Jim que entrara en el dormitorio. Le dijo que tenía que hacer una llamada.

Una vez estuvieron en la habitación, le dijo:

—Mira, Jim, eres un tipo estupendo por querer atender a la prensa y todo eso, pero ahora…, maldita sea, no te tienes en pie, y… yo he de cumplir con mi trabajo, Jim, me podrían despedir, así que… Saldré y les diré que hemos hablado con alguien con quien tenías una cita, y que te tienes que ir. Así que te largas, y yo me quedo aquí y te disculpo ante los demás.

Diane alzó la vista hacia Jim, que permanecía en silencio.

—Por el amor de Dios, estoy intentando ayudarte, respóndeme… Por favor, Jim.

Jim llevaba la misma ropa con la que había actuado en el Garden la noche anterior, una camisa mexicana de hilo de color crudo, pantalones de cuero negro y botas negras. Estaba de pie junto a la puerta del dormitorio, tocándose distraídamente la cadera con el brazo izquierdo, la otra cadera inclinada sensualmente, y un vaso de *bourbon* en la mano derecha. Le dirigió una sonrisa infantil y se desplomó de espaldas en la cama. Jim alzó la vista y vio la cara preocupada de Diane.

—Quiero follarte —dijo, con una mano detrás de la cabeza y la otra descansando encima de la entrepierna, con el vaso.

—Claro, Jim, claro.

Diane salió nerviosamente de la habitación.

La tarde se escabullía en el anochecer neoyorquino. Habían ingerido grandes cantidades de alcohol, junto a las galletas de hachís que había traído Ellen Sander, una tímida pero atrevida morena que en cierta ocasión había llamado a Jim el «Mickey Mouse de Sade» en su columna del *Saturday Review*. Daba la extraña sensación de que todos los presentes hubieran nacido allí y que ninguno fuese a irse nunca. De pronto, Jim se tiró al suelo y avanzó de rodillas hasta el sofá donde Ellen estaba sentada. Empezó a zigzaguear en frente de ella, aproximando cada vez más su cara a la de Ellen.

—Cántanos una canción, Ellen.

Ellen encogió los pies encima del sofá.

—Yo no canto, Jim. Soy una espectadora profesional.

—Vamos, Ellen… —suplicó Jim—. Cántanos una canción, por favor.

—En serio, Jim. Yo soy periodista, no cantante.

Jim retrocedió y gritó:

—¡Te he dicho que cantes!

Ellen volvió a protestar:

—Yo no canto. Canta tú; tú eres el cantante, cántanos algo, Jim. —Su voz era débil, implorante—. Yo solo soy una periodista.

Jim prosiguió su intimidatorio balanceo, mirando amenazadoramente a Ellen. Al final, Ellen empezó a entonar, con una voz fina y asustada, los primeros versos de «Hey Jude», la canción de los Beatles.

Solo cuatro versos. Inmediatamente, todo el mundo se puso a aplaudir y la cosa volvió a la normalidad. Jim se fue al dormitorio y subió el volumen del televisor.

—¡Mickey Mouse de Sade! —resopló para sus adentros.

Jim estuvo todo el fin de semana de mal humor. Los conciertos del Garden fueron bien y en conjunto el viaje había sido un éxito, pero había algo que le inquietaba, y durante todo el fin de semana apenas habló con nadie del grupo. Lo que había ocurrido era que, mientras Jim estaba en Londres con Michael McClure y Pamela, Jac Holzman, que todavía controlaba la editora musical de los Doors, había recibido una oferta de una agencia de publicidad para utilizar «Light My Fire» en un anuncio de Buick, por 50.000 dólares. Jac contestó que se lo tenía que preguntar a los chicos, pero como Robby, John, Ray y Bill Siddons fueron incapaces de localizar a Jim, votaron sin él. Jim se enteró de lo de «Come on, Buick, light my fire»[15] al volver a Estados Unidos, fue directamente a ver a Jac Holzman, le acorraló en el patio del despacho de David Anderle y le dijo que para él aquella canción era sagrada, aunque estuviera harto de interpretarla en público. «Que quede claro, Jac. Te lo digo ahora, quiero que quede claro: no lo vuelvas a hacer nunca más. Esa canción es muy importante para mí, y no quiero que la utilice nadie».

La canción no llegó a venderse. Aun así, Jim decidió no dirigir la palabra a nadie, sin llegar a confesar, excepto a Jac, los motivos de su enfado.

Esa no era la única cuestión que preocupaba a Jim.

Durante su estancia en Nueva York, Jim había trabado amistad con Fred Myrow, un hombre locuaz, sociable y regordete, que a sus veintiocho años era ayudante de Leonard Bernstein y compositor residente de la Filarmónica de Nueva York. David Anderle llevó a Fred al Plaza con la única intención de presentárselo a Jim.

Jim se cambió el vaso de la mano derecha a la izquierda y se dieron formalmente la mano. Inmediatamente, se llevó a Fred aparte, como en una conspiración. Le habían comentado que Fred Myrow era uno de los jóvenes y prometedores compositores de la *avant-garde* clásica, pero también había oído decir que quería salir de ese mundo. Tras escuchar a los Beatles, Fred había decidido que su trabajo era irrelevante, y quería introducirse en formas más populares. Jim venía del otro extremo, pero sus deseos eran idénticos:

ambos buscaban un cambio significativo. «Si no encuentro una nueva manera de expresarme creativamente en menos de un año —le dijo Jim a Fred cuando acababan de conocerse—, no serviré más que para la nostalgia».

A Fred le impresionó mucho esta declaración, consciente de que era raro que un artista albergara tales pensamientos justo después de un gran éxito. Pero pasar de moda era un destino que Jim contemplaba con terror. Aunque no se lo confesara a nadie más que a sus amigos más íntimos, Jim se consideraba una figura revolucionaria que había tenido que encontrar un equilibrio social contrapuesto al de su padre. O al menos eso parecía. A Jim no le gustaba admitirlo, pero se parecía mucho a su padre. Tal vez sus objetivos fueran opuestos, pero tenían el mismo tipo de ambición y energía.

Jim no deseaba necesariamente liderar la revolución, pero si esta iba a tener lugar, él quería estar allí. Aunque afirmara que algunas de sus canciones le habían venido en una visión, siempre fue consciente de la naturaleza rebelde y apocalíptica de esa visión. Cuando sus fans y el público de *rock* empezaron a considerarle el testaferro del movimiento político y social que estaba teniendo lugar, Jim permaneció públicamente indiferente, pero interiormente se sintió halagado.

Durante mucho tiempo creyó que los discos podían cumplir la función revolucionaria que los libros y los manifiestos impresos habían desempeñado en otras épocas. Todavía no estaba seguro de estar equivocado. Pero sentía que necesitaba otra dirección y, después de hacer planes para encontrarse de nuevo con Fred Myrow, volvió a Los Ángeles y se puso en manos de los discípulos del teórico dramático radical Antonin Artaud: los treinta y dos miembros del Living Theatre, que se encontraban de gira por Estados Unidos.

Jim había sido un seguidor del Teatro de la Crueldad cuando leyó por primera vez a Artaud en la Universidad de Florida. En el verano de 1968 había preguntado a John Carpenter, un periodista de *Los Angeles Free Press*, si sabía algo de un amigo suyo que pertenecía a «Le Living». Después pidió a Michael McClure más información al enterarse de que Michael conocía a sus fundadores, Judith Malina y Julian Beck. En noviembre, Jim leyó y releyó un artículo sobre el grupo teatral radical en la revista *Ramparts*. «En realidad no son intérpretes (escribió el autor Stephen Schneck), sino una banda itinerante de buscadores del paraíso que definen *paraíso* como liberación total,

practican la hipnosis y abogan por el paraíso ya; su presencia y su función se oponen directamente al Estado represivo totalitario llamado Ley y Orden».

Cuando Jim supo que la compañía iba a actuar en el campus de la Universidad del Sur de California en febrero de 1969, encargó a la secretaria de los Doors que reservara dieciséis entradas para cada una de las cinco noches programadas e invitó al hombre que había venido como avanzadilla del grupo, Mark Amatin, a cenar a su casa.

Jim estaba viviendo en una cómoda y aislada casa que había alquilado para Pamela en las colinas Beachwood de Hollywood. Pero, aquella noche, Jim fue especialmente grosero con Pamela, y ni siquiera presentó a Mark a la otra pareja presente durante la cena. Después despidió maleducadamente a todo el mundo menos a Mark. Jim bebía y engullía unas pequeñas píldoras blancas. Le ofreció algunas a Mark, sin decirle que se trataba de Benzedrina. Hablaron sin parar hasta la mañana siguiente.

Mark le abrió sus entrañas, le contó a Jim cuánto había cam-biado. «La noche que vi “Le Living” me fui a casa con trece personas que no conocía, totalmente colocado, después de haberme desnudado en el escenario. Nunca hubiese soñado que haría aquello. Y, mira, antes de que acabara el día, ya sabía que aquella era la vida que quería llevar. Volví a mi trabajo de viajante comercial, y cuando me dijeron que me quitase el collar que llevaba, le dije al tipo que se fuera a tomar por el culo, y salí por donde había entrado».

«Yo estaba llevando a cabo una especie de tarea de misionero político y espiritual —recuerda Mark—, y eso es lo que Jim quería conocer. Su trabajo hasta entonces había sido como una experiencia religiosa, pero se había convertido en un simple entretenimiento y eso le causaba una profunda insatisfacción. El Living Theatre estaba compuesto por gente que había ido a verles actuar y ya no había podido marcharse, y Jim quería saber las causas de aquel entusiasmo. Me dijo que buscaba maneras de incorporar un mensaje político a lo que estaba haciendo, pero no sabía cómo enfocarlo, ni por dónde empezar. Sentía que todos estaban esperando a que hablara, preparados para obedecer cualquier cosa que dijese. Era una responsabilidad tremenda, pero Jim no sabía qué decir».

«¿Qué tiene el Living que provoque tanto entusiasmo? —preguntó Jim a Mark—. ¿Cómo podríamos conseguir el mismo tipo de compromiso y

devoción? ¿Qué tengo que hacer?».

La sucesión de acontecimientos que llevaron a los Doors a caer del pedestal se inició un viernes por la noche, el 28 de febrero de 1969, cuando el Living Theatre escenificó su *tour de force* revolucionario *Paradise Now*. Para Jim, fue como un puñetazo cataclísmico.

Estaba sentado con sus amigos en primera fila, tal como lo había hecho durante toda la semana. La obra se abría con «El rito del teatro de guerrilla», en el cual los actores se mezclaban con los espectadores y pronunciaban la primera de cinco frases clave, catárticas: «No puedo viajar sin pasaporte».

El Living Theatre estaba de gira por Estados Unidos después de cuatro años de exilio autoimpuesto en Europa. A lo largo de ese tiempo la plantilla de la *troupe* se había vuelto internacional, y conocía de primera mano las dificultades que existían para cruzar las fronteras. Comprometían a los espectadores a dialogar, les hostigaban si era necesario para que respondieran, gritaban las palabras con angustia y frustración.

—¡No puedo viajar libremente, no puedo moverme a voluntad!

—¡Estoy separado de mi compañera, otras personas deciden arbitrariamente mis límites!

—¡Las puertas del paraíso están cerradas para mí!

Al cabo de unos minutos, los actores se encontraban en un estado próximo a la histeria y el teatro de la USC se había transformado. Jim estaba de pie, junto a otros muchos, gritando consignas, exigiendo el paraíso ya.

Los actores se retiraron silenciosamente, regresaron al escenario, hicieron una pequeña pausa y pronunciaron la segunda frase:

—¡No sé cómo detener las guerras!

Y así continuaron: un catálogo de quejas presentadas con una energía explosiva:

—¡No puedes vivir si no tienes dinero!

—¡No puedo fumar marihuana!

Y finalmente:

—¡No me dejan quitarme la ropa!

—¡El cuerpo del que estamos hechos es un tabú!

—¡Nos avergonzamos de lo más bello, tenemos miedo de lo que es más bello!

—¡La cultura reprime el amor!

—¡No me dejan quitarme la ropa!

Los actores empezaron a desnudarse, quitándose casi toda la ropa, y después se situaron en los pasillos y sobre el escenario, con las áreas prohibidas de su cuerpo cubiertas. Era una demostración activa de la prohibición. Cuando la desnudez alcanzó el límite legal, los actores gritaron una vez más:

—¡No me dejan quitarme la ropa! ¡Estoy fuera de las puertas del paraíso!

Fue entonces cuando la policía irrumpió en el recinto e impidió que la obra continuase.

Al día siguiente, los Doors tenían que dar un concierto en Miami. Después, Jim y Pamela iban a pasar una semana en una casa que les estaban preparando en Jamaica. Pero antes de salir hacia el aeropuerto se pelearon. En el aeropuerto volvieron a pelearse, y Jim envió a Pamela a casa. Entonces Jim perdió el avión. Maldiciendo y deseando una botella, Jim reservó una plaza en otro avión y después se dirigió al bar del aeropuerto, donde bebió y esperó. Una vez a bordo del avión, consumió todas las copas que consiguió sacarle a la azafata de primera clase. El avión hizo escala en Nueva Orleans, donde Jim volvió a dirigirse al bar del aeropuerto y volvió a perder el avión. Cuando consiguió hacer los trámites necesarios para coger otro vuelo, llamó al lugar donde debía realizarse el concierto para informar a los chicos de que llegaría un poco tarde, que estaba borracho.

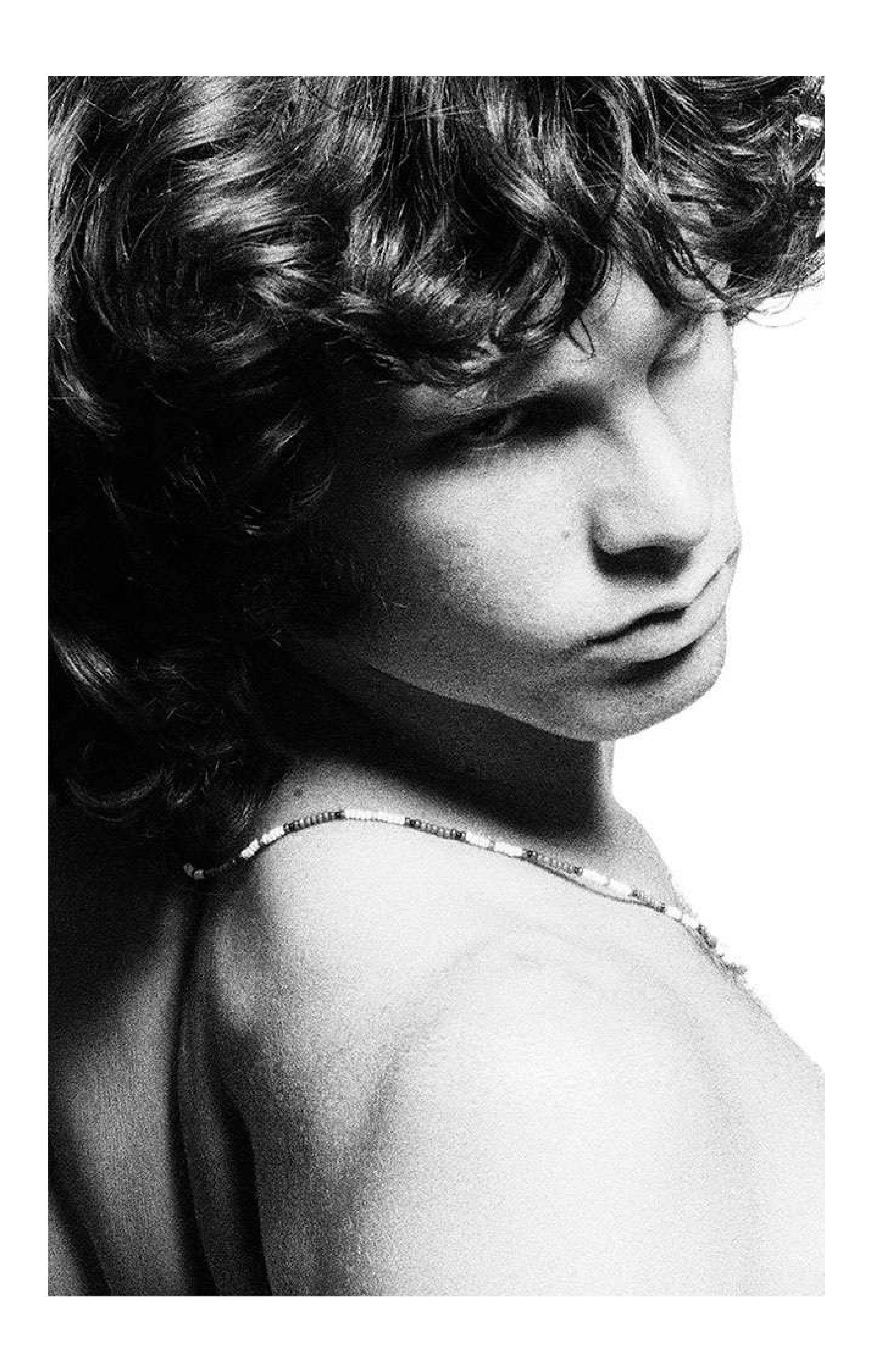
Jim continuó bebiendo. Hasta llegar a Miami.

---

[13] Fiesta de amigos.

[14] Dama azul.

[15] Venga, Buick, enciende mi fuego.





CAE LA FLECHA


CAE
LA
FLECHA

08

Una calurosa y húmeda noche sureña. Jim tenía las rodillas dobladas. Con una mano se agarraba a un enorme amplificador negro a su derecha, con la otra alzaba una botella grande de cerveza y engullía. Se había dejado crecer la barba, lo cual le otorgaba una dureza mefistofélica. Llevaba una camisa oscura por encima de los pantalones de cuero negro, para ocultar la barriga de *bourbon*. Jim echó un vistazo al público a través de la neblina.

Pasaban unos minutos de las once cuando se acabó lo que quedaba de cerveza. Los Doors habían empezado más de una hora tarde, y el público estaba enfervorizado. Era la primera actuación del grupo en Florida —como resultado de haber ganado la encuesta de popularidad del campus de la Universidad de Miami—, pero incluso los seguidores más ávidos pueden ponerse nerviosos cuando hay demasiados de ellos amontonados en un antiguo hangar de hidroaviones sin asientos ni ventilación.

Ray, Robby y John se dirigieron a sus instrumentos en la oscuridad. Ray miró nerviosamente a John, tan cabreado por el retraso de Jim que agarraba las baquetas de la batería como si estuviese estrangulando a alguien. Ray trasladó su mirada hacia Robby, que acunaba ausente su guitarra, ignorando la tensión.

En la zona posterior al escenario, los promotores de Miami discutían airadamente con Bill Siddons y uno de los agentes de los Doors, que había volado desde Nueva York para «poner las cosas en su sitio». Siddons había creído a los promotores cuando le dijeron que lo máximo que se llevarían de taquilla serían 42.000 dólares y había aceptado 25.000 dólares fijos en lugar del trato habitual del 60 por ciento del importe total. Después de firmar y

devolver el contrato, los promotores habían retirado los asientos para vender otras siete mil entradas. Bill se sentía estafado y estaba furioso.

Jim se reclinó sobre la mesa de monitores, detrás de la batería, para pedir otra cerveza a Vince Treanor. La misión oficial de Vince era supervisar la instalación, la recogida y el mantenimiento del impresionante equipo de sonido de los Doors; la no oficial era proporcionar bebida a Jim. Pero esta vez negó con la cabeza. No le quedaban cervezas, ¿qué tal una Coca-Cola?

—No lo eches a perder —dijo Vince en voz baja—. Es la primera vez que tocamos en Miami.

Jim se dio la vuelta, caminó hasta el borde del escenario y eructó. Asomándose sobre la inquieta oscuridad, preguntó si alguien tenía algo para beber. Un joven acudió con una botella de vino barato.

Ray hizo un gesto a John para que empezase «Break On Through», la canción con la que los Doors abrían la mayoría de las actuaciones. Tocaron la introducción durante casi diez minutos. No sirvió de nada. Jim no les escuchaba. Estaba hablando con unos chicos del público, compartiendo un vaso de plástico. Los Doors volvieron a enmudecer cuando Jim se levantó y agarró el micrófono dorado:

—*¡No estoy hablando de una revolución!*

Su voz era un ladrido estridente, un disparo que sonó como el principio de un poema.

—Estoy hablando de *divertiiiiirse*. Estoy hablando de divertirse este verano. Tenéis que venir todos a Los Ángeles, tenéis que venir. Nos tumbaremos en la arena, el océano nos acariciará los dedos de los pies y nos divertiremos. ¿Estáis preparados? ¿Estáis *preparaaaaados*? *¿Estáis preparados?* Mierda.

El grupo atacó la introducción de una conocida canción del primer álbum, «Back Door Man».

—*¡Más fuerte! ¡Venga, tíos! ¡Más alto! ¡Venga! Sí. Sí. Soy el hombre de la puerta trasera…*

Después de cuatro versos, Jim dejó de cantar y empezó a hablar. Era como si se estuviese disculpando. ¿Le hablaba a Pamela, además de al público?

—Escuchad —gritó—. Estoy solo. Necesito un poco de amor. Vamos. Necesito divertirme. Quiero un poco de amor. Amor. ¿Nadie va a querer mi

culo? Venga.

La multitud estaba boquiabierta.

—Os necesito. Sois muchos y ninguno de vosotros quiere amarme. Venga, cariño. Lo necesito, lo necesito, te necesito, te necesito, te necesito. ¡Venga! ¿Nadie va a subir aquí arriba a amarme? Está bien, chica. Es una lástima. Ya me buscaré a otra.

Los músicos acompañaban la súplica como podían. En cuanto Jim hizo una pausa, empezaron «Five to One» y él cogió el hilo, cantando la primera estrofa con bastante coherencia. Entonces inició otro discurso, inspirado por la avaricia de los promotores en hacinar a tanta gente, pero también por *Paradise Now*.

—¡Sois todos una pandilla de jodidos imbéciles!

El público volvía a estar boquiabierto.

—¡Dejáis que la gente os diga lo que tenéis que hacer! Dejáis que la gente os pise. ¿Cuánto tiempo creéis que durará? ¿Cuánto tiempo vais a dejar que os pisen? ¿Cuánto tiempo? Tal vez os guste, tal vez os guste que os ensucien la cara de mierda…

Jim se mofaba de ellos, igual que los actores del Living Theatre se burlaban de sus espectadores, intentando despertarles de su letargo.

—¡Sois una pandilla de esclavos! —gritó Jim—. ¿Qué vais a hacer al respecto, qué vais a hacer, qué vais a hacer?

Su voz era un ronco rugido. Entonces retomó la canción:

—«Los días de fiesta han terminado, nena. / La noche se acerca».

No se sabe cómo, el grupo terminó la canción, y Jim se puso a hablar otra vez:

—No estoy hablando de ninguna revolución. No estoy hablando de salir a la calle. Estoy hablando de divertirse. Estoy hablando de bailar. Estoy hablando de amar a tu vecino. Estoy hablando de abrazar a tu amigo. Estoy hablando de amor. Estoy hablando de un poco de amor. Amor, amor, amor, amor, amor, amor, amor. Abraza… a tu jodido amigo y ámale. *¡Veeeeeeeenga! ¡Sí!*

Entonces, como dando ejemplo, Jim se quitó la camisa por encima de los hombros y la lanzó al público, donde desapareció como un pedazo de carne entre una manada de perros hambrientos. Mientras contemplaba la escena,

enganchó los pulgares en la parte superior de los pantalones y empezó a jugar con la hebilla. Era el momento que Jim había estado planeando desde que viera *Paradise Now*. Lo había preparado cuidadosamente. Pero no había dicho nada a nadie.

Ray dio la entrada de «Touch Me», esperando atraer la atención de Jim hacia la música. Jim cantó dos versos y se detuvo.

—*¡Eeeeeeeeeh!* Un momento, un momento. Eh, un momento, esto es una mierda… No, un momento, un momento, ¡un momento! La habéis cagado, la habéis cagado, la habéis cagado, ahora *vengaaaaaa*. *¡Un momento! ¡Me voy a quitar esta mierda! ¡Que os jodan!* —gritó.

Tenía la cara roja y bramaba con el micrófono metido en la boca.

—*¡Mierda!*

La multitud rugió.

Jim empezó a desabrocharse el cinturón. Ray llamó a Vince.

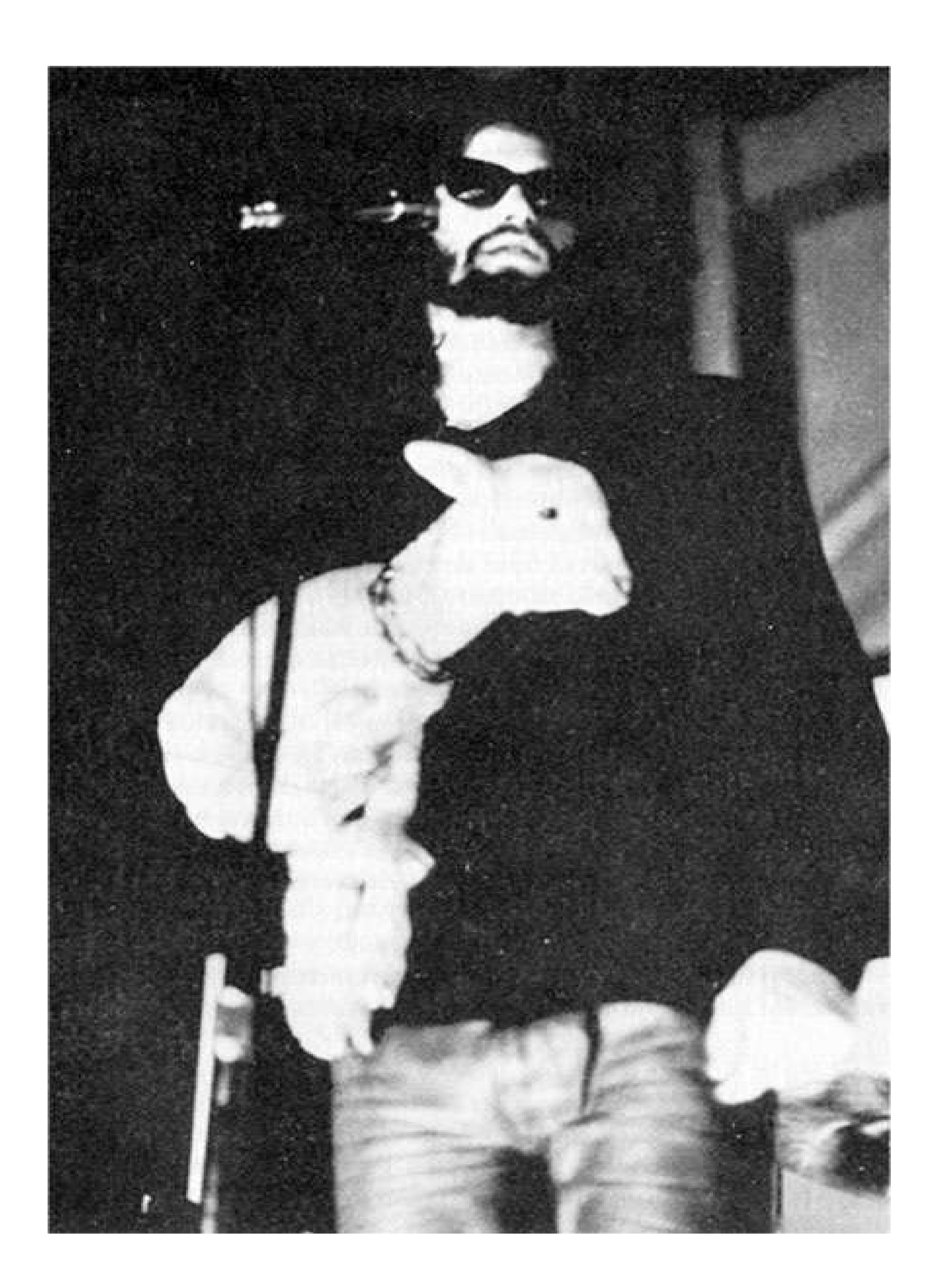
—¡Vince, Vince, detenle! ¡No dejes que lo haga!

Vince saltó por encima de la mesa de mezclas y en dos grandes zancadas se situó detrás de Jim, lo agarró con una mano por el pantalón mientras con la otra lo empujaba por la espalda, impidiendo que Jim se desabrochase la hebilla.

—No lo hagas, Jim, no lo hagas —le aconsejó Vince.

Aunque Jim raras veces usaba ropa interior, en esta ocasión llevaba unos calzones tan grandes que se los había doblado por encima de los pantalones de cuero. Había planeado quitarse los pantalones y, aun así, no quedarse desnudo, llegar al «límite legal» propuesto en *Paradise Now*. Jim sabía lo que se hacía. Pero ahora la decisión de Ray y la coacción física de Vince habían abortado su plan. La llegada del paraíso tendría que esperar.

Increíblemente, el grupo aún estaba tocando «Touch Me». Al final Jim se calmó y el concierto continuó.



Miami, 1 de marzo de 1969

Jim seguía borracho. Le habían cortado el suministro de cervezas y ya no se dirigía al público para pedir bebida. Las letras no se le entendían. Se olvidaba de ellas y se perdía en medio de una estrofa, volvía atrás y se repetía. Brindó un insultante recuerdo de lo que había sido criarse e ir a la escuela en Florida, «pero entonces tuve una gran idea y me largué a un precioso estado llamado California». Un conocido de Los Ángeles, un excéntrico llamado Louis Marvin, para quien los Doors habían tocado en una fiesta en 1966, apareció con un cordero entre los brazos y se lo dio a Jim.

—Me lo tiraría, ¿sabes? —dijo Jim—. Pero es demasiado joven.

Entonces le quitó la gorra a uno de los polis y la hizo planear sobre la sudorosa masa de gente que había delante de él… y el poli cogió un sombrero que le habían dado a Jim y lo lanzó en la misma dirección, en medio de la carcajada general.

Repetía algunas frases continuamente, entre canciones y en medio de estas. Una de ellas era: «Quiero ver cómo bailáis. Quiero ver cómo os divertís». Otra: «No hay ninguna regla, no hay ningún límite». No había duda acerca de sus motivaciones y de sus fuentes de inspiración.

—¡Escuchad! —gritaba—. Antes pensaba que todo esto era una broma. Creía que la cuestión era reírse de todo, pero hace un par de noches conocí a unos tíos que están haciendo algo. Intentan cambiar el mundo, y yo quiero subirme a ese viaje. Quiero cambiar el mundo.

Durante casi una hora, Jim había estado provocando e invitando al público a subir al escenario y, al cumplirse la hora de concierto, la gente empezó a avanzar masivamente. Uno de los promotores habló por el micrófono: «No queremos que nadie resulte herido», y amenazó con suspender el acto. Los chicos seguían subiendo. Había más de cien, apiñados, bailando al ritmo de la música que los Doors, increíblemente, seguían tocando.

—No nos iremos sin que hayamos bailado hasta agotarnos —gritó Jim. Se puso a bailar con dos o tres chicas. El escenario vibraba tanto que John y Robby pensaron que se iba a hundir. Los de arriba tendían la mano desde el borde del escenario a los otros chicos y les ayudaban a subir. Por fin, uno de

los guardias de seguridad, cinturón negro de kárate, se abrió paso entre el enjambre de gente y, de un eficiente manotazo, echó a Jim del escenario. Este fue a aterrizar en un espacio vacío, se levantó, formó una serpiente humana y empezó a arrastrar a centenares de chicos detrás de él. Reapareció en el anfiteatro al cabo de unos minutos, saludó a la multitud y desapareció en los camerinos. El concierto había terminado.

En el camerino había un par de docenas de personas, todas hablando a la vez. Algunos se lamentaban de los desperfectos del equipo de sonido y de las inevitables contusiones que habían sufrido algunas personas del público. Bill Siddons diría más tarde que Jim murmuró algo así como: «Vaya, creo que lo de ahí fuera ha sido un escándalo público». Otros afirman que dijo: «Ahora me gustará ver como Buick utiliza "Light My Fire"». También hay quien dice que se reía, sin decir nada relevante. En general, reinaba el buen humor. En parte se debía al alivio que todos sentían al final de cada concierto. Pero también era por las bromas que había suscitado Siddons al darle dinero a uno de los policías para pagar la gorra que Jim le había quitado y lanzado al público. Incluso la media docena de policías que había allí se reían, contando lo bien que se lo habían pasado.

Media hora después, solo Vince, el equipo de gira de los Doors y algunos guardias de seguridad permanecían en el viejo hangar, recogiendo y contemplando los escombros. El escenario estaba roto y se inclinaba peligrosamente, pero quizá lo más impresionante fuera las mil botellas vacías de vino y cerveza y la enorme cantidad de bragas y sostenes que cubrían el suelo, suficientes como para abrir una bien provista tienda de lencería. Tal como Vince lo recuerda: «Había un prenda de ropa interior cada medio metro».

Jim no había podido desnudarse y aproximarse al paraíso, pero estaba claro que su público de Miami sí lo había conseguido.

Durante los tres días siguientes —con Jim de vacaciones en Jamaica, pero sin Pamela—, los políticos, la policía y la prensa de Miami decidieron el futuro de Jim Morrison y los Doors. El domingo, uno de los periódicos de Miami escribió que Jim había echado del escenario a tres agentes de policía antes de que otros tres se lo llevaran. El lunes se recogían estas declaraciones de un sargento de policía: «Debemos dar un voto de confianza a los chicos. No

podemos hacer otra cosa que alabarles. Ese tipo hizo todo lo posible por provocar un disturbio, y los chicos no se movieron». El jefe de policía afirmaba que tan pronto como encontrase un agente que hubiese presenciado algún delito, expediría una orden de detención contra Jim.

El mismo día, un concejal del ayuntamiento, políticamente ambicioso, se preguntaba: «¿Cómo ha podido suceder algo así en un auditorio *municipal*?».

El martes todo el mundo luchaba por subirse al carro. El presidente de la comisión contra el crimen del área de Miami, un antiguo fiscal, reclamó una investigación del gran jurado…; un legislador del estado, presidente del Club de la Bolsa de Miami, escribió al alcalde de Jacksonville, instándole a suspender el concierto de los Doors programado para el fin de semana siguiente…; el capitán de la división de seguridad interna del departamento de Policía de Miami dijo que expediría una orden para arrestar a Jim… y un exjugador de fútbol americano llamado Mike Levisque empezó a organizar, desde la redacción de un periódico católico local, una cruzada contra la obscenidad.

Los hechos se precipitaron el miércoles, 5 de marzo, cuando Bob Jennings, un pasante de veintidós años que trabajaba en el despacho del fiscal del estado, se prestó a presentarse como demandante en el caso, y Jim fue acusado de un delito grave —comportamiento lascivo e indecente— y de tres delitos menores —escándalo público, blasfemias y embriaguez—. La acusación de delito grave era la más intrigante y públicamente controvertida, ya que en la hoja de explicaciones se afirmaba que Jim «expuso lasciva y obscenamente su pene, se puso las manos sobre el pene y lo sacudió, y posteriormente el acusado simuló un acto de masturbación y otro de copulación oral con otra persona». En una conferencia de prensa ofrecida por el jefe de policía se anunció que, en caso de ser condenado por estos cargos, Jim podría ser enviado a la cárcel de Raiford —una de las peores de Florida — durante siete años y ciento cincuenta días. Al día siguiente, el nombre de Jim y el de los Doors apareció en las portadas de los periódicos de todo el país.

Mientras tanto, la estancia de Jim en el Caribe estaba resultando un desastre. Era el único blanco en la vieja casa solariega alquilada a su nombre. Ray y Dorothy estaban en la isla francesa de Guadalupe, y John y Robby y sus

novias, Julia y Lynn, se alojaban en otra casa a cierta distancia de la de Jim en Jamaica. Según diría luego a sus amigos, la casa era «fantasmal». Cuando uno de los sirvientes negros le ofreció marihuana, no se atrevió a decir que no y se fumó un canuto del tamaño de un puro habano, experimentando la subsiguiente «alucinación, que incluía la fantasía de mi propia muerte». Jim no volvería a fumar hierba durante unos cuantos meses.

Presa del pánico, Jim abandonó la casa y se reunió con John y Robby cerca de la playa. Pero los deportes acuáticos no le interesaban y al cabo de poco regresó, aburrido y visiblemente disgustado, a California.

Parecía incomprensible que lo que para Bill Siddons había sido «otro sucio concierto de los Doors» estuviese atrayendo tanta atención y provocando un efecto tan grande sobre el grupo. Durante la primera semana, todos bromearon sobre lo acaecido. Cuando Jim entró en la oficina y Leon Barnard le preguntó: «¿Cómo fue por Miami, Jim?», Jim sonrió y le contestó: «Te habría *encantado*, Leon». Cuando los periódicos de todo el país empezaron a publicar artículos sobre Mike Levisque y la cruzada por la decencia que estaba organizando en el Orange Bowl, los Doors se pusieron a planear su propia cruzada por la decencia. Se celebraría en el Rose Bowl, y Jim entregaría un cuantioso cheque a Levisque, que volaría desde Miami especialmente para la ocasión.

Pero las bromas se terminaron pronto. En menos de tres semanas se hizo evidente que lo que había sucedido en Miami podía hacer peligrar el futuro del grupo. La circular secreta distribuida entre los miembros de la Asociación de Directores de Salas de Conciertos advertía sobre lo imprevisibles que eran los Doors y sobre los numerosos cargos que recaían en Jim. El resultado: las actuaciones del grupo fueron prohibidas en casi todas partes.

La primera ciudad en cancelar un concierto fue Jacksonville. Después siguieron Dallas y Pittsburgh, y a continuación Providence y Syracuse, Filadelfia y Cincinatti, Cleveland y Detroit. Incluso la Universidad Estatal de Kent canceló un concierto. Lo más inquietante fue que las emisoras de radio de diversas ciudades empezaron a retirar a los Doors de las listas.

La prensa no abandonó el caso en ningún momento. Cada novedad, pequeña o grande, recibía una amplia cobertura, y *Rolling Stone* llegó a publicar a toda página un cartel de busca y captura al estilo del Oeste. Por

primera vez en la carrera de los Doors, los medios se volvieron en su contra.

La concentración del Orange Bowl contó con las apariciones de Anita Bryant y Jackie Gleason, y reunió a una multitud de ¡treinta mil personas! La reacción ante todo lo que Jim representaba se había convertido en un movimiento nacional que provocó concentraciones similares en varias ciudades más y que llegó a recibir el apoyo del presidente Nixon.

A finales de marzo, el FBI accedió a acusar a Jim de volar en situación ilegal. Era un cargo ridículo, porque Jim había salido de Miami tres días antes de que se extendiese ningún mandamiento judicial, pero el FBI envió un agente a la oficina de los Doors con una orden de detención contra Jim. Fue el día en que los Doors comprendieron la gravedad de la situación.

Bill Siddons publicó una declaración tranquilizadora (dadas las circunstancias), pero delataba lo ansiosos que estaban los Doors por que aquella extraña pesadilla se desvaneciese:

> Nada de lo que digamos nosotros va a mejorar las cosas. Simplemente, estamos dejando que todo el mundo diga lo que quiera. Estamos dejando que todo el mundo suelte su ira… y después, cuando todo haya terminado, seguiremos nuestro camino. No tenemos nada que decir al respecto; ni bueno, ni malo, ni indiferente.

No pasaba un solo día sin que algo recordara a Jim lo sucedido en Miami. El 4 de abril, acompañado por su abogado, se entregó al FBI y fue puesto en libertad bajo fianza de 5.000 dólares.

Mientras tanto, *Feast of Friends* estaba ultimándose para su proyección, y Jim se puso a trabajar en su nueva película. Creó su propia productora, HiWay Productions, y luego puso en nómina a sus amigos Frank Lisciandro, Babe Hill y Paul Ferrara, compró la mayor parte del equipo que se había utilizado para rodar *Feast* y lo trasladó a dos pequeñas habitaciones en el piso superior del Clear Thoughts Building,[16] justo enfrente de la sede de Elektra.

El rodaje comenzó la semana de Pascua. Una vez más, la muerte en el desierto dominaba la trama. Un barbudo Jim Morrison vagaba por las montañas de California, cerca de Palm Springs; se encontraba un coyote moribundo mientras hacía autostop en dirección a Los Ángeles; y al final asesinaba al primer conductor que se ofrecía para llevarle.

Mientras terminaba de rodar la película en Los Ángeles, Jim hizo una misteriosa llamada telefónica a Michael McClure, que estaba en San Francisco. Al contestar Michael, Jim no se identificó.

—Me lo he cargado —dijo Jim.

Michael reconoció la voz de Jim.

—Jim…

Pensó que quizá Jim estuviera borracho. Pero no estaba seguro.

Jim colgó y salió de la cabina telefónica con una sonrisa en los labios.

—Ahora vamos al Edificio 9000 —dijo.

Jim llevaba horas bebiendo sin parar, pero no estaba borracho. Kathy Lisciandro y Ginni Ganahl, que por entonces era la secretaria de los Doors, estaban con él, junto a Frank, Babe, Paul y Leon. Ya había oscurecido cuando subieron en el ascensor hasta el último de los diecisiete pisos del Edificio 9000, en Sunset Boulevard. La idea era que Jim se atase una cuerda a la cintura —que no se vería en la toma— y se marcase unos pasos de baile por encima del bordillo de 25 centímetros de grosor, sin nada que le separase de la acera, diecisiete pisos más abajo. Sus amigos sujetarían la cuerda y le salvarían de la muerte en caso de que perdiera el equilibrio.

Cuando Jim explicó la escena, todo el mundo se alarmó. Sabían que no podrían impedir que hiciese exactamente lo que había planeado, pero no podían considerarse amigos suyos si por lo menos no protestaban.

«En realidad no lo piensas hacer, ¿verdad que no?», dijo Leon. Jim le lanzó una mirada feroz. Parecía que se hubiese tomado la pregunta como un desafío. Se quitó dramáticamente la cuerda de la cintura, subió al antepecho, ordenó a Paul que empezase a rodar y realizó su baile, rematando la actuación con una meada por encima de la cornisa, sobre Sunset. La escena no tenía ningún sentido, a menos que conocieras a Jim. Después, todo fue embriaguez y locura.

Si sus películas reflejaban la temeraria estrella de *rock and roll*, sus libros alumbraban la otra identidad de Jim, el poeta.

Estaba bastante satisfecho de los poemas que había publicado. La edición de *Los señores* era extravagante: ochenta y dos observaciones *rimbaudianas* sobre la visión y el cine, impresas en un caro pergamino de color crema de 17 por 24 centímetros, encuadernadas en una caja azul marino con un cordel rojo

y el título en pan de oro. La presentación de *Las nuevas criaturas* era más modesta: cuarenta y dos páginas estándar de poemas más recientes, impresas en papel amarillo claro, como el que se utiliza en las portadas de las revistas del corazón; encuadernadas con tapas de cartón marrón, como de libreta escolar, y con el título nuevamente en pan de oro. Jim hizo que enviasen cien copias a la oficina de los Doors, donde alguien las apiló contra la pared junto a la mesa de Bill Siddons. Cada una de las copias llevaba escrito en la cubierta su nombre de poeta: James Douglas Morrison.

Palabras y frases de conflicto sexual se intercalaban con imágenes de dolor y muerte a lo largo de *Las nuevas criaturas*: hablaba de asesinatos, linchamientos, terremotos, niños fantasmales, gonorrea, gente bailando sobre huesos rotos, saqueos, peleas y artistas en el infierno. La obra respiraba un grotesco desapego del mundo, flotaba la presencia de Lovecraft y el Bosco. Había constantes referencias a animales: insectos, lagartos, serpientes, águilas, murciélagos, anguilas, salamandras, gusanos, ratas, perros salvajes.

El poema final era tan desesperado como el resto: una descripción de las secuelas del apocalipsis; el poeta rondando las tierras yermas.

Sin duda los poemas permitían al lector ahondar en las crudas heridas de la profunda desesperación de Jim; una desesperación que quizás nunca sea adecuadamente explicada ni comprendida, pero que estaba brillantemente expresada en su poesía.

Los cuatro periodistas de Nueva York reunidos para el debate televisivo parecieron sorprenderse al ver a Jim entrar tranquilamente en el estudio de Channel 13. Cinco meses antes, en el Madison Square Garden, le habían visto bien afeitado y con pantalones de cuero. Ahora lucía una espesa barba, gafas oscuras de aviador y pantalones de ferroviario; y estaba fumando un puro largo y fino. Recordaba bastante a un Che Guevara guapo y fornido. Tan carismático como siempre, estaba sobrio y encantador, y contaba a todo el mundo la ilusión que le hacía participar en un programa educativo donde no había censura y la música y la conversación se tomaban en serio.

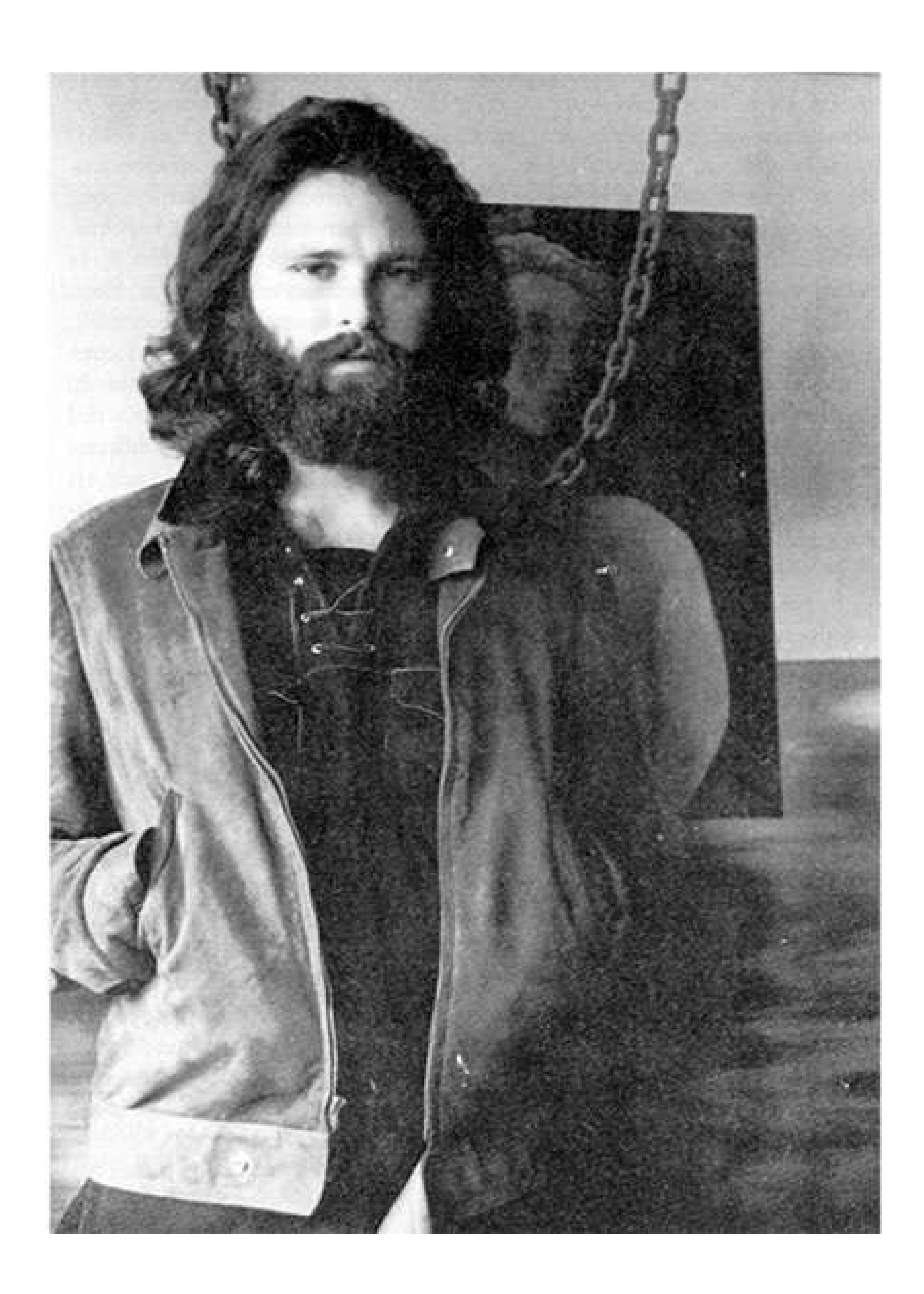
La referencia de Jim a la censura era una observación más que fortuita, ya que los Doors tenían intención de interpretar la versión íntegra de una canción llamada «Build Me a Woman». Cuando esta canción fue incluida un año más tarde en un disco en directo, se suprimieron los versos «Sunday

trucker. / Christian motherfucker».[17] Durante el programa, nadie obligó al grupo a cambiar la letra, pese a que Jim suavizó el golpe al pronunciar mal la palabra problemática.

Los Doors también interpretaron el extenso poema musical que daría título a su cuarto álbum, «The Soft Parade», y durante la entrevista de diez minutos con el grupo a cargo de Richard Goldstein, Jim sacó una copia de *Las nuevas criaturas* y leyó algunos de sus poemas. Cuando le preguntaron si ya no quería que se le considerara un «político erótico», Jim admitió por primera vez en público que había inventado esa frase solo para proporcionar a su entrevistador el impactante titular con el que sueñan todos los periodistas.

Este era el «nuevo» Jim Morrison: honesto, serio, dotado de un encanto infantil, que rechazaba educadamente hablar de Miami «a instancias de mi abogado» y recitaba poesía. Pero, para cualquiera que le observase con atención, era evidente que Jim estaba manipulando nuevamente a los medios; que, al cambiar de manera de vestir, al dejarse barba, al enfatizar su condición de poeta, al hablar con candidez sobre su maquiavélico pasado, se estaba construyendo una nueva imagen. Esta era más honesta. No es que la anterior encarnación vestida de cuero no hubiese sido legítima, pero tenía un límite y, evidentemente, Jim lo había sobrepasado. Su nueva imagen le hacía la vida más fácil y estaba más de acuerdo con su persona. Jim estaba aprendiendo.

La entrevista del PBS[18] era la primera que daba desde lo de Miami. La segunda tuvo lugar menos de una semana después y fue con el corresponsal en Los Ángeles de la publicación que —en opinión de Jim— más había perjudicado a su imagen, *Rolling Stone*. Jim se encontró cuatro veces con Jerry Hopkins en un período de dos o tres semanas, en lo que probablemente sería la entrevista más extensa y profunda de su vida. Parecía ansioso por gustar, ansioso por darse a entender, y elegía las palabras lentamente, con cuidado, casi como un tallador de joyas examina las piedras en bruto.



Como era de esperar, se negó a hablar de Miami; por razones legales, dijo. Pero, inesperadamente, habló de su familia, no en profundidad, pero sí con honestidad y perspectiva, cosa que nunca se había permitido hacer anteriormente. Jerry le preguntó por qué se había inventado aquella primera versión. Jim pensó un momento antes de contestar y entonces replicó: «Sencillamente, no quería involucrarles. Es bastante fácil conseguir detalles personales si realmente los quieres. Cuando naces, te toman las huellas y todo eso. Supongo que lo de que mis padres estaban muertos era una especie de broma. Tengo un hermano, pero hace ya casi un año que no lo veo. No veo a ninguno de ellos. Esto es lo máximo que he dicho nunca sobre el tema».

La respuesta no revela gran cosa, pero el mero hecho de que Jim fuese capaz de reconocer la existencia de su familia dice mucho sobre la manera en que estaba empezando a enfrentarse a su vida en otras áreas. O, como Bill Siddons dijera una vez a un entrevistador: «Jim tenía un montón de pequeños demonios corriendo por su interior. Creo que ya no tiene tantos. Parece que los está expulsando de su sistema».

Algunas de sus respuestas eran afinadísimas: «Me interesa el cine porque creo que es la forma artística que más se aproxima al fluir de la conciencia, tanto en los sueños como en la percepción diaria del mundo». Y esta fue su definición de *ritual*: «Es como una escultura humana. En cierto modo es arte, porque da forma a la energía, y en cierto modo es una costumbre o una repetición, un plan o un desfile habitualmente recurrente que tiene un significado. Lo impregna todo. Es como un juego». Y este pensamiento: «La extensión lógica del ego es Dios», y «la extensión lógica de vivir en Estados Unidos es ser presidente».

Al final de la tercera sesión, Jim se desentumeció los músculos y miró a Jerry, que parecía haberse quedado sin preguntas.

—¿No quieres que hablemos de la bebida? —preguntó Jim. Cambió la silla de lugar, sonriente.

—Bueno, claro —dijo Jerry—. Tienes reputación de…

—… emborracharme mucho —terminó Jim—. Pues bien, es verdad, completamente verdad. Emborracharse es, eh…, cuando te emborrachas, lo controlas todo…, hasta cierto punto. Tú eliges. Cada vez que das un sorbo.

Son un montón de pequeñas elecciones.

Hubo una larga pausa. Jerry esperaba algo más.

—Es como… Supongo que es la diferencia que hay entre el suicidio y una lenta capitulación.

¿Pensaba Jim realmente que se estaba matando lentamente con la bebida y no le importaba porque encajaba con la tradición poética de la que estaba tan enamorado? ¿O quizás solo pretendía provocar un efecto dramático y eligió sugerir que ese sería su destino?

Jerry decidió descubrirlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Jim se puso a reír.

—No lo sé, tío. Vamos al bar de al lado a tomar una copa.

En el último encuentro, Jim le dijo a Jerry que quería leerle un largo poema en vez de contestar a sus preguntas. Entonces no tenía título, pero más tarde se publicaría como «Una oración americana». Al igual que gran parte de la poesía de sus primeros tiempos y algunas de sus canciones más conocidas, el tema del poema era la embestida del apocalipsis norteamericano, y la forma, otro catálogo de lamentos de mediados de siglo, a menudo personales y declamados con ira.

Cuando tuvo entre sus manos la entrevista publicada unas semanas más tarde (la portada de la revista mostraba a un Jim sin camisa y con pantalones de cuero fotografiado por Paul Ferrara) y vio que se incluía el poema, presentado tal como él lo había pedido, con el *copyright* a nombre de James Douglas Morrison, se sintió inmensamente complacido. «Por fin —dijo a sus amigos— esta mierda de revista está empezando a reconocer el talento cuando lo tiene delante».

En junio, el cuarto álbum de los Doors estaba por fin listo. Con unos preparativos que habían durado un año entero, este había sido el disco más frustrante hasta la fecha, y Jim solo había participado en la composición de la mitad del material. Era evidente que estaba dedicando más energías a su poesía que a sus canciones. Por esta razón, y porque Jim no quería que nadie pensase que había escrito la canción que sería el próximo *single*, «Tell All the People», los créditos individuales de los autores sustituyeron al tradicional «Canciones compuestas por los Doors».

Pero, al igual que en los álbumes anteriores, en *The Soft Parade* había algunos «versos de Jim Morrison», versos demasiado raros y coloristas para haber sido escritos por nadie más. En «Shaman's Blues», por ejemplo, estaba la imagen de «Frías y afiladas mandíbulas de oso pardo / ansiosas de tus talones», y en «The Soft Parade», el sonsonete «Catacumbas, huesos de guardería, / mujeres invernales criando piedras, / llevando a los bebés al río». Este último verso incitaba a preguntarse: ¿para bañarlos o para ahogarlos?

«Easy Ride», una canción que Jim esperaba que saliese también como *single*, contaba con una letra inteligente y accesible, pero en la última estrofa no había podido resistir la tentación de añadir un giro poético: «Reina de la coda, sé ahora mi novia, / rabia en la oscuridad junto a mí, / agarra el verano con orgullo, / tómate el invierno con calma. / Viajemos».

En conjunto, el impacto lírico era menor que en los anteriores álbumes, y la inclusión de lo que Vince Treanor llamó «La sinfonía de La Cienega» —con arreglos de cuerda interpretados por la Filarmónica de Los Ángeles y una sección de vientos a cargo de los mejores músicos de sesión de *jazz* locales— enturbiaba todavía más el antiguo sonido lúcido de los Doors.

Para los Doors era imperativo encontrar trabajo. El nuevo álbum había costado 86.000 dólares, pero lo más desalentador era la ruina económica que estaba significando lo que Jim ahora llamaba el «incidente de Miami». Ray recuerda haber perdido cincuenta conciertos contratados, lo que John describió en aquel entonces como «un millón de dólares en bolos».

Los promotores de una docena de ciudades habían puesto pleitos por el dinero perdido cuando los bienhechores locales prohibieron oficialmente las actuaciones de los Doors. Aunque su *single* más reciente, «Touch Me»,[19] cuya salida había coincidido con el incidente de Miami, vendió casi tanto como «Light My Fire», el dinero se gastó rápidamente en abogados y las ventas de discos posteriores cayeron en picado cuando el grupo fue incluido en la lista negra de las emisoras de radio de veinte importantes ciudades. Sin embargo, este descenso duró poco tiempo, y cuando la noticia de la prohibición impactó en la cara de la nación, las ventas de discos recuperaron el nivel anterior.

Aunque «Touch Me» se había grabado antes del incidente de Miami, su fecha de aparición hizo que pareciese que ambas cosas estuvieran

relacionadas. Escándalo público en las noticias y la súplica «Tócame» escalando posiciones en las listas. Los adolescentes se lo tragaron inocentemente y los fans de los Doors se sintieron orgullosos de su grupo, pese a los vientos y los violines, por lo que interpretaron como una bravata.

Finalmente, Bill Siddons trajo buenas noticias.

—Tenemos algunas fechas confirmadas —dijo—. Chicago y Minneapolis, catorce y quince de junio. Eugene, Oregón, el dieciséis. Y el Festival Pop de Seattle, el diecisiete.

—Eh —dijo Jim en voz baja, mientras regresaba de la nevera de la oficina con una lata de cerveza Coors en la mano—. Creía que estábamos todos de acuerdo: no más conciertos al aire libre.

Los otros Doors le miraron con incredulidad.

—Estas fechas están *confirmadas*, Jim —dijo Bill—. Necesitamos tocar. Han pasado ya tres meses desde Miami. Es mucho tiempo sin conciertos.

—Entonces, ¿cómo es que tenemos cuatro seguidos? ¿Qué es lo que les ha prometido la agencia? ¿Que no me bajaré los pantalones?

—Tenemos que depositar una fianza, Jim. Cinco mil dólares en cada actuación. Solo perderemos la fianza si el concierto es obsceno. Está en los contratos.

—Una «cláusula para joder» —gruñó Jim. Se dejó caer en el sofá y se acercó la cerveza a los labios—. Apuesto a que es la primera vez en el *rock and roll*.

Jim se cuidó en ambas ciudades de no ir vestido de cuero ni de pronunciar ninguna obscenidad. Había razones para ser prudentes. En Minneapolis, justo antes de salir a escena, el director del auditorio y la policía se apostaron a los lados del escenario por si tenía lugar un «escándalo público». La paranoia post-Miami había comenzado.

El día 16 los Doors volaron a Eugene, y después, el 17, al festival al aire libre de Seattle. Otra vez se comportaron con sumo cuidado (ante la decepción del público), pero a la vez estaban recuperando el placer por actuar. El festival no fue del todo satisfactorio. Desde que habían tocado en el Hollywood Bowl pensaban que su música no era adecuada para un auditorio al aire libre. Aun así estaba claro que los Doors eran un grupo bien conjuntado. Cada concierto era mejor musicalmente, y más libre y

espontáneo que el anterior. El comportamiento de Jim en la carretera también se había vuelto más cívico; los días de pedir siete platos diferentes solo por el placer de probarlos se habían terminado. Pasaba el tiempo leyendo, yendo al cine o haciendo turismo; evitaba el bar del hotel, así como los lugares nocturnos.

Se conformaba, incluso le complacía cómo estaban yendo las cosas. Las exigencias del público parecían menores. Quizá en Miami hubiese conseguido el objetivo de, tal y como dijo a un periodista, «intentar reducir el mito al absurdo y así acabar con él». Sin embargo, aún estaba el típico personaje que iba al concierto no por la música, sino por ver al *Door* desnudo cantando «Touch Me».

A medida que se acercaba el verano, fueron añadiéndose nuevas fechas; Toronto, Ciudad de México, San Francisco, Filadelfia, Pittsburgh, Las Vegas y Los Ángeles. Para entonces, Estados Unidos estaba metido hasta el cuello en lo que *Rolling Stone* llamó «la Era de la Paranoia». El año anterior Martin Luther King y Robert Kennedy habían sido asesinados, y la policía había provocado disturbios en la convención demócrata de Chicago. Los asesinatos de Manson se utilizaban para calumniar a una juventud que poco tiempo antes había sido abrazada calurosamente. Estaba claro que los Doors formaban parte del blanco.

En Toronto, mientras montaban el escenario, les advirtieron que la policía local intervendría al más mínimo desmán de Jim. Dos días antes de su concierto en Filadelfia, el alcalde desenterró una ley de 1879 que le daba poder de revocar el permiso para cualquier actuación pública que «pueda ser inmoral por naturaleza o desagradable y perniciosa para la comunidad», y cuando el promotor protestó el fallo y ganó, los Doors fueron advertidos de que los conductores de las limusinas eran de la brigada antinarcóticos. En Pittsburgh el concierto se interrumpió al subirse centenares de adolescentes al escenario. En Las Vegas el *sheriff* se presentó en la actuación con órdenes de detención en blanco para cada uno de los Doors; los cargos se rellenarían —o no— dependiendo de cómo se comportase el grupo.

Los conciertos fueron sobresalientes a pesar de la presión. Jim disfrutó la oportunidad de dedicarse solo a cantar y se tomó la situación con sentido del humor. Pero le irritaba la estrechez de miras de las autoridades y empezó a

pensar en la posibilidad de hacer algo al respecto, de una vez por todas.

El grupo afrontaba con estos sentimientos contradictorios los conciertos en Ciudad de México, programados para finales de mes en la Monumental, la plaza de toros más grande de la ciudad. Nuevamente significaba tocar al aire libre ante un público masivo (cuarenta y ocho mil personas), pero los Doors consideraban que el prestigio del concierto era más importante que la recompensa estética, y como el precio de las entradas iba de cuarenta centavos a un dólar, pensaron que no estaban excluyendo a los más pobres. También se había planeado que el grupo diese un concierto a beneficio de las Naciones Unidas o de la Cruz Roja en el hotel Camino Real, además de tocar en un caro club-restaurante.

Pero el promotor de Ciudad de México, un joven y barbudo decorador de interiores llamado Mario Olmos, no había sido capaz de conseguir los permisos necesarios, de modo que fue a hablar con Javier Castro, un cantante de veintiséis años que era propietario del Forum, un club-restaurante con capacidad para mil personas que recordaba ligeramente en decoración y clientela al Copacabana de Nueva York. Le dijo a Javier que podía conseguir a los Doors por cuatro noches a 5.000 dólares cada una. Juntos encontraron a un amigo que les proporcionó un talón de 20.000 dólares para entregar a los Doors como garantía, y a la mañana siguiente, en los periódicos de Ciudad de México, apareció un anuncio a toda página de la actuación de los Doors en el Forum ese fin de semana.

Nadie había consultado a los Doors acerca del cambio de planes, y estos se enfurecieron cuando Mario y Javier entraron en las oficinas con el anuncio del periódico, el talón en la mano y sus alocadas promesas en los labios. Esa noche, la oficina estaba muy sombría y en la mesa de Bill Siddons se amontonaban las botellas de cerveza vacías, los carteles y los anuncios de periódico del Forum. Los miembros del grupo estaban sentados con caras largas, lamentándose por no haber llamado a un médium. La idea se les había ocurrido después de que Alain Ronay y Leon Barnard les contaran sus premoniciones sobre la muerte de Jim. No era la primera vez, pero parecía un presagio.

Bill Siddons nunca encajaba estos informes con tranquilidad. Durante el año anterior, miles de lunes por la mañana, Bill había tenido que oír rumores

sobre la muerte de Jim, víctima de un fin de semana de excesos; y siempre, sin excepción, le entraba el pánico, se ponía a llamar por teléfono frenéticamente para encontrar a Jim, hasta que, de pronto, este aparecía por la oficina para leer el correo.

—Se suponía que estabas muerto —le decía Bill, sonriendo, con un alivio evidente.

—¿Sí? —replicaba Jim, mientras abría la nevera y sacaba una lata de Coors —. ¿Otra vez? ¿Cómo me he muerto esta vez?

Nadie contó a Jim las premoniciones de Leon y de su amigo Alain. Los preparativos para el viaje a México continuaron.

«¡Jiiim! ¡Jiiim! ¿Dónde está Jiiim?».

Miles de fans de los Doors habían acudido a recibir al grupo para darles la bienvenida a México.

Los Doors pasaron el control de aduanas y salieron al vestíbulo del aeropuerto de Ciudad de México. La barba poblada hizo que nadie reconociera a Jim: no se parecía en nada al Jim Morrison que habían pintado en la pared frontal del Forum, y la gente rugía insatisfecha. Alguien le dijo a Siddons que hablase con Jim al respecto, cosa que hizo. Pero Jim no se afeitó la barba.

Las actuaciones fueron de las mejores que dieron nunca. Los Doors eran mucho más populares en México de lo que creían, y la respuesta de los adolescentes ricos que llenaron cada noche el club hasta los topes impulsaron al grupo a niveles musicales poco habituales. Pese a todo, parte de aquella popularidad les parecía *extraña*. Lo que más les sorprendió fue la reacción del público ante «The End».

La primera noche, Jim y los demás ignoraron las repetidas peticiones para que tocaran la canción, pero la segunda noche accedieron a ello. Al acercarse a la parte edípica, fue tanta la gente del público que se puso a hacer callar a los demás que la sala parecía llena de serpientes.

«“¿Padre?”. “¿Sí, hijo?”». Jim retrocedió ante la respuesta que este verso provocaba, pues inmediatamente cada joven entre el público gritó: «*¡Quiero mataaaaarte!*».

Jim miró a la oscuridad, visiblemente estupefacto. «“¿Madre? —ofreció, tanteando al personal—. Quiero…”», y otra vez el público entró en erupción.

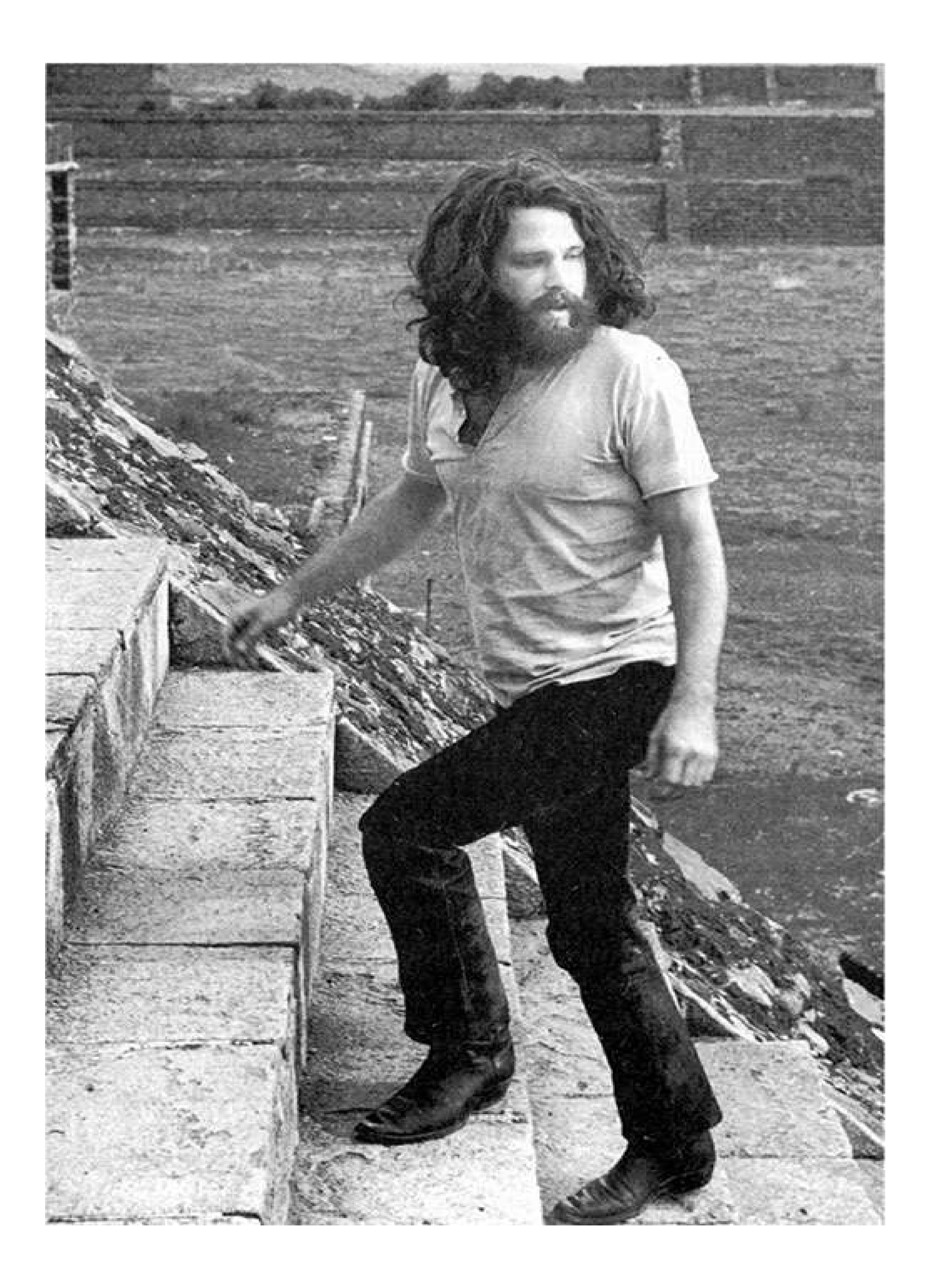
Jim estaba impresionado.

Tan popular era esta canción en México que había sido publicada en un *extended-play*[20] a cuarenta y cinco revoluciones, sonando tanto en las *jukeboxes*[21] que en la mayoría el disco estaba rayado y la letra era casi ininteligible. «México es un país edípico —le dirían luego a Jim—. Todo tiene que ver con el machismo nacional y la "madre Iglesia"».

Los Doors fueron tratados como reyes y en una semana disfrutaron de las ventajas que acompañan a un contrato prorrogado. Tenían tiempo para el turismo y contaban con dos Cadillacs a juego, uno blanco y otro negro, chóferes y una mujer llamada Malu, que normalmente trabajaba de publicista en el Forum, pero que ahora hacía de intérprete y madre espiritual de los Doors. Todos ellos estaban disponibles las veinticuatro horas del día. El motel se encontraba en el mejor barrio residencial. Les presentaron al hijo del presidente mexicano, que vestía a la última moda de Carnaby Street y a cuya estela viajaba un grupo de chicas norteamericanas conocidas localmente como «*groupies* presidenciales» (la que Jim eligió mientras visitaban el museo de antropología se parecía mucho a Pamela). En los camerinos, alguien apareció con una bolsa de lo que parecía ser medio kilo de cocaína, ofreciéndosela a los chicos.

Durante toda la semana, Bill Siddons estuvo liado en reuniones. Primero intentó organizar un concierto gratuito en un parque, pero la idea fue rechazada porque el Gobierno temía una gran concentración de jóvenes. (Un año antes se habían producido disturbios estudiantiles y huelgas masivas). Después, Siddons intentó organizar un programa de televisión y, finalmente, se firmó un contrato para un especial de dos horas sobre los Doors, su música y sus ideas. Sin embargo, nada de esto se llevó a cabo.

Los Doors volvieron al hotel después del último de los cinco conciertos. El chófer del Cadillac de Jim aceleraba el coche a lo largo de la ancha y arbolada avenida hasta alcanzar los cien kilómetros por hora, reduciendo a sesenta cuando tenía que girar noventa grados. La velocidad provocaba en todos una risa nerviosa.



Jim formó una pistola con los dedos índice y pulgar y simuló el sonido gutural de los disparos. «*¡Ándele, ándele!*», gritó. Los Doors se adentraron rugiendo en la noche mexicana.

El grupo seguía teniendo dificultades para encontrar trabajo. Antes de salir hacia México se habían cancelado dos actuaciones más, en San Luis y Honolulú, cosa que les dejaba con un solo concierto confirmado para todo el mes de julio, en un teatro de Los Ángeles alquilado durante varios lunes consecutivos por la propia compañía discográfica de los Doors. Las entradas se agotaron al cabo de una hora de ponerse a la venta.

Iban a dar dos conciertos, y antes de empezar Jim distribuyó entre el público copias de un poema impresionista que había escrito sobre la reciente muerte del guitarrista de los Rolling Stones, Brian Jones, titulado «Oda a Los Ángeles pensando en Brian Jones, difunto». Como en «Una oración americana», el poema revelaba un juego de palabras *joyceano* y una penetrante contemplación de la muerte.

La tormentosa marea periodística que había seguido al incidente de Miami por fin estaba remitiendo. En junio, julio y agosto, un período en que los Doors se encontraban prácticamente sin trabajo, varios periódicos importantes para Jim empezaron a publicar artículos halagadores.

Uno de los diarios de Los Ángeles calificó el concierto del Aquarius como «uno de los conciertos de *rock* más excitantes en muchos años», y el otro titulaba: «El público oye a un nuevo Jim Morrison». *Rolling Stone*, la revista que había presentado a Jim como un idiota tras el escándalo de Miami, había publicado una buena crítica de *Feast of Friends*, para continuar con una foto en portada, la macroentrevista realizada por Jerry y un amplio reportaje sobre los conciertos de México. En el número de julio del *Jazz & Pop*, de Pat Kennely, había un comentario halagador sobre la aparición de los Doors en el Channel 13. Por último, la primera semana de agosto apareció una larga semblanza de los Doors escrita por el joven autor teatral Harvey Perr en *Los Angeles Free Press*. Con el tiempo, Harvey trabaría amistad con Jim y este

artículo se incluiría en *The Doors Complete*, una recopilación de todas las partituras de los Doors:

> No estoy seguro de que mi admiración por los Doors tenga nada que ver con sus canciones. Algunas de ellas son, es cierto, débiles, pero considero que el grado con el que se entregan a la simplicidad es mucho más impresionante que el grado con el que muchos artistas inferiores se entregan conscientemente a evitar la simplicidad. A mí me parece que si un grupo ha alcanzado verdaderamente las cimas poéticas, debería permitirse el lujo de cometer grandes errores; muy pocos llegan a hacer una cosa o la otra. Es como la poesía de Morrison: mayormente es la obra de un poeta genuino, un Whitman de los revolucionarios años sesenta, pero en ocasiones puede llegar a ser tan inmaduro que provoca sonrojo. No es ningún crimen ir de un extremo artístico a otro; se trata, al fin y al cabo, de defectos humanos y, donde no hay humanidad, no existe el arte. Pero, lo repito, no es en absoluto su música, y tal vez ni siquiera su poesía o su calidad como músicos o su carisma, ni tampoco los discos ni el concierto del Aquarius, con lo bellas y excitantes que llegan a ser todas estas cosas, lo que me lleva a admirar verdaderamente a los Doors. Son, en cambio, las vibraciones que recibo de ellos al sentir adonde tratan de llegar y adonde quieren llevarnos, un mundo que trasciende el ámbito limitado del *rock* y se extiende al cine, el teatro y la revolución. Ver a Morrison, no en el escenario, sino viviendo su propia vida en los momentos más tranquilos: verle asistir a una producción de *The Deer Park* de Norman Mailer, a todas las representaciones del Living Theatre, al estreno de *James Joyce Memorial Liquid Theatre*, de The Company Theatre; siempre en el lugar adecuado en el momento adecuado, furiosamente involucrado en un tipo de arte más pertinente que tangencial para la vida. Una persona así no necesariamente debe contener poesía, pero si lo hace, cuando lo hace, uno tiende a mirarla con más atención, a tomársela más en serio. En el caso de Jim Morrison y los Doors, la molestia vale la pena. Se han aproximado al Arte, por mucho que hayan llegado a ofender, a divertir, o incluso a emocionar a los críticos de *rock*. Los parámetros por los que debe medirse su arte son más antiguos y profundos.

Unos días después del concierto del Aquarius, un jueves a última hora de la tarde, Jim entró en la oficina y se dirigió al cuarto de baño. Denny estaba en la mesa de Jim, con el correo extendido delante, hablando por teléfono.

—¡Oh, mierda! —gritó Denny.

—Parece que hoy estamos poéticos, ¿eh? —comentó alguien.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim, mientras se subía la bragueta y volvía a entrar en el despacho.

—Nada —murmuró Denny, haciendo ver que leía el correo.

—¿Cómo que nada? No me digas que nada —le pinchó Jim—. He robado un precioso tiempo de mi apretada agenda para preguntar y posiblemente ayudar en lo que parece ser un caso benigno de desgracia, un gesto que tú, despectivamente, rechazas.

Era evidente que Jim estaba de buen humor.

Denny había intentado desesperadamente conseguir entradas para el concierto de los Rolling Stones en la ciudad, que tendría lugar en pocos días. Las entradas llevaban semanas agotadas, y con la última llamada no solo había agotado todas sus fuentes, sino que había recibido la noticia de que no había ninguna posibilidad de conseguirlas.

—¿Puedes conseguirme unas entradas para los Stones? —preguntó Denny, dubitativo.

—¿Para qué necesitas a Mick Jagger cuando me tienes a mí? —preguntó Jim, entre dolido y desafiante.

Denny no supo qué responder. No había querido herir a Jim, pero deseaba intensamente las entradas y estaba seguro de que Jim podría conseguirlas con una simple llamada. Jim jugó un rato con Denny.

—Pero ¿qué día es el concierto? Este viernes, ¿no? Creía que esa noche íbamos a hacer algo juntos —dijo Jim, y luego improvisó un rato más hasta que le llamaron para una reunión en la habitación trasera del edificio.

A la tarde siguiente, viernes, el día del concierto, Jim llegó a la oficina. Denny estaba de nuevo en la mesa de Jim, estudiando detenidamente el correo del día. Ambos se comportaron como si la conversación del día anterior no se hubiese producido nunca. Jim sacó un par de entradas del bolsillo de la chaqueta.

—Mirad lo que me dio alguien anoche. Sin ningún motivo. De pronto me

dijo: «Mira, Jim, tengo este par de entradas para los Rolling Stones, quiero que te las quedes». Y me las dio. ¿Os lo imagináis? —Jim miró las entradas —. Pero, bueno, mirad lo que pone aquí: ¡tercera fila! Joder, yo no pienso meterme en medio de todo el follón. No me sirven. ¿Alguien las quiere?

Además de Jim, había tres personas en la habitación que habían estado allí el día anterior.

—Claro, Jim. Ya me las quedo yo, si tú no las vas a usar—dijo una secretaria.

Bill dijo que él ya tenía las suyas. Ray también. Denny guardaba silencio, confundido.

Jim se sentó en la mesa de Denny y colocó la mano derecha encima de la carta que Denny estaba leyendo.

—Hoy es tu día de suerte, amigo. Quiero proponerte un trato.

Denny alzó la vista.

—¡No quiero hacer ningún trato contigo! —dijo.

—¿No quieres por lo menos saber de qué se trata? —dijo Jim suavemente.

Denny asintió.

—Muy bien —continuó Jim—, el trato es el siguiente: tú me devuelves mi maldita mesa y yo te doy estas entradas.

Jim puso las entradas sobre la mesa.

Denny se levantó como un resorte, le dio un gran abrazo a Jim, cogió las entradas y corrió hacia la puerta.

—¡Eh! —gritó Jim.

—¿Qué?

Denny se detuvo.

—Por lo menos podrías darme las gracias.

En el piso de West Hollywood en Norton Avenue, a poca distancia de la oficina, Pamela había tomado barbitúricos y estaba muy irritable, mientras Jim estaba al teléfono intentando hablar con Babe Hill. Pamela no dejaba de interrumpirle; era un murmullo constante y molesto.

—Sí, oye, Babe…

—Jim, escúchame —dijo Pamela—, deja el teléfono y escúchame. Esto es más importante que quedar con Babe…

—… lo siento, Babe, ¿qué has dicho?

—… para hacer lo que siempre hacéis, emborracharos. Estoy hablando contigo, Jim. *¡Jim!*

Jim la ignoró y se encorvó sobre el teléfono, dándole la espalda.

—Babe, siento lo del ruido de fondo. Ya sabes cómo es Pamela…

—¡Jim! ¿Quieres una pelea? —La voz de Pamela subió media octava y veinte decibelios—. Jim, maldita sea, cada vez que nos peleamos sales a emborracharte y haces alguna locura. Maldita sea, Jim.

Pam no sentía demasiado aprecio por los amigos de Jim. Más bien sentía unos celos amargos de cualquier persona con la que Jim eligiera pasar el tiempo en vez de ella, llegando incluso a detestar el papel de perpetuo anfitrión de Jim y su obstinada reserva. En cambio, los amigos de Jim toleraban a Pamela, comprendiendo que Jim la quería de verdad y que ella, pese a que su afán de posesión solía aguar todas las fiestas, le convenía.

A Jim tampoco le gustaban mucho los amigos homosexuales de Pamela. Pam intentaba hacer que Jim entendiera que no le gustaba en los demás lo que no le gustaba o no podía aceptar de sí mismo. Además, eran los compañeros que satisfacían los impulsos sociales de Pam, que respondían a sus necesidades y le ofrecían una comprensión de la que Jim era incapaz, sin pedirle a cambio ningún intercambio físico. Jim, sin embargo, sentía que la estaban utilizando para llegar a él. En parte tenía razón, pero no se veía con fuerzas para decírselo a Pamela. De modo que protestaba por otras cosas.

Jim también odiaba las drogas que Pam tomaba. Pensaba que los barbitúricos eran peligrosos. Además, se sentía culpable de haber sido él quien la introdujese en el mundo de las drogas. De modo que también se tragaba esa objeción. No sabía nada de los escarceos de Pam con la heroína. Y ella, a su vez, se sentía culpable por ocultárselo.

El engaño mutuo los separaba y, como ninguna de las partes estaba dispuesta a confesar la verdad, la separación solía salir a la superficie en forma de pelea. El detonante era casi siempre alguna cosa trivial, como qué película irían a ver aquella noche. Una vez discutieron furiosamente sobre cuál era la esperanza media de vida de un perro golden retriever. (Tenían uno que se llamaba Sabio).

Las cazuelas, los libros y los platos solían volar por los aires. Una vez en que Pamela se quejó de lo desordenados que estaban los libros, Jim lanzó un

montón de ellos por la ventana de un segundo piso. La casa resonaba con los bramidos y los gritos. Después, Jim desaparecía; o a veces Pamela se iba airadamente a casa de sus vecinos homosexuales de Beachwood Hills y anunciaba: «La actitud de hoy es… una mierda».

De vez en cuando, Pamela se vengaba alquilando la lustrosa limusina que Jim utilizaba para sus ocasionales viajes a México con los amigotes. Con el chófer habitual de Jim llevándola de compras, sabía que sus despilfarros llegarían a sus oídos. No era raro que se gastara 2.000 dólares o más en estas salidas.

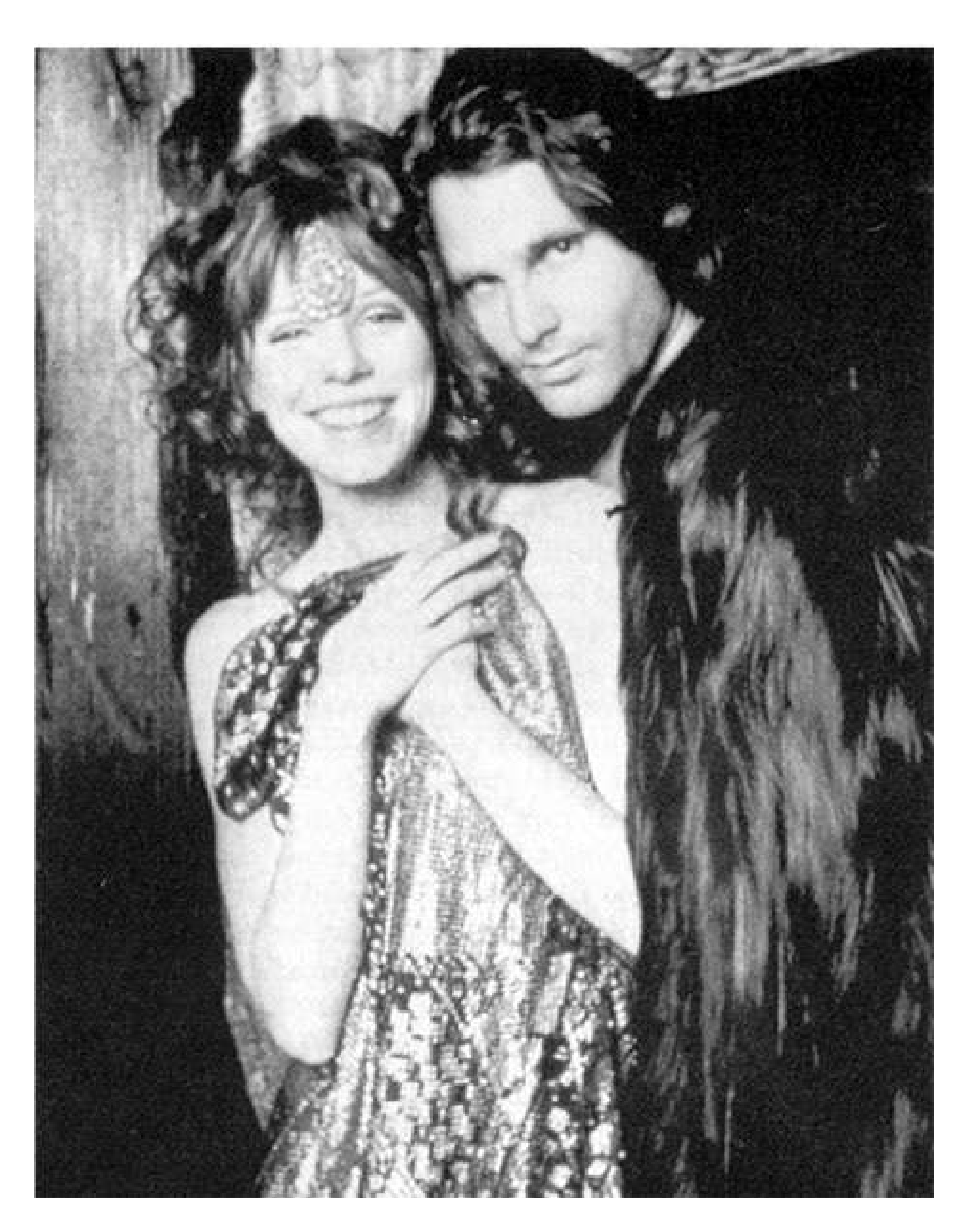
Una vez, después de un episodio especialmente dramático relacionado con una borrachera de Jim, Pam se puso a buscar, frenéticamente, en su cajón de productos de maquillaje y, mientras Jim salía de casa, escribió con pintalabios rojo en el espejo del cuarto de baño: «¡Vaya *sex symbol*, ni siquiera se le levanta!».

Otras veces, después de pelearse, Pamela se atiborraba de barbitúricos o de caballo, y era vista en público dándose el lote con un camarero del Club de Polo de Beverly Hills, debajo de una mesa en el bar Troubadour, o yendo de fiesta en fiesta en el circuito de las estrellas ricas de *rock*, tumbada en el asiento trasero de las limusinas, metida en todas las juergas del *rock ’n’ roll*. Se lio con decenas de hombres. Con uno de ellos, un joven conde francés que tenía tierras en el norte de África y compartía su afición por la heroína, mantenía una relación estable. Con otro, el hijo de un difunto magnate del cine, la cosa fue también más allá de un simple rollo.

Jim seguía viendo a sus antiguas amantes, y llamaba de vez en cuando a sus amigas Anne Moore, Pamela Zarubica o Gayle Enochs. Los días de Jim como filántropo sexual habían terminado hacía tiempo. Y, pese a que veía a Anne, Pamela y Gayle solo dos o tres veces al mes como máximo, estas relaciones eran muy sólidas.

Gayle era la dulce morena que Jim se llevó a Nueva York cuando los Doors aparecieron en el programa educativo de televisión, y era a casa de Gayle, no muy lejos de la de Pamela, en las colinas de Beachwood, donde iba de vez en cuando, normalmente a hablar durante toda la noche. Otras veces paseaban por Hollywood Boulevard y cenaban en los pequeños restaurantes exóticos que le gustaban a Jim, o se llevaban una botella de vino a los cines de

Western Avenue especializados en películas extranjeras.



En la tienda de ropa de Pam

Su relación con Anne era todavía más cerebral. Estudiaba Arqueología y Antropología en la USC y escribía en algunas revistas para adolescentes. Se enfrascaban en incoherentes conversaciones sobre las epopeyas egipcias o talmúdicas, o sobre Ginsberg, Corso y Kerouac. Jim le aconsejaba que leyese a esos autores y que se matriculase en algunas de las asignaturas de cine en la USC.

A Pamela Zarubica la veía con menos frecuencia. Solía presentarse en su pequeño piso de Hollywood a altas horas de la madrugada, completamente borracho, para discutir de poesía. «¿Poeta…? —Se mofaba ella cariñosamente—. Déjame respirar. ¿Poeta? ¿Lord Byron? ¿En qué lugar te colocas tú, chico? No está mal para ser un chico de Los Ángeles».

A Jim le encantaba. Como las otras, Pam quería mucho a Jim, y Jim les decía a todas que las quería. A veces lo decía de verdad. Pero casi siempre lo único que quería era que le amasen y le aceptasen como persona, no como estrella.

Sin embargo, era con Pamela Courson con quien tenía el compromiso más firme, y continuaba llamándola su «compañera cósmica». En agosto, el contable de Jim le dijo que su compañera cósmica estaba gastando dinero en proporciones cósmicas, y que el último «regalo» de Jim podía arruinarle económicamente. Jim aconsejó a Bob Greene que no se preocupara, afirmando que prefería gastarse el dinero en Pamela antes que en abogados. Pamela quería su propia *boutique*, y Jim corría con todos los gastos.

El espacio que encontraron era perfecto para Pamela. Estaba en la planta baja del Clear Thoughts Building, justo debajo de las oficinas de la HiWay, y desde allí podría controlar a Jim durante todo el día. Contrataron a un artista de Topanga amigo suyo para diseñar la tienda, y los carpinteros se pusieron a trabajar. Al principio iban a llamarla Fuckin' Great[22] —llegaron a imprimir unas tarjetas con ese nombre—, pero al final se decidieron por Themis, en honor a la diosa griega de la justicia, la ley y el orden.

Abajo, los carpinteros colocaban pequeños fragmentos de espejo en el techo. Arriba, en la Sala G, la sala de edición de HiWay, Jim estaba sentado con los pies encima de la mesa, fumando un delgado cigarrillo, hablando del

asesinato de Sharon Tate ocurrido la semana anterior. Otra de las personas asesinadas, Jay Sebring, era el peluquero que, en 1967, le había hecho el corte de pelo «a lo Alejandro Magno».

Solo habían pasado dos años, pero Jim había cambiado mucho. Ya no llevaba el pelo rizado y deliberadamente despeinado, ni tenía las mejillas demacradas, el torso flaco y musculoso como una cuerda anudada. El cuero y los collares de cuentas habían desaparecido. Ahora Jim parecía casi vulgar: tenía aspecto de universitario atractivo, bebedor de cerveza, con el pelo largo y la mandíbula angulosa. Y cada vez sonreía más.

---

[16] Edificio de los pensamientos claros.

[17] Dominguero de furgoneta. / Hijo de puta cristiano.

[18] Public Broadcasting System, o Sistema de Retransmisiones Públicas.

[19] Tócame.

[20] *Single* de mayor duración que los normales, que suele contener dos canciones por cara o una sola canción más larga.

[21] Máquina de discos a monedas que se encuentra en bares y otros locales.

[22] De puta madre.

09

Aunque la relación de Jim con Pamela se volvió menos agresiva hacia el final del verano, él pasaba cada vez más tiempo con la gente que menos le gustaba a Pamela: Frank Lisciandro, Babe Hill y Paul Ferrara, que estaban terminando la película cuyo rodaje se había iniciado en marzo en Palm Springs. Ahora ya le habían puesto título: *HWY*.

Algunas de las mayores decepciones de Jim procedían del campo cinematográfico. A lo largo de los meses, Jim, Frank, Babe y Paul habían planeado un montón de proyectos. Hablaron con Timothy Leary de documentar su campaña para acceder al gobierno de California y, poco después, Leary era detenido. Se reunieron con Carlos Castaneda para asegurarse los derechos cinematográficos de *Las enseñanzas de don Juan*, pero, poco después, supieron que habían llegado tarde. Un guionista norteamericano habló con Jim para ofrecerle la producción de una película italiana, pero este se echó atrás al enterarse de que tenía que hacer también el papel protagonista, interpretando a un cantante de *rock* que provoca un escándalo público en el Albert Hall de Londres.

Entonces, su viejo amigo del Whiskey a Go Go, Elmer Valentine, le presentó a Steve McQueen. La productora de McQueen estaba realizando el *casting* para *Adam a las 6 de la madrugada* y, después de ver a Jim una sola vez, le dieron calabazas. Por lo visto, habló demasiado, les dijo cómo tenían que hacer la película y cómo tenían que reescribir el guion. Pese a que se había afeitado para la entrevista, no tenía buen aspecto; había engordado y lucía la palidez característica de alguien habitual de los clubs nocturnos.

«Se sintieron intimidados por lo mucho que bebió —recuerda Elmer—. Eso

fue lo peor de todo».

Entonces, Jim conoció a Jim Aubrey, el legendario expresidente de CBS Television, conocido como la Cobra Sonriente, que había inspirado a Jacqueline Susann para su *The Love Machine*. En aquel momento Aubrey estaba a punto de pasar de un imperio del mundo del espectáculo a otro (pronto tomaría el mando de MGM).

Primero visionó las dos películas de Jim, y a continuación quedaron para comer en Luau, Beverly Hills. Bill Belasco, el voluble secretario personal de Aubrey, también estaba presente. Cuando se hubieron despedido de Jim, Aubrey se giró hacia Belasco y le dijo: «Jim Morrison va a ser la estrella de cine más importante de los próximos diez años. Este chico va a ser el James Dean de los setenta». Dio instrucciones a Belasco para que le contratara a toda costa.

Jim salió de la comida lleno de suspicacias. «Esos tipos dicen que quieren producir el guion que escribí con Michael —le dijo a su amigo Frank Lisciandro—, pero creo que lo único que intentan es colgar mi carne de la pantalla».

Los problemas legales de Jim aumentaron. Florida intentaba extraditarle bajo el ridículo cargo de «fugitivo de la justicia», y el FBI llevaba a cabo una intensa investigación sobre su pasado, visitando a antiguos amigos y profesores de la Universidad Estatal de Florida.

El 9 de noviembre de 1969, Jim se presentó en la sala del tribunal del juez Murray Goodman en Miami e interpuso un alegato formal de inocencia. La fianza se fijó en 5.000 dólares, y el juez dijo que el juicio tendría lugar en el mes de abril.

El día 11, de nuevo en Los Ángeles, Jim y Pamela se pelearon amargamente. Unas horas después, a última hora de la tarde, Jim entró en la oficina de los Doors.

—Eh, Leon…, Frank. ¿Os apetece ir a Phoenix a ver a los Rolling Stones?

Bill Siddons y uno de los promotores de los Doors, Rich Linnell, eran los organizadores del concierto, y Jim tenía cuatro entradas de primera fila. Llamó a Tom Baker y compraron una caja de seis cervezas y una botella de Courvoisier que se bebieron de camino al aeropuerto.

—Me llamo Riva —dijo la azafata, antes de empezar con las instrucciones

para el vuelo.
—Si te llamas Riva —gritó Baker—, entonces tu padre se debe llamar *Old Man Riva*.[23]
Jim, Leon y Frank se unieron a Tom en el coro de la canción:
—Viejo *Riva*, sigue rodando…
La azafata estaba visiblemente enfadada, pero empezó a dar instrucciones sobre las máscaras de oxígeno. Al caérsele la máscara de las manos, Tom volvió a gritar:
—¡Mi novia tiene uno de esos, pero lo llama diafragma!
Entonces Tom se fue al lavabo y al volver, metió una pastilla de jabón en la bebida de Jim. Jim pulsó el botón para llamar a la azafata y cuando esta acudió, se quejó:
—Me ha puesto jabón en la bebida.
—Muy bien, Jim. Tranquilo, ¿vale? Te traeré otra.
Pero, en vez de eso, se trajo al capitán del avión, que dijo:
—Jóvenes, si no cambian de actitud, variaremos el rumbo del avión y volveremos a Los Ángeles, donde serán detenidos, los cuatro.
Estuvieron calladitos durante un rato, pero cuando una azafata llamada Sherry pasó por allí, Tom le metió mano en el muslo.
Poco después, Jim tiró los bocadillos que le habían servido encima de Leon, y Tom le tiró a Jim un vaso de plástico vacío.
Las azafatas y los oficiales de vuelo parecían ignorar el alboroto, pero cuando el avión se detuvo en la pista de aterrizaje de Phoenix, unos coches patrulla con luces giratorias lo rodearon.
La megafonía del avión emitió el siguiente anuncio: «Señoras y caballeros…, les pedimos disculpas en nombre de Continental…, el desembarco se retrasará unos breves instantes».
De pronto, el piloto apareció frente a Jim y Tom.
—Como capitán de este avión, les comunico que quedan arrestados. El resto de pasajeros saldrá primero y a ustedes los escoltará el FBI.
¿El FBI? Se habían quedado de piedra.
—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?
—Eh, tío —gritó Baker al capitán, que ya se iba—. ¡Léeme mis derechos!
—¿De qué se les acusa? —preguntó Leon.

El avión estaba vacío, a excepción de los cuatro agentes del FBI del departamento de Phoenix que esposaron a Jim y a Tom con las manos a la espalda antes de obligarles a salir del avión, donde les esperaba un grupo de fotógrafos.

—¿De qué se les acusa? —volvió a preguntar Leon, asumiendo el papel de defensor.

Tom bajó la cabeza al salir del avión, apartando los ojos y la cara de las cámaras. En claro contraste, Jim salió lleno de arrogancia, sacando pecho, la cabeza alta y una sonrisa orgullosa en el rostro.

Después de pasar la noche y gran parte del día siguiente en la cárcel, Jim y Tom fueron acusados de embriaguez, desórdenes e interferencia en el vuelo de un avión. Esto último era una violación de la nueva ley de secuestro en vuelo que podía conllevar una multa de 10.000 dólares y una sentencia de diez años. Jim todavía no tenía veintiséis años, y esta posible sentencia, añadida a los tres años que se cernían sobre él por lo de Miami, significaba que podía pasar los próximos trece años de su vida en la cárcel.

Elektra Records estaba presionando a los Doors para producir otro álbum tan pronto como fuera posible. Habían pasado seis meses desde la edición de *The Soft Parade*, y Elektra quería sacar un disco en directo para Navidad. Los Doors empezaron a ensayar sus nuevas canciones en septiembre, y en noviembre ya las estaban grabando.

Irónicamente —considerando las deprimentes secuelas de Miami—, las nuevas canciones poseían una fuerza y una vitalidad increíbles. Por lo que respecta a las letras, el nuevo álbum iba a ser el mejor trabajo de Morrison en años, y Ray, Robby y John se pusieron a la altura de las circunstancias, proporcionando un soporte instrumental más poderoso que nunca.

Una de las razones de este renovado vigor era que Jim había pasado por un período extremadamente productivo durante la primavera. En medio de sus proyectos cinematográficos había continuado escribiendo canciones y fragmentos de poesía. Parecía haber admitido, finalmente, que estaba destinado a causar un impacto imperecedero en el mundo de la música, no en el del cine, y este hecho le había impulsado a crear unas letras de gran calidad solo un año después de llegar a temer por su creatividad.

Morrison Hotel debía su nombre a un hotel que existía en los bajos fondos

de la ciudad de Los Ángeles, cuyas habitaciones costaban dos dólares cincuenta la noche, y que Ray y Dorothy habían descubierto durante una de las excursiones en coche por la ciudad los fines de semana. El álbum contenía muchas canciones interesantes y significativas para los Estados Unidos de 1969. Una de ellas incluía, en dos versos, una poderosa reflexión sobre la infancia de Jim. La canción era «Peace Frog», una pieza cuya ardiente melodía atrajo tanto a Robby, John y Ray que la grabaron incluso antes de que existiera la letra. Pero entonces, Ray encontró un poema en uno de los cuadernos de Jim titulado «Abortion Stories» y lo utilizaron casi íntegramente. Era sorprendente lo bien que los versos de Jim se acoplaban a una música creada por otros.

Hay sangre en las calles, me llega a los tobillos,
hay sangre en las calles, me llega a las rodillas.
Sangre en las calles de la ciudad de Chicago,
sangre creciendo, me sigue.

Durante uno de los ensayos, Jim improvisó estos versos para el puente de la canción:

Sangre en las calles, corre como un río de tristeza,
sangre en las calles, me llega al muslo.
El río baja por las piernas de la ciudad,
las mujeres lloran ríos de llanto.

Al repetirse el puente, cantó:

Entró en la ciudad y luego se fue,
la luz del sol en su pelo.

Pero el resto de la canción volvía al poema original, empezando por los dos versos inspirados en el accidente de tráfico del camión de trabajadores indios que Jim había presenciado siendo niño. Su tono era sombrío:

Indios esparcidos por la autopista del alba sangrando,
fantasmas atestan la frágil mente de cáscara de huevo de un niño.

A continuación, cantaba:

Sangre en las calles de la ciudad de New Haven,
sangre mancha los tejados y las palmeras de Venice.
Sangre en mi amor en el terrible verano,
rojo sol sangriento de la Fantástica Los Ángeles.
Sangre chilla el dolor mientras le cortan los dedos,
sangre brotará en el nacimiento de una nación.
Sangre es la rosa de la unión misteriosa.

«Roadhouse Blues», canción que en un principio debía titular el disco, trataba, como tantas canciones de Jim, sobre Pamela. Cuando cantaba (escribió): «Mantén los ojos en la carretera, / mantén las manos al volante. / Vamos al albergue de la carretera, / vamos a pasar un buen rato», no hacía más que repetir lo que solía decirle a Pamela cuando iban, con ella al volante, a la casita que Jim le había regalado en el marchoso barrio de Topanga, en Los Ángeles. De nuevo, en «Blue Sunday», cantaba al amor que sentía por ella: «Ahora he encontrado / a mi chica…». Pamela también era la inspiradora de «Queen of the Highway»: «Ella era una Princesa / Reina de la Autopista. / Una señal en la carretera decía: / "Llévanos a Madre". / Nadie podía salvarla / salvo el Tigre Ciego. / Él era un monstruo / vestido de cuero negro…». El verso de escape era una referencia sarcástica a su agitado amor: «Espero que pueda durar / solo un poco más».

Si bien las partes instrumentales se grabaron rápidamente, Jim solía estar borracho durante las sesiones y a menudo necesitaban toda una noche para grabar la voz de una canción. Una vez en que Pamela llegó al estudio y encontró la botella de Jim, decidió bebérsela para que él no bebiera más.

—Allí estaban los dos, completamente locos y llorando —dice el ingeniero de sonido, Bruce Botnick, la única persona presente en aquel momento—. Jim empezó a sacudirla violentamente. Creo que me estaba tomando el pelo. Ella lloraba sin control, le decía que no debía beber más, y que por eso se había bebido ella la botella. Yo me puse a recoger y dije: «Eh, tío, es un poco tarde». Él levantó la vista, dejó de sacudir a Pamela y dijo: «Sí, tienes razón», la abrazó y salieron cogidos del brazo. Tuve la sensación de que había sido un montaje. Otras veces ya me lo había parecido, porque después siempre te miraba de una manera rara, para ver tu reacción.

Los problemas se acumularon.

Jim tuvo otro accidente con *Blue Lady*, esta vez al derribar cinco árboles recién plantados en La Cienega Boulevard, cerca del Clear Thoughts Building. Dejó abandonado el coche y corrió a una cabina para llamar a Max Fink, diciéndole que le habían robado el coche. La revista *Variety* —cuyo criterio podía afectar seriamente las posibilidades de venta de la película— describía *Feast of Friends* como una decepcionante pérdida de tiempo, «realizada bien con las tomas desechadas de un proyecto más ambicioso, o bien con la intención fallida de venderla a la televisión, para cuando los niños vuelvan a casa de la escuela». *Rolling Stone*, en sus «Notas sueltas», la llamó un «rancio, pretencioso, estúpido, empalagoso, fantásticamente aburrido y, sobre todo, interminable primer intento de aficionado de hacer películas». Por si esto no fuera suficiente para deprimir a Jim, los silbidos que recibió la película en los festivales de San Francisco y Santa Cruz sí le bastaron.

El nuevo *single* de los Doors, extraído de *The Soft Parade*, era un homenaje a Otis Redding titulado «Runnin’ Blue». Se trataba del tercer *single* consecutivo compuesto por Robby, y se arrastró por las listas hasta alcanzar el número sesenta y cuatro.

Los juicios de Miami y Phoenix esperaban uno en cada flanco.

Se celebraron las primeras proyecciones de la película autostopista de Jim, *HWY*, y la opinión generalizada fue que parecía en cierto modo… inacabada.

Una de las novias de Jim estaba embarazada.

El contable de Jim se quejaba continuamente de las extravagancias de Pamela. Podía aceptar su pensión; incluso los despilfarros ocasionales y las cuentas a cargo entraban dentro de los límites de la cordura, pero la *boutique* era una locura. Jim ya había gastado 80.000 dólares y Pamela estaba en Europa comprando más material. Eso era lo peor para Jim. Se habían peleado y Pamela se había ido a ver al conde francés a quien, según contaba a sus amigas, amaba.

Jim bebía.

Todos estaban borrachos. Tom, Frank, Babe y Jim, por supuesto, abonados a la barra del Barney’s Beanery.

—Eres un gilipollas, Morrison —decía Tom, hostigando a su amigo—. Eres un maldito gilipollas sin conde.

Jim ignoraba las pullas. Frank y Babe miraban al interior de sus vasos.

—Cuéntenoslo, señor Jim Morrison, estrella del *rock* —continuó Tom, con una voz que se oyó por todo el bar—, cuéntenos qué pasó en Miami.

Jim estaba harto de ese tema. Se quedó mirando a Tom y dio otro sorbo a su copa.

—Vamos, Jim, cuéntanoslo de una vez por todas.

—Sí —dijo Jim en voz baja—. Lo hice.

—¿Qué hiciste, Jim?

El tono de voz de Tom era estridente, triunfante.

—Enseñé la polla.

—¿Por qué, Jim? Cuando yo enseñé la mía en una película, dijiste que aquello no era arte.

—Bueno —dijo Jim muy bajito, para que todo el mundo tuviera que esforzarse en oírle—. Quería ver qué aspecto tenía bajo los focos.

Hubo una pequeña pausa antes de que Babe y Frank se echaran a reír a la vez mientras regaban el bar con el contenido de sus vasos. Jim sonreía, travieso.

La escena en casa de Ahmet y Mica Ertegun fue menos divertida. Ahmet era el encantador hijo de un diplomático turco que había fundado Atlantic Records y se había enriquecido. Su mujer era una de las anfitrionas de moda en Manhattan. Ahmet sabía que el contrato de los Doors con Elektra se estaba agotando y quería a Jim en su sello, de modo que lo invitó a una fiesta. Ahmet recuerda hoy cómo Jim se comportó cual auténtico caballero del sur, desplegando sus buenas maneras y sus interesantes historias cuando, de pronto, se convirtió en un borracho enfurecido, de pie sobre un sofá, que arrancaba violentamente los carísimos cuadros de la pared. Jekyll y Hyde.

Jim celebró su vigesimosexto cumpleaños el 8 de diciembre de 1969, con Bill Siddons y su mujer Cheri, Frank y Kathy Lisciandro y Leon Barnard, en casa de los Siddons, en Manhattan Beach. Después de la cena, colocaron una botella de coñac delante de Jim, y los otros empezaron a liar porros. En aquella época a Jim la marihuana solo conseguía ponerle nervioso. O paranoico.

Jim y Leon hablaron despreocupadamente de hacer una tira cómica, y entonces la conversación se desvió sobre el tema de Mick Jagger. Jim fue

inesperadamente (tal vez sarcásticamente) generoso, y llamó a Jagger un «príncipe entre los hombres». Dio las gracias a todo el mundo por la fiesta y, vacía la botella, se despidió con un gesto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mirad! —gritó Leon al cabo de un instante—. ¡Mirad a Jim!

Leon saltó del asiento. Desplomado en una silla, casi inconsciente, Jim se las había arreglado para sacarse el pene de los pantalones y estaba meando encima de la alfombra.

—¡No veas!

Bill atravesó la sala a toda prisa, cogió una gran copa de cristal y la sostuvo bajo el chorro.

Ante la sorpresa general, Jim llenó la copa.

Bill cogió otra copa de la mesa y Jim también la llenó, y también una tercera.

Leon, Frank, Kathy y Cheri se caían muertos de risa.

Al cabo de un rato, Frank y Kathy llevaron a Jim a la oficina de los Doors y lo dejaron tumbado, todavía dormido, sobre el sofá de la oficina.

Las presiones se hacían cada vez más insoportables. Frank, Paul y Babe pedían más dinero para terminar las películas, y los Doors querían que se suspendiesen los rodajes porque creían que aquello estaba agotando una energía que Jim debía dedicar al grupo. También querían que Jim se afeitase la barba y rebajase algunos kilos para la tanda de conciertos que iba a iniciarse en Nueva York a pocas semanas vista. Pam le exigía constantemente que abandonase su carrera como cantante de los Doors e iniciase una vida doméstica con ella, en la cual le imaginaba trabajando tranquilamente en sus poemas. Simultáneamente, tenía pendientes no menos de veinte pleitos por paternidad. Por otro lado, Jim sabía que el público de la inminente gira esperaría una actuación grotesca, cuando lo único que él quería hacer era quedarse inmóvil y cantar. Sus abogados le habían prohibido hablar de Miami, y él necesitaba desesperadamente proclamar su inocencia y su indignación por la hipocresía que rodeaba a todo el asunto. Hacía poco, Vince le había vuelto con el cuento del «nuevo mánager», y luego estaba la presión evidente de no poder andar anónimamente por la calle (de ahí la barba), un inconveniente del cual Jim era cada vez más consciente.

Jim estaba sentado en el sofá bebiendo una cerveza mientras trataba de resolver todos esos problemas, cuando llegaron Bill y los demás. Saludó distraídamente a cada uno a medida que entraban y después dirigió la mirada al *Los Angeles Times* que habían dejado sobre la mesa. Contempló el periódico con la mirada vacía: la «vietnamización» proseguía en el Sudeste Asiático; los indios llevaban ya tres semanas ocupando la isla de Alcatraz; el día anterior —¡su cumpleaños!— se había producido un tiroteo de cuatro horas entre la policía de Los Ángeles y los Panteras Negras; el gran jurado había procesado a Charlie Manson por el asesinato de Sharon Tate y otras personas.

Jim dejó el periódico. Enderezó el cuerpo y se aclaró la gar-ganta.

—Creo —dijo lentamente— que estoy sufriendo un ataque de nervios.

Todos corrieron a consolarle, a decirle alguna cosa que le animara, asustados ante la posibilidad de que, finalmente, se estuviera desmoronando. Bill se asomó a la puerta y llamó a Vince Treanor, que se encontraba abajo, en el local de ensayo.

Jim miró dolorosamente a Bill.

—Cuando anoche me pusiste delante aquella botella de Courvoisier, dijiste: «Esto es para el que bebe», y me la tuve que beber entera.

Cuando Vince entró en la habitación, se volvió hacia él.

—Sabía lo que me hacía, Vince. En Miami llevaba calzoncillos debajo de los pantalones. ¿No los viste? Sabía lo que me hacía, y tú me lo impediste.

Se giró hacia Leon y recordó la escena en el tejado del Edificio 9000, cuando Leon le sugirió que bajase de la barandilla.

—¿No lo ves? —preguntó—. Tenía que hacerlo. No podía pararme.

Era una súplica extraña, atemorizada. Nunca había dejado que aquellas personas le viesen tan desolado y vulnerable.

Una semana más tarde, le contrataron a otro canguro, un jugador de fútbol americano de la Universidad del Sur de California, negro y de 1,90 de altura, que había trabajado de guardaespaldas personal de Mick Jagger durante la reciente gira de los Rolling Stones.

Tony Funches le cayó bien a Jim inmediatamente.

—Vamos a beber algo —dijo.

—Claro, Jim. Lo que tú digas. —Tony le guiñó el ojo—. Tal vez puedas

presentarme a una de esas bailarinas de *topless*.

Jim estaba en México de vacaciones. Los otros Doors estaban en Nueva York, esperando con ansiedad a que Jim se presentase. Después de muchos esfuerzos y de depositar la fianza de la famosa «cláusula para joder», los habían contratado en el prestigioso Felt Forum.

El teléfono sonó en la habitación de Bill Siddons.

—Esto… He perdido el avión.

—Dios mío, Jim… —Bill recordó inmediatamente una llamada de Jim en la que le decía que había perdido un avión que hacía escala en Miami—. Jim, ¿estás sobrio?

—Buenooo…

Los conciertos del 17 y 18 de febrero —dos pases por noche— eran tan importantes para Siddons y los otros Doors como para Elektra. Las actuaciones estaban destinadas al álbum en directo que se había empezado a grabar el verano anterior. En Nueva York trabajaban la mayoría de directores de revistas y periodistas, y los conciertos del Felt Forum debían demostrar que los Doors todavía eran capaces de actuar como grupo. La suspensión del concierto —o, aún peor, una exhibición parecida a la de Florida— sería un suicidio.

Siddons hablaba con un exasperado tono paternal.

—Jim, ¿has hecho otra reserva?

Jim le dijo que sí y le dio a Bill el número de vuelo.

—Te estará esperando una limusina, Jim.

—Esto… ¿Billy? El avión hace escala en Miami.

—¿Jim? *Por favor*, ¿podrás quedarte dentro del avión?

Después de colgar, Bill llamó a Tony Funches.

—Coge un avión a Miami inmediatamente. Tienes que interceptar a Jim. Reúnete con él en su avión cuando aterrice en Miami y asegúrate de que no baje. Volverás a Nueva York con él.

Los conciertos fueron un éxito. La mayoría de canciones que tocaron eran antiguas: «Moonlight Drive», «Back Door Man», «Break On Through», «Light My Fire», «The End». Hubo momentos memorables, como cuando John Sebastian y Dallas Taylor, el batería de Crosby, Stills, Nash and Young, se unieron a los Doors durante algunas canciones en uno de los conciertos; o

cuando un joven homosexual se lanzó sobre Jim, le abrazó las rodillas con brazos y piernas y, mientras se lo llevaban, Jim dijo despreocupadamente: «Bueno, así es Nueva York. Los únicos que se suben al escenario son tíos». La frase iba a utilizarse, sin ninguna explicación, en el disco en directo. Una frase que no se utilizó fue provocada por alguien que le tiró a Jim un porro del diámetro de una mina de lápiz.

—Esto es lo que me gusta de los porros de Nueva York —dijo—, puedes mondarte los dientes con ellos.

Durante la estancia de los Doors en Nueva York hubo algunas reuniones. Varias eran para discutir la campaña de promoción de *Morrison Hotel*. Jim odiaba estas reuniones y casi nunca acudía. Prefería que los demás decidieran por él. Sin embargo, estaba en las oficinas de Elektra cuando surgió el tema de su imagen y repartieron un memorándum en el que se proponía una nueva campaña de relaciones públicas. Jim estaba hundido en un sofá, con una chupa forrada de piel de borrego subida hasta las orejas. Una persona del departamento de promoción hablaba ardientemente de «Jim Morrison como hombre del Renacimiento».

El memorándum de cuatro páginas dejaba bien claro cómo debían considerarse los sentimientos de Jim:

> Jim Morrison es una figura pública que busca ampliar sus horizontes artísticos. Todas las figuras públicas deben tener imágenes públicas. La mejor imagen pública es aquella con la que tanto el público como el artista pueden convivir felizmente. La figura es lo primero porque el artista tiene que vivir con ella más íntimamente. Comoquiera que ser un hombre del Renacimiento implica exploraciones sin límite de cualquier proceso y esfuerzo creativo, creo que Morrison puede convivir con ello sin demasiada dificultad. Una vez establecido en este marco referencial, puede intentar, hacer, vivir cualquier cosa que desee sin poner en peligro una buena o mala reputación.

Además, añadía el memorándum: «No hay ningún Leonardo a la vista, y en Poughkeepsie les va a encantar».

A Jim no le gustó nada que una empresa jugase con su imagen. Además, Elektra había cambiado la política de promoción de los Doors mantenida

durante tres años y había empezado a promocionar a Jim más que al grupo. Al día siguiente, en una fiesta de Elektra, Jim se vengó.

Formaba parte del ritual de cortejo de la compañía. La mayoría de discográficas celebraban espléndidas fiestas para sus grupos más famosos a medida que se acercaba el momento de renovar el contrato. Aquella fiesta fue excepcional. Había cangrejo imperial de Alaska, caviar negro, Dom Pérignon y centenares de invitados, incluyendo a Pia Lindström, la hija de Ingrid Bergman, y una galería de estrellas *warholianas* travestidas. La fiesta tenía lugar en un ático del piso cuarenta y cuatro, con una impresionante vista de Manhattan. Al final de la velada, hubo una proyección de *39 escalones*, de Alfred Hitchcock.

Eran las dos de la madrugada. Jim y Pamela ya se iban, y al pasar por delante de su anfitrión, el presidente de Elektra, Jac Holzman, Pamela soltó una frase devastadora. Jac estaba convencido de que Jim le había dado instrucciones para hacerlo. «Bueno, en caso de que el próximo año estemos en Atlantic —dijo Pamela dulcemente—, gracias por esta fiesta tan estupenda».

Jim se limitó a sonreír.

La campaña del Hombre del Renacimiento fue suspendida.

El nuevo disco salió a la venta la primera semana de febrero y los conciertos en el Arena de Long Beach y el Winterland de San Francisco fueron sorprendentemente satisfactorios. En todos ellos se agotaron las entradas y las críticas fueron buenas. Jim se había afeitado, vestía tejanos negros y camisa negra, y cantaba como nunca. Finalmente, Jim, Bill Belasco y Michael McClure habían firmado un acuerdo referente a la producción de *The Adept*. La compañía de Jim, HiWay, y la compañía de Belasco, St. Regis Films, habían adquirido conjuntamente una opción de un año para los derechos de la novela inacabada de Michael, adelantándole 500 dólares sobre los 5.000 del precio global de la venta.

En marzo se publicaron artículos en todas las revistas musicales certificando que el quinto LP de los Doors, *Morrison Hotel*, había sido disco de oro, y señalando que el grupo era la primera banda estadounidense de *rock* que conseguía cinco discos de oro consecutivos. Pese a la suspensión de un concierto en Buffalo, se confirmaron otras fechas en Salt Lake City, Denver,

Honolulú, Boston, Filadelfia, Pittsburgh y Detroit.



Aunque de *Morrison Hotel* no se extrajo ningún *single* de éxito, el disco restableció a los Doors como favoritos de los críticos, cosechando reseñas favorables en casi todas las publicaciones importantes. No solo no había arreglos de cuerda y vientos, sino que además el grupo había tenido tiempo para desarrollar algunas de las canciones en directo antes de grabarlas; era la primera vez que se permitían ese lujo desde el primer álbum. Se notaba. *Morrison Hotel* poseía una intensidad de la que carecían los dos últimos discos. La voz de Jim era más madura, más profunda, y los otros también habían crecido como músicos. Era un regreso artístico: los Doors habían conseguido reunir una colección de canciones que cabalgaban juntas con fuerza inusitada. Dave Marsh, por aquel entonces editor de la revista *Creem*, escribió: «Los Doors se presentan ante nosotros con el *rock and roll* más terrorífico que he escuchado nunca. Cuando son buenos, son simplemente invencibles. Este es el mejor disco que he escuchado en mi vida…, hasta el momento».

Rock Magazine también se deshacía en alabanzas: «Me dicen que Morrison ya no es sexi, que se está volviendo gordo y viejo. Bien, en un disco no se ven las barrigas, pero se oyen las pelotas, y el quinto álbum de los Doors es el que está hecho con más pelotas, el mejor de los Doors hasta la fecha».

El número de mayo de 1970 de la revista *Circus* evocaba sentimientos similares: «*Morrison Hotel* es probablemente el mejor disco de los Doors, hará nuevos adeptos a la fe de Morrison y tranquilizará a los que, como yo, pensábamos que las dos últimas entregas eran una estafa. Buen *rock* duro y depravado, y uno de los mejores discos publicados en esta década. Más poder para los pantalones de cuero de Morrison».

Solo *Rolling Stone* se negó a alabarlo, manteniendo que los dos primeros discos de los Doors eran realmente los importantes, y que «*Morrison Hotel* solo puede recomendarse a aquellos que tengan algún interés personal».

Durante todo este período, Jim tenía la cabeza en otra parte. Sus pensamientos se centraban en el inminente juicio de Phoenix y en las posibles condenas a las que se enfrentaba: hasta tres meses y 300 dólares por la acusación de ultrajes, hasta *diez años* y 10.000 dólares por la acusación federal de interferir con el personal de un avión en un vuelo comercial. Jim,

Frank, Tom y Leon volaron a Phoenix el miércoles, 25 de mayo, para reunirse brevemente con Bill Siddons y el abogado de Jim, Max Fink. Una vez en el hotel, empezaron a pedir bebidas al servicio de habitaciones. Como de costumbre, Jim y Tom empezaron a competir.

Tom se estaba poniendo agresivo. Quería salir a beber *fuera*. «¡A tomar por culo esta mierda de beber en la habitación! ¡Vámonos, Jim!». Jim estuvo de acuerdo, y se levantó. Siddons les aconsejó que se quedasen en la habitación. No quería que Jim fuese visto en público, esa noche no. Estaba convencido de que le iban a detener por embriaguez, como mínimo, y salir en los periódicos el día del juicio no les iba a favorecer demasiado.

De pronto, Leon se subió a la mesita de la sala y empezó a gritarle a Jim:

—¡Gilipollas! ¡Gilipollas! ¡Gilipollas!

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Jim—. ¿Por qué me tratas como a un niño?

—¡Porque te comportas como un niño!

Frank intervino y le dijo a Leon que se ocupase de sus jodidos asuntos. De pronto, llamaron a la puerta. Alguien fue a abrir, y dejó pasar a una rubia neumática.

—Estoy buscando a Jim —dijo.

Al cabo de un instante, Jim se abalanzó sobre ella, metiendo la boca por debajo de la blusa. Los otros se largaron disimula-damente.

A la mañana siguiente, Jim y Tom se habían puesto camisa blanca, corbata y americana cruzada. Llevaban el pelo largo cepillado por detrás de las orejas. Leon y Frank fueron llamados como testigos, y también las azafatas Riva Mills y Sherry Ann Mason. Fue el testimonio de Sherry el que convenció al juez. Dijo que uno de los acusados le había estado metiendo mano durante todo el viaje, pese a haberle advertido varias veces de que la dejase en paz. Identificó a Jim como su agresor.

Jim estaba perplejo. Cada vez que Sherry describía algo que, según ella, había hecho Jim, se refería en realidad a los actos de Tom. Les había confundido. Parecía una escena de *Alicia en el país de las maravillas*. Finalmente, el fiscal pidió a los testigos de la defensa que no se refirieran a Jim y a Tom por sus nombres, sino como «la persona en el asiento A» y «la persona en el asiento B». Jim fue declarado inocente de la acusación federal,

pero culpable de «asaltar, amenazar, intimidar e interferir en el trabajo de las dos azafatas». Tom fue absuelto de todos los cargos. La sentencia se fallaría dos semanas más tarde.

Jim, Leon, Tom, Frank, Bill Siddons, Max y el abogado local que había trabajado en el caso volvieron al hotel y se detuvieron en el bar. ¡Sorpresa! Allí estaban las dos azafatas y el piloto que había detenido a Tom y a Jim.

Bill y Leon fueron a felicitarles amablemente. Jim pidió su primer *bourbon* doble.

Bill estuvo encantador con ellos, charló amistosamente durante media hora y volvió a la mesa con las dos chicas. Sherry se sentó al lado de Jim, que ya se había bebido cuatro dobles y le dijo que era muy guapa. «¿Sabes? —dijo Jim—, en otras circunstancias, tal vez tú y yo podríamos haber tenido algo».

Un rato —y unos cuantos dobles— más tarde, Jim decidió que quería cantar. Se levantó tambaleándose de la silla y se arrastró hasta el piano del bar.

—No te importa que cante, ¿verdad? —preguntó Jim al alarmado pianista.

El encargado del bar se abalanzó sobre Jim tan deprisa como un jugador de fútbol americano cae sobre una pelota que ha quedado libre.

—No, no, no. Lo siento, señor Morrison, pero no, no, no.

Jim se cabreó ante esa incursión de la autoridad.

—*¡Que te jodan, tío, que te jodan! ¡Jódete! ¡Jódete!*

Max y el abogado local sacaron a Jim de la sala y el resto les siguió. En el vestíbulo, Tom retó a Jim a zambullirse en una fuente que había en el exterior.

Jim dirigió una mirada ebria a Tom y salió corriendo hacia la fuente.

Esta vez le tocó a Bill detener a Jim y, con la ayuda de los demás, consiguió meterle en el ascensor. Al cerrarse las puertas, Jim ya volvía a gritar: «¡Jódete!».

A la mañana siguiente volvieron todos a Los Ángeles, donde Jim fue al bar Palms con Tom y un par de chicas. Una de ellas había venido misteriosamente con Jim desde Phoenix, y la otra era una antigua *groupie* de los Doors. Bebieron mucho y jugaron al billar. Tom se emborrachó y volcó la mesa. El propietario del bar llamó a la oficina del *sheriff* y Jim y Babe redujeron a Tom y se lo llevaron a la oficina de los Doors, no lejos de allí.

Por el camino, Tom gritaba: «¡Morrison, eres una mierda! ¡El mundo entero te odia! ¡Te odia! ¡Eres una verdadera mierda!».

En la oficina, Jim, Babe y los otros le sugirieron a Tom que se marchase. Al final, Jim explicó lo que le estaba carcomiendo. Había pagado todos los gastos de Tom en Phoenix: los billetes de avión, el hotel, las comidas, las copas, los abogados, todo el paquete. También había aguantado las broncas de Tom, y lo único que recibía a cambio era mierda.

Jim se lanzó sobre Tom y forcejeó con él, empujándole hacia la puerta. Tom se reía. «Lárgate —gruñó Jim—. Aquí se viene a trabajar». Apareció un amigo de Tom y se abalanzó sobre Jim; entonces llegó Tony Funches y agarró al amigo de Tom. Babe se unió a Tony y ambos zurraron al amigo. Jim se escabulló a la oficina de Bill Siddons para llamar al *sheriff*. El coche de la policía llegó inmediatamente, directo desde el Palms, donde le habían llamado por la anterior bronca.

—¿Intentas decirme que has sido tú quien ha llamado a la policía? —preguntó Tom, mirando a Jim.

—¿Realmente ha sido *usted* quien nos ha llamado? —preguntaron los policías, igualmente sorprendidos.

Babe empezó a insultar a los ayudantes del *sheriff*, que prefirieron ignorarle y marcharse. Tom subió al coche de su amigo y se fue, dejando a Jim en la acera con Babe y Tony. Cuando Tom volvió diez minutos más tarde para tirar una piedra contra la ventana de la oficina de los Doors, Jim ya se había ido a Barney's Beanery a tomar otra copa. Fue la última vez que Jim vio a Tom Baker durante casi un año.

A medida que transcurría el mes de abril, Jim estaba cada vez más preocupado por sus problemas legales. Antes de volver a Phoenix, el día 6, había leído el impresionante documento de sesenta y tres páginas que Max Fink había preparado para el caso de Miami. A Jim le había complacido la elocuencia de Max en la sala del tribunal —le llamaba un «Perry Mason en toda forma»— y se alegró al ver que el informe contenía un desafío a la constitucionalidad de las leyes bajo las cuales le habían arrestado.

Las primeras diez páginas explicaban «actitudes sociales contemporáneas y normas de la comunidad» tal como Max (y Jim) las veía: «La juventud (y un amplio sector de la población adulta) se ha rebelado contra la hipocresía, la

falsedad, la “pureza” superficial y la decadencia subterránea de nuestra sociedad. Conceptos falsos, efímeros, victorianos han desaparecido a la luz de la sabiduría, el desarrollo científico y la educación…».

Max tomaba como precedentes legales los casos de las películas *Soy curiosa (Amarillo)* y *Cowboy de medianoche*, y hacía referencia a *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, así como a los cuadros de Gauguin, Picasso y Miguel Ángel. Muchas páginas estaban dedicadas a razonar que las enmiendas primera y decimocuarta protegían las representaciones teatrales, y el informe repasaba el histórico «miedo al potencial político del teatro». Se citaban fallos del Tribunal Supremo que protegían la libertad de expresión. Para terminar, Max atacaba los cargos uno por uno, afirmando que o bien violaban directamente la primera, octava y decimocuarta enmiendas, o eran «inconstitucionalmente vagos», o no estaban demostrados por los hechos. De las cuatro leyes que se acusaba a Jim de haber infringido, señalaba el informe, la más reciente había sido promulgada en 1918.

El 6 de abril, Jim regresó a Phoenix con Max, en principio para oír la sentencia sobre la violación de la ley de secuestros en aviones. Cuando Max dijo al tribunal que la azafata llamada Sherry había cometido una equivocación y quería cambiar su testimonio, el juez aplazó la sentencia y citó a Jim para final de mes.

El día 7 llegaron los primeros ejemplares del libro de poemas de Jim, editado por Simon and Schuster. *Los señores y las nuevas criaturas*, rezaba el título, y debajo, la palabra «Poemas». Pero a Jim no le gustaba cómo aparecía su nombre en el libro. Había pedido figurar como James Douglas Morrison, y al final habían puesto Jim Morrison. También habían usado la foto del «Joven León» en la cubierta, y en la contracubierta hacían referencia a su carrera como cantante de *rock* y llamaban «chicos» a sus seguidores; ninguna de estas cosas le hizo pizca de gracia. Además, el texto de la sobrecubierta guardaba una relación muy superficial con la poesía de Jim. Según decía: «Observa y habla del Estados Unidos contemporáneo: las ciudades, el mundo de la droga, las películas, las estafas, las viejas frustraciones y las nuevas libertades del amor…».

De todos modos, Jim envió un telegrama a su editor en Nueva York, que empezaba así: «Gracias a usted y a Simon and Schuster, el libro ha superado

mis expectativas». Y a Michael McClure le dijo: «Es la primera vez que no me timan». Michael jura que Jim tenía lágrimas en los ojos.

Al día siguiente, Babe Hill se cayó de un coche en marcha y se rompió dos vértebras del cuello después de una juerga con Jim en el Phone Booth. Al otro día, Jim subía completamente borracho a un escenario de Boston.

El concierto había empezado tarde y, a las dos de la mañana, el dueño del local decidió que debía terminar, de modo que cortó la electricidad del grupo. Misteriosamente, el micrófono de Jim seguía funcionando. Jim parpadeó. Entonces sacó el delgado micro dorado del pie y masculló audiblemente: «Mamón».

Ray se abalanzó rápidamente sobre él. Aquello era lo que él y los otros habían temido. Bruscamente, colocó una mano sobre la boca de Jim y lo levantó con el otro brazo, sacándolo del escenario como si fuera una estatua.

El público pedía más música.

Al cabo de un instante, Jim se libró de Ray y reapareció. Se tambaleó hasta el centro del escenario y gritó: «¡Deberíamos unirnos todos y divertirnos un poco…, porque si vosotros no lo impedís, ellos ganarán!».

Cuando Jim se despertó a la mañana siguiente, el concierto de aquella noche en Salt Lake City se había suspendido. El dueño de la sala de Salt Lake estaba entre el público de Boston y no le había gustado nada lo que había visto.

La paranoia de Miami continuaba. En casi todos los conciertos, los dueños de las salas pedían a Vince que cortase el sonido en cuanto Jim dijese algo «controvertido». Cada día los Doors se preguntaban si su próximo concierto se iba a cancelar, y nunca podían estar seguros hasta el último minuto.

El incidente de Miami afectaba a toda la industria. En los contratos de otros grupos en miles de ciudades se estaban añadiendo cláusulas antiobscenidades y el grupo debía depositar una fianza, que perdería en caso de producirse alguna «exhibición ilegal, indecente, obscena, lasciva o inmoral» mientras estaba en el escenario.

El 17 y 18 de abril los Doors tocaron en un enorme centro de convenciones de Honolulú. Después de los conciertos, los otros Doors se quedaron a pasar unas cortas vacaciones y Jim voló de nuevo a Phoenix con Siddons para encontrarse con Max Fink y la azafata llamada Sherry. El día 20, Sherry

revocó su testimonio y la última acusación contra Jim fue retirada.

Jim había vuelto a llamar a Patricia Kennely, la periodista de Nueva York, y en abril, cuando firmó una crítica de su libro de poemas en la revista *Jazz & Pop* Jim le dio las gracias con un telegrama.

Patricia era una bruja practicante, suma sacerdotisa de una cofradía —algo que fascinaba a Jim—, y al día siguiente de recibir el telegrama se fue a Filadelfia para ver a otras brujas. Los Doors estaban en Filadelfia ese mismo día, de modo que asistió a su concierto en el Spectrum y habló brevemente con Jim en los camerinos. El grupo actuaba en Pittsburgh al día siguiente, le dijo Jim, pero después iría a Nueva York. Una vez allí, Jim pasó media semana con Pamela en el hotel Navarro y la otra mitad en el pequeño piso de Patricia.

Con Pamela y Bill Belasco, que aún seguía a Jim en muchos de sus viajes, Jim fue de compras por la Quinta Avenida y cenó en Lüchow's y en Mamma Leone's, dos conocidos restaurantes del mundo del espectáculo. Con Patricia fue al Fillmore East a ver a los Jefferson Airplane, y se situaron en la cabina de luces con Allen Ginsberg.

En aquellos días, Grace Slick había ideado una nueva manera de sofocar a los tíos broncas del público. Alguien gritó:

—¡Canta «White Rabbit», Gracie!

—Vaya, veo que esta noche tenemos aquí a Jim Morrison —se burló Grace.

Jim murmuró: «Gracias, Grace», y la cosa no pasó a mayores. En realidad, se había mostrado reacio a asistir al concierto, y después le dijo a Patricia que pensaba que los Airplane «eran el grupo más aburrido que he oído en toda mi vida. Todo está ahí delante, todo el mundo toca tan fuerte como puede, y nadie destaca sobre los demás. No existe la interacción que se produce en mi grupo».

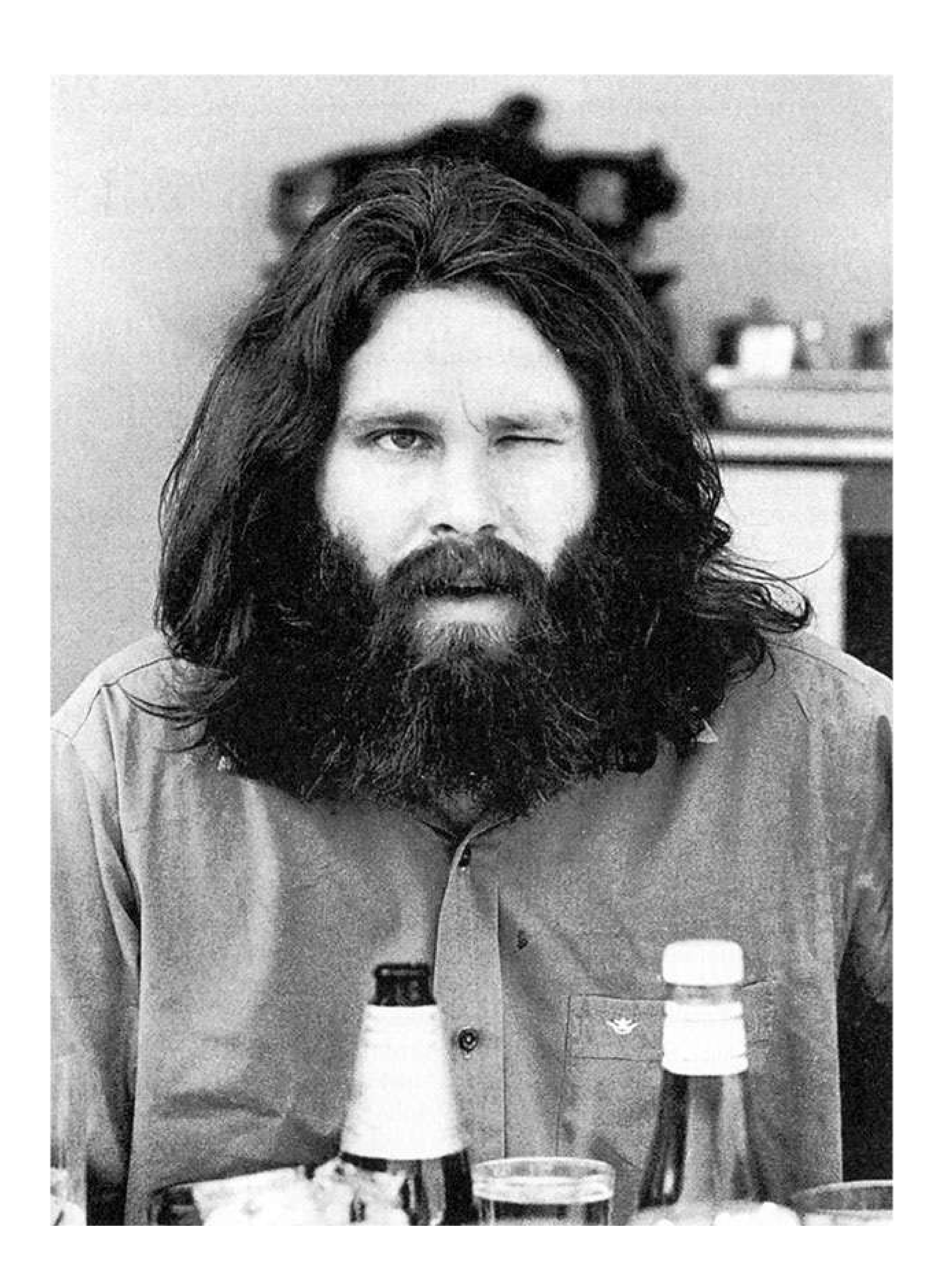
Otro artículo negativo sobre la banda apareció a finales de mayo en *Amusement Business*, la revista más popular entre los promotores de conciertos y los dueños de salas. Esta publicación había puesto a los Doors en su puritano punto de mira desde los tiempos de la detención por obscenidad en New Haven, y el artículo de primera página rezaba: «Jim Morrison y los Doors tienen un nuevo truco para irritar a los dueños de las salas de conciertos». La revista citaba al director del Cobo Hall de Detroit, donde los

Doors habían llenado, afirmando que el grupo «tomó literalmente el edificio y, en consecuencia, ahora tienen prohibida la entrada en el recinto». Tanto el grupo como los fans recordaban el concierto de aquella noche como algo muy especial.

Parecía como si Jim se hubiese sacudido «la crisis nerviosa» que se cernía sobre él. Se mostraba reservado y relajado con la gente. La última semana de mayo fue con Babe a San Francisco para asistir al estreno de una obra de teatro y cantó con los grupos de acompañamiento en algunos de los clubs de *topless* de North Beach. Después se marchó unos días a Vancouver, donde vagó por la ciudad con Ihor Todoruk, un pintor que editaba una revista pop canadiense y había organizado el Festival de Cine Jim Morrison un mes antes. Con Todoruk, Jim habló incansablemente de París, adonde quería ir tan pronto como arreglase sus asuntos pendientes.

Después de un concierto desastroso en Vancouver, y otro moderadamente exitoso en Seattle, la agenda de Jim pasó a estar dominada por las comparecencias ante los tribunales. El juicio de Miami estaba previsto para agosto, y sus abogados realizaban los últimos intentos para evitarlo. El 9 de junio presentaron una moción ante el tribunal federal para detener el juicio, basada en que los tres decretos bajo los cuales Jim había sido acusado eran vagos y castigaban una conducta que no aparecía en la jurisdicción policial. La moción fue denegada, y tres días más tarde los abogados se presentaron ante otro tribunal de Miami para pedir un juicio con jurado.

Entre cita y cita con los tribunales, el calendario de Jim incluía otra proyección de *HWY* para agentes y amigos. *HWY* ya se había proyectado varias veces, pero públicamente solo en una ocasión, en el festival de cine de Vancouver. La mayoría de pases habían tenido lugar en Synanon y en salas de proyección privadas. Finalmente, un par de productores jóvenes, Bobby Roberts y Hal Landers, contactaron con Jim para hacer una película junto a Michelle Phillips, que había estado en los Mamas and the Papas. En vez de contestarles, Jim les pasó una copia de *HWY*, y Landers y Roberts no tardaron en proponerle la idea de invertir dinero en la película para convertirla en un largometraje. Cuando Jim detectó que aquello era otra trama para explotarle, rompió las negociaciones. Frank discutió con él, pero su decisión era irrevocable.



Las negociaciones con la MGM parecían más prometedoras. Jim había mantenido reuniones periódicas con Belasco y Aubrey referentes a *The Adept*, y estos le habían convencido de que el guion podía acortarse satisfactoriamente. Con un humor retorcido, Jim comentó que lo que intentaban era «convertir una secuoya en un mondadientes».

Belasco y Jim buscaron un nuevo director y, finalmente, se decidieron por Ted Flicker, conocido por haber dirigido a un grupo de improvisación teatral llamado los Premise Players y por una infravalorada sátira que había rodado con James Coburn, *Demasiados secretos para un hombre solo*. Con muchas dificultades llegaron a un acuerdo. Aubrey quería a Jim como actor no solo en *The Adept*, sino también en una película titulada *Corky*. A Jim no le gustaba el guion (el papel que Aubrey le había reservado sería interpretado finalmente por Robert Blake), pero accedió a perder algunos kilos para interpretar su propia película —después de todo, ¿quién había oído hablar de un camello de cocaína gordo?— y a afeitarse la barba que se había vuelto a dejar después del juicio de Phoenix.

A mediados de junio la MGM le había ofrecido a Jim lo que este quería: 35.000 dólares para el desarrollo final del guion, y si el guion era aceptado, otros 50.000 por sus servicios como coproductor (con Belasco) y actor. Las cifras no eran importantes para los parámetros de Hollywood, pero Jim estaba contento. Dio instrucciones a sus abogados para que cerraran el trato, autorizó el pago de la multa de 600 dólares impuesta por la Agencia de Aviación Federal relacionada con el vuelo a Phoenix (e independiente del juicio) y se puso a preparar la maleta para viajar a Francia y a España.

---

[23] El viejo Riva. Juego de palabras con el conocido *standard* estadounidense «Old Man River».

10

Patricia Kennely estaba asustada. Cuando Jim y ella se despertaron, Jim tenía 38 de fiebre. Dos horas más tarde, la fiebre había subido a 39 y medio. Le dio aspirina, tetraciclina, agua, friegas de alcohol, e intentó localizar a Leon Barnard. El médico de cabecera de Patricia, que vivía a solo dos manzanas, no podía ir a visitarle. La fiebre de Jim subió a 40 y medio.

Jim había llegado a Nueva York el día anterior, de camino a Europa, con Leon, un amigo de este y las cintas definitivas del disco en directo. Aunque estaba borracho cuando Patricia se encontró con él en el hotel, la velada había sido agradable y sin incidentes. Habían ido a ver la nueva película de Mick Jagger, *Ned Kelly*, y se habían quedado a ver dos veces la última de Ingmar Bergman, *Pasión*. El único incidente divertido fue que Jim le quitó a Patricia el diafragma antes de meterse en la cama y lo hizo volar por la habitación como si fuese un *frisbee*. Pero ahora, en el apartamento de Patricia, bajo la encapotada tarde neoyorquina, Jim se sentía morir.

A las dos, Patricia decidió tomarle una vez más la temperatura antes de llamar a una ambulancia. De pronto, la fiebre había remitido, bajando de 40 y medio a 39 en solo quince minutos. Al cabo de tres horas, Jim estaba levantado y andaba por la habitación como si nada hubiera sucedido. Volvió a su hotel, se cambió de ropa y fue a cenar con Leon y Patricia; fueron otra vez al cine y compraron algunos libros en Brentano’s.

A la noche siguiente, Jim y Patricia se casaron.

A sus veinticuatro años, Patricia era la redactora jefa de una revista de *rock* y una de las muchas personas fieles a los Doors entre el *establishment* de la crítica *rock* de la Costa Este. Adoraba a Jim desde el momento en que se

conocieron, dieciocho meses antes, cuando le entrevistó en el hotel Plaza. Al entrar Patricia en la habitación, él se había levantado y, después de las presentaciones, le dio un formal apretón de manos. Patricia todavía recuerda la escena: «Lo único que pensé fue: “Dios mío, su madre le enseñó buenos modales ¡y se *acuerda* de ellos!”. Cuando nuestras manos se tocaron, saltaron chispas. Claro que se debía a la electricidad estática de mis botas sobre la alfombra, pero parecían salidas de un libro de cuentos. A Jim le encantó. “Un presagio”, dijo. Tenía razón».

Desde entonces, Patricia había escrito a menudo sobre Jim y los Doors en su revista, con un estilo maduro y crítico que incorporaba referencias y citas literarias. Siempre se había tomado en serio a Jim y criticaba su obra, no su imagen. «Si T. S. Eliot hubiese sido un grupo de *rock* —escribió en una ocasión—, habría sido los Doors y habría compuesto *The Soft Parade*». En una reseña de *Los señores y las nuevas criaturas* sugería que «una relectura a la primera ocasión que se tenga de la *Poética* de Aristóteles o, mejor, del *Prefacio a las baladas líricas*, puede ayudar a un restablecimiento de prioridades poéticas urgentemente necesario».

Patricia tenía opiniones bien meditadas sobre casi todos los temas; una viperina lengua irlandesa, muy parecida a la de Jim; un aspecto físico muy por encima de la media, con el pelo largo y castaño, ojos marrones y una figura voluptuosa; un conocimiento exhaustivo de los temas ocultos, y un increíble don para contar historias.

En muchos aspectos, su relación era bastante típica de Jim. A excepción de Pamela, no solía ver a ninguna otra chica durante períodos de más de unos días, y en los meses transcurridos desde que se conocieron, Jim y Patricia habían estado en la misma habitación apenas siete u ocho veces. Tampoco se habían llamado demasiado por teléfono. Le había escrito algunas cartas extrañamente personales, le había regalado joyas, libros raros y copias de sus tres obras publicadas en privado, pero nada que denotase un cortejo apasionado.

Tampoco la forma en que Jim se comportaba con Patricia difería demasiado de su estilo respecto a otras chicas. Con ella bebía sin límite y practicaba sus interminables juegos.

«Estábamos sentados en un bar —recuerda Patricia—, y de pronto salía con

cosas que no venían al caso, como: “Una noche me dormí a la luz de la luna llena y cuando desperté vi la cara de mi madre que me miraba desde arriba. ¿A ti qué te parece? ¿Qué crees que significa?”. Siempre estaba poniendo a prueba a la gente, siempre intentaba ver hasta qué punto estabas dispuesto a soportarle, cómo ibas a reaccionar ante él. No confiaba en nadie. Nunca me creía cuando le decía que le quería. Supongo que debió de oír esa frase de todas las mujeres con las que se acostó. Pero yo se lo decía en serio. Sin embargo, tenía la sensación de que al decirle que le quería le estaba entregando un arma que él utilizaría en mi contra. La primera vez que le dije lo que sentía por él, Jim me dijo: “Bueno, ahora que me quieres, supongo que ya no podré deshacerme de ti”. Yo le pregunté: “Entonces, ¿quieres deshacerte de mí, Jim?”. Él sonrió, cerró los ojos y dijo: “No”. Y entonces me dijo que me quería. Y probablemente él también lo dijera en serio».

Noche del solsticio de verano, 1970. Las velas se encendieron en el apartamento gótico-victoriano de Patricia. Alguien explicó la ceremonia nupcial. Las brujas no son satanistas; veneran a las antiguas fuerzas de la naturaleza: la Triple Diosa, la Gran Madre y a su compañero, el Señor, el Dios Cornudo. Es una ceremonia religiosa anterior a la cristiandad y al judaísmo, y muchos eruditos la consideran superviviente de la más antigua religión universal.

Una boda de brujería, explicó Patricia, es una unión de almas en un plano kármico y cósmico que influye en las futuras reencarnaciones de las dos personas implicadas: la muerte no las separa, y el voto que se toma permanece «eternamente en la visión de la Diosa». Patricia explicó a Jim que, según la leyenda, Enrique VIII y Ana Bolena se habían casado siguiendo el ritual de brujería; probablemente, por las mismas razones.

Una de las amigas de Patricia, suma sacerdotisa de una cofradía, dirigió la ceremonia, ayudada por un sumo sacerdote. Hicieron que Jim y Patricia entrelazasen sus manos a la manera tradicional, hubo rezos y una invocación a la Diosa, bendiciones, se hicieron dos pequeños cortes en la muñeca y la frente de ambos consortes y se mezclaron unas gotas de sangre en una copa de vino consagrado de la que más tarde bebieron. A continuación, pisaron el palo de una escoba, se intercambiaron ciertos votos y, finalmente, invocaron la presencia de la Diosa.

Para Patricia era una ceremonia completamente natural en su religión, pero Jim quedó totalmente cautivado por el ritual. Le regaló a Patricia un anillo de Claddagh de plata, el tradicional anillo de boda irlandés, y ella le regaló uno igual pero de oro. La sacerdotisa que oficiaba la ceremonia y Patricia, en calidad de sacerdotisa, escribieron documentos a mano, uno en inglés y el otro con letras rúnicas de brujería. Todos los presentes firmaron; Jim y Patricia tuvieron que hacerlo con sangre. La pareja fue declarada casada, y Jim se desmayó.

El sábado, Jim y Leon salieron hacia París, donde cogieron una habitación por sesenta dólares la noche en el elegante Hôtel Georges V, y empezaron a explorar la ciudad. Bebieron en las terrazas de los cafés, visitaron los lugares predilectos de los existencialistas en el margen izquierdo, se mezclaron con las gitanas que se buscaban la vida en las calles de Montmartre, peregrinaron a la casa de Balzac, a la tumba de Napoleón y a las catacumbas. Entonces Leon se fue a Copenhague y Jim se encontró a su amigo Alain Ronay, que había empezado sus vacaciones anuales en París una semana antes.

Alain le había hablado a Jim de París con bastante frecuencia; de hecho era uno de los responsables de que Jim estuviera en Francia. La película usada en *Feast* y en *HWY* había sido procesada por la compañía donde trabajaba Alain, y se habían visto a menudo desde la época en que se conocieron en la UCLA. En realidad, Alain era uno de los amigos «misteriosos» de Jim, y se sabía muy poco de su relación.

Durante una semana, Jim fue el típico turista norteamericano, una figura despeinada avanzando bajo la lluvia de verano. Pero el día antes de volver a casa empezó a tener fiebre otra vez.

«¿Pulmonía? Dios mío, ¿*dónde* está? ¿*Cómo* está? ¿Lo sabe Max? Será mejor que aplacemos el juicio». Bill Siddons jugaba nerviosamente con un lápiz mientras escuchaba a Babe al otro lado de la línea. Jim había vuelto de París, decía Babe. Estaba en el apartamento de Pamela, en Norton Avenue, y tenía una pulmonía, pero estaba bien. Ese mismo día, Bill habló con Jim y este le dijo que, tras dejar a Alain Ronay en París, se había ido a España y a Marruecos, viajando en tren y en coches alquilados. Se había puesto enfermo en Nueva York antes de marcharse, le dijo, y en Europa no había dejado de

llover.

Jim había estado fuera casi tres semanas. Justo antes de volver a Los Ángeles, el tribunal federal de Miami había rechazado la moción para detener el juicio por razones constitucionales. El juez dijo que si Jim era declarado culpable, la apelación podría cubrir ese aspecto. El juicio tampoco iba a aplazarse por la salud de Jim. Como siempre, Jim se recuperó con gran rapidez, y para cuando el disco en directo salió a la venta, a finales de julio, ya volvía a rondar por Sunset Strip y por los bares de Santa Monica Boulevard.

El 4 de agosto estaba solo en un club llamado The Experience. A la hora de cerrar, le preguntó al propietario, Marshall Brevitz, si podía acompañarle en coche a casa. Un año antes, Jim hubiese cogido su coche por muy borracho que estuviera. Pero ahora estaba demasiado borracho para andar siquiera.

—Antes tenía un club en Miami —le dijo Marshall, después de cargar a Jim en el coche—. Te interesará saber que mis socios eran los mismos que intentaron engañaros cuando fuisteis a tocar allí y te detuvieron. Por esa razón *me largué* de Miami.

Jim asintió e hizo un desagradable ruido con la boca.

—Gira aquí, a la izquierda…, me parece.

Marshall giró a la izquierda y continuó hablando:

—¿Sabías que esos tipos tenían una tienda de *souvenirs* en uno de los hoteles? Y promocionaban una loción para ponerse moreno, ponían allí los carteles… Oye, ¿no deberíamos estar llegando ya a tu casa?

Jim masculló algo parecido a:

—Gira aquí, a la izquierda…, me parece.

Al cabo de una hora de subir por una calle, bajar por la siguiente y dar la vuelta a diez o quince manzanas, Jim encontró al fin la pequeña casa de Los Ángeles Oeste que estaba buscando. O, mejor dicho, la que creía estar buscando.

—Es aquí —dijo.

Marshall acompañó a Jim hasta la puerta.

—Chissst —susurró Jim—. Hay una chica dentro. Está enfadada conmigo, y… ¡Chissssst!

Jim llamó tímidamente a la puerta.

Silencio.

Jim llamó un poco más fuerte.

Seguía sin haber respuesta.

Jim llamó todavía más fuerte.

—Eh, Jim —dijo Marshall, nervioso—, ya nos veremos, ¿vale?

Y se retiró raudamente, dejando a Jim desplomado contra la puerta principal de la casa.

A la mañana siguiente, la mujer de sesenta y ocho años que vivía en la casa encontró a Jim acurrucado, durmiendo contra la puerta. Creyendo que la figura barbuda y de pelo largo era otro Charlie Manson, llamó a la oficina del *sheriff* cercana y Jim fue detenido y acusado de embriaguez pública.

Eso fue el jueves por la mañana.

El viernes, Jim volaba a Miami para ser juzgado.

«¡Mirad! —Jim señalaba a una avioneta que sobrevolaba la ciudad con una pancarta que decía: “Amamos a Spiro Agnew”—. ¿Alguien cree en los presagios?», preguntó Jim. La húmeda temperatura se acercaba a los 38 grados y, sin los turistas ricos de la temporada de invierno, Miami estaba vacía, los grandes hoteles y la playa parecían tumbas. Jim estaba de pie delante del hotel Carillon, una tumba de precio medio con un vestíbulo de mármol *beige*, arañas de cristal y un tablón de actividades junto a la piscina. Hasta el momento, su estancia en Florida había transcurrido sin incidentes. El domingo había querido presenciar un partido de frontón, pero le habían dicho que las pistas estaban cerradas en verano, de modo que había ido a las carreras de galgos. El resto del tiempo lo había pasado en el hotel, tumbado al lado de la piscina, bebiendo en el bar con aire acondicionado, tostándose en la sauna del terrado. En una reunión con Max discutieron sobre si los Doors en pleno debían testificar —decidieron que sí— y hablaron informalmente de organizar un concierto gratuito. Nadie hablaba demasiado del juicio, aunque todos hacían pequeñas bromas para aliviar la tensión.

El lunes, 10 de agosto, mientras esperaba el taxi que le llevaría al tribunal, Jim bromeaba sobre la pancarta de Agnew. Vestía botas camperas, vaqueros negros y una camisa de campesino mexicano; además llevaba un pequeño cuaderno escolar. «Muy bien —dijo finalmente—. Vamos».

Subió al taxi con Babe, su abogado, Max Fink y su publicista, Mike

Gershman. Los otros tres Doors y Tony Funches cogieron un segundo taxi.

Media hora más tarde, Jim se encontraba en el edificio metropolitano de justicia del condado de Dade, esperando a las puertas de la «División D», mirando un taco de 150 fotografías que le acababa de dar su abogado de Miami, Bob Josefsberg. Las fotos le gustaban. De vez en cuando se detenía para explicar una de ellas a Babe y a los demás: «Mira, aquí es donde se supone que estoy haciendo una mamada a la guitarra de Robby, ¿verdad? Y esta, la del cordero… El cordero se quedó absolutamente quieto y, lo juro, estaba ronroneando en medio de todo aquel caos. Aquí tengo un aspecto satánico, como si fuese a degollar al cordero. Sí, sí, y el grupo seguía tocando. ¿Sabes? Estoy empezando a creer que soy inocente».

Pese a las bromas, estaba preocupado. Intentaba dar una apariencia de tranquilidad y despreocupación —públicamente mantenía que estaba luchando para preservar su libertad artística—, pero no podía quitarse el miedo de encima. Ni la ira. En los cinco días que llevaban en Florida, habían aprendido mucho sobre la política de Miami y el trasfondo psicológico del caso. El juez, Murray Goodman, había sido designado para llenar una vacante en el tribunal, y en noviembre se enfrentaba a sus primeras elecciones. En los tiempos que corrían, la condena de Morrison podía representar un espaldarazo popular para el juez. Goodman era un enemigo declarado del abogado de Jim en Miami, Bob Josefsberg, porque a Josefsberg le habían ofrecido la judicatura antes que a Goodman, y la había rechazado. El caso n.° 69-2355, el estado de Florida contra James Morrison, parecía nuevamente un caso de Ellos contra Nosotros.

Eso era lo que Max Fink estaba comentando en esos momentos a los chicos de la prensa. Una semana antes había dicho que pediría que los miembros del jurado asistiesen a una representación de *Hair* y a una sesión de la película *Woodstock*, para que situaran la actuación de Jim en un contexto adecuado. Decía: «Tenemos que aceptar el hecho de que los miembros de este salto generacional, gente como el grupo de Morrison, los Doors, se rebelan ante los problemas creados por sus antepasados».

Max dijo que calculaba que el juicio duraría de seis a diez semanas, en parte porque tenía planeado llamar a cien testigos de la defensa. Durante meses había tenido a un joven abogado llamado Dave Tardiff entrevistando a

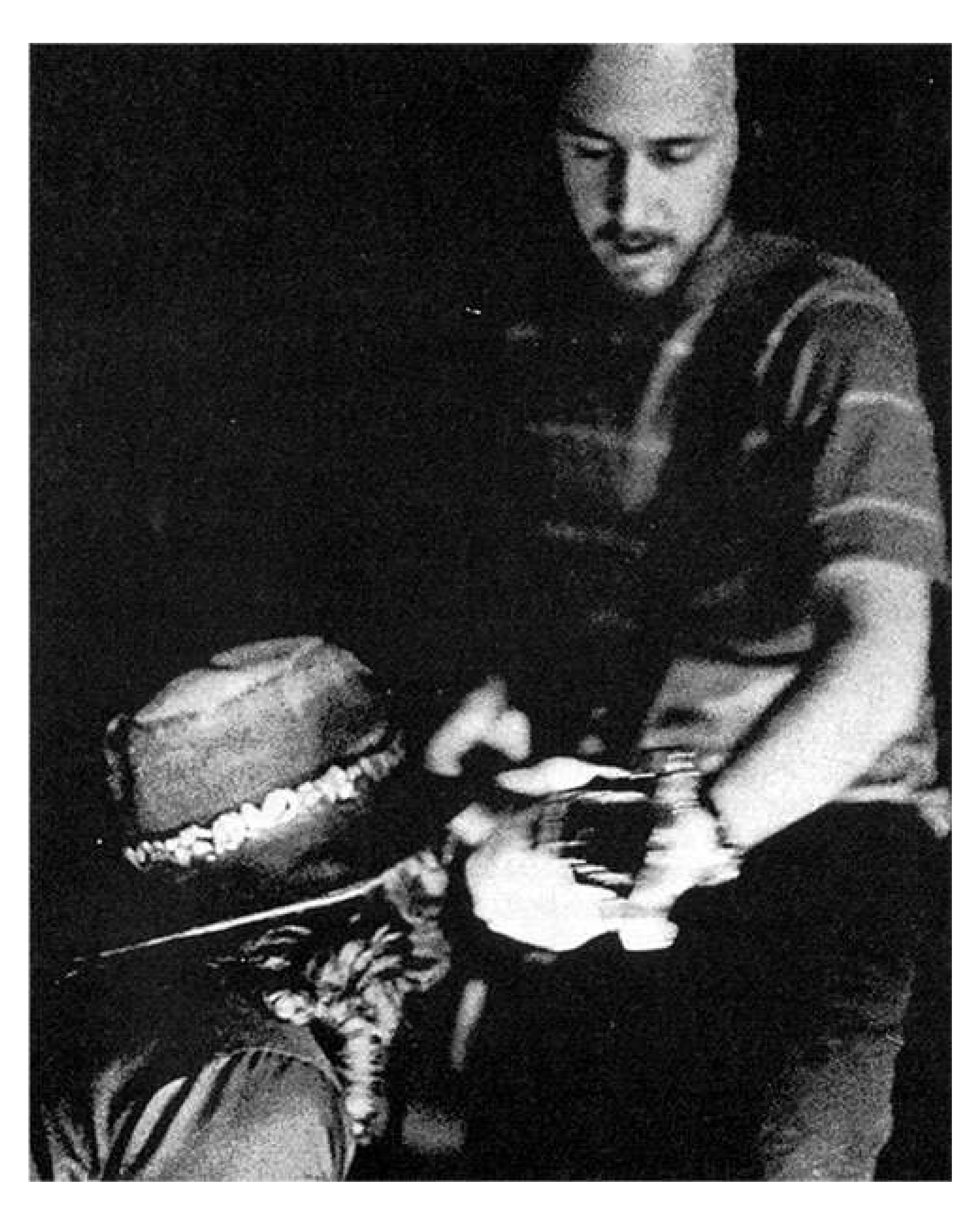
testigos potenciales, todos los cuales estaban listos para testificar que Jim no había enseñado nada. También tenían preparados a varios expertos como testigos, incluyendo a dos catedráticos de Psicología de la Universidad de Miami, que discutirían el concepto de los valores morales contemporáneos de la comunidad; un profesor de inglés, que iba a realizar una interpretación de etimología, la rama de la filología que trata del origen y la evolución de las palabras; el pastor de la universidad, que afirmaría que el lenguaje de Jim no había sido profano, sino controvertido; y los editores de la sección de espectáculos de los periódicos de Miami y Miami Beach, que situarían la acción de Jim en un contexto local, hablando de los deslenguados cómicos de los hoteles, a quien nadie perseguía.

Entonces, el juez Goodman anunció que tenía la agenda demasiado ocupada y que el juicio no empezaría hasta el miércoles. El martes, Ray, Robby y John alquilaron un coche y fueron hasta Cayo Oeste, mientras Jim se quedaba leyendo en su habitación.

«En el caso de que —preguntó Max a cada uno de los integrantes del futuro jurado dos días después— las pruebas demuestren que el señor Morrison hizo cosas que están descritas en los libros más vendidos y se muestran en las obras de teatro, ¿consideraría usted que merece la misma protección de la ley que cualquier otra persona?».

Y:

«Si el señor Morrison utilizó expresiones de argot que usted como individuo considera de mal gusto —algunas palabrotas—, teniendo en cuenta que esas mismas expresiones son parte física y verbal del panorama disidente de este país, tal como lo demuestran las obras de teatro, los libros y la gente joven de este país, ¿se escandalizaría usted?».



Jim y Robby durante el concierto de Miami

Es discutible que estas preguntas fuesen efectivas. Los cuatro hombres y dos mujeres que el viernes prestaron juramento formaban un jurado compuesto por un antiguo cocinero del Ejército, que ahora trabajaba en una fábrica; un instalador de baldosas para una empresa de suelos; un mecánico que había sido guardacostas durante veintitrés años; un profesor de dibujo de escuela primaria; un ama de casa de Miami Beach con un hijo de veintitrés años y una hija de treinta; y otra ama de casa que había trabajado de agente de seguros. Inmediatamente, Bob Josefsberg desafió a todo el grupo, diciendo que si Jim tuviese que ser juzgado por sus verdaderos semejantes, todos los miembros del jurado deberían tener menos de treinta años. El juez sonrió retorcidamente dándose por enterado y, seguidamente, aplazó el juicio hasta el lunes siguiente.

Cuando Jim salía de la sala, se le acercó el joven fiscal, Terrence McWilliams, que vestía un traje verde oliva y camisa naranja. Parecía avergonzado, dubitativo. Finalmente le preguntó a Jim si por casualidad no llevaba consigo una copia de su nuevo álbum; el fiscal le dijo que todos los otros ya los tenía y que en las tiendas de la ciudad *Absolutely Live* estaba agotado. El tono de su voz lo decía todo: lo lamentaba mucho, no quería ocuparse del caso, se lo habían asignado; solo estaba desempeñando su trabajo.

Eso no quería decir que McWilliams fuese a disminuir la severidad de sus ataques. Quizá su verdadera opinión del caso se reflejase más claramente en una nota que posteriormente le pasaría a Jim, un terrible poema de aficionado:

Había una vez un grupo llamado los Doors
que cantaba discrepando de la mayoría.
Protestaban a favor de la juventud
mientras los testigos declaraban
y su líder se bajaba los calzoncillos.

Aquella noche, Jim, Babe y Tony fueron a escuchar a los Creedence Clearwater Revival al centro de convenciones de Miami Beach, y después al Hump Room del hotel Marco Polo, donde Jim subió a cantar cuatro canciones con los Canned Heat. «Luego —escribió Babe en su diario—, Jim,

Ina (Gottlieb, una azafata que habían conocido en el vuelo a Miami) y yo fuimos al Fontainebleau, donde estaban alojados los Creedence Clearwater Revival. Allí jugamos al billar y bebimos hasta que yo me quedé frito en un sillón al lado de la mesa de billar. Al despertarme, vi que Jim se había quedado dormido debajo de la mesa».

El lunes regresaron a la división «D». El fiscal, que esta vez llevaba una llamativa camisa roja, se había situado junto a Jim y terminaba su exposición preliminar del caso con una dramática lectura de los cargos: «El acusado mostró obscena y lascivamente su pene de manera vulgar o indecente con la intención de ser observado, se puso la mano sobre el pene y lo agitó; además, dicho acusado simuló los actos de masturbación consigo mismo y de copulación oral con otro…

Al acabar, McWilliams levantó lentamente los ojos de la hoja de cargos y, en vez de dirigir a Jim la acostumbrada mirada de condena, lo miró con asombro. Jim le devolvió la mirada, impasible.

McWilliams citó del documento el supuesto lenguaje utilizado durante la actuación: «… Sois todos una pandilla de jodidos idiotas. Os están pasando la mierda por la cara. Coged a vuestro jodido amigo y amadle. ¿Queréis ver mi polla?». Los miembros del jurado permanecían inmóviles, inexpresivos.

A mediodía, Max Fink inició su exposición preliminar, en la que adoptó la personalidad de un abuelo que reprocha ligeramente las faltas de sus nietos, pero que en el fondo es comprensivo. Era una imagen con la que, según creía, el jurado podría identificarse. «La imaginación de ustedes podría desbordarse, pero hay una pequeña diferencia entre las pruebas del fiscal y sus testigos. No cabe duda sobre la verdad de la utilización de estas palabras. Tengo sesenta y dos años y jamás he asistido a uno de esos conciertos, pero hoy en día ya se sabe. La gente joven utiliza esas palabras sin ninguna intención lasciva. Así es como hablan y como actúan. Un concierto de *rock* es una expresión de disconformidad. Tengamos unidad de criterios. Había veintiséis agentes de uniforme presentes aquella noche, y muchos más que no iban uniformados. Nadie le arrestó por su actuación sobre el escenario. Un cantante de *rock* trabaja muy duro. Baja del escenario empapado de sudor para reunirse con sus amigos, bromear con ellos en los camerinos antes de dirigirse al hotel y viajar a Jamaica al día siguiente. No se produjo detención

alguna, no se produjo delito alguno. Admitimos las palabras que se usaron, pero eso es la libertad de expresión. El mal está en la mente».

La primera testigo de la acusación parecía perfectamente aleccionada. Llevaba zapatitos blancos y un minivestido rosa, con el pelo rubio recogido en una cola de caballo. Tenía solo dieciséis años cuando asistió al concierto de los Doors, dijo, y había visto cómo Jim se bajaba los pantalones hasta las rodillas y después (hizo una pausa) vio cómo se tocaba. Al preguntarle qué palabras malsonantes había pronunciado Jim sobre el escenario, ella respondió: «La que empieza con *j*». Al preguntarle cómo le había afectado la experiencia, contestó: «Me sorprendió mucho, fue desagradable».

Durante el extenso interrogatorio cruzado, Max leyó una declaración jurada que la chica había hecho en abril, donde decía que había visto a Jim arrimándose a una chica sobre el escenario, pero que no sabía si llevaba los pantalones subidos o bajados.

«¿Le ha pasado algo en la memoria en estos últimos meses?», le preguntó Max. Ella rompió a llorar y el juez Goodman anunció una breve interrupción para dar tiempo a la testigo a recuperarse. Después del descanso, la chica se contradijo dos veces más y dijo que ella y su novio no habían pagado para ver el concierto, pues les había colado su cuñado, un policía de la ciudad.

Al terminar la chica, subió al estrado su novio, que confirmó el testimonio de ella. Nuevamente Max atacó las contradicciones entre el testimonio que el testigo estaba ofreciendo ante el tribunal y una declaración jurada que había prestado con anterioridad. En esta afirmaba que tenía solo un «vago recuerdo» de lo que Jim había hecho o dejado de hacer. Ahora el recuerdo era preciso. En respuesta a una pregunta del fiscal, el novio dijo que no había sentido vergüenza por él, sino por su compañera. En respuesta a otra pregunta de Max, el testigo admitió, sin embargo, haber llevado a la chica a ver *Woodstock*, pese a que sabía que contenía escenas de desnudos.

A continuación subió al estrado la madre de la chica, que no había ido al concierto, pero testificó que su hija estaba visiblemente trastornada al llegar a casa aquella noche.

El lunes por la noche se inició un drama paralelo con la llegada de Patricia Kennely. Jim había hablado con Patricia por teléfono el viernes 14, se había enterado de que estaba embarazada y le había pedido que se reuniera con él

en Miami. Envió a su publicista, a uno de sus abogados y a la mujer del abogado a buscarla al aeropuerto.

Jim se comportó con gran cordialidad mientras bebían en el bar del hotel, pero cada vez que Patricia intentaba dirigir la conversación al tema de su embarazo, él se hacía el loco. A petición suya, Patricia había traído treinta copias del último número de la revista, en cuya portada había una foto de Jim y en el interior un poema nuevo titulado «The Anatomy of Rock». Jim contempló las fotos y leyó entero el texto del poema.

Finalmente, Jim levantó la vista hacia Patricia y le dijo que quizá impresionara al juez el hecho de saber que él no era solo una estrella de *rock*, sino que también contribuía a la sociedad escribiendo poesía. Entonces le pidió que volviese a su habitación y que iría a verla más tarde. No lo hizo.

El juez Goodman había decidido que el juicio se celebraría en días alternos, de modo que Jim tenía el martes libre. Sin embargo, volvió a esquivar a Patricia. Le dijo dos veces por teléfono que iría a verla, pero en vez de hacerlo pasó todo el día con Babe.

El miércoles Jim volvió al tribunal. Patricia también estaba allí, furiosa pero luchando por controlarse. Un equipo de la televisión les filmó discutiendo en la sala. Justo cuando Jim le prometía que aquella noche se verían, llegó el juez.

Ese día la acusación llamó a tres testigos. El primero era una agente de policía que en junio había declarado no haber oído ninguna blasfemia, y ahora testificaba lo contrario, poniendo en evidencia al fiscal cuando se le escapó que había escuchado una grabación del concierto. El segundo testigo fue el estudiante universitario que había hecho las fotos y dijo no haber visto ninguna exposición de genitales. Semejante testigo fue una decepción para la acusación, pero con el siguiente las aguas volvieron a su cauce. Era un pelirrojo de veintidós años llamado Bob Jennings, que había firmado la demanda original contra Jim y ahora citaba con todo detalle el monólogo de Jim durante el concierto, jurando que había enseñado sus partes durante un período de entre cinco y ocho segundos. Era un testigo convincente, y el único daño que Max fue capaz de infringirle en su turno de interrogación fue la revelación de que durante los tres años anteriores el testigo había trabajado en la oficina del fiscal del estado, mientras que su madre trabajaba en el

mismo edificio y su hermana era la secretaria de un juez local. Jim y sus amigos habían llegado ya al convencimiento de que los verdaderos instigadores de la falsa acusación eran personas directamente relacionadas o que trabajaban para el Tío Sam.[24]

—Vete a tu habitación —dijo Jim a Patricia después de un par de copas en el bar del hotel—. Me cambiaré de ropa y subiré en media hora.

Media hora más tarde, comenzaba la conversación tantas veces aplazada.

—Ya sé que no es exactamente el mejor momento ni el mejor lugar para pedirte que te enfrentes a esto, con todo lo del juicio —dijo Patricia—, pero el hecho está ahí, ha sucedido, y ahora…

Jim sonrió, incómodo, y dijo:

—Nos las arreglaremos.

—Mira, a mí tampoco me emociona demasiado la idea, ¿sabes? Pero resulta que tú eres el único hombre al que he considerado digno de tener un hijo conmigo, y ahora ha pasado esto y no sé qué hacer. Creo que me debes algo más que tu talonario.

Jim la miró durante un instante.

—Si tienes ese niño, nuestra relación se irá a pique. Un niño no cambiará mi vida en absoluto, pero alterará la tuya muchísimo, para siempre.

—Puedo llevar el caso a los tribunales.

La idea sorprendió a Jim.

—¿Otro juicio? Claro, podrías hacerlo, y sería igual que este en el que estamos metidos. Pero te llevaría mucho tiempo. Primero tendrías que tener el hijo; eso son ya seis meses. Después tendrías que organizar una vista preliminar, con pruebas de sangre y todo eso. Y yo negaría las acusaciones, tú tendrías que buscar testigos, y tal vez no habría testigos porque yo los habría sobornado antes. E incluso suponiendo que finalmente llevases el caso a los tribunales, quizá no lo ganaras, y habría una publicidad increíble, cosa que no te gustaría nada. Y aunque al final lo ganases, ¿qué habrías sacado? Algo de dinero, algunas satisfacciones y mucho resentimiento. No creo que pienses que valga la pena.

—No puedo creer lo que dices… —Estaba llorando.

—Bueno, ¿y qué querías que dijera?

—¡No lo sé, maldito seas! ¿Tal vez tiene algo que ver con el hecho de que

el hijo sea *nuestro*, tuyo y mío, y no tuyo y de Pamela?

—Yo…, no. No tiene nada que ver. No voy a mantener a un hijo. *Ningún* hijo. No me lo puedo permitir, y no quiero tener esa responsabilidad.

—Querrás decir que no te lo puedes permitir emocionalmente —contestó ella.

—A ver, ¿no sería mejor que tuvieses un hijo con alguien que quisiera ser su padre?

—Evidentemente. ¿Qué sugieres, entonces?

—En realidad, depende de ti. Si tienes el hijo, será tu hijo. Si abortas, yo te pagaré el aborto e iré a Nueva York para estar a tu lado, te lo prometo. Estaré contigo y todo irá bien, ya lo verás. Puedes ir a abortar un fin de semana, yo no tendré juicio, tal vez después podamos ir a alguna parte.

Patricia se estudió las uñas, los anillos, las puntas del pelo que le llegaba hasta la cintura, y después miró a Jim a los ojos.

—De acuerdo —dijo, con una vocecita fría.

Hubo un silencio larguísimo, y entonces Jim la obsequió con una de sus famosas miradas infantiles y dijo con voz rara:

—Sería un niño absolutamente asombroso, oye, con un genio por madre y un poeta por padre.

—Muy probablemente —contestó Patricia secamente—. Pero esa no es razón suficiente para tenerlo. No se trata de ningún experimento, ¿sabes?, ni de ver si dos personas geniales pueden crear un producto genial entre las dos. De todos modos, a mí tampoco me gustan demasiado los niños, solo lo tendría por ser tuyo. Y seguramente ese es el peor motivo para tener el hijo de *cualquiera*.

Jim no reaccionó, pero dijo:

—¿Sabes?, nunca me había pasado algo parecido.

Patricia explotó.

—¡No me vengas con esas! Sé perfectamente que sí. Me han hablado por lo menos de cuatro, y sé *positivamente* lo de Suzy Creamcheese y…

—No, no, no es verdad. No me había pasado nunca. ¿No ves que es tan duro para mí como para ti? Como acabas de decir, también es mi hijo. Tendrás que ser valiente.

Patricia prefirió no contestar. Al final, Jim propuso volver al bar del hotel, a

lo cual ella accedió.

—Solo quiero dejar muy claro una cosa: tendré un aborto, tú lo pagarás y vendrás a Nueva York para estar a mi lado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Y luego qué haremos?

—Llorar juntos, supongo.

—Está bien —dijo ella—, entonces vamos a pedir esas copas.

Como los Doors tenían dos conciertos en California las noches del viernes y el sábado, el juez accedió a seguir oyendo a los testigos al día siguiente, jueves, y después aplazar el juicio hasta el martes. Fue un día de resultados diversos pero finalmente desastrosos. Patricia había dejado que Jim pasase la noche con ella y su relación volvía a ser buena, o todo lo buena que podía ser. En la sala se presentaron las ciento cincuenta fotografías como prueba, y ninguna de ellas mostraba a Jim haciendo nada ilegal, mientras que el único testigo del día declaró que tampoco él había visto nada. Pero entonces el juez Goodman decretó que no aceptaría ninguna prueba relacionada con los «valores morales de la comunidad», echando así por tierra todas las bazas de la defensa de Jim.

Cuando Jim posó los ojos sobre las dos páginas del fallo, su cara se volvió del color del cemento líquido. Lentamente, dejó la orden sobre la mesa y miró a Max, que se había levantado airadamente para protestar.

—Señoría —dijo el abogado con un tono de urgencia—. ¿Puede retirarse el jurado?

El jurado recibió instrucciones de salir del palco y Max comenzó su protesta.

—Excluir las pruebas concernientes a los valores morales de la comunidad en relación a palabras que todos admitimos libremente que se utilizan —gritó Max—, excluir a testigos expertos en relación al efecto de estas palabras sobre un público de nuestros días, sería negar un juicio justo.

Max protestó encarnizadamente durante casi media hora, repasando la evolución de la libertad de expresión, demostrando cómo esta contribuía al desarrollo del drama y al derecho del artista o dramaturgo a exponer sus puntos de vista. Fue, como diría Jim unos meses más tarde, «un brillante resumen de ese proceso histórico, pero no tuvo ningún efecto». Goodman

escuchó con la barbilla entre las manos, las gafas de concha en la punta de la nariz y, a continuación, rechazó el argumento y la moción de Max sin hacer ningún comentario.

El viernes por la mañana, Jim y su séquito volaron a Los Ángeles, donde se encontraron con el resto de los Doors —que habían vuelto a principios de semana— y viajaron en autobús en dirección norte hasta Bakersfield para el primer concierto, y luego hacia el sur hasta San Diego para el segundo. Los conciertos fueron potentes, pero cansaron a Jim.

Aunque parece ser que a la noche siguiente había recobrado el aliento, porque salió con Babe a romper. «¡Estábamos hechos polvo! —recuerda Babe—. Reíamos y reíamos, revolcándonos por las calles».

Las azafatas que acompañaban a Jim y a Babe no estaban tan alegres, y los dejaron plantados. Jim y Babe siguieron riendo. Rieron y rieron.

Después volvieron a Florida, donde Jim pasó toda la noche despierto, esnifando cocaína y hablando sin parar, desde medianoche hasta las ocho, con su amigo el autor teatral Harvey Perr, que ahora trabajaba para Elektra en asuntos de publicidad.

A las ocho en punto Jim dejó de hablar, pidió una sandía al servicio de habitaciones, se la comió casi entera y se reunió con sus abogados en la división «D». Ese día la acusación tenía programados cuatro testigos más, todos ellos policías o agentes de paisano que, o bien habían oído blasfemias, o bien afirmaban haber visto los genitales de Jim. Uno de ellos describió incluso el pene, diciendo que se encontraba «en proceso de erección».

El miércoles, Jim, Ray y Babe fueron en coche a Everglades, donde cogieron una avioneta, presenciaron una exhibición de lucha de caimanes y comieron ancas de rana.

El jueves volvieron a la división «D» para oír a otra serie de testigos de la acusación: tres policías más y un «civil» que trabajaba en la centralita de teléfonos de la policía y a quien un poli que conocía había dejado entrar en el concierto. Todos dijeron alguna cosa incriminatoria y, como respuesta a la pregunta de Max: «Si Jim se comportó tan obscenamente, ¿por qué nadie le arrestó en el camerino después de la actuación?», uno de los testigos dijo que temían provocar disturbios entre la multitud.

«¿Qué multitud? —preguntó Max—. En el camerino no había nadie

excepto los Doors, sus amigos y la policía».

La pregunta quedó sin respuesta y fue rápidamente olvidada cuando la acusación presentó como prueba una cinta que alguien del público había grabado. Colocaron un radiocasete sobre la barandilla del palco del jurado y pulsaron el botón de reproducción. Durante la siguiente hora y quince minutos, la sala se llenó de los sonidos humeantes de los Doors y los gruñidos de Jim Morrison. «… ¿nadie quiere mi culo?… ¡Sois todos una pandilla de jodidos idiotas! ¡Sois una pandilla de esclavos!… No estoy hablando de ninguna revolución, estoy hablando de divertirnos un poco… Estoy hablando de amor… Quiero cambiar el mundo… Vaya, vaya, quiero ver movimiento aquí arriba, quiero ver movimiento aquí arriba, quiero que la gente suba aquí y se divierta un poco. ¡No hay límites, no hay leyes, vamos!».

«Verás —dice Harvey Perr—, Jim y Max accedieron a que pusieran las cintas porque querían demostrar que todo formaba parte de un contexto, que todo tenía su ritmo. Era como una especie de poema, un sentimiento, y lo que defendía era que la obscenidad formaba parte integral de aquello. Cuando decía "joder", lo utilizaba en el sentido amoroso. *Joder* significaba "amar". No era una obscenidad; lo que en realidad decía a la gente era que se rebelase, que se rebelase contra las entradas demasiado caras, contra el sistema, que se amasen los unos a los otros. Decía: "Jode a tu vecino". Y todo tenía su ritmo, casi como en uno de sus poemas. Era como un enorme, pendenciero y ebrio poema que instaba a la gente a la rebelión. Era como Dylan Thomas».

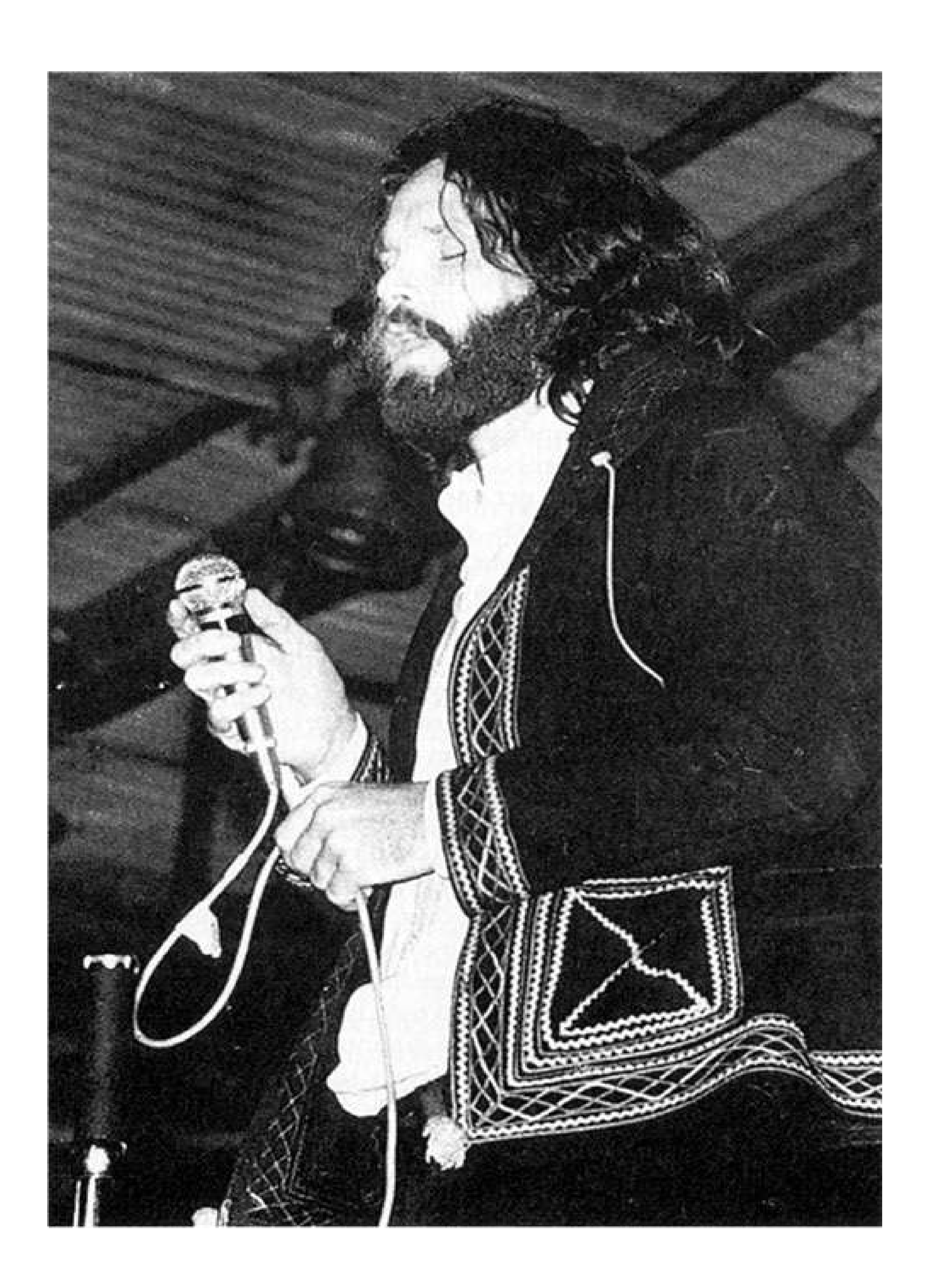
El viernes por la noche Jim voló a Londres, desde donde cogió una avioneta hasta la isla de Wight para reunirse con el resto del grupo en el único concierto que se había salvado de la abortada gira europea. Era el sábado por la noche y Jim llevaba treinta y seis horas despierto. Los Doors salieron a escena a las dos de la madrugada, antes de los Who, el grupo que el público estaba esperando. Los Doors estaban actuando en el recinto menos adecuado para ellos —al aire libre— y bajo las peores condiciones, con un viento frío, luces inadecuadas y un dudoso equipo de sonido. Fue, como lo describió uno de los periódicos pop británicos, «algo parecido a escuchar un disco de los Doors en un tocadiscos malo que va demasiado lento». Jim no estuvo a la

altura de las circunstancias y se pasó toda la actuación colgado débilmente del micrófono. Después vagó durante horas por el recinto del festival, concedió una entrevista breve y superficial a un periodista de una revista inglesa, pero, sobre todo, se dedicó a observar al público. Al regresar a Londres había tomado una decisión: el festival de la isla de Wight había sido su última aparición en público.

La acusación terminó su alegato el miércoles después de presentar a otros dos testigos escandalizados ante las blasfemias de Jim, y entonces le llegó a Jim el turno de batear.

Bob Josefsberg pidió la absolución fundamentándose en que el propio estado había levantado dudas razonables. El juez Goodman denegó mecánicamente la petición y, a continuación, estableció los límites de la defensa. Solo se permitirían diecisiete testigos, dijo —los mismos que la acusación había presentado— y entre ellos no se contaría ningún «supuesto» experto.

Durante el resto del día y a lo largo de todo el día siguiente, Max y su compañero interrogaron a los primeros cinco testigos de la defensa. Todos testificaron que habían tenido una visión privilegiada de la actuación y no habían visto a Jim enseñar nada. Los testigos fueron convincentes, pero tanto como los testigos de la acusación que dijeron *haber* visto algo. Un manto de aburrimiento se apoderó de la sala, tan invisible pero evidente como el aire acondicionado. Fue un alivio que al final de la sesión se anunciara un aplazamiento de once días. Jim y Babe salieron disparados hacia Nassau, donde se reunieron con Frank y Kathy Lisciandro para pasar una semana de sol y alcohol.



Al reanudarse el juicio el 14 de septiembre, la defensa llamó a no menos de diez testigos en dos horas y media, y al día siguiente interrogó a otros cinco. (La defensa había sobrepasado ya el límite de diecisiete testigos impuesto por el juez, pero mientras Max se diese prisa, nadie los iba a contar). Había amas de casa y estudiantes, médicos y policías, y todos hacían eco a los testigos previos de la defensa: no habían visto a Jim enseñar nada. Era como si una pequeña muestra de la población de Miami se hubiera presentado a una prueba para un pequeño papel en una obra de teatro; así de parecidas eran todas las declaraciones. Cada vez que el juez preguntaba a Terrence McWilliams si quería hacer uso de su turno de preguntas, este declinaba.

Después de haberse alargado durante más de un mes, el juicio estaba tocando a su fin. Ni siquiera los testimonios de Jim y del resto de los Doors, los días 16 y 17, fueron particularmente memorables. «No tenía necesidad de testificar —diría Jim más adelante—, pero decidimos que sería bueno que el jurado viese cómo era, porque lo único que podían hacer hasta entonces era mirarme. Aunque supongo que todo daba igual».

El testimonio de Jim fue calmado y racional. Respondió a las preguntas de Max y Terrence McWilliams con idéntica cortesía y gracia, eligiendo cuidadosa y lentamente las palabras, haciendo pausas contemplativas, pasándose las yemas de los dedos por el bigote, dando una sensación articulada, suave y convincente.

Finalmente, Max dijo: «La defensa ha terminado».

El juez Goodman accedió a abrir la sala el sábado para escuchar las conclusiones y entregar el caso al jurado. Antes de entrar esa mañana en la sala, Jim leyó en un diario de Miami que Jimi Hendrix había muerto en Londres. Nuevamente preguntó en voz alta: «¿Alguien cree en los presagios?».

Al serles negada la posibilidad de una defensa basada en los «valores morales contemporáneos», Max y Bob Josefsberg tuvieron que recurrir en sus conclusiones a atacar la causa de la acusación. Durante más de tres horas, Max diseccionó las pruebas y repasó los testimonios conflictivos y

contradictorios. Después, durante otra hora, Bob Josefsberg leyó el texto de «Las nuevas ropas del emperador» y creó una parábola contemporánea. Al concluir, se volvió hacia el fiscal y dijo con una cortés reverencia: «Ahora, que el señor McWilliams conduzca el tren».

McWilliams dio un discurso de media hora que parecía más una disculpa que un ataque, y se sentó sin mirar a Jim.

El sábado a las nueve de la noche los miembros del jurado iniciaron la deliberación, y hacia las once y media ya habían tomado una decisión sobre tres de las cuatro acusaciones. Jim era inocente de las acusaciones primera y cuarta: comportamiento lascivo (la simulación de masturbación y copulación oral, un delito grave) y embriaguez pública (un delito leve); pero culpable de la tercera acusación: blasfemias (otro delito leve). (Al subir al estrado, le habían preguntado a Jim si había enseñado sus partes. Con su respuesta, confesó accidentalmente una de las acusaciones: «No me acuerdo, estaba demasiado borracho». Aun así, irónicamente, le habían absuelto de la acusación de embriaguez). El jurado informó al juez Goodman de que había dejado «colgada» la segunda acusación: escándalo público (otro delito leve). El juez decidió recluir al jurado en un hotel de Miami y aplazó la vista hasta el domingo a las diez de la mañana, momento en que el jurado debería comunicar el resultado de la deliberación.

El domingo por la mañana, Jim esperaba leyendo la biografía de Jack London, *Sailor on Horseback*, escrita por Irving Stone. El jurado entró en la sala y, a continuación, el portavoz leyó el veredicto. Le declaraban culpable de escándalo público.

La sentencia se emplazó para finales de octubre. Como Jim no podía ser extraditado de California por delitos leves, la fianza subió de 5.000 a 50.000 dólares, para que así tuviera un motivo para presentarse.

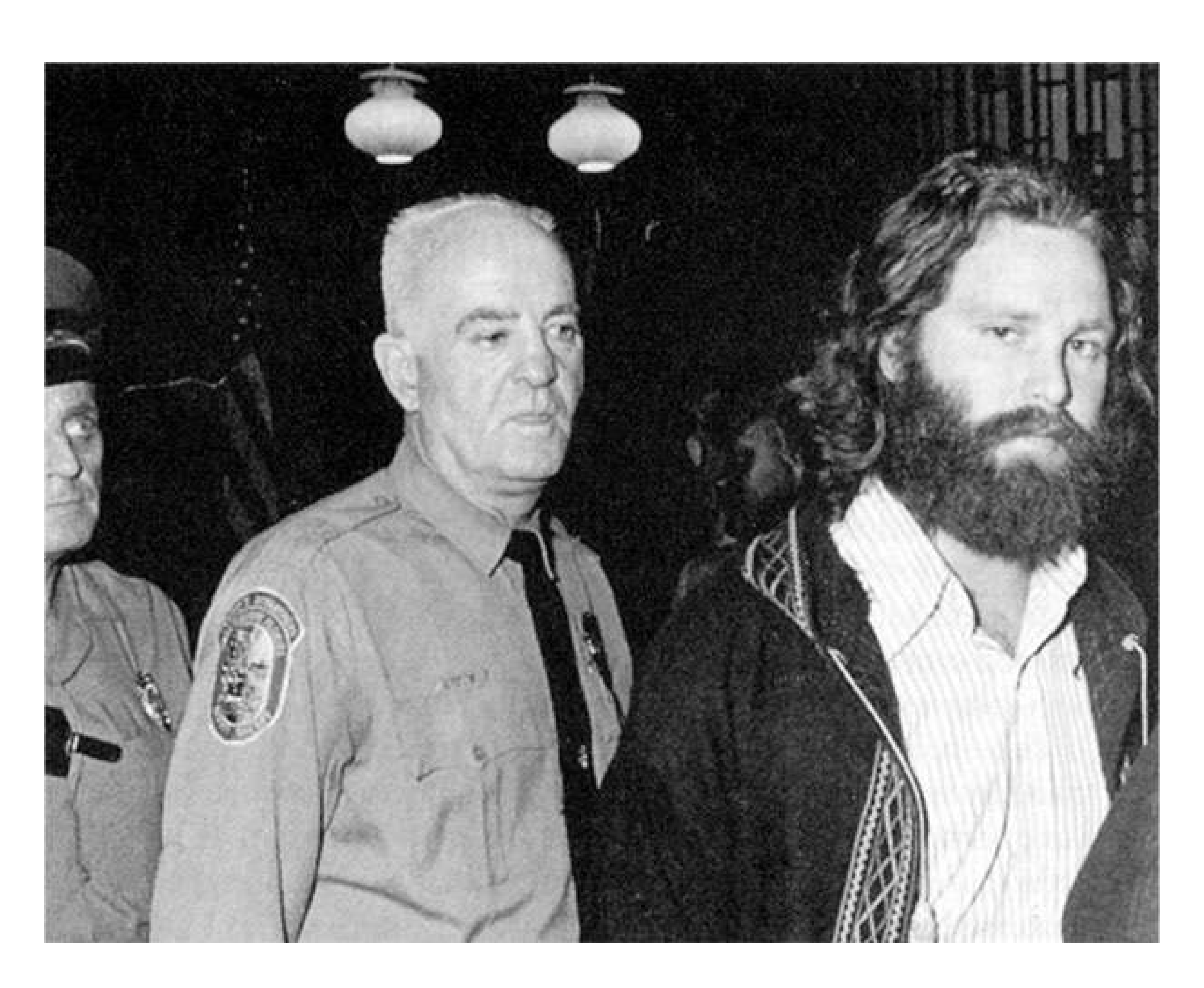
Al salir solemnemente de la sala del tribunal, con sus vaqueros negros, sus botas y una chaqueta bordada que le había regalado un fan, Jim se detuvo a hablar con los periodistas. «Este juicio y su resultado no van a cambiar mi estilo, porque mantengo que no hice nada malo».

Los meses posteriores al juicio fueron, en ciertos aspectos, peores que el propio juicio. En Miami, Jim había estado haciendo tiempo. Ahora avanzaba hacia el desastre sin oponer resistencia.

Cayó en una tremenda depresión tan pronto como volvió de Florida y se enteró de que Janis Joplin había muerto de sobredosis. Primero Jimi. Después Janis. Cuando salía por los bares, la frase que Jim repetía a sus amigos era: «Estás bebiendo con el número tres». Luego se peleó tan amargamente con Pamela que esta le dejó; se llevó las manos a la cabeza, hizo las maletas y voló a París para reunirse con su rico conde francés.

Jim pasó los días siguientes en bares, y las noches en el hotel Strip, donde Babe y él tenían habitaciones contiguas.

—¡Eh, Babe, mira esto!



Tras el juicio de Miami, en octubre de 1970,
Morrison abandona la sala bajo fianza
de 50.000 dólares

Jim estaba colgado de la barandilla del balcón de su habitación en el hotel Hyatt House, diez pisos por encima de Sunset Strip. Había estado bebiendo y esnifando coca.

—Te agradecería que no hicieras estas cosas —dijo Babe—, me pones nervioso.

Salió al balcón, miró por encima de la barandilla y después a Jim, que aún estaba colgado.

—Estás congregando a bastante público —dijo.

Babe volvió a asomarse y vio al director del hotel en la acera, agitando los brazos. Unos minutos más tarde, llamaron estruendosamente a la puerta. Babe ayudó a entrar a Jim, lo sentó en una silla y después abrió la puerta al enfurecido director y a un pequeño grupo de ayudantes del *sheriff*.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué demonios creéis que…?

—No pasa nada —dijo Babe, señalando a Jim.

Los polis entraron inmediatamente y empezaron a registrar la habitación, pero Babe había escondido la cocaína dentro de una tarjeta doblada con la frase «Visiten la Sala de los Sables» que había sobre el tocador. La policía encontró marihuana, pero como estaba en la habitación de Babe no arrestaron a Jim. Sin embargo, la dirección del hotel trasladó a Jim a una habitación en la parte trasera, con vistas al aparcamiento.

Jim concedió una entrevista a Salli Stevenson, de la revista *Circus*, y cuando le preguntó por el concierto de Miami, Jim por fin decidió hablar del tema: «Creo que estaba harto de la imagen que la gente tenía de mí, a lo que yo ayudé, a veces conscientemente, pero la mayoría de veces sin saberlo. Se me estaba haciendo insoportable, y terminé con aquello en una sola y gloriosa noche. Supongo que todo se redujo a decir al público que eran una pandilla de jodidos idiotas por formar parte del público. ¿Qué estaban haciendo allí? El mensaje básico era que se dieran cuenta de que no estaban allí para oír un puñado de canciones tocadas por buenos músicos. Estaban allí por algo más. ¿Por qué no admitirlo y hacer algo al respecto?».

También dijo que consideraba las entrevistas como «una forma artística cada vez más importante, cuyos antecedentes son el confesionario, los debates y los interrogatorios». Le preocupaban los policías de Los Ángeles, que «son idealistas y… casi fanáticos al creer en la rectitud de su causa. Hay

toda una filosofía detrás de su tiranía».

La entrevista era reflexiva y articulada. Tal vez, por primera vez, Jim confesaba en público que quizás no fuera a vivir mucho más tiempo. «No niego que me lo haya pasado muy bien estos tres o cuatro años. He conocido a mucha gente interesante y he visto cosas en un corto espacio de tiempo que seguramente no habría conocido en veinte años de vida. No puedo decir que lo lamente». Pero añadía: «Si pudiese volver atrás…, creo que escogería el viaje tranquilo del artista que trabaja laboriosamente en su propio jardín». ¿Qué pasaría en caso de tener que ir a la cárcel? Esperaba que los otros tres «siguiesen adelante y crearan un sonido instrumental propio que no dependiese de las letras, que en realidad tampoco son tan necesarias en la música».

El 30 de octubre Jim voló a Miami para enfrentarse al juez Murray Goodman. Antes de leer la sentencia, el juez pronunció unas palabras: «La sugerencia de que su conducta fuese aceptable según los valores morales de la comunidad no es en absoluto cierta. Admitir que esta nación acepta como valor moral de la comunidad el escándalo público y el lenguaje ofensivo que usted utilizó sería admitir que una pequeña minoría que vomita obscenidades, que no respeta la ley ni el orden, y que demuestra un completo desprecio por nuestras instituciones y tradiciones, determina los valores morales de todos nosotros».

Jim pensó que como discurso electoral no había estado mal, y que el juez iba a ganar unos cuantos votos al mes siguiente. La sentencia fue la que ya esperaba: la máxima. Por blasfemias fue condenado a sesenta días de trabajos forzados en la cárcel del condado de Dade, y por escándalo público le cayeron seis meses de lo mismo, después de los cuales debía estar dos años y cuatro meses en libertad provisional. También le impusieron una multa de 500 dólares.

La primera semana de noviembre, Patricia Kennely ingresó en un hospital de Nueva York y abortó el hijo de Jim en la vigésima semana de desarrollo del feto. Jim no estaba presente, y tampoco la llamó.

Dos semanas después de la sentencia, Max Fink presentó una apelación al tribunal federal de Estados Unidos, y Elektra publicó el primer álbum recopilatorio de canciones de los Doors, un disco titulado *13*, el número de

canciones extraídas de los cinco álbumes del grupo. La relación de los Doors con Elektra se había enrarecido. Jac Holzman no quería que nadie relacionase a su compañía con las condenas de Miami; dio instrucciones a todo el personal de Elektra para que evitaran el tema siempre que fuese posible. La comunicación seguía siendo cordial, pero cuando Elektra pidió a la oficina de los Doors que estos diesen su aprobación para el disco de recopilación, todos dieron por sentado que se trataba de una simple formalidad. *Morrison Hotel* se había vendido bien, teniendo en cuenta las circunstancias que habían rodeado su aparición y el hecho de que no había contado con la ayuda de ningún *single* de éxito. *Absolutely Live*, que había salido solo unos meses más tarde, había costado mucho y había vendido poco, solo 225.000 copias (la mitad que *Morrison Hotel*). Elektra quería un nuevo producto para la campaña de Navidad, de modo que el grupo consintió de mala gana a la edición de *13*. Jim accedió incluso a afeitarse para la sesión de fotos, necesarias para diseñar la contraportada del álbum.

Jim odiaba la portada de *Absolutely Live*. En un principio iba a ser una bonita foto granulosa y azulada, tomada desde detrás del grupo actuando en el teatro Aquarius, donde se había grabado la versión de «The Celebration of the Lizard» que aparecía en el disco. El departamento de diseño de Elektra decidió que esa foto sola no era suficientemente llamativa. Superpusieron una foto en color de Jim, tomada durante el concierto del Hollywood Bowl, más de un año antes, justo encima de la foto de portada ya existente; y antes de que la oficina de los Doors supiese nada al respecto, el disco se llevó a la imprenta. Jim se puso furioso.

Tampoco le gustó la portada de *13*, que también presentaba a un Jim Morrison más joven y a un tamaño considerablemente más grande que el resto de la banda. Era evidente que Elektra apostaba por el Jim Morrison más «mono». Sorprendentemente, Jim solo comunicó su enfado a algunos amigos íntimos. Pese a que Ray, Robby y John estaban ya acostumbrados a que la atención general se centrase en su cantante, el tema desagradaba profundamente a Jim.

A la semana siguiente de la publicación de *13*, el viejo amigo de la UCLA de Jim, Felix Venable, moría de un cáncer de estómago.

J.M. / Doors

L.A. Woman

Well, I just got into town about
an hour ago
Took a look around, see which
way the wind blow
Where the little girls in their
Hollywood bungalows
Are you a lucky little lady in
The City of Light?
Or just another lost angel—
City of Night (4)

L.A. Woman (2)
L.A. Woman Sunday afternoon (3)
Drive thru your suburbs
Into your blues (2)
Into your blue-blue Blues
Into your blues

«L.A. Woman» escrita
de puño y letra por Morrison

Break

I see your hair is burning
Hills are fill'd w/ Fire
If They say I never lov'd you
You Know They are a liar
Drivin' down your Freeways
Midnite alleys roam
Cops in cars, The topless bars
Never saw a woman ——
So alone (2)
So alone-lone Lone
So alone

Motel money murder Madness
Let's Change The mood From glad
To Sadness

Break

Mr. Mojo Risin' (4)
Keep on risin'
Got to keep on risin'
Risin' risin' (8)

Repeat 1st Verse
down to . . . 'City of Night'

L.A. Woman (2)
She's my woman
Little L.A. Woman
L.A. Woman C'mon

Con los ensayos para el nuevo álbum ya en marcha, el calendario de Jim volvía a ser productivo, a pesar del trauma psicológico. Pero comoquiera que gran parte del material que formaría parte del álbum había sido escrita hacía tiempo, tuvieron las canciones a punto bastante antes de lo esperado. La siniestra «Cars Hiss by My Window» («La ventana empieza a temblar con un estampido sónico. / Una chica fría te matará en una oscura habitación») provenía de uno de los pocos cuadernos supervivientes de la época de Venice. El poema «The WASP (Texas Radio & The Big Beat)» había sido incluido en el libro de recuerdo original de los Doors, distribuido en 1968, el mismo año en que Jim escribiera la letra de otra canción titulada «The Changeling». «L'America» procedía de la banda sonora de *Zabriskie Point*, la película de Antonioni.

El material nuevo incluía dos canciones de siete y ocho minutos respectivamente, ambas absoluta y poéticamente autobiográficas, y ambas poderosísimas tanto en la letra como en la música. La primera de ellas, «L.A. Woman», era el desesperado saludo de Jim a Los Ángeles, una ciudad que ahora consideraba enferma y alienada. «¿Eres afortunada, pequeña dama en la Ciudad de la Luz? / ¿O solo otro ángel perdido, Ciudad de la Noche?». Los Ángeles era una «ciudad de la noche» para Jim (había sacado la frase de una novela de John Rechy), y en otra estrofa la describía así: «Conduciendo por tus autopistas. / Vagando por tus callejones a medianoche. / Polis en coches, los bares de *topless*, / nunca vi una mujer… / tan sola, tan sola…». Añadiendo al conjunto un pensamiento más macabro: «Motel, dinero, asesinato, locura. / Cambiemos la alegría en tristeza». En la siguiente estrofa, se dirigía a sí mismo con un anagrama de «Jim Morrison»: «El señor Mojo se levanta.[25] / Sigue levantándose. / Tiene que seguir levantándose. / Levantándose, levantándose…».

«Riders on the Storm» no escondía ningún juego de palabras y era más lenta, más melódica que «L.A. Woman». En general, también se la consideró más autobiográfica. «Jinetes en la tormenta. / En esta casa nacimos, / a este mundo nos arrojaron / como un perro sin hueso, / un actor de prestado. / Jinetes en la tormenta». Y en otra estrofa reaparecía un tema habitual; un grito al amor y a Pamela: «El mundo depende de ti. / Nuestra vida no tendrá

fin. / Chica, tienes que amar a tu hombre». La imagen «Hay un asesino en la carretera» salía a la superficie, inspirada en *HWY*.

Los Doors presentaron estas canciones a Paul Rothchild, con quien la relación se había deteriorado desde la grabación de *Morrison Hotel* en enero. La habitual obsesión de Paul por la perfección se reflejaba en las miles de tomas que se habían necesitado para cada canción en los discos anteriores y en los muchos conciertos que había sido necesario grabar para el disco en directo. Este hecho, en palabras de John, «estaba empezando a quemarnos». Lo peor es que a Paul no le gustaba el nuevo material. «Era horrible —sigue diciendo hoy—. El material era malo, la actitud era mala, la interpretación era mala. Al cabo de tres días de escucharlo, dije: “¡Basta ya!” a través del botón de escucha y suspendí la sesión. Salimos a cenar y hablé con ellos durante tres horas seguidas. Les dije: “Mirad, me parece una mierda. No creo que el mundo quiera escucharlo, es la primera vez en mi vida que me aburro en un estudio de grabación, me quiero ir a dormir. Las tensiones entre todos vosotros son descomunales”. Le dije a Jim: “Este es vuestro disco. Es el disco que vosotros queréis, así que mejor os buscáis la vida. ¿Por qué no lo producís vosotros mismos? Yo lo dejo”».

Las críticas dolieron al grupo, sobre todo cuando Paul calificó «Riders on the Storm» como «música de cóctel». Los Doors admitieron que no habían interpretado bien las canciones, que tal vez no estuvieran listos para grabar, pero no perdieron la fe en el material. Después de cenar, volvieron al estudio con su ingeniero, Bruce Botnick, y decidieron coproducir el disco con él.

Pamela continuaba en Europa, y Jim andaba merodeando en busca de una chica que llegase —como lo describió Bill Siddons— «hasta el límite».

«Jim llevaba todas las cosas al límite —dice Bill—. Jim, sobre todo cuando estaba borracho, seguía una línea de actuación hasta su conclusión, tanto si le conducía a las marismas del infierno como al paraíso. Por eso la gente iba con él, porque notaban eso. Mi mujer, Cheri, le dijo que llegaría un día en que solo desearía estar con una mujer que llegase tan lejos como él, que le pudiese llevar tan lejos como él llevaba a los demás».

Tal vez Jim pensó que había encontrado a esa mujer cuando conoció a Ingrid Thompson, una chica escandinava, alta y rolliza, que recordaba a Julie Newmar. El 19 de noviembre, cuando su marido partió hacia Portugal en

viaje de negocios, Jim se trasladó al Chateau Marmont, otro hotel de Sunset Boulevard, y empezaron a verse.

Ingrid abrió un poco la puerta de su casa y Jim metió el pie para que no la cerrara. Estaba borracho y, con la poblada barba que le había vuelto a crecer y una raída chaqueta militar de faena, parecía un montañero atontado por la bebida. Ingrid abrió la puerta un poco más. «Sabes que siempre te he querido», le dijo Jim.

En las semanas siguientes, Jim volvió a casa de Ingrid entre dos y cuatro noches a la semana, y a menudo llegaba con otra chica a la que había embaucado previamente para que le acompañara «a casa», besuqueándola en el umbral antes de pasar. Ingrid odiaba estas situaciones y se lo decía a Jim, pero este se encogía de hombros y afirmaba que le estaba dando a Ingrid todo lo que podía darle. A finales de mes, le dijo que quería tener un hijo con ella y le tiró dramáticamente las píldoras anticonceptivas al fuego de la chimenea.

«Nos llevábamos muy bien —recuerda Ingrid—. Ninguno de los dos se lo esperaba. Disfrutaba realmente de la vida, y yo también. Lo único malo es que había demasiada cocaína, y nos volvíamos locos. Él pensaba que yo estaba más loca que él y quería ver hasta dónde era capaz de llegar».

Jim llevaba casi un año esnifando cocaína, primero cuando Michael McClure y él consiguieron que la MGM les entregase mil dólares en concepto de «dinero para investigación» mientras escribían el guion; después durante la grabación de *Morrison Hotel*. Una vez, Jim y un ejecutivo de la MGM compraron treinta gramos y Jim le dijo: «Guárdala tú y me la vas dando en pequeñas dosis, da igual lo que yo te diga, ¿vale?». En una ocasión le dijo a Patricia Kennely: «Si tuviese una montaña de coca en el patio de mi casa, me la tomaría, solo por estar allí».

Una noche se presentó en casa de Ingrid con champán y una cantidad increíble de cocaína en una lata para película de 35 milímetros. Alzando los brazos de júbilo, entró en la casa y se sentó ante la mesita de la sala. Después de brindar por la inteligencia de Ingrid, su buen aspecto y su encanto europeo, vació la copa de un sorbo. A continuación abrió la lata y vertió un montoncito de coca sobre la mesa de cristal. Lentamente, en silencio, dividió el material en finas líneas de cinco centímetros con su tarjeta de crédito. Después se sacó un reluciente billete de cien dólares e hizo un canutillo.

Línea tras línea, esnifaron el polvo, consumiendo cocaína por valor de cincuenta dólares cada uno.

El impacto fue casi inmediato. Los latidos del corazón se aceleraron, la temperatura del cuerpo subió ligeramente, las pupilas se dilataron, las caras se enrojecieron. Minutos después, ambos estaban locuaces, inquietos, excitados. Se sentían confiados y generosos. Esnifaron otros cincuenta dólares.

La subida de la coca es corta y dulce. Si el consumidor se lo puede permitir, toma más. Jim había estado consumiendo recientemente cantidades ingentes de esta droga con Steve Stills y otros, y ahora lo hacía con Ingrid. Al cabo de tres horas, la lata de película estaba casi vacía. Se habían quitado la ropa y bailaban bajo la luz de la luna. Se echaron sobre la cama. Ingrid empezó a hablar de su país de origen, de los extraños amigos que tenía allí. Dijo que a veces bebían sangre.

—¡Y una mierda! —dijo Jim.

—No. Es cierto —juró Ingrid, asintiendo con la cabeza—. Yo lo he hecho. A veces…

—Muy bien —replicó Jim, sonriente—, vamos a beber un poco tú y yo ahora mismo.

Parecía hablar en serio.

Ingrid intentó convertirlo en una broma. Hizo chasquear los dedos y dijo:

—Me había olvidado. El repartidor de sangre no ha venido hoy.

—Vamos a beber sangre ahora —repitió Jim.

Jim recordaba la sangre que Patricia había vertido de su muñeca y de su antebrazo para la ceremonia de su boda, cosa que probablemente había contribuido a que Jim se desmayase. Jim tenía un miedo extraordinario a los objetos afilados.

—¿Tienes cuchillas de afeitar? —preguntó.

Ingrid supo por el tono de la pregunta que la sangre iba a ser la de ella. Fue al cuarto de baño. Instantes después estaba sosteniendo una cuchilla con uno de los extremos tocando ligeramente el carnoso trozo de piel donde el pulgar se une a la mano izquierda. Se hirió nerviosamente, con los ojos cerrados. Abrió los ojos y no vio nada de sangre. Los cerró y volvió a hundir la cuchilla.

A la quinta tentativa, la sangre empezó a chorrear por todas partes y Jim gritó de alegría, cogiendo una copa de champán para recogerla. Hicieron el amor y bailaron, pintándose los cuerpos de rojo.

A la mañana siguiente, al despertarse entre las sábanas manchadas de sangre, con las líneas secas y marrones de la sangre de Ingrid cubriéndole gran parte del cuerpo, Jim sintió miedo. La paranoia se agravó.

Desde finales de noviembre hasta la primera semana de diciembre, Jim recibió casi a diario, en su chalé del Chateau Marmont, la visita de Larry Marcus y de otro guionista, un amigo de Larry llamado Syrus Mottel. Primero gritaban la «contraseña», y Jim se asomaba a la ventana para ver quién había fuera. Finalmente entraban en el santuario de Jim, repleto de libros, de pared a pared, la mayoría de poesía. Aunque la nevera estaba llena de cerveza, no había nunca comida.

Las ideas cinematográficas que discutían tenían que ver con la identidad. Decidieron (la idea fue de Jim) contar la historia de un joven montador de películas de Los Ángeles que un día dejaba su trabajo, su mujer y sus hijos, y desaparecía en la selva mexicana para llevar a cabo lo que Jim llamaba una «frenética búsqueda del cero absoluto». Jim y Larry se dieron la mano y redactaron un acuerdo con ayuda de Max. Por los servicios de Jim como coguionista, coproductor y protagonista, Larry le garantizaba personalmente 25.000 dólares.

Por las noches Jim solía ir al Cock’n’Bull, un restaurante del Strip. Una vez, con Frank Lisciandro, inició una parodia verbal del guion destrozándolo prácticamente y echando por tierra todas las esperanzas de Larry. En otra ocasión en que solo Syrus y Larry estaban presentes, Jim se mamó tres botellas de *whisky* en el transcurso de una comida y después se lanzó a Sunset a dirigir el tráfico con su chaqueta como si los coches que pasaban fueran toros de Pamplona.

Otra vez Jim se fue a buscar a Larry Marcus a los estudios de Columbia en uno de los feísimos coches que solía alquilar. Sin decir palabra, condujo por Los Ángeles durante medio día. Ni siquiera puso la radio. Larry permaneció allí sentado, en silencio. Atrapado.

---

[24] Símbolo del conservadurismo reaccionario del sistema político en Estados Unidos.

[25] El sonido de estas palabras pronunciadas de manera muy seguida se parece al de «Jim Morrison». El *mojo* es un tipo de amuleto utilizado en las prácticas de vudú.

11

El 6 de diciembre, Jim llamó a un número que Jac Holzman le había dado y habló con el ingeniero que había montado el estudio de Elektra. «Pasado mañana es mi cumpleaños —le dijo Jim— y me gustaría grabar algunos poemas». El día 8 estaban en el Village Recorders, a dos manzanas del bar al que Jim iba a beber en sus tiempos de la UCLA, el Lucky U. Tomó una copa con Frank y Kathy, Alain Ronay y una chica sueca antes de dirigirse al estudio. Al llegar, el ingeniero le dio a Jim una petaca de *whisky* irlandés. Jim empezó a leer y a beber.

Gran parte de lo que Jim leyó aquella noche, *Una oración americana*, tomó forma de invocación. Durante cuatro horas, Jim fue avanzando por el grueso fajo de hojas pulcramente mecanografiadas, poniéndose cada vez más y más borracho.

Regocijado por sus lecturas, Jim accedió a actuar otra vez en Dallas, el viernes 11 de diciembre, y en Nueva Orleans, la noche siguiente.

Dallas fue un triunfo. Durante una sola noche, los Doors y Jim se demostraron a sí mismos, y a sus detractores, que todavía eran una fuerza poderosa con la que había que contar. Agotaron las entradas de los dos conciertos en el auditorio con capacidad para seis mil personas y salieron a hacer dos bises después de cada pase. Jim estaba animado, y el grupo, conjuntado y fuerte. Estrenaron «Riders on the Storm» ante un público entregado. Después del segundo concierto, los Doors brindaron en los camerinos por la exitosa reunión.

Nueva Orleans, sin embargo, fue una tragedia. Si Dallas había sido el bueno, y Miami el feo, Nueva Orleans fue el final. Aquella noche, Ray vio

cómo el espíritu de Jim le abandonaba. «Todos los que estábamos allí lo vimos, tío. Perdió toda la energía hacia la mitad de la actuación. Se colgó del micrófono y se le fue. Podías ver perfectamente cómo le abandonaba. Estaba seco». Como si quisiera desafiar su propia debilidad, Jim cogió el pie del micro y empezó a golpear repetidamente el escenario, una y otra vez, hasta que al final se oyó el sonido de la madera astillándose. Lanzó el pie al público sorprendido, se giró, se desplomó pesadamente sobre la tarima de la batería y se quedó allí sentado, inmóvil.

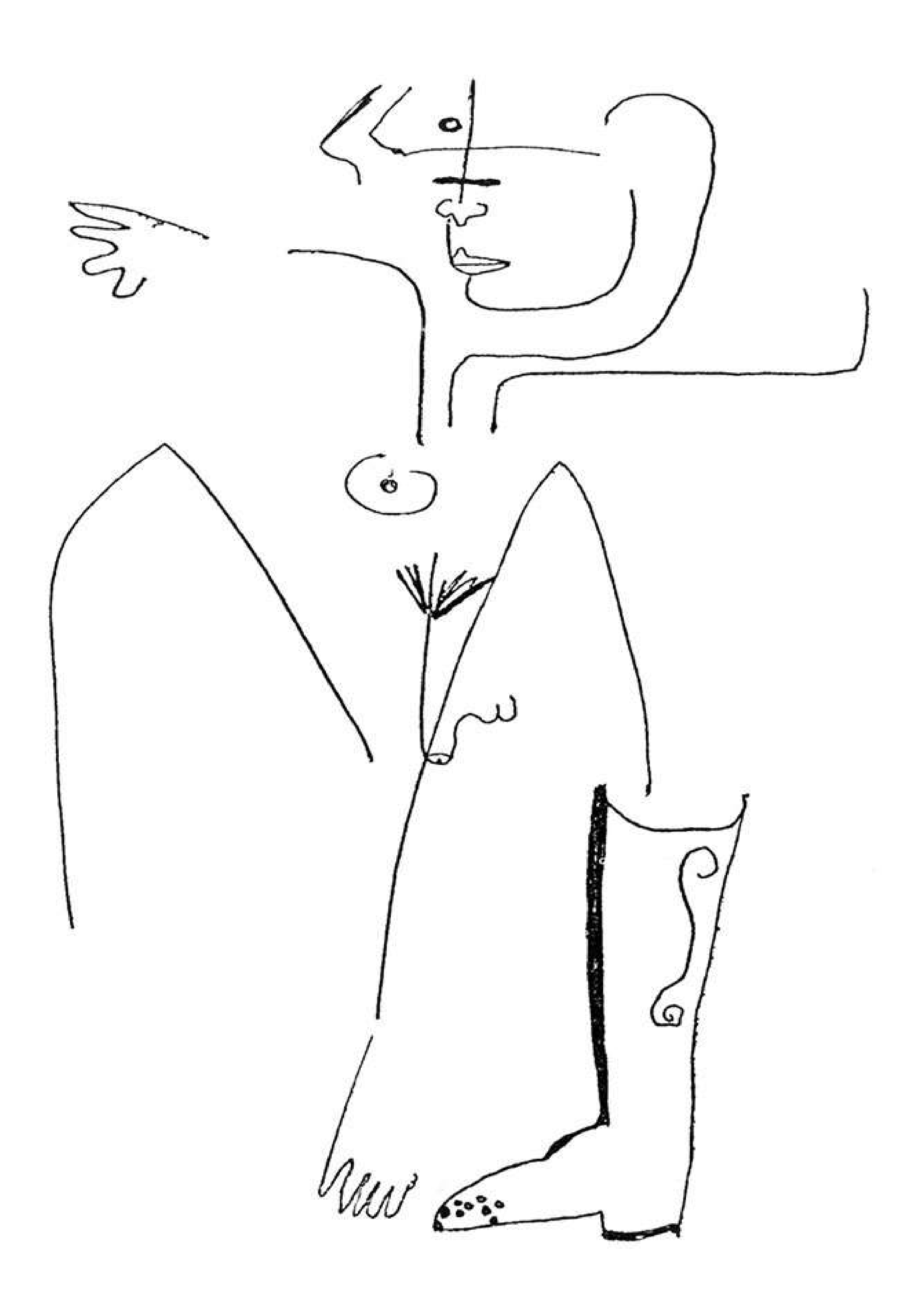
Los Doors nunca volvieron a aparecer en público como cuarteto.

De vuelta a Los Ángeles, la vida de Jim se iluminó cuando Pamela regresó de Francia. Le alegró saber que Jim se había vuelto majareta en su ausencia, pero admitió también a sus amigos que a ella las cosas tampoco le habían ido demasiado bien. Se alegraba, decía, de estar de nuevo en Norton Avenue, pese a que Jim siguiera alojándose en el Chateau. Necesitaba ese lugar, decía, para sus reuniones de negocios. Pamela sabía que pronto volvería a tener a Jim a pensión completa.

Cuando Jim entró arrastrando los pies en la oficina de los Doors pocos días antes de Navidad, Kathy Lisciandro, la mujer de Frank y secretaria de los Doors, le informó de que tenía un mensaje sobre su mesa.

Efectivamente, tenía uno. «Estoy en la ciudad —decía—. Llámame. Patricia». La nota estaba clavada en la mesa con una daga. Jim no había visto a Patricia Kennely desde lo de Miami, no había sido capaz de echarle una mano durante el aborto. Patricia había dejado el número de teléfono de Diane Gardiner, la antigua publicista de Jim. Jim lo reconoció porque Pamela vivía en el piso de arriba de Diane y, como no tenía teléfono, usaba el de Diane. Patricia se alojaba en casa de Diane.

Jim llamó media hora después. Los Doors habían decidido grabar el nuevo álbum en el local de ensayo que tenían en la planta baja de las oficinas, y Jim invitó a Patricia a ir al estudio mientras terminaba una canción. Ella declinó la invitación, le dijo que las sesiones de grabación le aburrían… ¿Por qué no iba él a su casa? Él contestó que sí, pero no fue.



Dibujo de Jim Morrison;
fue utilizado para el álbum An American Prayer

Cuatro días más tarde, el día de Navidad, Patricia descolgó el teléfono de Diane; la llamada era para Pamela. Patricia decidió subir a avisar a Pamela. Ya había evitado el encuentro durante demasiado tiempo. Solo había coincidido brevemente con ella en la fiesta del hotel Hilton de Nueva York, así que una vez que Pamela hubo atendido la llamada, las dos empezaron a hablar. Pamela iba ya *muy* cargada de barbitúricos, de modo que Patricia, para no ser menos, fumó suficiente hierba como para colocar a media docena de personas. Bebieron vino y hablaron durante casi tres horas. No hubo ningún mal rollo, ningún antagonismo. Pamela le dijo a Patricia que Jim y ella no estaban casados; algo que casi nunca admitía, excepto a sus amigas más íntimas. De hecho, se presentaba siempre como la señora Morrison, incluso cuando llamaba a las oficinas de los Doors. Patricia le dijo a Pamela lo del aborto, pero no lo de la boda de brujería.

—Oh, vaya —dijo Pamela—. Eso es muy bonito. —Hizo una pausa—. Pero habría sido aún más bonito si hubieses querido tanto a Jim como para tener el niño.

—Me gusta pensar que quería lo suficiente a Jim, a mí misma y a nuestro hijo como para *no* tenerlo —le espetó Patricia.

—Sí, pero si lo hubieses tenido, podrías haberte ido a vivir al campo. Claro que Jim no te habría enviado nunca dinero, porque él es…

Sabio, el perro de Pamela, se puso a ladrar. Jim se acercaba por la calle. Patricia se tensó y Pamela se puso blanca como una muerta, saliendo a su encuentro mientras decía:

—Jim, Jim, no entres. No entres. Estoy con Diane…

Jim subió riendo las escaleras hacia el apartamento de Pamela. Pamela volvió al de Diane y frenéticamente miró a Patricia.

—¿Qué voy a hacer? Jim me matará. Sabe que estaba aquí hablando contigo, sabe que eras tú.

Luego, subió las escaleras detrás de Jim.

Jim bajó solo y trató a Patricia con amabilidad. Le llenaba el vaso de vino

continuamente, pidiéndole disculpas por haberla tratado como una *groupie* en Miami. Se excusó diciendo que todo había ocurrido en el peor momento, por lo del juicio.

—Pero tú tendrías que entenderlo —le dijo—. Estabas allí.

Cuando Pamela regresó, la habitación estaba llena de gente. Diane había llegado a su casa con más invitados. Jim y Patricia estaban sentados en el suelo, con las piernas arqueadas, jugando ruidosamente a un juego de cartas llamado «guerra». Jim invitó a Pamela a entrar en la partida y les ganó a las dos veinte veces seguidas.

Al cabo de un rato, Pamela intentó llevarse a Jim al piso de arriba. Él le dijo que no, que se quedaba. El desacuerdo desconcertó a todos los presentes. Al final, Diane le dio amablemente a Pamela un poco de nitrato amílico y se la llevó arriba.

Más tarde, cuando todos los demás se habían ido a dormir, Jim le pidió a Patricia que fuese al Chateau con él. Después volvió a cambiar de opinión, dijo que estaba demasiado borracho para conducir, le dijo que la quería y le propuso dormir en el suelo. Patricia se encogió de hombros. Encontraron una colcha, se envolvieron en ella y se quedaron dormidos en medio de la habitación.

A las diez de la mañana, Pamela bajó y llamó a la puerta de Diane. Diane salió de su dormitorio, abrió una rendija y le dijo a Pamela:

—No puedo negar que está aquí.

Pamela entró y se quedó plantada delante de Jim y Patricia, que seguían abrazados, desnudos, bajo la colcha de Diane. Aquello parecía una farsa francesa; tan absurdo, tan horrible y tan divertido a la vez que nadie sabía si reír, llorar o mutilar al prójimo.

—Solo voy a decirte una cosa —entonó Pamela—, y te la voy a decir delante de toda esta gente: Jim, maldito seas, me has estropeado las Navidades. Cada año me las estropeas. Es el cuarto año que lo haces. ¡Ya no lo aguanto más!

Jim sonreía; Patricia, que reconoció inmediatamente el momento como uno de los puntos álgidos de su vida, se mordía el labio para no reír e intentaba actuar con tacto.

—Pamela, no es lo que parece, te lo prometo…

Entonces intervino Diane:

—Pamela, lo que necesitas son unas vitaminas y un zumo de naranja. Ven conmigo a la cocina.

Pamela le siguió obedientemente y Jim empezó a ponerse los pantalones.

—Dios mío —murmuró—, esto no se va a acabar nunca…

—Oh, *ten piedad* de mí, Jim —dijo Patricia, riendo también—. *Querías* que sucediese. ¿De quién ha sido la idea de quedarse aquí?

—Sí, sí. Tienes razón, como de costumbre.

Cuando Pamela y Diane volvieron con una botella de vino, se sentaron todos con las piernas cruzadas y volvieron a ponerse a gusto.

—No te preocupes —dijo por fin Jim a Pamela, pasándole el brazo por la cintura—. Todo queda en familia.

Finalmente, la lealtad y paciencia de Pamela consiguieron vencer su resistencia, y Jim pasó la mayor parte de las noches de enero y febrero de 1971 en la residencia Courson. Por fin parecía disfrutar de un período de calma doméstica.

Ese invierno estaba trabajando simultáneamente en cuatro proyectos importantes en las cuatro disciplinas artísticas que le interesaban: la poesía, el cine, la música y el teatro. En todos estos proyectos, Jim no solo era el escritor, sino también el intérprete. Max Fink negociaba un modesto adelanto de Elektra para producir un álbum de poesía. Continuaron las reuniones con Larry Marcus, el guionista que ahora quería a Jim para hacer una película en Italia. También había empezado a verse otra vez con su amigo Fred «Filarmónico» Myrow, para hablar de una obra en la que Jim interpretaría a un prisionero de la guerra de Vietnam.

El proyecto más satisfactorio era el nuevo álbum de los Doors, que se estaba grabando en el propio local de ensayo del grupo, bautizado con el nombre de «Taller de los Doors». Lo producían ellos mismos y su ingeniero de sonido de toda la vida, Bruce Botnick.

«Por fin —contaba Jim a todo el mundo— estoy grabando un disco de *blues*». Era verdad. Habían vuelto los Doors valientes y cachondos, con el toque *brechtiano* y la vitalidad carnavalesca de los primeros tiempos del grupo en el Whiskey.

El grupo antidroga Do It Now Foundation[26] estaba dirigiendo todas sus energías para atenuar el alarmante aumento del uso de la metedrina *(speed)* en Estados Unidos. Con vistas a su objetivo habían contactado con diversos líderes juveniles para que grabasen mensajes radiofónicos con la frase «El *speed* mata». Frank Zappa había accedido a hacerlo, así como otros roqueros «de renombre». Jim había ignorado las peticiones de la fundación durante meses, hasta que un día contestó al teléfono en la oficina de los Doors y, sin saber cómo, concertó una cita esa misma tarde para grabar su discurso antidroga. Los presentes se sorprendieron ante la respuesta afirmativa de Jim.

—Bueno, y ¿por qué coño no iba a hacerlo? El *speed* te hace criar gusanos en las orejas. Conozco a una tipa que cree que puede hablar sin utilizar la voz. No quiero que mis fans escuchen mi música con el cerebro decolorado y envenenado.

Sin embargo, todos tenían claro que Jim nunca iba a dejar que le utilizasen para influir en sus seguidores, de ningún modo, en ningún momento, por ningún motivo. ¿A qué se debía aquel súbito cambio?

—Creía que querías que tus fans pensasen por sí mismos, Jim —dijo Denny Sullivan. Denny todavía se ocupaba del correo de los fans de Jim y se había convertido en un fijo en la oficina. Jim incluso había sermoneado a Denny anteriormente sobre los peligros de las drogas duras.

—Y es cierto, maldita sea, pero con esa mierda no *pueden* pensar. Esa es la cuestión. Además, ¿quién te ha nombrado a ti guardián de mis asuntos?

Jim bromeaba, pero a la vez hablaba en serio. El *speed* era un mal rollo, y él lo sabía.

Cuando el representante de Do It Now llegó con su grabadora para hacer el anuncio de sesenta segundos, Jim se buscó una silla y ofreció amablemente al representante la que había al otro lado de su mesa. Parecía ansioso por quedar bien.

—Muy bien. Lo que queremos que diga —empezó nerviosamente el representante— es: «Soy Jim Morrison de los Doors», y después, hum…, como a usted le parezca mejor, explicarles que el *speed* mata.

Jim pensó durante un instante y se puso manos a la obra.

—De acuerdo, ¿funciona… esta cosa? Probando, probando…, será mejor que la rebobine, que se asegure de que funciona. Sería una pena tomarse

tantas molestias y luego descubrir que ha perdido su única oportunidad.

El hombre rebobinó la cinta, la puso en marcha, comprobó que funcionaba y volvió a rebobinar hasta el principio.

—¿Listo, Jim?

—Listo.

—De acuerdo. Adelante.

Jim pensó un momento y empezó.

—Hola, pequeños gilipollas que escucháis la radio en vez de hacer los deberes, soy Jim Morrison, de los Doors…

El representante de Do It Now detuvo la grabadora.

Jim guiñó el ojo a Denny.

—¿Qué hace?—preguntó—. ¡Aún no he terminado!

—Por favor, Jim, podemos terminar con esto en un minuto si nos lo tomamos con seriedad. Recuerde que se trata de un anuncio para una red de emisoras públicas.

Jim le escuchó con atención y asintió.

—Creo que lo he comprendido. ¿Puedo volver a intentarlo?

El hombre volvió a poner a punto la grabadora.

—Eh, tíos, ¿cómo estáis? Os habla vuestro viejo colega, Jim Morrison. Canto en el grupo los Doors, quizás hayas oído hablar de nosotros. Hemos hecho unas cuantas canciones, pero nunca, nunca hemos hecho una canción sobre el *speed*. Aunque sobre borracheras, ¡joder si las hemos hecho!

El exasperado representante le dijo a Jim:

—Por favor, debe entender lo que necesitamos. Frank Zappa se lo pasó bien. Usted también se lo puede pasar bien, pero tiene que ser serio.

Jim pareció comprender lo que quería decir.

—Muy bien, ya lo tengo. Ponga en marcha el cacharro, esta vez será la buena. Lo prometo. «Hola, soy Jim Morrison, de los Doors, solo quiero deciros que inyectarse *speed* no mola nada, es mucho mejor que lo esnifÉis».

El representante detuvo la grabadora y se quedó quieto. La habitación se había quedado en silencio.

—¿Pasa algo? ¿Ha quedado bien?

El hombre se limitó a negar con la cabeza. Jim se levantó y le puso una mano sobre el hombro.

—Eh, tío, lo siento. Lo siento de verdad. Esta vez lo voy a hacer en serio. De verdad.

El hombre miró a Jim.

—¿Me lo promete?

—Lo prometo —respondió Jim, solemnemente.

La cinta empezó a rodar.

—Hola, soy Jim Morrison. No os inyectéis *speed*. Fumad hierba, por el amor de Dios.

El representante alzó la vista.

—Creo que nos estamos acercando, Jim, si pudiese cambiar esas últimas palabras.

—Sé exactamente lo que quiere decir —aseguró Jim—. Una vez más. Grabando.

Esta vez, Jim empezó con la presentación formal y advirtió que inyectarse *speed* «no demuestra demasiada inteligencia, inyectarse *speed* mata a los gansos, si disparas[27] a un ganso lleno de *speed*, el ganso se pondrá a nadar en círculos eternamente».

El hombre de Do It Now había perdido ya la paciencia y casi estaba llorando. Jim le suplicaba:

—Venga, hombre, lo siento, solo me estaba divirtiendo, esta vez quedará bien. Lo prometo.

—No sé, Jim… —El representante movía la cabeza—. No puedo pasarme todo el día aquí.

—La última vez —insistió Jim.

—De acuerdo, pero si esta vez no sale bien, se acabó.

—Lo siento. Será la toma buena. ¿Sabe lo que es una toma buena?

Jim sostuvo cuidadosamente el micrófono de mano delante de su boca. Hizo una pausa y comenzó.

—Hola, soy Jim Morrison, de los Doors, y tengo algo que deciros. —Jim sonrió al representante, que le devolvió la sonrisa, esperanzado—. No os inyectéis *speed*. El *speed* mata. Por favor, no os inyectéis *speed*, probad los barbitúricos. Sí, los barbitúricos, las anfetas, los seconales, no son tan caros, y…

La grabadora seguía en marcha, pero el representante había llegado al

límite. Se levantó, se puso la chaqueta y, cogiendo la grabadora, salió escopeteado de la oficina. Una carcajada general inundó la habitación. Jim había pronunciado su discurso de tal manera que era imposible hacer un montaje.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Jim—. Alice Cooper me dijo una vez que si algún día encontraba a alguien inyectándose *speed* iría hasta su casa y le estrangularía el perrito. Yo no he dicho nada parecido.

La Fundación Do It Now nunca consiguió el anuncio antidroga de Jim Morrison.

Hacía tiempo que Jim no hablaba con la prensa local. Y todavía más que no ofrecía ninguna exclusiva.

A Jim le gustaba el *L.A. Free Press* por sus convicciones anti-*establishment*, y sentía que «formaba parte de la vida de todos nosotros». Por eso ofreció al responsable de la sección musical del diario, Bob Chorush, tiempo suficiente para preparar una buena entrevista, en la que desplegó su lado más serio. Al ser preguntado por los disturbios de los primeros conciertos de los Doors, Jim respondió que los conciertos de *rock* eran una especie de «enjambre humano para comunicar una inquietud sobre la superpoblación», muy parecidos a los enjambres de insectos y de ciertas especies animales. «Todavía no estoy muy seguro —dijo con convicción—, pero creo que hay algo de eso». Algunas de sus respuestas eran aforismos: «Creo que en el arte, y sobre todo en el cine, la gente intenta confirmar su propia existencia», y sobre Charles Manson opinaba que los juicios eran «la forma en que la sociedad asimilaba el horrible acontecimiento».

El tema de la bebida surgió por casualidad cuando Jim dijo que en los últimos dos años se había perdido cantidad de buena música desde que a él y a Babe les habían prohibido la entrada en el Troubadour. El entrevistador le hizo una pregunta al respecto, Jim agachó la cabeza para acariciarse el espeso bigote con las yemas de los dedos: «Bueno, durante un período de tiempo llegué a beber mucho —dijo por fin—. Tenía muchas presiones encima, y no podía hacer frente a la situación».

Jim hizo otra pausa.

«También creo que beber es una manera de hacer frente al hecho de vivir en un entorno superpoblado, además de ser un resultado del aburrimiento. Sé

que hay personas que beben porque se aburren. Pero a mí me gusta beber. Relaja a la gente y a veces estimula la conversación. Y es, no sé, en cierto modo es como apostar. ¿Sabes? Sales una noche a beber y no sabes dónde vas a acabar a la mañana siguiente. Puede salir bien o puede ser desastroso. Es como tirar los dados. Todo el mundo fuma hierba. Creo que eso ya no se considera una droga. Pero hace tres años hubo una ola de alucinógenos. No creo que nadie tenga fuerzas para mantener eternamente esos viajes. Entonces te metes en los narcóticos, y el alcohol es uno de ellos. En vez de intentar pensar más, intentas matar el pensamiento: con el alcohol, la heroína y los barbitúricos. Sirven para aliviar el dolor. Creo que la gente está muy metida en eso».

Jim hablaba como un observador de la sociedad estadounidense de principios de los setenta, pero también estaba hablando de Pamela y de sí mismo. Hasta ahora, ella había conseguido ocultarle que de vez en cuando consumía heroína, pero él sabía que Pam respondía a la descripción de adicta a los barbitúricos, al igual que él satisfacía casi todos los requisitos para ser considerado un alcohólico. Pese a decir al *Free Press* que su época de bebedor empedernido había terminado, la gente que le rodeaba se quedaba helada al ver las cantidades de alcohol que ingería.

Jim finalizó su disquisición sobre la bebida aún más bruscamente que como la había iniciado.

—Me gusta el alcohol —dijo— porque es algo tradicional, y también porque odio ir tras un camello. ¿Sabes? Odio las sórdidas connotaciones sexuales del hecho de ir tras un camello, de modo que nunca lo hago. Por eso me gusta el alcohol. Puedes bajar a la tienda de la esquina y lo tienes al otro lado del mostrador.

Efectivamente, con todos sus proyectos bien encarrilados, Jim ya no bebía para escapar al aburrimiento. Como en su juventud, bebía para pasárselo bien. Bebía para estar borracho.

Una vez entró en la *boutique* de Pamela cantando «Back Door Man» a pleno pulmón, acompañado por dos compañeros de juergas de reciente adquisición. Miró a Denny, que estaba ayudando a Judy, la hermana de Pamela, a atender la tienda.

«Vendedles algo de ropa a estos caballeros —masculló. Se volvió hacia

ellos—: ¿Qué queréis? Tenemos un material excelente y algunas vestimentas espléndidas diseñadas en nuestra propia fábrica de pigmeos en Suiza. Sus manos ágiles y sus ojos precisos, no os quepa la menor duda, aseguran el mejor resultado posible».

De pronto se desplomó sobre una silla. La cabeza le colgaba sobre el pecho. La voz se convirtió en un ronquido.

Cuando Jim despertó, sus amigos se habían ido y tenía delante a la hermana mayor de Denny. Denny se la presentó. «¿Esta es tu hermana? —preguntó Jim—. No me habías dicho que tuvieses una hermana como esta. ¡Yupi! ¡Vaya par de tetas!».

En ese momento, una bien proporcionada matrona de unos cincuenta años entró en la tienda. Creyendo que las observaciones de Jim iban dirigidas a ella, se lanzó sobre él blandiendo el bolso y persiguiéndole por detrás del mostrador de joyas. Solo se fue después de haberle propinado dos o tres tortazos. «Dios mío —gimió Jim después del incidente—. No me habían dado un repaso como este desde el día en que mi padre me persiguió por la cocina con un bate de béisbol».

En otra ocasión, entró tambaleándose en la tienda, se estampó contra una estantería de camisas, la volcó y cayó encima. Esta vez Pamela estaba allí y explotó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Menuda mierda! Estás borracho. Maldito seas, Jim Morrison, ¡hijo de puta!

—¿Borracho? —dijo Jim, levantándose a duras penas y sonriendo inocentemente—. No lo estoy, señora. He tropezado. Ha sido un accidente.

Entonces llegó Babe y se lo llevó a beber al Palms.

Esa noche, en el Chateau Marmont, Jim imitó a Tarzán. Subió al tejado e intentó saltar a la ventana de su dormitorio desde la tubería del desagüe. «Si no se mató —dice Babe— fue solo porque rebotó contra el tejado de la cabaña adosada a su casa. Fue algo nunca visto, tío».

Jim no tenía manías con lo que bebía. Cóctel de coñac y ginebra un día, *bourbon* con cerveza al día siguiente, black russian al tercer día, tequila al cuarto, singapore sling o alguna otra bebida «tropical» con fruta cuando tenía hambre. Lo único invariable era el resultado: embriaguez total.

Su salud no era buena. De matar un cigarrillo de vez en cuando durante los

conciertos, Jim había pasado a fumar tres paquetes de Marlboro al día. Tenía una tos áspera. Una vez, le dijo a Robby, había tosido sangre.

Su voz todavía conservaba aquel tono duro, gutural y sexi, pero estaba dañada irreparablemente. Cuando Jac Holzman escuchó las primeras maquetas de *L.A. Woman*, pensó: «Estoy escuchando el último disco de Jim como vocalista».

Y estaba fofo, pesaba ochenta kilos, dieciocho más que en la época de aquellas primeras fotos publicitarias que habían resaltado su torso enjuto y fuerte. Comía poco, y la mayor parte de las calorías las adquiría con el alcohol. Tenía el cuerpo abotargado de un alcohólico.

Michael McClure dejó de beber en diciembre y escribió a Jim sugiriéndole que lo intentara él también. Jim no le contestó. Un día en que quedó con Michael y la agente de ambos, Sylva Romano, para comer, Sylva propuso un juego. «Creo —dijo— que todos estamos de acuerdo en que, sea cual sea nuestra verdadera edad cronológica, en nuestro interior sentimos que tenemos cierta edad, y creemos que es así como debería vernos la gente».

Michael dijo que nunca había pasado de los once años.

Sylva dijo que siempre había pensado secretamente que tenía diecinueve.

Jim, que hacía pocas semanas había cumplido los veintisiete, dijo melancólicamente que se sentía como si tuviera cuarenta y siete.

La primera semana de enero de 1971, Jim estaba sentado ante su mesa leyendo la *Rolling Stone*. Le sorprendió descubrir que a uno de los críticos más importantes de la revista le hubiese gustado el último álbum de los Doors, *13*.

En el piso de abajo, el resto de los Doors estaban grabando. El bajista de Elvis Presley, Jerry Scheff, estaba allí, y también Mate Benno, tocando la guitarra rítmica. Jim mataba el tiempo, esperando a que le llamaran para cantar. En esa ocasión, iba a utilizar el pequeño lavabo de la planta baja como cabina para grabar las voces. Jim cantaba «en directo», con los otros, en la mayoría de canciones. Todo iba como una seda. En diez días ya lo tenían todo grabado, y solo en dos de las nueve canciones (la décima era «L’America», grabada para *Zabriskie Point* unos meses antes) Jim tuvo que grabar las voces después.

El material era bueno y variado, y todos los miembros de la banda tenían

oportunidades sobradas para lucirse. Jim tuvo la oportunidad de cantar un *blues* de John Lee Hooker, que figuraba en el repertorio primerizo de los Doors, «Crawling King Snake». En otro *blues*, original de Jim, «Cars Hiss by My Window», Robby metía una línea de guitarra al estilo de Jimmy Reed, mientras Jim adoptaba una voz de *bluesman* negro y, hacia el final del tema, realizaba una imitación bastante pasable de una guitarra de *blues*. El humor retorcido de Ray salía a relucir en «Hyacinth House». Después de que Jim cantara un verso absurdo: «Veo que el cuarto de baño está libre», Ray introducía la línea melódica de Chopin conocida como «Hasta el fin de los tiempos». «Riders on the Storm» era limpia y *jazzística*, misteriosa y prometedora. «Love Her Madly», la canción de Robby que se publicaría como primer *single* del grupo en un año, era saltarina y carnavalesca, reminiscente de unos Doors antiguos, más divertidos, espontáneos, pero también mucho más comerciales.

Las letras de Jim volvían a alcanzar cotas elevadas, sobre todo en las canciones más largas, «L.A. Woman», «Riders on the Storm» y «The WASP», que tanto había tardado en germinar:

Los negros en el bosque
brillantemente emplumados;
dicen:
«Olvida la noche.
Vive con nosotros en bosques
de azur. Aquí en
el perímetro
no hay estrellas.
Aquí estamos todos ciegos,
inmaculados».

Más adelante, en la misma canción: «Os diré algo: ninguna recompensa eterna nos perdonará por haber malgastado el amanecer».

Cada una de estas tres canciones daba pistas del creciente deseo que Jim tenía de escapar. Jim afirmaba que el *«Mr. Mojo Risin’»* de «L.A. Woman» no era solo un anagrama de su nombre, sino el nombre que usaría para contactar con su oficina cuando se hubiese «largado a África». Nadie le hacía

el menor caso.

«Been Down So Long» tomó su título y estribillo, «He estado hundido tanto jodido tiempo / que esto me parece alto», del libro del mismo título aproximadamente de Richard Fariña, y contaba con partes de evidente chovinismo masculino:

Dije, nena, nena, nena,
¿no quieres ponerte de rodillas?
Venga, cariño,
venga, dame tu amor.

La misma supremacía masculina aparecía en la canción de John Lee Hooker:

Venga, arrástrate,
venga, arrástrate.
Ponte de cuatro patas, nena,
arrástrate hacia mí.

En un período en el que la liberación de la mujer empezaba a llamar la atención, un mensaje como este no iba a pasar desapercibido.

Ante la insistencia de Denny, Jim escribió una descripción del álbum con su letra grande e infantil para Dave Marsh, de la revista *Creem*. El escrito desembocaba en una valoración autobiográfica. El disco era, en palabras suyas, una visión de Los Ángeles como microcosmos de Estados Unidos. Contaba a Dave que él había ido en primer término a Los Ángeles para hacer películas, y que había terminado dedicándose a la música por casualidad. A continuación describía muchos de sus proyectos futuros, entre los que se incluía un largo ensayo sobre los juicios de Miami. Terminaba la carta así:

No estoy loco.
Me interesa la libertad.
Buena suerte,
J. Morrison.

La figura solitaria y corpulenta, con su arrugada chaqueta de faena, sus vaqueros y una imponente cantidad de pelo en la cabeza y en la cara, se movía lentamente por las calles de Hollywood. Día tras día, Jim paseaba

contemplando el estucado y maravilloso mundo como si fuese la última vez, regresando finalmente al piso de Norton Avenue. La mayoría de noches y muchos días de enero y la primera mitad de febrero los pasó «en casa» con Pamela. Jim leía, Pamela diseñaba ropa para Themis. A veces, Jim se tumbaba en el suelo con su perro y canturreaba:

—Hummmmmmmmmmm…, ah…, hummmmmmmmmm.

Sabio contestaba en perfecta armonía:

—Mmmmmmmmmmm.

Jim lo repetía, y Sabio subía un tono.

Pamela se unía a ellos y Jim se quejaba de que había estropeado el juego. A veces iban al piso de abajo y hablaban con Diane Gardiner de irse a Francia. Lo habían decidido. De hecho iban a hacerlo, vivirían en París como exiliados durante seis meses o más. Pamela estaba encantada. Incluso Jim parecía aliviado.

Que Jim dejase Los Ángeles era inevitable, y quizá también que se fuese a París. El último álbum de los Doors estaba casi terminado y ya no debía nada al grupo ni a Elektra. No les guardaba rencor, pero anhelaba desesperadamente un cambio de dirección y había llegado a la conclusión de que mientras permaneciese en California, la gente y los lugares que desde hacía tanto tiempo le reconfortaban seguirían dominando su vida. Jim no tenía enemigos; tenía que escapar de sus amigos.

París era una elección lógica. Alain Ronay hablaba constantemente de la ciudad, que visitaba una vez al año. Fred Myrow había vivido allí y también le llenó la cabeza de cuentos románticos. La afición de Jim por Rimbaud, Céline y Baudelaire también era un factor que tener en cuenta. Además, París era un destino habitual entre los escritores y amantes norteamericanos.

«Tenía una opinión de París realmente increíble —dice la periodista Salli Stevenson, que lo vio antes de marchar—. Creía que era un lugar donde podría ser él mismo, que no habría gente persiguiéndole y haciendo de su vida un circo, convirtiéndole en algo que en realidad no era».

Ninguno de sus proyectos le retenía. *HWY* encontraría distribuidor o no lo encontraría, pero su presencia en Los Ángeles era innecesaria; Frank podía ocuparse de ello. Decidir la cubierta de la edición en rústica de su libro de poesía era algo que podía hacerse por correo. Larry Marcus pareció casi

aliviado cuando Jim sugirió un aplazamiento de seis meses: le acababan de encargar que escribiese un guion para Arthur Penn. El álbum de poesía podía esperar, o podían terminarlo los Doors en su ausencia, tal como habían terminado otros discos sin él.

En París, Jim tenía la intención de imponerse unos horarios más productivos para escribir, y con esta idea llamó a sus agentes literarios por si creían que alguien podía estar interesado en una autobiografía impresionista. Estos le alentaron a escribir algo, por lo menos una carta para enseñar a los editores.

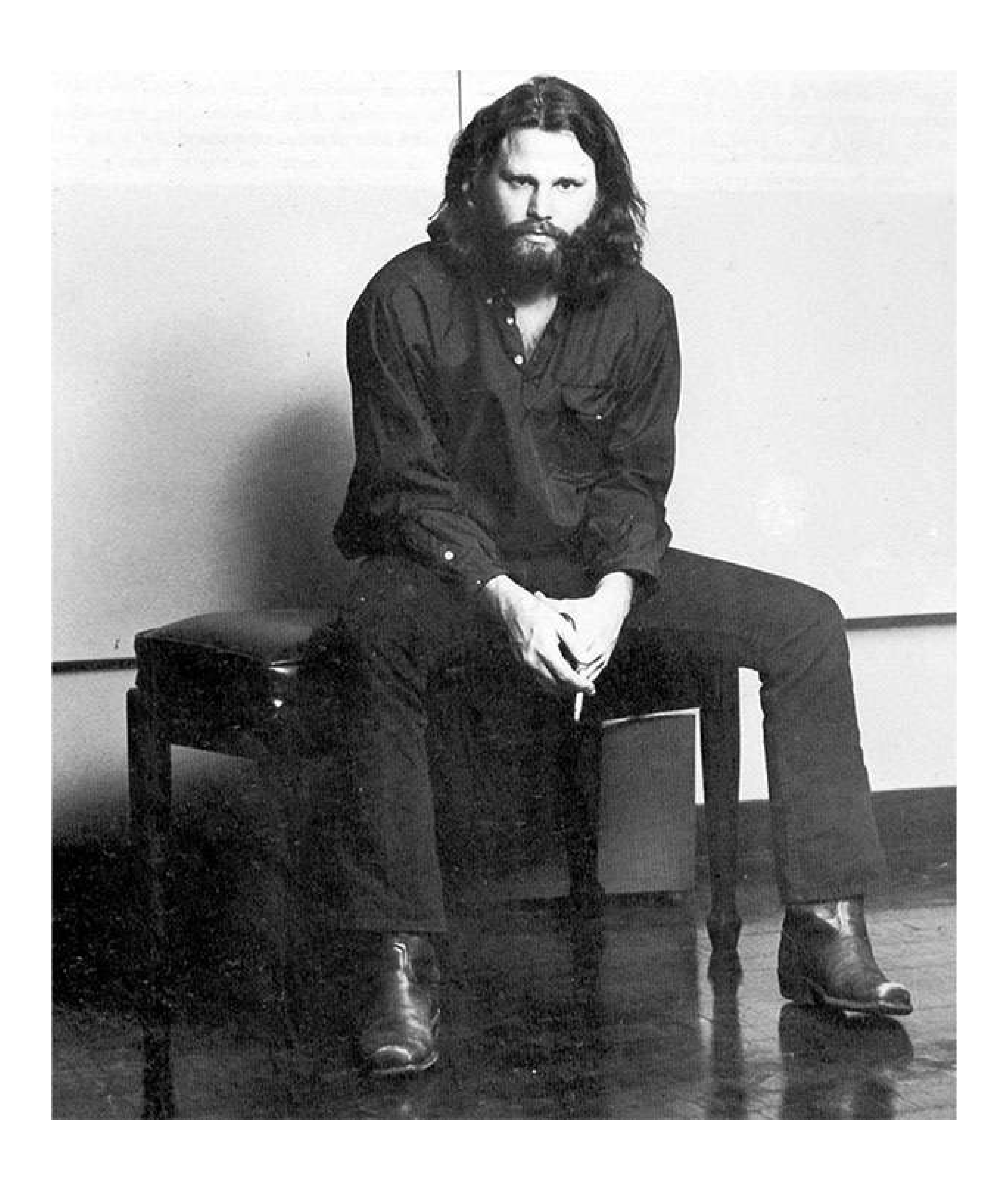
Jim le dijo a Pamela que fuese a París tan pronto como pudiera y buscase un piso.

—Venga, Jim. No puedes irte a París pareciendo el Viejo de la Montaña.

Diane Gardiner señalaba la espesa barba de Jim. Pamela, Jim y ella estaban bebiendo vino en el piso de Diane. Pamela también opinaba que Jim tendría mejor aspecto con un poco menos de pelo.

—No —dijo Jim—. No quiero hacerlo. Así me siento mejor. —Se reclinó en su asiento—.

—Bueno —dijo Diane—. Pamela no piensa lo mismo, y si no confías en la opinión de Pamela, ¿en quién vas a confiar?



«De modo que se subió a la mesa —recuerda Diane—, Pamela le recortó la barba y el bigote, y quedó de maravilla».

Durante los últimos días anteriores a que Pamela se fuese a París, visitaron

Weed, donde ella había nacido, condujeron mil doscientos kilómetros en dirección norte, con Sabio, y después fueron a visitar a los padres de Pamela en Orange y les dejaron al perro. El 14 de febrero, Jim acompañó a Pamela al aeropuerto. Al día siguiente, en un París frío y lluvioso, ella se inscribía en el Hôtel Georges V, el que, según le había dicho Jim, parecía una «casa de putas de lujo».

—Ya puedes venir —dijo Diane por teléfono—. Ella se ha ido.

Diane hablaba con Patricia Kennely, que había llegado a Los Ángeles dos semanas antes y había visto brevemente a Jim. Ahora se alojaba en casa de una amiga. Diane le dijo que Jim solo había estado esperando a que Pamela se fuese para llamarla. ¿Por qué no venía a darle una sorpresa?

—Bueno —dijo Diane; Patricia acababa de llegar y ya habían descorchado una botella de vino—. Nuestra querida amiga Grace Slick dice que no hay que limitarse a una sola persona. Imagínate a Jim como una especie de Justine masculina.

Instantes más tarde llegó Jim y subió al piso de Pamela. Todo el mobiliario estaba en un depósito de muebles, excepto un colchón, una estantería llena de libros, el televisor, una pequeña mesa de cristal y el gran sillón rojo de lectura de Jim. Patricia esperó solo unos minutos antes de llamar a la puerta. Cuando Jim abrió la puerta, ella dijo: «Tengo esta botella de vino, pero no puedo abrirla. Me preguntaba si usted…».

Él la cogió entre sus brazos y Patricia se quedó una semana entera.

Patricia recuerda el último día.

«Fue un verdadero infierno. Todo comenzó a las cuatro en un bar de *striptease* donde bebimos tantos tequilas con cerveza que el camarero nos invitaba a las terceras rondas. Recuerdo haber bebido por lo menos catorce. Después fuimos a la sesión de grabación de Jim con la amiga en cuya casa yo me había alojado, y ella intentó ligárselo. Yo estaba furiosa y le dije: “Me da igual lo que hagáis cuando yo me haya largado, pero al menos ten la delicadeza de esperar”».

Jim era un completo polígamo y la amiga iba realmente caliente, de modo que las cosas fueron deprisa. Llegaron a los estudios Poppy, donde los Doors estaban haciendo las mezclas del disco, y la amiga fue al lavabo. Cinco minutos más tarde, Jim salió. Y cinco minutos después, Patricia los encontró

revolcándose fuera en la hierba.

—*¡Levantaos!* —gritó Patricia, encima de ellos.

Jim alzó la vista, adormecido, y sonrió.

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡Los dos! ¡Arriba!

La amiga cogió a Patricia y la hizo caer. Durante un instante, los tres cuerpos cambiaron de forma para absorber la carne y los huesos de los otros. Patricia recuperó la compostura y dijo con firmeza:

—Deja que hable a solas con Jim.

La amiga se fue, y Jim le dijo:

—Escucha, cariño, sabes que esta noche estoy demasiado borracho para follar, deja que duerma con ella.

—Mira —dijo Patricia—, esta es mi última noche en Los Ángeles. Mañana me voy a casa, y seguramente no volveré a verte nunca más.

A Jim le puso en guardia aquel tono posesivo.

—Entonces no pasaré otra noche contigo.

—Muy bien. Pero ten por seguro que tampoco vas a pasarla con ella.

Volvieron al apartamento y Jim empezó a registrar los armarios y los cajones de la cocina. Las chicas le preguntaron qué hacía.

—Estoy buscando cuchillos y tijeras —dijo Jim— para que podáis castrarme. Una de vosotras se quedará con mi polla y la otra con mi cuerpo.

—¿Y quién se queda con tu alma, Jim?

—Me la quedaré yo, si no os importa.

Las chicas contemplaron cómo Jim recogía todos los objetos punzantes y los metía debajo del sofá de la sala. Entonces se tumbó y se puso a dormir. «Estaba como momificado, rígido; era horrible… —recuerda Patricia—. Parecía que estuviese muerto, allí tumbado en el sofá, que parecía un ataúd. Entonces supe que no volvería a verle con vida».

Al día siguiente, Patricia regresó a Nueva York, y Tom Baker volvió a la ciudad tras ocho meses en Londres. Hacía mucho tiempo que Jim y Tom no se veían. Se abrazaron como hermanos y antes de que acabara la noche, Jim se puso tan borracho y desagradable que les echaron de uno de los clubs de Santa Monica Boulevard.

Con Pamela en París, Jim había adoptado el papel de soltero despreocupado. Fue a visitar a una prostituta a la que llamaba «L.A. Woman»

para despedirse de ella. Empezó a frecuentar el nuevo club de Marshall Brevitz, además del Palms y el Phone Booth, normalmente con Tom, Babe y Frank.



Vista aérea de Los Ángeles

El ritmo se aceleraba. Jim vio cómo una antigua novia suya abortaba (él le había pedido que tuviese el niño, pero ella se había negado); pasó cuatro noches con cuatro chicas diferentes; y llamó a todos los teléfonos que encontró mientras recogía su mesa en la oficina de los Doors.

El 3 de marzo, Elektra organizó una fiesta para celebrar la inauguración de la ampliación de sus oficinas en Los Ángeles, y Jim hizo una aparición simbólica. («Esto lo he pagado yo, tengo derecho a ver cómo es»). Luego se fue a casa de Fred Myrow, donde bebieron y hablaron, dando vueltas y más vueltas a la obra que estaban preparando.

«Lo que queríamos cristalizar o capturar —recuerda Fred— era ese momento de transición que todos sentimos tan poderosamente en Los Ángeles a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Como hubiese dicho Huxley: "Entre los árboles de hoja perenne y los garajes, algo estaba al acecho". Era un entorno extraño. Los Ángeles, sea lo que sea, es lo que íbamos a explorar en la obra. El lugar, Los Ángeles, en la mente de alguien suficientemente distanciado y suficientemente familiarizado por sus antecedentes como para hacer frente a lo manifiesto y a lo oculto, lo obvio y lo menos obvio de esta ciudad que no es una ciudad. Esa era la base de la obra: cómo ves algo que conoces muy bien cuando vuelves a verlo, al regresar después de mucho tiempo, como si volvieses de entre los muertos».

Redactaron un resumen de la obra en cuatro páginas. Jim seguía diciendo que tenía que irse a París. «Bueno, a ver si queda claro —dijo, cuando Fred volvió a presionarle para que se quedara—, mañana me iré a París, y si no, iré a Catalina».

Jim y Babe ya habían salido una vez en el barco de los Doors aquella semana, en un viaje de un día a lo largo de la costa hasta Palos Verdes. El 4 de marzo fueron a Catalina con dos chicas. «Un viaje muy agitado —escribió Babe en su diario—. Tomamos coca y bebimos un montón. A la mañana siguiente, el día se levantó muy bonito y claro. La habitación del hotel tenía vistas a la bahía de Avalon. Fuimos a Big Mike's y tomamos un desayuno vigorizante: huevos revueltos, salchichas, jamón, sardinas, olivas, patatas, chile, tostadas y cerveza, cerveza, ¡cerveza!».

Jim pasó con Babe los días siguientes. Detuvieron una pelea en una sala de billares, asistieron al combate entre Muhammad Ali y Joe Frazier, pasearon

por la playa de Venice, fueron a comer al malecón de Santa Mónica y, en palabras de Babe, «hicimos un rato el payaso en la galería comercial y luego volvimos a la ciudad».

Jim se fue a París al día siguiente.

---

[26] Fundación Hazlo Ahora.

[27] Juego de palabras intraducible. *Shoot* significa «inyectarse», pero también «disparar».

12

Tal y como Pamela contaría la historia más tarde, su breve exilio en París fue idílico. Habían desaparecido las tensiones que les llevaron a la decadencia. Jim, prácticamente, dejó de beber. Escribía enormes cantidades de poesía fresca, emocionante; un libro sobre el juicio de Miami (o una autobiografía, aquí la historia variaba) y, después de haber visto una ópera, estaba componiendo una sinfonía. Jim y Pamela parecían recién casados, tan compatibles como nunca.

Esa era la fantasía de Pamela.

Había una historia que le gustaba contar especialmente, sobre un viaje que habían hecho a Marruecos.

«Me desperté una mañana y vi a un hombre muy apuesto junto a la piscina, hablando con dos chicas estadounidenses. Me enamoré instantáneamente de él. Entonces me di cuenta de que era Jim. No le había reconocido. Se había levantado temprano, se había afeitado la barba y estaba tan delgado que parecía un hombre nuevo. Fue fantástico volverse a enamorar del hombre del que ya estaba enamorada».

En su «casa» de París, unas veces el Hôtel Georges V, otras un apartamento en un tercer piso en el margen derecho del Sena, reinaba la calma, por lo menos al principio. Pasaban la mayor parte del tiempo en un piso amplio y soleado en Le Marais, un antiguo y distinguido barrio residencial cerca de la plaza de la Bastilla. Lo tenían subarrendado, pagando 3.000 francos al mes.

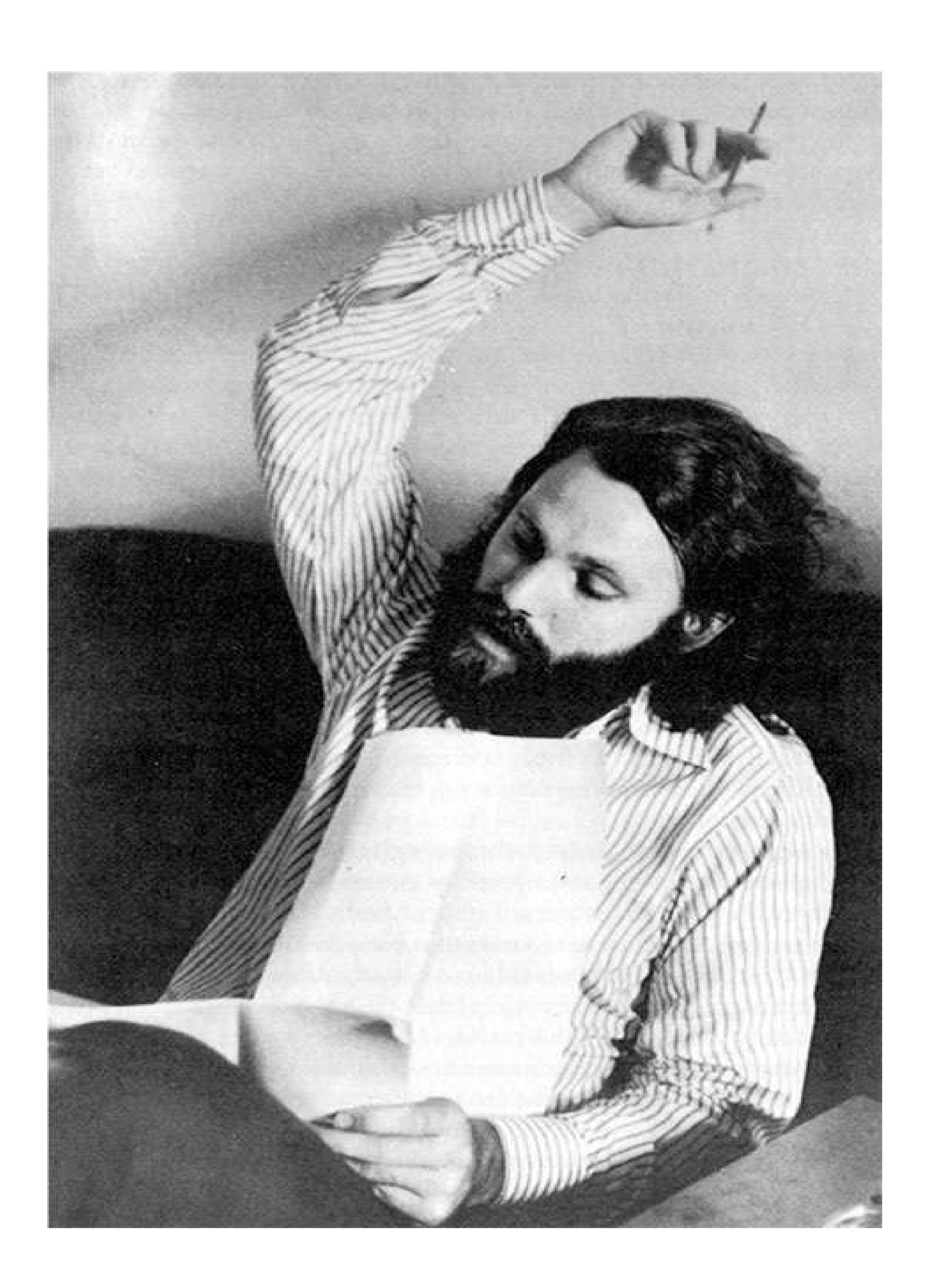
El piso era de una joven modelo francesa, Elizabeth (ZoZo) Larivière, y de su novio, un productor de televisión norteamericano, pero tenían planeado dejarlo pronto; él para regresar a Estados Unidos con su familia y ella para ir

al sur de Francia, a rodar una película. Le ofrecieron a Pamela una de las habitaciones libres, diciéndole que cuando se fuesen, ella y Jim podrían quedarse en el piso dos meses como mínimo.

Durante dos semanas, hasta el 10 de abril, ZoZo se quedó en el piso, presenciando cómo la extraña pareja se adaptaba a París y se readaptaban el uno al otro. ZoZo encontraba muy peculiar la relación. Siempre que charlaba con Pamela, esta solo le hablaba de Jim y de lo maravilloso que era, «todo era Jim, Jim, Jim». Pero cuando Pamela pasaba la noche fuera de casa con unos amigos de su conde, a la mañana siguiente le suplicaba por teléfono a ZoZo que mintiese por ella: «Oh, por favor, dile a Jim que he estado toda la noche en casa de una amiga tuya, y que volveré a las doce». Siempre tenía que decirle a Jim ese tipo de cosas.

En tales casos, Jim preparaba silenciosamente el desayuno para ZoZo y para él, se lo llevaba a la cama y se sentaba a hablar mientras comían. Otras mañanas, se metía en el más pequeño de los tres dormitorios del piso, donde había trasladado el escritorio de ZoZo, y se sentaba a escribir o a buscar en una de las cajas papeles o cuadernos, cintas, recortes, fotografías, cartas de fans y manuscritos que se había traído, escudriñando entre las reliquias y los discos del pasado, intentando decidir el valor de todo aquello. Más tarde, cuando cambiaba la luz que entraba por la ventana del patio, solía trasladarse con sus cuadernos a la mesa del comedor. Otras mañanas daba largos y solitarios paseos.

Andaba durante horas por las calles de París, primero un barrio, luego otro, igual que había hecho en Hollywood. En dirección norte por su misma calle, la *rue* Beautreillis, estrecha y sin árboles, había un bloque de pisos, una agencia de noticias, una librería, tres restaurantes pequeños, un club de judo, una barbería para chicos; luego giraba al oeste por la *rue* Saint-Antoine, pasaba por los mercados al aire libre, con los conejos colgados, las montañas de cerezas, las bandejas rebosantes de pescado y gambas, las coliflores grandes como pelotas de baloncesto, y se dirigía lentamente a alguno de los mil puntos interesantes y famosos de la ciudad. Jim disfrutaba especialmente del Louvre, herencia directa de su interés por el arte durante la adolescencia.



Otras mañanas iba al sur por la *rue* Beautreillis, y a solo cinco manzanas llegaba a la Île Saint-Louis, que se convirtió en uno de sus barrios favoritos. Fue aquí, en el Quai d'Anjou, donde visitó el Hôtel de Lauzun, que había sido lugar de reunión del querido Hashish Club de Baudelaire y Gautier. «Es todo muy bonito —les decía a ZoZo y a Pamela al volver al piso—. Después de hacer esta ciudad tiraron el proyecto original».

Pero contrariamente a la fantasía de Pamela, Jim seguía bebiendo, y mucho. Con gran placer descubrió los dos tipos de bares más tradicionales de Francia: el *bistrot* de vinos y las terrazas al aire libre. París todavía conservaba la atmósfera de Hollywood, Hemingway y Fitzgerald, una familiaridad extranjera. Detenerse en un *bistrot* o en una terraza no solo era natural, sino *de rigueur*; no brindar para cantar las alabanzas de todo aquello era una blasfemia.

Un día de la primera semana de abril, Jim mantenía la blasfemia a buena distancia, en el Astroquet, un pequeño club en el *boulevard* Saint-Germain. Tomaba su nombre de la palabra francesa *troquet* (café) y de la referencia norteamericana al espacio exterior, Astro; el interior parecía un cómic de Buck Rogers.

Jim había estado bebiendo solo, cuando su atención se dirigió a un grupo de jóvenes que entraban con unas fundas de guitarra. Al cabo de un rato se acercó a su mesa.

—¿Sois norteamericanos?

—Claro que sí. ¿De dónde eres tú?

Ninguno de ellos le había reconocido.

—De California.

—Yo también. ¿Dónde estudiaste?

—Uh…, en la UCLA.

—¡Vaya, yo también! ¿Cuándo estuviste allí?

Jim pensó un momento y respondió que en 1964 y 1965. El joven norteamericano volvió a decir:

—Vaya, yo también. ¿En qué facultad?

—Uh…, en Cinematografía.

El joven hizo una pausa. Aquello parecía un concurso de preguntas y

respuestas.

—Uh… ¿Tú cantas… en un grupo?

Jim admitió que sí.

—¡Vaya! Estoy avergonzado, ni siquiera…

Jim les invitó a beber *bourbon* seco, seguido de cerveza, lo mismo que estaba bebiendo él. El joven se presentó:

—Phil Trainer. Estos chicos son amigos míos, y tenemos un grupo que se llama Clinic. Todos somos norteamericanos, mi padre está en la embajada.

En algún momento de la noche, acercándose entre efluvios de alcohol al amanecer, los chicos sacaron las guitarras y Jim cantó «Crawling King Snake». Contó a sus nuevos amigos que había grabado esa canción en el nuevo álbum que iba a editarse en Estados Unidos aquella misma semana. Fumaba sin parar, tenía la voz cargada y cascada. Entre canción y canción hablaron de música y del estrellato. Jim les confesó que se había aprovechado todo lo que había podido. Les asombró saber que Jim hubiese tomado ácido doscientas cincuenta veces. Y volvió a impresionarles cuando les contó lo de la noche en que destrozó el estudio de grabación. Dijo que quería mucho a los otros Doors, y que creía que Robby Krieger no había recibido el reconocimiento que se merecía.

Al amanecer, todos menos Jim y Phil se habían ido. Jim encadenaba los cigarrillos e inhalaba con tanta fuerza que parecía que los bronquios le fuesen a estallar. Phil también era cantante, y recuerda: «Pensé que Jim se estaba destrozando el pecho y la garganta. Daba unas caladas enormes al cigarrillo, en serio. Si tengo alguna imagen suya en aquel momento es chupando el cigarrillo y tosiendo sin parar».

Estaban los dos terriblemente borrachos y al salir zigzagueando del club a la fría mañana de París, Jim se bajó la cremallera y se puso a mear.

«Haz el “Funky Chicken”…[28] —decía Jim—, sí, haz el “Funky Chicken”».

Después se subió la cremallera y sugirió coger un taxi e ir a buscar a Pamela. «Haz el “Funky Chicken”».

Cuando descubrieron que Pamela no había vuelto al apartamento de Marais, Jim supo adonde ir: al Barrio Latino, al piso de una fotógrafa. Entró en la casa (sabía dónde guardaban la llave) y después de comprobar que Pamela

estaba durmiendo con la fotógrafa, asaltó las existencias de licor. Primero vodka. Después ron. Después cualquier cosa que veía, directamente de la botella, sin combinarlo con nada. Al cabo de una hora, envió a Phil a despertar a Pamela.

Cuando fueron a desayunar a un café cercano, Pamela pidió por Jim: *spaghetti* y un vaso de leche para revestir el estómago.

—No vas a beber nada más, ¿verdad, Jim? —empezó a suplicar Pamela—. ¿Jim?

Jim estaba callado, con la mirada fija en el concurrido bulevar.

—Haz el «Funky Chicken» —dijo por fin.

Unos días más tarde, alquilaron un coche y condujeron hacia el sudoeste, atravesando los viñedos franceses, por Orleans, Tours, Limoges y Toulouse. Pasaron a España por Andorra y visitaron el museo del Prado en Madrid, donde Jim buscó *El jardín de las delicias* del Bosco, la obra maestra que contenía una misteriosa cara que, según se creía, representaba al propio pintor. Desde allí siguieron hacia el sur hasta Granada, donde Jim quedó impresionadísimo por la Alhambra, el palacio árabe considerado como el ejemplo más bello de arquitectura musulmana occidental que se conserva: una ciudadela llena de arcos bañados por el sol y de exquisitos azulejos.

Jim y Pamela se llevaban bien, casi tan bien como ella había alardeado en cierta ocasión. Convivir durante un período prolongado dentro de un coche y en pequeñas habitaciones de hotel provocaba pequeñas discusiones, pero las distracciones eran numerosas y maravillosas. Ni siquiera se molestaron demasiado cuando un moro que hablaba inglés les estafó cien dólares al prometerles una gran porción de costo.

Desde Tánger fueron hacia el sur a lo largo de la costa del Atlántico hasta Casablanca, y después hacia el interior, hasta Marrakech. Comieron bien, bebieron vinos de la tierra y lo filmaron todo con una cámara Super-8 que habían comprado antes de salir de París. Al devolver el coche y volar de vuelta a París, la primera semana de mayo, llevaban fuera unas tres semanas.

Su piso no estuvo disponible durante unas cuantas noches, de modo que se trasladaron a L’Hôtel, un exclusivo hostal del margen izquierdo cuyas veinticinco habitaciones, amuebladas de manera extravagante, estaban siendo muy solicitadas por las estrellas del *rock* que pasaban por París, atraídas por

la que fuera la residencia de Oscar Wilde. Al cabo de poco, ya corrían historias de otra de las juergas de Jim, durante la cual se cayó de una de las ventanas del segundo piso de L'Hôtel. Parece ser que aterrizó en el techo de un coche, rebotó y, quitándose el polvo como si nada hubiera pasado, se dirigió calle arriba a tomar una copa.

En cierto modo, vivir en el margen izquierdo, en Saint-Germain, había devuelto a Jim a Santa Monica Boulevard, ya que aquí estaban los bares más conocidos. El Café de Flore y el Deux-Magots, donde Sartre y Camus habían ido a beber. La Coupole, con obras de Picasso, Klee, Modigliani y mucho más arte en sus columnas: el paraíso del *art déco*, donde Scott había cortejado a Zelda. (Jim decía que le recordaba a Ratner's, una tienda de platos preparados del Lower East Side de Nueva York). Para los franceses *au courant*, los clubs *underground* más a la última eran el recientemente inaugurado Le Bulle y el favorito de Jim, una especie de cueva subterránea llamada Rock 'n' Roll Circus.

Seis u ocho meses antes, el Circus era el club de París, como, por ejemplo, el Whiskey en Los Ángeles: música fuerte, buenos grupos y buen equipo de sonido, caro, cómodo para los bebedores, orientado a la promiscuidad del mundo del espectáculo. Pero respetable. Led Zeppelin, Richie Havens y Johnny Winter habían tocado allí, así como alguno de los Beach Boys. Sin embargo, en la primavera de 1971, el club se había convertido en un mercado de heroína frecuentado por los profesionales del submundo: putas, ladrones, chulos. El *disc-jockey* que había trabajado allí a principios de año, y que luego pasaría a Le Bulle, un exiliado norteamericano llamado Cameron Watson, describía el Circus como «un fracaso de pista de baile». A Jim eso le encantaba, claro. De la falsa promiscuidad a la verdadera promiscuidad. Para Jim no era necesariamente un descenso de categoría.

El viernes, 7 de mayo, Jim estaba en el Circus borracho y enfurruñado, hasta que se puso tan violento que empezó a tirar cojines y a volcar los muebles. AI parecer no le reconocieron y le echaron. Un joven estudiante francés llamado Gilles Yepremian descubrió a Jim enzarzado en un combate a gritos con el gorila del club. «*Negroooo…*».

Jim se cansó de gritar e intentó subir a un taxi. El taxista le rechazó. Fue hacia un segundo taxi y tampoco le dejaron subir. Empezó a gritar. Gilles,

que no entendía absolutamente nada de inglés, pensó que lo que estaba gritando era: «¡Quiero carne, quiero carne!».

Gilles había reconocido a Jim y se acercó a un tercer taxi, convenciendo al taxista para que les dejase subir. Pero, mientras el taxi cruzaba el Sena, Jim insistió en que le dejaran bajar. Quería ir a nadar. Dos policías hacían la ronda envueltos en la niebla previa al amanecer, con las capas y los sombreros sin alas formando una silueta familiar.

«¡Jodidos cerdos!», escupió Jim. Y luego gritó: «*¡Jodidos cerdos!*».

Los *flics* prosiguieron su ensayado paseo de *laissez-faire* y Gilles metió a Jim en otro taxi para llevarle a casa de un amigo, Hervé Muller, que vivía en el distrito decimoséptimo, cerca de l'Étoile. El taxista se quejó de la propina y Jim le arrojó un puñado de dinero. Mientras subían los cinco pisos, Jim iba diciendo: «Chissst…, no hagamos ruido».

Una dulce y menuda emigrada checa llamada Yvonne Fuka abrió la puerta de par en par.

—¿Sí?

—Os traigo a alguien que he encontrado delante del Rock 'n' Roll Circus —dijo Gilles.

Yvonne miró detrás de Gilles a la estropeada figura que colgaba de la barandilla de la escalera. En aquella época, Yvonne trabajaba como directora artística en una de las revistas de *rock* más importantes de Francia, *Best*. Su novio, Hervé, con quien compartía aquel espacioso piso de una habitación, cocina y baño, escribía para la misma revista. Reconoció a Jim y le dijo a Gilles que le hiciera pasar.

Jim cruzó la puerta tambaleándose, moviendo la cabeza de lado a lado, absorbiéndolo todo, hasta que encontró una cama. Se acercó a ella y se desplomó. Durmió hasta casi el mediodía. Fue entonces cuando se hicieron las presentaciones.

No había gran cosa en la nevera, por lo que Jim propuso invitarles a todos a un restaurante que conocía. Se trataba del Alexander, cerca del Hôtel Georges V, cuyo menú hacía justicia al barrio. Reconocieron a Jim como cliente habitual, o que por lo menos gastaba y daba buenas propinas, pero le dijeron que el restaurante no servía desayunos. Tal vez querrían esperar a la hora de la comida.

Jim comenzó la comida con dos bloody marys y, acto seguido, pidió una botella de Chivas. Una hora más tarde ya estaba borracho e insultaba a una mesa llena de hombres de negocios franceses en un idioma que, afortunadamente, desconocían. «Parecéis estúpidos… Decidme, ¿sois unos hijos de puta? ¿Sois gilipollas?».

«Bebía el doble que los demás —dice Hervé con tristeza—. Al final de la comida, vinieron con dos botellas de coñac y le preguntaron cuál quería. Él agarró una de ellas, abrió el tapón y se puso a beber a morro. Empezó a pedirle a Yvonne que le consiguiese una chica. "¿Puedes conseguirme una pava?". Al cabo de un rato, lo pagó todo con una tarjeta de crédito. Éramos siete, y la cuenta ascendía a setecientos francos».

Empezaron a caminar hacia el coche. Jim se apoyaba en Yvonne para aguantarse derecho. «Tienes que sacarme de aquí —le dijo con urgencia—. Tienes que sacarme de aquí».

Cincuenta metros más allá, le dijo que no podía seguir adelante, que tenía que descansar. Le llevaron hasta un banco y Hervé fue a buscar el coche.

Jim se puso violento al volver Hervé, tuvieron que forcejear para meterle en el vehículo y después arrastrarle los cinco pisos hasta el piso de la pareja. A medio camino se desplomó y se negó a que le subieran más arriba. «¡Dejadme!», dijo, sentándose en uno de los rellanos.

Entonces gritó: «*¡Negros hijos de puta!*».

Finalmente, Yvonne y Hervé consiguieron subirle al piso y le dejaron sobre la cama, donde cayó dormido. Eran las tres de la tarde de un domingo.

Hervé e Yvonne vieron a Jim de nuevo. Esta vez con Pamela: los invitaron a cenar en su casa. Hablaron de poesía y de cine. Jim dijo que había traído unos ejemplares de *Feast Of Friends* y películas de *HWY*, y que quería organizar unas proyecciones. También le dio a Hervé un ejemplar de *Una oración americana*, y este le preguntó si podía traducirlo al francés. Yvonne dijo que a ella le gustaría hacer algunas ilustraciones. Jim se mostró interesado en las posibilidades de aquella colaboración.

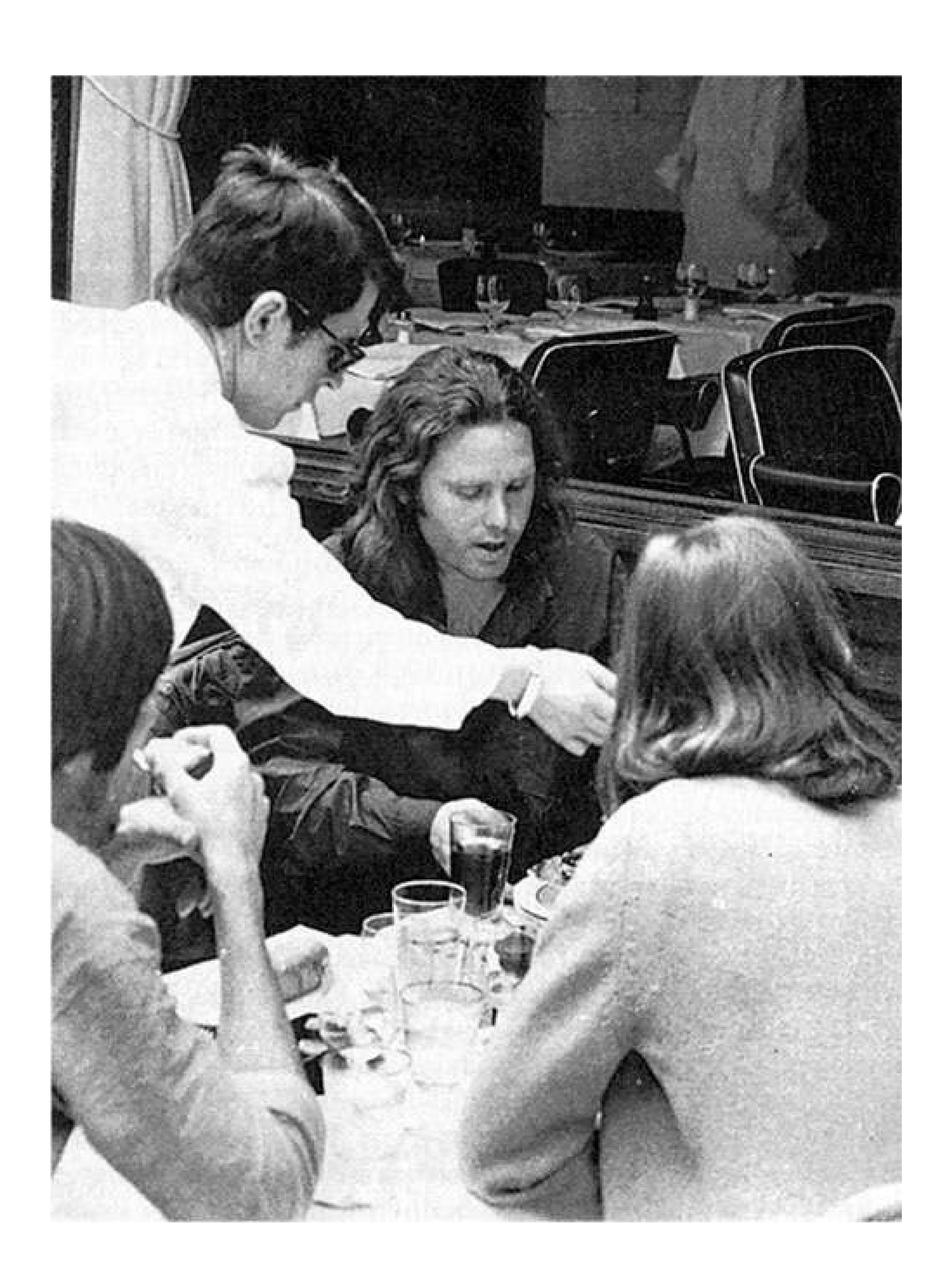
Más tarde, después de beber bastante vino, Jim le contó a Yvonne, quizás sin darse cuenta, la razón por la que estaba en París. «Estoy harto de todo. La gente me tiene como una estrella del *rock and roll*, y ya no quiero saber nada de eso. No lo soporto más. Me encantaría que la gente no me reconociera…

¿Quién crees que es Jim Morrison?».

A la semana siguiente, Jim y Pamela salieron hacia Córcega. Volaron hasta Marsella, donde Jim perdió el carné de conducir, el pasaporte y la cartera, y tuvieron que volver a París para conseguir duplicados en la embajada estadounidense. Volaron de nuevo hacia Marsella y, por fin, a Ajaccio, el mayor puerto de la isla, donde nació Napoleón. Córcega también es conocida por el desmesurado número de agentes con que abastece a la policía de París, los enormes corrimientos de tierra, los pintorescos pueblecitos al pie de una montaña tan asombrosa como cualquier punto de las Montañas Rocosas o de los Alpes franceses, las viudas de pescadores de ojos vidriosos vestidas de negro, la escasez de gente joven y el acre y penetrante olor del *maquis* (hierba) corso, que sirve para alimentar al ganado y se puede encontrar en la carne, el queso y la leche. Jim y Pamela visitaron la isla durante diez días. Llovió todos los días menos uno. Pamela dijo que había sido idílico.

Los Doors abandonaron oficialmente Elektra dando por finalizada una relación que había durado cuatro años y diez meses. Esa misma semana, el último álbum de Jim, *L.A. Woman*, y su penúltimo *single*, «Love Her Madly», salieron a la venta y empezaron a escalar rápidamente las listas. La foto de portada de *L.A. Woman* era una foto del grupo. Todos ellos estaban en el mismo plano de importancia. De hecho, Jim se había encogido un poco ¡y parecía incluso más pequeño que los otros! Además, como nadie había sido capaz de convencerle para que se afeitara, aparecía por primera vez con barba en una portada de disco, luciendo una sonrisa demoníaca, maliciosa. Jim se había vengado de las portadas de *13* y *Absolutely Live*.

Los críticos fueron unánimes en sus alabanzas a *L.A. Woman*. El nuevo impulso que se había iniciado con *Morrison Hotel* se estaba acelerando. Habían vencido a los escépticos y a los detractores; los Doors habían vuelto definitivamente. El álbum llegaría al número cinco de las listas y el *single* subiría hasta el número siete. En la industria del disco se rumoreaba que los Doors estaban negociando contratos con Atlantic y Columbia por unas sumas de dinero nunca oídas. John, Ray y Robbie se reunían de vez en cuando para tocar en el local de ensayo, con Ray cantando, preparando el material para el inminente regreso de Jim.



Fue más o menos en aquellos días cuando Jim, que sabía poco o nada de la reciente mejora de la situación, llamó a la oficina y le dijo a Bill Siddons que se estaba planteando volver a la música, pero que quería descansar un poco más de tiempo. Al cabo de unos días, una mañana temprano, llamó a John Densmore y le preguntó cómo les iba con el nuevo material. Cuando John le contó a Jim lo bien que se estaban vendiendo el álbum y el *single* y las buenas reseñas que estaban cosechando, Jim se quedó asombrado.

«Si les ha gustado esto, espera a que escuchen lo que tengo pensado para el próximo«, le dijo a John.

Jim tenía un aspecto más saludable que el habitual. Se había afeitado y había adelgazado un poco, y el cambio de vestuario también se notaba. Sin que se diese cuenta, Pamela le había tirado sus eternos vaqueros y la chaqueta del ejército, devolviéndole de un codazo a su pasado universitario. Ahora llevaba camisas abrochadas, pantalones de color caqui y un jersey de pico. Las botas Frye, gastadas y casi podridas, seguían con él.

Al volver de Córcega, Jim contrató a una secretaria personal, una rubia canadiense alta y delgada, con aspecto de modelo, que se llamaba Robin Wertle. Robin había trabajado de agente y estilista de un fotógrafo de moda. Se conocieron cuando el fotógrafo estaba a punto de dejar París durante un par de meses, «cosa que me dejaba sin nada que hacer —recuerda Robin—, de modo que acepté. Ni Jim ni Pamela hablaban francés, y por ello les resultaba un poco difícil hacerse entender».

Al cabo de poco comprobaría que el trabajo consistía en «ocuparse de todo, desde conseguir que viniera la mujer de la limpieza hasta pasar cartas a máquina, llamar a Estados Unidos, comprar muebles, alquilar una máquina de escribir o intentar organizar una proyección de una de las películas de Jim».

Parecía que Jim estuviese dando algunos pasos conscientes para resolver sus viejos demonios conflictivos, el estrellato y el egoísmo. Pero estos pasos eran lentos y laboriosos, y siempre que podía evitaba pensar en ellos.

El 11 de junio, Hervé e Yvonne fueron a buscar a Pamela y Jim para ir a ver

Le Regard du Sourd, una obra en la que no había prácticamente diálogo, ya que la mayoría de personajes eran sordomudos. Cuando Hervé e Yvonne llegaron al piso de la *rue* Beautreillis, Jim les dijo que Pamela no iría. En vez de ella, llevaría a un amigo suyo norteamericano que estaba pasando unos días en su casa, Alain Ronay.

Pamela salió aquella noche con los llamados *minets*, unos jóvenes y andróginos dandis franceses que llevaban gafas de sol y pantalones blancos y raramente se dignaban hablar inglés. A Pamela le encantaban. Jim los odiaba y le había dicho a Pamela que no le gustaba que saliese con ellos.

El tiempo pasaba. Jim veía frecuentemente a sus viejos amigos Agnès Varda y Jacques Demy. Ya en 1968, Jacques había intentado traspasar las barreras de los Doors para que Jim protagonizara su primera película estadounidense, *Estudio de modelos*, y ahora era un director muy alabado por la premiada *Los paraguas de Cherburgo*. Agnès, su mujer, se autodenominaba la abuela de la *Nouvelle Vague* y había intentado trabajar con Jim en su documental impresionista *Lions Love*.

Los tres habían intimado, y a lo largo de los años Jim había llegado a sentir un afecto sincero por Agnès. Era una mujer pequeña, de poco más de metro y medio de altura, pero muy intelectual, con una voz ronca y una personalidad franca. Se identificaba poderosamente con la clase trabajadora, conducía prudentemente un coche barato y admiraba abiertamente a los jóvenes radicales por su rechazo a los valores de la clase media.

Jim también se encontró con Rory Flynn, la hija de Errol, increíblemente alta y delgada, que había sido una de las primeras *groupies* de los Doors en el Whiskey, en 1966. Ahora Rory trabajaba de modelo. Quedaron para comer con moderación.

Llegó una amiga de Pamela, que había quedado con ella en el Café de Flore. Después, en el apartamento del Marais, Jim le dijo a la amiga que le habían ofrecido el papel protagonista en la versión cinematográfica de *Catch My Soul*, la adaptación musical de *Otelo* que se había representado en Los Ángeles con Jerry Lee Lewis en el papel de Yago. Dijo que entre los actores estaban Tina Turner, Joe Frazier y Melanie. También le contó que le habían ofrecido un papel con Robert Mitchum en la historia alegórica de un cazador de osos en Alaska, *Why Are We In Vietnam?*, de Norman Mailer. «Voy a

rechazar la obra —dijo Jim—, y no creo que haga la película, porque me quitaría mucho tiempo que necesito para escribir».

Cenaron en La Coupole y, de camino a casa, tropezaron con unos disturbios estudiantiles en el distrito de Saint-Michel. Las revueltas con lanzamientos de adoquines tenían lugar cada fin de semana, un vestigio de la huelga general y los disturbios estudiantiles de 1968, y Jim y Pamela ya habían caído en medio de uno de ellos unas semanas antes. Todos se sentían morbosamente fascinados por el peligro, pero decidieron no pararse a mirar.

La amiga de Pam escribió el siguiente artículo para la revista *Crawdaddy*:

> Jim tiene mejor aspecto que hace unos meses, mucho mejor que en los días del juicio de Miami. Afirma que ha dejado de beber, ha adelgazado bastante, pero la comida francesa se ha cobrado algún kilo de más y aún no ha recuperado el *look* de piernas de regaliz enfundadas en cuero que lucía la demacrada sombra que rondaba por las calles de Los Ángeles bajo el nombre de Rey Lagarto.

Era el primer día de julio y el calor en París era infernal. Jim estaba sumido en un abismo de terrible desánimo. Llevaba mucho tiempo bebiendo y ahora intentaba dejarlo de una vez por todas. Intentaba escribir, intentaba captar la deprimente situación y convertirla en algo creativo, pero no lo conseguía. Estaba hundido en la silla delante de la mesa del comedor, esperando que le llegaran las palabras. Lo poco que escribía no hacía honor a la fama de Morrison, y él lo sabía. De vez en cuando, se levantaba y se ponía delante del espejo, mirándose a los ojos, buscando una respuesta. Alain Ronay no le había visto nunca tan deprimido, y Pamela estaba asustada. Se turnaban para distraerle, para animarle, pero no tenían suerte. Finalmente, el viernes por la noche, 2 de julio, Alain propuso que los tres salieran a cenar a una terraza a poca distancia del piso de los Morrison. Jim no quería que sus amigos cargaran con su depresión. Durante la cena permaneció callado, mientras los ruidos de la comida sustituían a la inexistente conversación.

Después de cenar, Jim mostró su lado más conmovedor y envió un telegrama a su editor, Jonathan Dolger, en relación a la cubierta de la edición en rústica de Simon and Schuster de *Los señores y las nuevas criaturas*. Quería sustituir la foto del «joven león» de Joel Brodsky por una más poética

de Edmond Teske, en la que aparecía con barba. Después acompañó a Pamela a casa y se fue solo a ver una película que Alain le había recomendado (*Venganza*, con Robert Mitchum).

Adónde fue Jim después del cine, o si llegó a ir al cine, son meras especulaciones. Las diferentes versiones de esa noche están llenas de contradicciones. Algunos dicen que se fue al Rock 'n' Roll Circus tan deprimido que compró algo de heroína y se pegó una sobredosis en el lavabo del club, y que una vez cadáver lo sacaron por la puerta trasera y lo dejaron en su piso, dentro de la bañera. Otros dicen que dejó a Alain y Pamela y se fue directamente al aeropuerto, donde lo vieron subir a un avión. O quizá se pasara toda la noche paseando. O fue a ver la película y después volvió al piso, donde se sintió indispuesto y dijo que iba a darse un baño. Esta es la versión más extendida, pero pasara lo que pasara aquel viernes por la noche, lo cierto es que el lunes, 5 de julio, empezaron a circular rumores de que Jim había muerto.

El lunes, los periódicos de Londres empezaron a llamar a las oficinas de Elektra Records en Inglaterra. Allí nadie pudo verificar que Jim estuviese vivo. Los periódicos se habían enterado de que lo habían encontrado muerto en su piso de París. ¿Cómo había empezado el rumor? ¿Era cierto esta vez? Clive Selwood, que dirigía la oficina inglesa de Elektra, llamó a la oficina francesa para verificar la noticia. En Elektra Francia ni siquiera sabían que Jim estuviese en el país. Entonces Clive llamó a la embajada norteamericana y a la policía de París. Ambas oficinas negaron cualquier conocimiento sobre la muerte de un norteamericano llamado Jim Morrison.

Clive decidió olvidar el asunto; probablemente se tratara de otra falsa alarma. Casi se había convencido, cuando dos de los semanarios musicales más importantes de Inglaterra le llamaron casi a la vez. Clive les contó lo poco que sabía. Entonces decidió llamar a Bill Siddons a Los Ángeles. A causa de la diferencia horaria, la llamada despertó a Bill.

—Bill —dijo—, no tengo ninguna prueba que lo confirme, pero nos están llegando rumores de que Jim ha muerto.

Bill casi se echó a reír.

—Por favor, Clive.

Le dijo que se volvía a la cama. Como no podía conciliar el sueño, decidió

llamar a Jim. Pamela se puso al teléfono y le dijo a Bill que sería mejor que acudiese inmediatamente (como si viviese a la vuelta de la esquina). Pamela no estaba precisamente loca por Siddons, pero sabía que este podría ocuparse de todo. Bill llamó al aeropuerto para reservar billetes en el primer vuelo a París. Entonces llamó a Ray y le despertó.

—Escucha, Ray, es *posible* que Jim haya muerto. No sé si esta vez será verdad o no. Acabo de hablar con Pam, y no me ha querido decir nada. Quiere que vaya ya. Voy a comprobarlo personalmente.

—Dios mío… —murmuró Ray—. Bueno, ve e infórmanos en cuanto sepas algo.

Bill le aseguró a Ray que así lo haría, y le pidió que llamara a los demás, pero que sobre todo les dijese que quizá no fuese más que otra falsa alarma.

—Salgo en el próximo vuelo —dijo Siddons.

—Oh, Bill —añadió Ray—. No quiero parecer morboso, pero asegúrate, por favor.

—¿Que me asegure de qué, Ray?

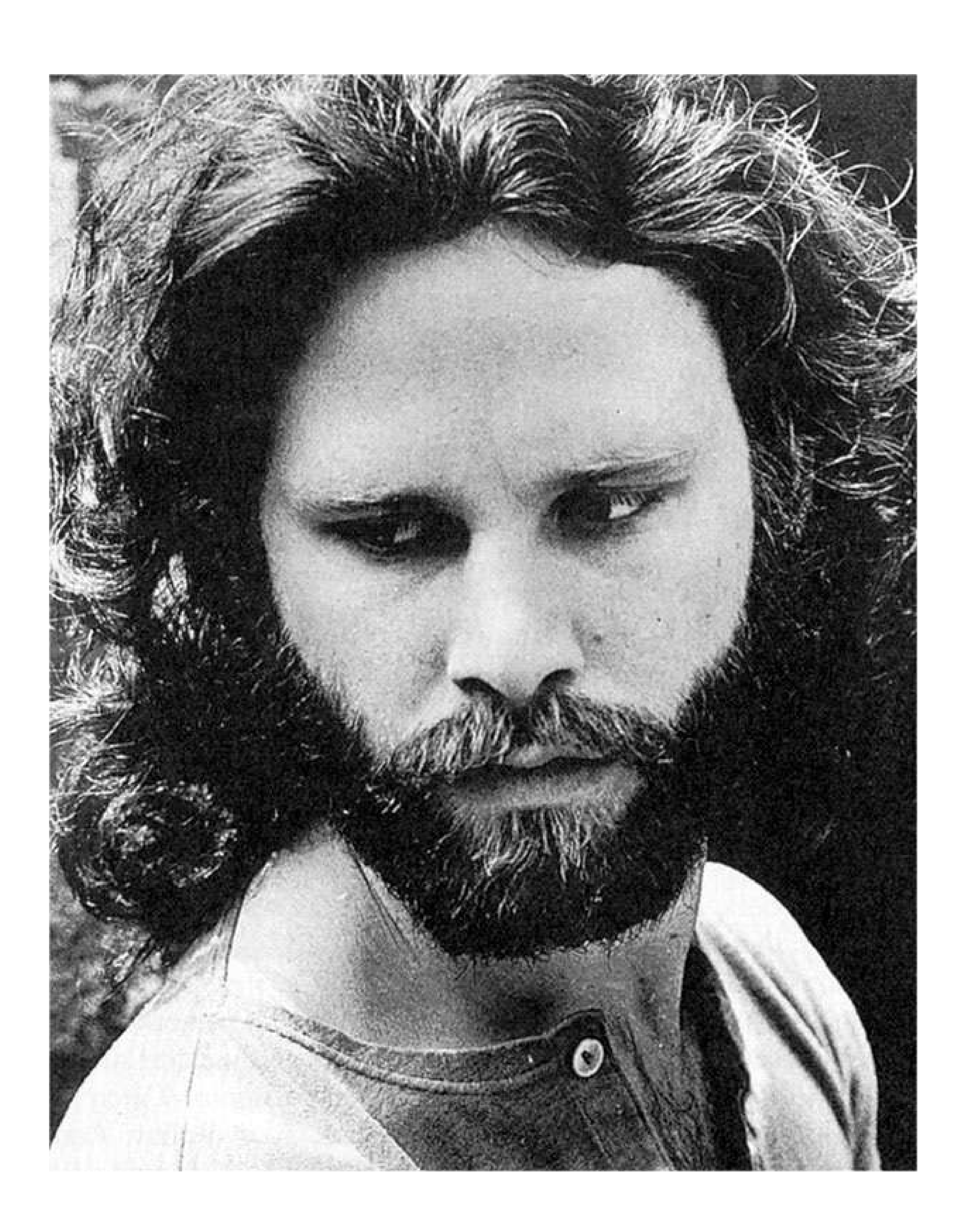
—No lo sé, tío, pero *asegúrate*.

Siddons llegó a París el martes, 6 de julio. En el piso se encontró con Pamela, un ataúd cerrado y un certificado de defunción firmado. Los arreglos para el funeral se realizaron rápidamente y en secreto. El 7 de julio Pamela presentó el certificado de defunción en la embajada de Estados Unidos, identificando a Jim como James Douglas Morrison, poeta. Dijo que no tenía ningún familiar vivo. Causa oficial de la muerte: ataque al corazón.

Siddons se ocupó de los trámites con eficacia, y el miércoles por la tarde el ataúd era enterrado en Père-Lachaise, un cementerio que Jim había visitado recientemente como turista, en busca de las tumbas de Edith Piaf, Oscar Wilde, Balzac, Bizet y Chopin. Cinco personas asistieron al entierro: Pamela, Siddons, Alain Ronay, Agnès Varda y Robin Wertle. Tiraron flores sobre la tumba y le dijeron adiós.

Bill ayudó a Pamela a empaquetar sus cosas, y el jueves volvieron a Los Ángeles, donde Bill anunció lo poco que sabía. Pamela, al parecer, estaba conmocionada, y quería descansar.

Muchos años más tarde, la gente todavía se pregunta: ¿Está *realmente* muerto Jim Morrison? Y ¿*cómo* murió?



Incluso antes de morir —suponiendo que esté muerto—, Jim era la típica persona cuya muerte se rumoreaba a menudo. Cuando Jim Morrison estaba en su heroico apogeo, «moría» casi cada fin de semana, normalmente en un accidente de coche, a menudo al caer del balcón de un hotel donde había estado fanfarroneando con sus amigos, de vez en cuando por una sobredosis de cualquier cosa relacionada con el alcohol, los alucinógenos o el sexo.

¿*Cómo* murió? A lo largo de los años ha habido incontables teorías, algunas de ellas provocadas por una extraña decepción. Muchos han afirmado, con bastante razón, que la muerte que Bill Siddons describió, un ataque al corazón en la bañera, no casaba con Jim. La versión oficial dice así: Pam y Jim estaban solos en el piso (poco después de la medianoche del 3 de julio de 1971), y Jim vomitó una pequeña cantidad de sangre. Ya le había sucedido en otras ocasiones, y aunque Pam estaba preocupada, no se alarmó demasiado. Jim le dijo que se encontraba bien y que se iba a dar un baño. Pamela volvió a dormirse. A las cinco se despertó, vio que Jim no había vuelto a la cama, fue al cuarto de baño y lo encontró dentro de la bañera, con los brazos descansando sobre los bordes de porcelana, la cabeza hacia atrás, el pelo largo y mojado enmarañado, y una sonrisa infantil en la cara bien afeitada. Al principio, Pamela pensó que se trataba de una de sus bromas macabras, pero inmediatamente llamaba a la unidad de reanimación de los bomberos. Después llegó un médico y la policía, contó Pamela, pero ya era demasiado tarde.

Un factor que causó gran parte de la incredulidad inicial fue la tardanza en dar la noticia. Bill explicó la historia a los medios *seis días* después de que Jim muriera, dos días después del funeral.

«Acabo de regresar de París, donde he asistido al funeral de Jim Morrison —dijo Siddons en una declaración (preparada por una firma de publicidad de Los Ángeles)—. Jim fue enterrado en el transcurso de una ceremonia sencilla, presenciada únicamente por unos pocos amigos íntimos. En un principio la noticia de su muerte y del funeral se mantuvo en secreto porque aquellos que le conocíamos íntimamente y le queríamos como persona deseábamos evitar la notoriedad y el ambiente circense que rodearon las muertes de otras personalidades del *rock* como Janis Joplin y Jimi Hendrix. Puedo afirmar que Jim murió en paz de causas naturales; desde marzo vivía

en París con su mujer, Pam. Había visitado a un médico en París por un problema respiratorio, y el sábado —el día de su muerte— se había quejado de ese problema…».

RAPPORT MÉDICO-LÉGAL

Je soussigné **Max VASSILLE ,médecin assermenté**

Docteur en Médecine de la Faculté de PARIS

demeurant à Paris 3I rue du Renard

requis par Monsieur BERRY Robert Commissaire de Police

de l'ARSENAL

Officier de Police Judiciaire,

agissant sur délégation de Monsieur le Procureur de la République conformément à l'article 74 du Code de Procédure Pénale, serment préalablement prêté de donner mon avis en mon honneur et conscience,

me suis presente le 3 Juillet I97I à I8 h

à (1) I7 rue Beautreillis escalier A 3e étage droite

afin d'examiner le corps identifié par l'enquête judiciaire comme étant

celui du nommé MORRISSON James

âgé de 28 ans.

J'ai constaté : que le corps ne présente en dehors de lividités cadavériques habituelles aucune trace su pecte de traumatisme ou de lésion quelqonque.Un, p de sang au niveau des narines.L'evolution de l'éta de santé de Mr MORRISON telle qu'elle nous a été racontée par un ami présent sur les lieux peut se reconstituer ainsi,Mr MORRISON se plaignait depuis quelques semaines de douleurs précordiales avec dyspnée d'effort il s'agit manifestement de troubl coronariens peut être aggravés par l'abus de boiss alcoolisées.On peut concevoir qu'à l'occasion d'un changement de température extérieure suivie d'un b ces troubles se soient aggravés brusquement donnan le classique infarctus du myocarde cause de mort subite. De mon examen je conclus

que la mort a été provoquée par un arrêt cardiaque (mort naturelle).

Paris, le 3 Juillet I97I

(1) Lieu de l'examen

Acta de defunción.

DEPARTMENT OF STATE
FOREIGN SERVICE OF THE UNITED STATES OF AMERICA

REPORT OF THE DEATH OF AN AMERICAN CITIZEN

FINAL

American Embassy, Paris, France, August 11, 1971
(Place and date)

Name in full James Douglas MORRISON Occupation Singer

Native or naturalized BORN ON December 8, 1943 AT Clearwater, Florida Last known address in the United States 8216 Norton Avenue, Los Angeles, California

Date of death July (Month) 3 (Day) 5:00 a.m. (Hour) (Minute) 1971 (Year) Age 27 years (As nearly as can be ascertained)

Place of death 17, rue Beautreillis, Paris 4, France (Number and street) or (Hospital or hotel) (City) (Country)

Cause of death Heart Failure (Include authority for statement)

As certified by Dr. Max Vassille, 31, rue du Renard, Paris, France

Disposition of the remains Interred in Pere Lachaise Cemetery, 16th Division, Paris, France on July 7, 1971.

Local law as to disinterring remains May be disinterred at any time upon the request of nearest relative or legal representative of the estate. See Decree Law of December 31, 1941, Journal Officiel, January 26-27, 1942, Page 378.

Disposition of the effects In the custody of Pamela Courson, friend.

Person or official responsible for custody of effects and accounting therefor Rear Admiral George S. Morrison, father.

Informed by telegram:

NAME	ADDRESS	RELATIONSHIP	DATE SENT
N/A			

Copy of this report sent to:

NAME	ADDRESS	RELATIONSHIP	DATE SENT
Rear Admiral George S. Morrison	Chief Naval Operations	Father	August 11, 1971
	OPO 3B - Room 4E 552		
	Pentagon, Washington, D.C. 20350		

Traveling or residing abroad with relatives or friends as follows:

NAME	ADDRESS	RELATIONSHIP
Miss Pamela Courson	17, rue Beautreillis	Friend
	75 - Paris 4, France	

Other known relatives (not given above):

NAME	ADDRESS	RELATIONSHIP
Unknown		

This information and data concerning an inventory of the effects, accounts, etc., have been placed under File 234 in the correspondence of this office.

Remarks: U.S. passport number J 900083, issued at Los Angeles, California, on August 7, 1968 cancelled and returned to father.
Filing date and place of French Death Certificate: July 3, 1971 at the Town Hall of Paris 4, France.

(Continue on reverse if necessary.)

Mary Ann Meysenburg
(Signature on all copies)

[SEAL]
No fee prescribed.

Vice Consul of the United States of America.

Over

I certify that this document is a true copy of the record contained in the files of Passport Services, Department of State.

In testimony whereof, I, GEORGE P. SHULTZ, *Secretary of State, have hereunto caused the seal of the Department of State to be affixed and my name subscribed by the Authentication Officer of the said Department, at the city of Washington, in the District of Columbia, this* seventeenth *day of* February *19*84 *Service No.* 8401708

George P. Shultz
Secretary of State

Authentication Officer

This certificate is not valid if it is altered in any way.

En los días siguientes, Siddons no dio ninguna otra información, porque carecía de ella.

Otro factor que despertó la incredulidad fue el hecho de que Siddons no llegase a ver el cuerpo. Lo que vio en el piso de Jim fue un ataúd cerrado y un certificado de defunción con la firma de un médico. No había ningún informe policial, ningún médico presente. No se había realizado la autopsia. Lo único que tenía era la palabra de Pamela de que Jim estaba muerto. ¿Por qué no se practicó la autopsia? «Porque no quisimos. Queríamos dejar en paz a Jim. Murió pacífica y dignamente».

¿Por qué no había ningún médico? Siddons no lo sabía; Pamela no se acordaba. Pero una firma puede falsificarse o comprarse.

En cualquier caso, esta es la versión oficial de la muerte de Jim Morrison. Las otras historias que se cuentan son más estrafalarias y, tal vez, más creíbles.

Los parisinos sostienen que la heroína fue la causa de su muerte. Jim había sido un habitual del Rock ’n’ Roll Circus, el local nocturno conocido entonces por ser el refugio del submundo local de la heroína. A Jim siempre le habían gustado los lugares degenerados, disfrutaba de los extremos de la sociedad. Había visitado los bajos fondos de Los Ángeles y de Nueva York en repetidas ocasiones. Solía ir al Circus, y la gente de allí le conocía. Sin embargo, su curiosidad era probablemente más la de un espectador que la de un participante. Había bebido en ese antro, pero hay pocas posibilidades de que se pinchara en el Circus. De entrada, sentía un miedo ancestral por las agujas hipodérmicas. Si esa noche se metió un chute en París, debió de ser el primero, aunque es probable que hubiese esnifado caballo anteriormente. Sin embargo, ¿acaso no lo encontraron en una bañera, que es el primer lugar adonde suelen llevar a una víctima de sobredosis para intentar reanimarla? ¿Acaso algunos de los grafitis en su tumba de Père-Lachaise, «Tened piedad de los yonquis» y «Pinchaos», no respaldan la teoría de que fue una sobredosis lo que le mató, y no un ataque al corazón?

Si Jim hubiese sufrido una sobredosis, el médico seguramente se habría

dado cuenta de las marcas de la aguja. Sin embargo, si había esnifado la heroína, no habría manera de detectarla sin conseguir una muestra de sangre. Al no haber autopsia, no lo sabremos jamás. Pero es posible. La cantidad letal de heroína inhalada es sustancialmente menor cuando se combina con alcohol. Las dos sustancias juntas paralizan el sistema nervioso central y el respiratorio, siendo el resultado una muerte rápida e indolora.

Otras teorías abundaron en algún círculo de amigos de Jim. Según uno de ellos, Jim murió cuando alguien le arrancó los ojos con un cuchillo («para liberar su mente», cuenta la historia). Otro afirmaba que una amante despechada le habría matado, a larga distancia desde Nueva York, mediante métodos de brujería. Otras teorías reivindicaban que Jim fue víctima de una conspiración política destinada a desacreditar y a eliminar el estilo de vida de los *hippies*, la contracultura y la Nueva Izquierda (en realidad, debía de tratarse de una vasta, incisiva y conectada red de conspiraciones que incluía los tiroteos de las universidades de Kent y Jackson, los disturbios de Isla Vista, los bombardeos de los Hombres del Tiempo, las duras condenas de prisión impuestas a Timothy Leary y a los Ocho de Chicago, y los asesinatos de Charlie Manson, por no hablar de las muertes de Hendrix, Joplin y los Panteras Negras). Jim era suficientemente popular y, lo que era más peligroso, suficientemente inteligente para que los poderes fácticos tuviesen buenas razones para intentar detener su influencia subversiva. Es cierto que las autoridades lo tenían controlado, como demuestra la investigación en profundidad de su pasado llevada a cabo por el FBI después de la detención de Miami.

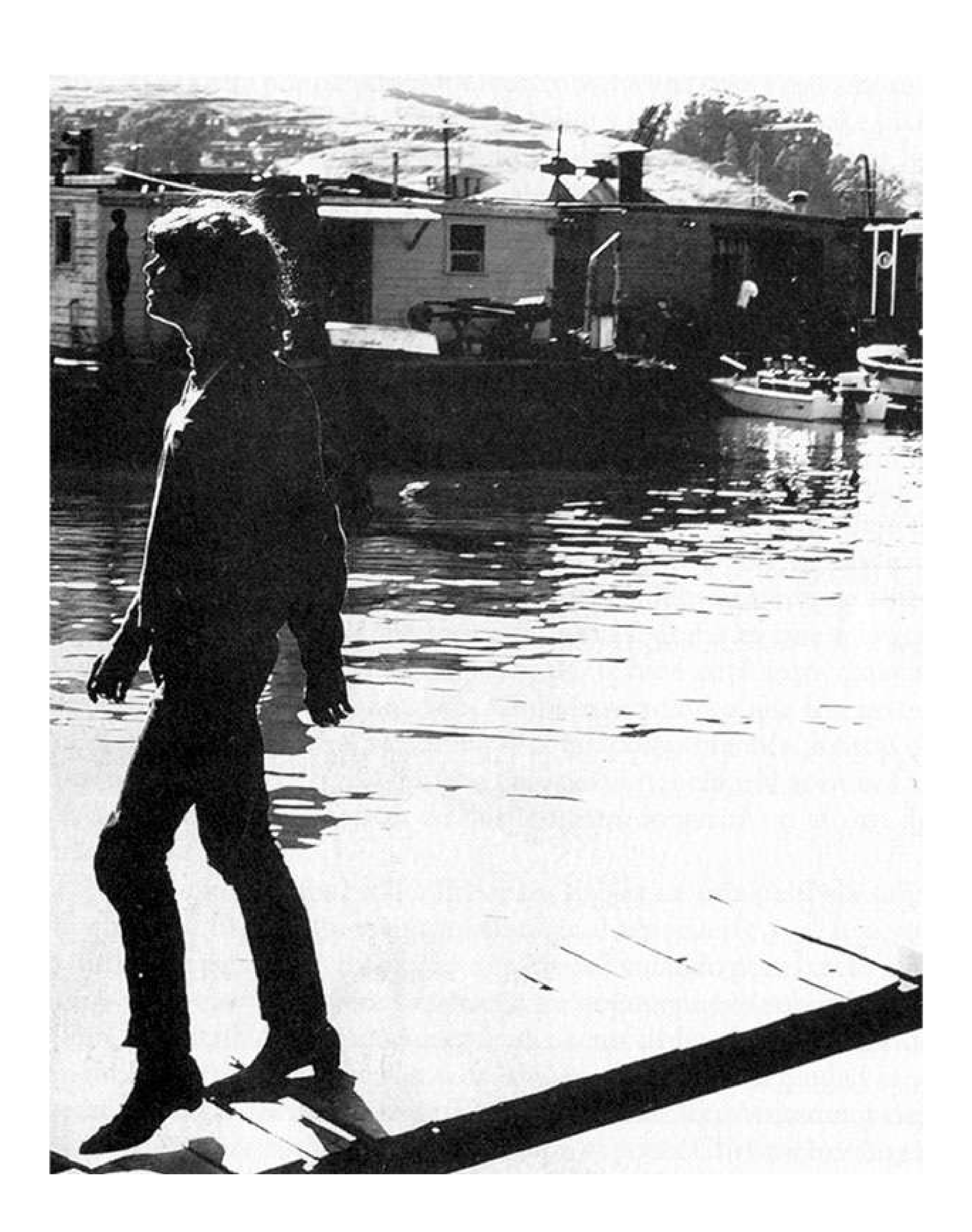
Otros, menos propensos a creer en conspiraciones, piensan que Jim sufrió una sobredosis de cocaína, una droga a la que era realmente aficionado, pero mucho menos letal que la heroína, incluso cuando se toma en grandes cantidades. Y otros afirman que Jim murió probablemente por «causas naturales», pero que Pamela no estaba allí cuando sucedió. Tal vez hubiese ido a pasar el fin de semana con el conde y no regresara hasta al lunes para descubrir que Jim había muerto, cosa que explicaría el retraso en dar la noticia. Algunas personas se limitan a encogerse de hombros y a decir que, excepto en los casos de asesinato, no tiene importancia de qué muera exactamente una persona; ya fuera una sobredosis, un ataque al corazón, o

simplemente una borrachera de muerte (como tantos supusieron desde el principio), en el fondo subyace la palabra *suicidio*. De una manera u otra, Jim había muerto víctima de sus abusos, y descubrir cómo lo había hecho era solo una cuestión de determinar el calibre de la metafórica pistola que había sostenido contra su propia cabeza.

La verdad es que nadie sabe realmente cómo murió Jim Morrison. Si alguna vez ha existido un hombre preparado y dispuesto a morir, ese era Jim. Tenía el cuerpo envejecido y el alma cansada.

Por otro lado, están quienes no creen nada de todo esto. Jim Morrison *no* está muerto, dicen. No es una afirmación tan inverosímil como pudiera parecer. Si alguna vez ha existido un hombre preparado y dispuesto a desaparecer, ese era también Jim. Casaría perfectamente con su carácter impredecible el hecho de haber escenificado su propia muerte como medio para escapar de su vida pública. Estaba harto de una imagen que había dejado atrás, pero de la que no podía desprenderse. Había buscado credibilidad como poeta, pero sus intentos habían sido frustrados por su atractivo como héroe cultural. Le gustaba cantar y amaba sinceramente el talento de los Doors, pero al mismo tiempo buscaba desesperadamente aliviarse de las presiones del estrellato. Tal vez el fin de semana del 3 al 4 de julio no hubiera hecho más que desaparecer para encontrar la paz en la escritura y la libertad en el anonimato.

En realidad, las semillas de tamaño engaño podrían haber sido sembradas con anterioridad: en el Fillmore de San Francisco, a principios de 1967, cuando los Doors todavía no habían sacado ningún disco de éxito, Jim propuso dar la noticia de su muerte para atraer la atención de todo el país hacia el grupo. También estaba aquel comentario sobre utilizar el nombre de Mr. Mojo Risin' para contactar con la oficina cuando se hubiera «largado a África». Además, él mismo contó a los dos autores de este libro, en diferentes momentos, que era capaz de cambiar radicalmente de vida, reapareciendo en el papel de hombre de negocios con traje y corbata. Steve Harris, el ayudante de Jac Holzman, recuerda claramente como Jim le preguntó, después de la muerte de Brian Jones, qué sucedería si de pronto él muriera. Jim quería saber cómo afectaría al negocio. ¿Qué diría la prensa? Y ¿quién se lo creería?



Jim ya había sembrado esas semillas en una época anterior. Cuando el poeta estudió la vida y la poesía de Arthur Rimbaud quedó muy impresionado por el hecho de que Rimbaud ya hubiese escrito toda su obra a los diecinueve años y que después desapareciera en el norte de África para convertirse en un traficante de armas y esclavos. Con Mary Frances Werbelow, Jim se enfrascaba en largas investigaciones verbales sobre cómo los discípulos habrían robado el cuerpo de Jesucristo de la cripta, bromeando sobre el «Robo de Pascua», pero abordándolo desde un punto de vista serio y lógico.

Todos los amigos íntimos de Jim coinciden (y algunos insisten) en que no solo una broma de este calibre sería algo totalmente propio de Jim…, sino que, con la decidida ayuda de Pamela, es muy posible que, por increíble que parezca, pudiera haberse salido con la suya.

Agnès Varda y Alain Ronay no hablan del tema. Robin Wertle y Hervé Muller juran que no saben nada concreto. Siddons solo sabe lo que vio y lo que le dijo Pamela. Y Pamela se llevó el secreto a la tumba, al morir tres años después que Jim.

Han pasado ya bastantes años, y todavía no se tienen noticias de Mr. Mojo Risin'.

---

[28] Gallina cobarde.

Epílogo

Jerry Hopkins

Por supuesto, el misterio asociado al certificado de defunción de Jim contribuyó en gran parte a todo lo que sucedió después. El mundo occidental es reacio a liberarse de sus héroes, y cuando empezaron a circular rumores de que Jim podría no haber muerto, pasó a engrosar las filas de un pequeño panteón de figuras heroicas (y a menudo espeluznantes) cuyos admiradores (y fuertes detractores) preferían creer que esas figuras seguían vivas. Así, Hitler estaba vivo, al igual que James Dean y el presidente Kennedy, y pocos años más tarde el difunto Elvis Presley empezó a ser visto por todas partes con una hamburguesa con beicon y queso en la mano. Desde entonces, las cosas no han cambiado demasiado. A medida que iba pasando el tiempo, algunos amigos de Jim y Pamela empezaron a contar lo que sabían, y aunque todo lo dicho apuntaba de un modo irrefutable al fallecimiento de Jim, sigue habiendo personas, y probablemente siempre las habrá, que se niegan a creer que Jim está muerto, y tantas otras que se resisten a dejarlo descansar en paz.

Esto es algo que se hizo evidente en el cementerio Père-Lachaise, donde muy pronto las tumbas y las lápidas del camposanto se llenaron de flechas pintadas con espray para señalar el camino hacia una tumba que por entonces no tenía otra marca que un rótulo hecho a mano, un parterre de conchas marinas y la presencia continua de los seguidores del cantante, con sus flores, su incienso y sus poemas, que se pasaban el día y la noche meditando en silencio o bien bebiendo y colocándose.

Pamela regresó a California después del funeral y se trasladó a una pequeña

casa en Sausalito ocupada por su vieja amiga (y antigua publicista de Jim) Diane Gardiner, que por aquel entonces trabajaba para los Jefferson Airplane. Diane me contó, mucho más tarde, que Pamela «estaba muy afectada, totalmente desolada». En efecto, el dolor de Pam iba más allá de las lágrimas y de la pena, se encontraba realmente en estado de *shock*. Es triste constatar que Pamela, la «compañera cósmica» de Jim, nunca se recuperó de la muerte de su amante. No debería resultar sorprendente que buscara refugio y alivio en los opiáceos, en los tranquilizantes, de los cuales la heroína es el más potente.

Al mismo tiempo, Pamela luchaba valerosamente por ser reconocida como la esposa legal de Jim. Al principio pensó que sería fácil. Jim había encargado a su abogado, Max Fink, que redactara un testamento en 1969, en el cual la designaba como única heredera. (En caso de muerte de ella, los bienes de Jim debían ser repartidos equitativamente entre el hermano y la hermana de Jim; sus padres no aparecían mencionados). En noviembre de 1971, Pamela presentó una «declaración en apoyo de una pensión de viudedad», solicitando una mensualidad a cuenta de la herencia, que por entonces estaba en proceso de legitimación. En esa declaración, afirmaba que Jim y ella habían satisfecho los requerimientos de Colorado para el reconocimiento del matrimonio civil, durante una visita que los Doors hicieron a ese estado en 1967. Declaraba que desde aquel momento, Jim le había pagado todos los gastos y que habían vivido como marido y mujer.

Pero no resultó ser tan fácil. Un mes después de que solicitara la pensión, Max Fink y el otro abogado de Jim en Miami pusieron una demanda contra la herencia, pidiendo una compensación económica por su tiempo y sus servicios. Consternada, impaciente y sin un céntimo, Pam contrató a una sucesión de abogados, todos los cuales, a su vez, fueron añadiendo demandas contra la herencia para poder cobrar las facturas impagadas. Así, durante más de dos años, los bienes estuvieron congelados, mientras Pamela iba pasando de amigo en amigo, regresando por fin a West Hollywood, donde se las arregló para vivir en un sencillo pero confortable apartamento de una sola habitación.

En 1974 se llegó a un acuerdo, y mientras se estaba efectuando la valoración definitiva de la herencia, Pam murió a causa de una sobredosis de

heroína, apenas unos días antes de ser aceptada como la heredera que ella afirmaba ser. Pamela no había dejado testamento, de modo que sus bienes (los de Jim) fueron a parar a sus parientes más cercanos, sus padres, que no tardaron en notificar sus derechos ante los tribunales. Entonces, los padres de Jim, que por entonces vivían no demasiado lejos de Pamela, en Orange County, y que se habían contentado hasta entonces con respetar el legado de su hijo haca la chica que más quería, entraron en acción para pedir un reparto justo. Esto hizo que la herencia volviera a los tribunales, y no fue hasta 1979 que ambas partes decidieron repartirse equitativamente las ganancias de Jim. Para entonces, Jim Morrison era casi tan famoso «muerto» como lo había sido en vida.

En 1977, los tres Doors se reunieron para escribir la música para los poemas que Jim había grabado el día que cumplió veintisiete años. El LP resultante, *An American Prayer*, era verdaderamente un acto de amor. Ray Manzarek, Robby Krieger y John Densmore habían dado a Jim lo que él no había podido completar en vida, su álbum de poesía. El LP fue nominado a un Grammy en la categoría de Mejor Álbum de Spoken Word.

1979 fue el año en que el culto floreció, cuando Francis Ford Coppola, que había estudiado en la UCLA apenas uno o dos cursos por encima de Jim y Ray, utilizó «The End» en los créditos iniciales de su película *Apocalypse Now*. Elektra Records publicó por fin el largamente esperado *The Doors Greatest Hits*, que pronto se convirtió en el álbum de ventas más rápidas y cuantiosas de los Doors. Cuando el presente libro apareció un año más tarde, se disparó al puesto número uno en la lista de los más vendidos del *New York Times*, donde permaneció durante nueve meses. Ninguna biografía sobre *rock and roll*, ni siquiera la historia autorizada de los Beatles escrita por Hunter Davies, había tenido ese tipo de éxito ni una vida tan larga en las librerías. Con el éxito de *De aquí nadie sale vivo*, las biografías sobre *rock* se convirtieron de pronto en una nueva categoría editorial. Las ofertas para comprar los derechos cinematográficos del libro no tardaron en llegar.

Al libro le siguió un documental de una hora (que se sigue emitiendo en los canales de televisión por cable), mientras que mi coautor Danny Sugerman reunió en formato de libro ilustrado su «álbum de recortes» original e interno, acompañado por casi un centenar de fotos inéditas y publicado bajo el título

de *The Doors Illustrated History*.

Los Doors supervivientes grabaron dos álbumes como trío y luego Ray abandonó la banda, con el objetivo de grabar la música que se convertiría en su primer álbum en solitario, *The Golden Scarab*. Robby y John comenzaron a trabajar en un proyecto propio y los Doors como entidad interpretativa dejaron de existir al tiempo que su catálogo musical tomaba un impulso propio. El grupo dejó que el catálogo existente de los Doors hablara por sí mismo. Cosa que sin duda alguna hizo, con una voz fuerte e insistente.

Mientras tanto, el *rock and roll* había demostrado su capacidad comercial en las salas de cine con el estreno de *Fiebre del sábado noche, Grease, The Buddy Holly Story, La rosa* (inspirada en la vida de Janis Joplin) y *Granujas a todo ritmo*. Por consiguiente, docenas de productores, directores, actores y guionistas competían por los derechos para hacer una película basada en la vida de Jim.

A lo largo de los años setenta y ochenta, Hollywood había estado llamando a la puerta de los Doors, en busca de los derechos de la música de la banda, que se consideraban esenciales para producir una película. Francis Ford Coppola, Martin Scorsese, el productor de *Grease* Allan Carr, William Friedkin (director de *El exorcista* y *The French Connection*), Martin Sheen, Brian De Palma, Paul Schrader y quién sabe cuántos más querían producir o dirigir. La lista de Morrisons futuribles era otro «quién es quién» del mundo del espectáculo, e incluía a John Travolta, Keanu Reeves, Timothy Bottons, Harry Hamlin, Michael Ontkean, el cantante solista de INXS (Michael Hutchence), Jason Patric, Richard Gere y Tom Cruise. Los Doors se reunieron diligentemente con los interesados, pero no se concretó nada hasta que el tres veces ganador de un Oscar de la Academia Oliver Stone entró en escena a través de Danny Sugerman, cuyo libro *Wonderland Avenue*, había considerado como opción el director antes de lograr el éxito comercial con *Platoon*.

Al final, en la película, Oliver describió a Jim como un capullo autoindulgente y empapado en alcohol. Por supuesto, lo era. Pero era muchas cosas más: una persona inteligente, sensible, generosa, encantadora, infantil e irónica. Era capaz de reírse de sí mismo. Por muy molesto que pudiera llegar a ser, nunca se tomó en serio. Y por muy difícil que fuera trabajar con él, la

recompensa por hacerlo solía ser mucho mayor que los inconvenientes.

Cuando se había estrenado la película anterior de Oliver, *Nacido el cuatro de julio*, las críticas se basaron en el modo en que había tergiversado los hechos de la que en teoría debía ser la historia de un veterano de Vietnam que se rebela contra la guerra. Ahora, Oliver estaba haciendo lo mismo con la historia de Jim y de los Doors. Mezcló los personajes. Ignoró la cronología. Algunas de las escenas más feroces de la película eran de ficción. Por ejemplo, Oliver describió a Ray, Robby y John vendiendo «Light My Fire» para un anuncio de televisión de Buick, cuando este hecho nunca ocurrió. En realidad, a día de hoy, cuando las canciones de los años sesenta suenan de manera rutinaria en anuncios de radio y televisión, los Doors, a pesar de los millones de dólares en ofertas que les llegan año tras año, siguen rechazando todas las insinuaciones publicitarias.

Los Courson solicitaron y les fueron concedidos los derechos para administrar la obra poética de Jim en el tribunal que tramitaba la división de la herencia, y con su aprobación y participación, Frank Lisciandro editó y reunió dos colecciones póstumas y siguió trabajando en un tercer volumen. No obstante, se necesitaron todavía quince años desde la muerte de Jim para que este proyecto legalmente autorizado pasara de los diarios y las libretas personales de Jim a las estanterías de las librerías. ¿Por qué tanto retraso, cuando el deseo de Jim de ser reconocido como poeta era tan sabido? Cuando, en 1986, se produjo una fiebre de ofertas para publicar unos poemas escritos a mano por Morrison recién descubiertos, los Courson se apresuraron a reclamar la propiedad de los poemas y a continuación no perdieron ni un segundo en vender el material recogido en libretas que habían estado en su poder durante todo ese tiempo.

Cuando la película se estrenó por fin, en otoño de 1990, los medios de comunicación enloquecieron. El rostro de Jim ocupó las portadas de miles de revistas y la música de los Doors fue escuchada por un número de personas mayor que nunca con anterioridad. Millones de personas que no habían oído hablar de los Doors los descubrían ahora con un subidón de emociones.

París nunca había visto nada parecido. Por lo menos, el personal del cementerio nunca hubiera esperado lo que sucedió, por muy hastiado que estuviera ante la presencia de tantas tumbas de personajes famosos. Para su

sorpresa, en aquel entonces, el número de fans que visitaban la tumba de Jim llegó a ser tan cuantioso que el cementerio fue identificado como la tercera atracción turística más popular de la ciudad, solo por detrás de la torre Eiffel y del museo del Louvre. El 3 de julio de 1991, en el vigésimo aniversario de la muerte de Jim, los peregrinos se contaron por millares, hasta el punto de que se produjeron importantes disturbios.

Desde entonces, la dirección del cementerio ha colocado un guardia ante la tumba, y ha decidido que el problemático cantante deberá ser exhumado y enterrado en otro lugar tan pronto como sea legalmente posible. En Père-Lachaise, las tumbas no se venden, sino que se alquilan, y al morir Jim, Pamela arrendó una por treinta años, con vencimiento en 2001. Aunque los padres de Jim asumieron la responsabilidad de limpiar los grafitis de las tumbas adyacentes (después de que las familias de los que estaban enterrados en las tumbas cercanas los denunciaran por ello), se les informó de que el 6 de julio de 2001, treinta años después de que el poeta fuera sepultado, debía ser desenterrado y trasladado a otro lugar, a cualquier otro lugar.

Hubo más controversia en relación a las circunstancias de la muerte de Jim. Durante los meses anteriores y posteriores al estreno de la película, nuevas informaciones salieron a la luz pública. En primer lugar, los documentos oficiales de la policía francesa se destaparon. No hacían más que añadir detalles a la historia oficial, según la cual Jim había muerto a causa de un ataque cardíaco en la bañera. Pero entonces, después de veinte años de silencio, Alain Ronay y Agnès Varda, dos de las cinco personas presentes en el funeral, concedieron una entrevista a *Paris-Match*, y contaron que Pamela los llamó después de encontrar muerto a Jim. Corrieron al piso de Morrison, y al llegar, descubrieron que los bomberos y la policía ya habían llegado al escenario.

Se les informó de que los esfuerzos de resucitación cardiopulmonar no habían funcionado y que el cadáver de Jim había sido trasladado del cuarto de baño a la cama. Llegó un médico. En el lugar de los hechos y más tarde en su declaración, Pamela dijo a la policía que Jim no había tomado drogas y que tenía un problema respiratorio complicado por una tos crónica. Dijo que tenía antecedentes de episodios de asma y que era un fumador empedernido. El médico examinó el cuerpo, no encontró pruebas sospechosas (como marcas

que pudieran haber sido causadas por el uso intravenoso de drogas) y dijo que la muerte era debida a causas naturales, un «infarto de miocardio» o ataque al corazón. Bajo estas circunstancias, se decidió que no era necesaria una autopsia y Pamela recibió permiso para continuar con los planes para el funeral.

Veinte años más tarde, Ronay y Varda contaron a *Paris-Match* que Jim y Pamela habían compartido heroína (tal vez incluso era la primera vez que Jim la consumía) después de pasar la noche bebiendo en diversos bares. Jim puso una cinta del primer álbum de los Doors en el equipo, y se quedaron adormecidos. Pamela relató que la tos de Jim la había despertado. Jim dijo que quería darse un baño. Pam volvió a dormirse, se despertó al cabo de unos instantes y fue al cuarto de baño, donde encontró a Jim en la bañera, quejándose de que tenía ganas de vomitar. En tres ocasiones, Pamela le acercó un cacharro de cocina, limpiándolo en la pila cercana cada vez que vomitaba. Pamela relató a Varda y a Ronay que Jim había dado muestras de recuperarse, y que le había dicho que volviera a la cama. Dijo que se reuniría con ella en un minuto. Cuando Pamela volvió a despertarse, llamó a la policía.

La conjetura es que Jim murió por una sobredosis inadvertida, que la heroína y el alcohol actuaron de manera sinérgica, que la acción conjunta de las drogas incrementó el efecto de cada una de ellas. En otras palabras, uno más uno es igual a tres. Cuando *De aquí nadie sale vivo* se publicó en 1980, el final era algo ambiguo (como demuestra el capítulo anterior, que se ha mantenido intacto). Dejaba abierta la causa de la muerte, y sugería que, en realidad, James Douglas Morrison, poeta norteamericano, podría incluso estar vivo. Danny y yo lo hicimos así por varias razones. En primer lugar, no sabíamos exactamente cómo había muerto Jim. Danny habló con Pamela, y si bien le pareció una persona destrozada por el sentimiento de culpabilidad (una opinión compartida por Diane Gardiner), durante la conversación, en relación a Jim, dio muestras de una inconsistencia radical, pasando de la afirmación «no fue culpa mía», a «si está vivo, llamará».

También creímos que este final encajaba. Jim había ido a París para alejarse de la fama y la notoriedad, y la muerte era el siguiente paso lógico, incluso aunque no fuera una verdad verificable. Y sentíamos que a Jim le hubiera

encantado un final abierto de la historia. Como se detalla en el último capítulo, Jim veneraba al poeta francés Rimbaud, que había escenificado su propia muerte (en una inocentada), y desaparecer de esta manera era un deseo que Jim había expresado en muchas ocasiones.

Nadie sabrá nunca lo que ocurrió exactamente aquella noche. Solo Pamela estaba presente y es probable que no estuviera lo bastante despierta o sobria para saberlo, y de estarlo, se llevó el secreto a su propia tumba, dejando atrás un rastro de historias contradictorias.

Sin embargo, esto no es suficiente para explicar la popularidad imperecedera de Jim Morrison y de los Doors. Tiene que haber algo más para que Wallace Fowlie, profesor de la Universidad de Duke y crítico literario, escribiera un libro titulado *Rimbaud and Jim Morrison: the Rebel as a Poet,* y para que otros colegas y universidades hayan incluido la poesía de Jim en sus programas de estudio. Ni tampoco es suficiente para aclarar por qué el primer libro de poemas de Jim, *Los señores y las nuevas criaturas*, iba en 1995 por la trigésimo primera edición. Cuando *De aquí nadie sale vivo* vio la luz en 1980, el libro de poemas estaba descatalogado. De hecho, todas las editoriales importantes de la Costa Este habían rechazado el manuscrito original en 1976 afirmando con total seguridad que el momento de Jim ya había pasado. Cuando nuestro libro obtuvo un éxito tan enorme e inesperado, los editores se apresuraron a reimprimir *Los señores y las nuevas criaturas*. (Los volúmenes siguientes se vendieron aún mejor. *Wilderness* llegó a las listas de los más vendidos del *New York Times* nada más salir, una verdadera rareza para un poeta norteamericano). Tampoco es suficiente para explicar la composición demográfica de sus seguidores, que hoy en día incluye a un público internacional de personas que no habían nacido cuando los Doors estaban grabando sus éxitos. Los Doors son una de las pocas bandas que gustan a la vez al público joven de la MTV y al público más mayor de la VH1, la radio universitaria y el *rock* «clásico», la radio alternativa y el AOR. La música de los Doors encuentra su lugar en las listas de reproducción de todos ellos.

Evidentemente, Jim se ha convertido ya no en alguien que puede o puede no estar muerto (una figura heroica cuyos seguidores niegan que sea enteramente mortal), sino en un símbolo viviente de la rebelión, la alienación

y la búsqueda, temas que son tan universales como atemporales, especialmente entre los jóvenes. Jim fue, para mí, el único representante totalmente honesto de la «brecha generacional» que he llegado a conocer. Si se trataba de rechazar los valores de la generación anterior (otro tema que no conoce fluctuaciones de tiempo ni de espacio), Jim no solo negó las ideas y los valores de sus padres, sino que negó su misma existencia, insistiendo en que estaban muertos.

Rechazaba también el materialismo. Muchas estrellas de *rock* de la época pregonaban las bondades de una vida sencilla y apegada a la tierra, pero la mayoría adquiría grandes coches, grandes casas y grandes adicciones a las drogas tan pronto como los *royalties* por la venta de discos y los cachés de los conciertos en directo se lo permitían. Que yo sepa, Jim solo compró una propiedad (haciendo caso omiso de las dudosas inversiones que el antiguo contable de los Doors les seleccionaba), y fue una pequeña cabaña para Pamela. Compró algunos coches (siempre de fabricación norteamericana), pero en general se desplazaba a pie o en taxi. La oficina de los Doors, el estudio de grabación de Elektra, los bares a los que iba a beber y las habitaciones de motel de 10 dólares por noche en las que vivía se encontraban en un radio de cuatro manzanas. Normalmente, sus únicas posesiones en un momento determinado consistían en ropa suficiente para una semana, cuatro o cinco cajas de cartón con libros de bolsillo, y un paquete de seis cervezas.

Más allá de la imagen, más allá del estilo de vida, fue la música de los Doors lo que cimentó su inmortalidad.

Cantó sobre «el fin», serpientes y caballos ahogados en una época en que otros intérpretes cantaban sobre llevar flores en el pelo y colocarse con una ayudita de sus amigos. Animaba a sus seguidores a poner a prueba los límites personales, a «irrumpir en el otro lado». Él mismo vivía al límite, en un lugar donde, siguiendo la verdadera tradición dionisíaca y existencialista, se «levantaba por la mañana / y pillaba otra cerveza / porque el futuro es incierto / y el final siempre está cerca». Contó a una generación hambrienta de amor que «la música es vuestra única amiga». Habló directamente al mal de la soledad: «Hola, te amo, ¿me dices cómo te llamas?» Y: «Cuando eres extraño, nadie se acuerda de tu nombre […] la gente es extraña cuando eres

un forastero, / los rostros son feos cuando estás solo». Captó la impaciencia de una generación que estaba frustrada y rabiosa por el modo en que funcionaban las cosas: «¡Queremos el mundo y lo queremos ahora!».

En su libro *Riders on the Storm*, John Densmore recordaba sus sentimientos hacia Jim, espoleado por un artículo de la *Rolling Stone* (de 1981) titulado «He's Hot, He's Sexy, He's Dead».[29] Era un artículo escrito por una mujer joven que todavía debía de ir al jardín de infancia cuando los Doors estaban en la cima. Afirmaba que el aspecto más importante de la popularidad prolongada de Jim era que los chicos de todas las edades necesitaban «un ídolo que no fuera limpio como una patena». Este hecho, resaltaba Densmore, daba a la gente «permiso para la juerga. Enhorabuena, Dionisio», escribió.

Muchas personas hicieron más que leer o escuchar la poesía de Jim. La tomaron como un modo de vida. No solo en los sesenta, sino en todas las décadas desde entonces.

Aproximadamente dos años después de la muerte de Jim, almorcé con Pamela, que me preguntó por qué estaba escribiendo el libro. Le dije, sencillamente, que lo hacía porque la muerte de Jim me había afectado más de lo normal teniendo en cuenta la relación que habíamos tenido, y quería saber por qué. No habíamos sido amigos íntimos, más bien «conocidos íntimos». Le dije a Pamela que también creía que Jim no había sido tratado con justicia por la prensa cuando estaba vivo, y que los Doors, como grupo, raras veces recibían el aplauso crítico que merecían.

Debo añadir, como pie de página, que cuando acabé de escribir los primeros borradores del libro, Jim Morrison ya no me gustaba tanto como antes de empezar. Tal vez porque muchas de las personas a las que entrevisté, sus amigos, supuestos amigos, conocidos y amantes, eligieron enfatizar los aspectos más negativos y sensacionalistas. La imagen que surgía era, en general, de todo menos adorable. En los momentos que compartí con Jim, él siempre se comportó con unos modales exquisitos. Pero, al fin y al cabo, yo pertenecía a la prensa, era el articulista de *Rolling Stone*.

No llegué a descifrar por qué me había afectado tanto la noticia de la muerte de Jim. Tal vez fuera por la misma razón que afectó a tantos otros.

La música me atrapó.

[29] «Es excitante, es sexi, está muerto».

Epílogo

Michael McClure

Agosto de 1979

El poeta Blake dijo: «El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría». Jim Morrison comprendió el mensaje, y fue excesivo. O bien los poetas alcanzan la sabiduría porque son, efectivamente, poetas, o no llegan nunca a ella porque son idiotas divinos. Es una cosa y es lo mismo.

Otro proverbio del *Matrimonio del cielo y el infierno* de Blake dice: «La Prudencia es una vieja, fea y rica solterona cortejada por la Incapacidad». Jim no fue prudente, y de ello se deriva que apenas conociera la incapacidad. Jim era un héroe metafórico que nos emocionaba con su energía y su atrevimiento. Percibía con sus sentidos y los alteraba con alcohol (sagrado para Dioniso, el dios del drama y la embriaguez), con ácido y con el elixir interior de su propia ebullición y exuberancia. Jim era uno de los espíritus más brillantes que he conocido nunca, y uno de los más complejos; todos los mamíferos hechos de carne y nervios estamos destinados a la complejidad.

A Jim le fascinaba lo que experimentaba con sus sentidos y se deleitaba siempre con los cambios de su sistema nervioso. Cuando dejó de ser el cantante enfundado en cuero o el *sex symbol* de los Doors, se convirtió en la bella ruina que floreció en forma de fornido cantante de *blues*.

Una de las cosas que me gusta de esta biografía es que muestra que Jim se reconocía como poeta. Esa fue la base de nuestra amistad y nuestra fraternidad. Los autores también reconocen que Jim no era un materialista, que no perseguía el dólar, como muchos artistas de *rock ’n’ roll*. Lo que a Jim le gustaba era la experiencia y la acción. Deseaba la transubstanciación

de la naturaleza material en el oro del deleite descontento.

Jim y yo nos vimos en Londres para hablar de una película sobre mi obra *The Beard*. Jim me vino a buscar al aeropuerto y yo le conté que había imaginado a los poetas románticos volando por el cielo nocturno alrededor del avión. Le enseñé un poema nuevo sobre Billy el Niño, y él escribió espontáneamente un poema dedicado a Jean Harlow en mi cuaderno de notas.

Hicimos la visita poética de la ciudad atravesando los garitos de *striptease* del Soho hasta el Tate Museum, y después condujimos bajo la luz de la luna con el poeta Christopher Logue para ver el hospital que hay ahora donde antes vivió Blake. Nos convertimos en breves asiduos de los clubs musicales The Bag of Nails y Arethusa's, donde vimos a Christine Keeler y a las estrellas de la pantalla, bebimos copas de Courvoisier y mantuvimos conversaciones filosóficas con directores de cine.

En Londres vi por primera vez los poemas de Jim. En la lúcida luz amescalinada de una resaca encontré el manuscrito de *Las nuevas criaturas* sobre la mesa de su piso de Belgravia, y lo que leí me emocionó. No creo que haya ningún poeta mejor que Jim en su generación. Pocos poetas han sido figuras públicas de su calibre (tal vez Mayakovski en la Rusia de los años veinte y treinta) y ninguno ha tenido una carrera tan breve y poderosa.

Todo el mundo ha escuchado la música de los Doors y conoce la leyenda, pero es posible que la gente leyera sus poemas porque era una estrella de *rock*, y Jim era consciente de ello. Guardaba sus poemas concienzuda y cuidadosamente, y trabajaba en ellos en secreto.

Cuando vi el manuscrito de *Las nuevas criaturas* en Londres, sugerí a Jim que realizase una edición privada solo para sus amigos, y que después entregara el libro a un editor comercial si así lo deseaba. Y así lo hizo. Jim era dos artistas en un solo hombre, el cantante vehemente y apasionado (yo he visto a Jim cantar durante tanto tiempo que la gente acababa por tumbarse en el suelo para escucharle) y el silencioso, dotado y joven poeta de la página. Era Mr. Mojo Risin' y era James Douglas Morrison, un poeta de descendencia escocesa-americana.

He participado en lecturas poéticas con Jim y he visto su miedo y determinación a que se le escuchara a ese nivel. Después de su muerte, he escuchado unas cintas de Jim grabadas en una casa de juego que fue un

antiguo fuerte alemán en el África oriental. En todas las ocasiones, he oído a un artista.

Cuando leo a Jim, siento al amigo que añoro. Siento a Jim presente, como un hermano con el que hablar.

Como dijo George MacDonald:

Solo la muerte salva de la muerte.
El amor es muerte, y por ello es valiente.
El amor puede llenar la tumba más honda.
El amor sigue amando bajo la ola.

La presencia y el arte de Jim crearon una vibrante ola, y ahí está él como una brillante estatua cantando entre los focos y los amplificadores. Pero sus poemas y sus canciones siguen demostrando, con excelencia, que *solo la muerte salva de la muerte*.

Agradecimientos

Un año después de la supuesta muerte de Jim Morrison, Jerry Hopkins fue enviado a Europa como corresponsal itinerante de *Rolling Stone*. Este hecho hizo que no le fuese difícil conocer los detalles de la única gira europea de los Doors y de los últimos meses de Jim en París. Para investigar el resto de su vida, Jerry viajó desde su residencia en Los Ángeles hasta las antiguas casas de Jim en Clearwater y Tallahassee, Florida; a Alexandria, Virginia; y Alameda, California; así como a Nueva York, Atlanta y Valdosta (Georgia), San Francisco, Mammoth y Monterrey (California), y Miami (Florida).

Los autores están especialmente agradecidos a los tres Doors supervivientes, Ray Manzarek, Robby Krieger y John Densmore; Bill y Cheri Siddons; Frank y Kathy Lisciandro; Babe Hill; Leon Barnard; Paul Rothchild; Diane Gardiner; Paul Ferrara; Bruce Botnick; Gloria Stavers; Michael McClure; Hervé Muller; Billy James; Denny Sullivan; Ronnie Haran Mellen; Jac Holzman; Dorothy Manzarek y Lynn Krieger.

A aquellos que ofrecieron su valioso tiempo y recuerdos a Jerry: Patricia Kennely; Rosanna (White) Norton; Fred e Ilana Myrow; Tandy Martin Brody; Vince Treanor; Gerard (Fud) Ford; Phil Oleno; señora de Walter Martin; James Merrill; Randy Maney; Andy Morrison; Bob Hungerford; Ralph Turner; Sammy Kilman; Thad Morrison, Jr., y Thad Morrison III; Margaret Morrison Blumberg; Nick; Pamela Zarubica; David Thompson; señora de Paul R. Morrison y John DeBella.

Otras personas a quien Jerry entrevistó: Elmer Valentine; Mario; Larry Marcus; Harvey Perr; Sylva Romano; Mike Gershman; Danny Fields; Jonathan Dolger; Judy Sims; David Anderle; Digby Diehl; Russ Miller; Mike

Hamilburg; Michael Ford; Garry Essert; Julia (Brose) Densmore Negron; Gayle Enochs; Charles Lippincott; Barry Opper; Eva Gardonyi; John Ptak; Linda Kelly; Gay Blair; Bill Runyan; George (Bullets) Durgom; Salli Stevenson; Jac Ttana (Joe Kooken); Anne Moore; Bill Belasco; Ron Raley; Nina y Adam Holzman; Todd Schiffman; Paddy Faralla; Bill Kerby; Renata Eder; Sue Helms; Pamela Courson; Stanton Kaye; Naomi Grumette; Clare (Sparks) Loeb; Marshall Brevitz; Anne Schlosser; Paddy Monk; Judy Huddleston; Samantha Spitzer; Ellen Sander; Bill Graham; John Harris; Alan Weber; Bill Thompson; Ned Moraghan; Robin Wertle; Patricia Charley; Leslie Gilb; Steve Wax; Trina Robbins; Philippe Paringaux; Elizabeth (ZoZo) Larivière; Yvonne Fuka; Dominique Lamblin; Phil Trainer; Cameron Watson; Hervé de Lilia; Arthur Dorlag; Charles Reimer; Ashley Ahl; Joe Burke; Luther Davis, Jr.; Tom Reese; Frances Warfield; Hilton Davies; Diane Warfield; Deucalion Gregory; Ihor Todoruk; James Blue; Colin Young; John Tobler; John Morris; Clive Selwood; David Apps; Elliott Kastner; Chris Greenwood; Rory Flynn; Gus Dana; Terence McCartney Filgate y Roger Tomlinson.

También me gustaría dar las gracias a las siguientes personas: Rich Linnell; Kim Fowley; Iggy Pop; Alice Cooper; Patti Smith; Alan Lanier; Nigel Harrison; Jim Ladd; Shelly Ladd; Harvey Kubernick; Penelope Abrams; Mel Posner; Marty Fox; Bob Greene; Eric Rudolph; Elektra Records, Nueva York y Los Ángeles (en especial a las chicas de publicidad de la Costa Oeste); Marcy Rudo; Dave Marsh y Todd Gray. También a mi familia; a Barbara Reinhart; Ken Keyes; John Randell y Shep Gordon, todos los cuales inspiraron y apoyaron mi tarea de una manera u otra.

Estoy en deuda con la Oficina de Información Pública de la Marina de Estados Unidos en el Pentágono; Elektra Records Internacional; los archivos de las revistas *Billboard* y *Cashbox*; el *Miami Herald* y el *Miami News Leader*; *Los Angeles Times*; *Melody Maker*; *New Musical Express*; Rogers, Cowan y Brenner en Beverly Hills y en Londres; Gibson y Stromberg; Universidad Estatal de Florida; Escuela Preparatoria de St. Petersburg; Instituto George Washington; revista *Crawdaddy*; revista *Creem*; *The Village Voice*; *Rolling Stone* y revista *Circus*.

Jerry y yo quisiéramos dar las gracias especialmente a los seguidores de los

Doors en todo el mundo, que han demostrado cómo lo bueno nunca muere, que Jim Morrison y los Doors continúan vivos a través de su música y sus canciones.

Discos

Todos los discos disponibles
a través de Elektra Entertainment Group
* *disponibles solo en casete*
\+ *descatalogados*

EKS-74007 ***The Doors*** (enero de 1967): Break On Through, Soul Kitchen, The Crystal Ship, Twentieth-Century Fox, Alabama Song, Light My Fire, Back Door Man, I Looked At You, End Of The Night, Take It As It Comes, The End

EKS-74014 ***Strange Days*** (octubre de 1967): Strange Days, You're Lost Little Girl, Love Me Two Times, Unhappy Girl, Horse Latitudes, Moonlight Drive, People Are Strange, My Eyes Have Seen You, I Can't See Your Face In My Mind, When The Music's Over

EKS-74024 ***Waiting For The Sun*** (julio de 1968): Hello I Love You, Love Street, Not To Touch the Earth, Summer's Almost Gone, Wintertime Love, The Unknown Soldier, Spanish Caravan, My Wild Love, We Could Be So Good Together, Yes The River Knows, Five To One.

EKS-75005 ***The Soft Parade*** (julio de 1969): Tell All The People, Touch Me, Shaman's Blues, Do It, Easy Ride, Wild Child, Runnin' Blue, Wishful Sinful, The Soft Parade

EKS 75007 ***Morrison Hotel*** (febrero de 1970): Roadhouse Blues, Waiting For The Sun, You Make Me Real, Peace Frog, Blue Sunday, Ship of Fools, Land Ho!, The Spy, Queen Of The Highway, Indian Summer, Maggie M'Gill

EKS-9002 ***Absolutely Live**** (febrero de 1970) (álbum doble): Who Do You Love, Medley: Alabama Song, Back Door Man, Love Hides, Five To One, Build Me a Woman, When The Music's Over, Close To You, Universal Mind, Break On Through #2, The Celebration Of The Lizard, Soul Kitchen

EKS-74079 ***13+*** (noviembre de 1970): Light My Fire, People Are Strange, Back Door Man, Moonlight Drive, Crystal Ship, Roadhouse Blues, Touch Me, Love Me Two Times, You're Lost Little Girl, Hello I Love You, Wild Child, The Unknown Soldier

EKS-75011 ***L.A. Woman*** (abril de 1971): The Changeling, Love Her Madly, Been Down So Long, Cars Hiss By My Window, L.A. Woman, L'America, Hyacinth House, Crawling King Snake, The WASP (Texas Radio & The Big Beat), Riders On The Storm

8E-6001 ***Weird Scenes Inside The Gold Mine+*** (enero de 1972) (álbum doble): Break On Through, Strange Days, Shaman's Blues, Love Street, Peace Frog, Blue Sunday, The WASP (Texas Radio & The Big Beat), End of the Night, Love Her Madly, Spanish Caravan, Ship of Fools, The Spy, The End, Take It As It Comes, Running Blue, L.A. Woman, Five to One, Who Scared You (You Need Meat), Don't Go No Further, Riders On The Storm, Maggie M'Gill, Horse Latitudes, When The Music's Over

EQ-5035 ***The Best Of The Doors+*** (agosto de 1973) (cuadrafónico): Who Do You Love, Soul Kitchen, Hello I Love You, People Are Strange, Riders On The Storm, Touch Me, Love Her Madly, Love Me Two Times, Take It As It Comes, Moonlight Drive, Light My Fire

5E-502 ***An American Prayer*** (noviembre de 1978): Awake, To Come Of Age, The Poet's Dreams, World On Fire, An American Prayer (el álbum incluye «Roadhouse Blues» en directo, además de los poemas recitados por Morrison con nueva música de los tres Doors supervivientes; también un libreto a color de ocho páginas) (reeditado en CD en mayo de 1995 con tres temas extras: The Ghost Song, Babylon Fading, Bird of Prey)

5E-515 ***Greatest Hits**** (octubre de 1980): Hello I Love You, Light My Fire, People Are Strange, Love Me Two Times, Riders On The Storm, Break On Through, Roadhouse Blues, Not To Touch The Earth, Touch Me, L.A. Woman

60269 ***Alive She Cried+*** (noviembre de 1983): Gloria, Light My Fire, You Make Me Real, The WASP (Texas Radio & The Big Beat), Love Me Two Times, Little Red Rooster, Moonlight Drive, Horse Latitudes

60417 ***Classics**** (mayo de 1985): Strange Days, Love Her Madly, Waiting For The Sun, My Eyes Have Seen You, Wild Child, The Crystal Ship, Five To One, Roadhouse Blues (en directo), Land Ho!, I Can't See Your Face In My Mind, Peace Frog, The WASP (Texas Radio & The Big Beat), The Unknown Soldier

60741 ***Live At The Hollywood Bowl+*** (junio de 1987) (EP): Wake Up, Light My Fire, The Unknown Soldier, A Little Game, The Hill Dwellers, Spanish Caravan

60345 ***The Doors: Best of*** (junio de 1987) (álbum doble): Break On Through, Light My Fire, The Crystal Ship, People Are Strange, Strange Days, Love Me Two Times, Five To One, Waiting For The Sun, Spanish Caravan, When The Music's Over, Hello I Love You, Roadhouse Blues, L.A. Woman, Riders On The Storm, Touch Me, Love Her Madly, The Unknown Soldier, The End

61047 ***The Doors*** (banda sonora original de la película) (marzo de 1991): The Movie, Riders On The Storm, Love Street, Break On Through, The End, Light My Fire, Ghost Song, Roadhouse Blues, Stoned Immaculate, The Severed Guardian Adagio, L.A. Woman (tema extra para el CD), When The Music's Over

61082 ***In Concert*** (mayo de 1991) (doble CD): (compuesto por grabaciones en directo previamente disponibles en *Absolutely Live*, *Alive She Cried* y *Live At The Hollywood Bowl* con excepción de «The End», no disponible hasta entonces) House Announcer, Who Do You Love, Medley: Alabama Song, Back Door Man, Love Hides, Five To One,

Build Me A Woman, When The Music's Over, Universal Mind, Petition To The Lord With Prayer, Medley: Dead Cats, Dead Rats, Break On Through #2, The Celebration Of The Lizard (incluyendo Lions In The Streets, Wake Up, A Little Game, The Hill Dwellers, Not To Touch The Earth, Names Of The Kingdom, The Palace Of Exile), Soul Kitchen, Roadhouse Blues, Gloria, Light My Fire (incluyendo Graveyard Poem), You Make Me Real, The WASP (Texas Radio & The Big Beat), Love Me Two Times, Little Red Rooster, Moonlight Drive (incluyendo Horse Latitudes), Close To You, The Unknown Soldier, The End

Vídeos

A tribute to Jim Morrison
Warner Home Video
60 minutos
1981

Dance on fire
MCA
60 minutos
1987

The Doors in Europe
HBO
60 minutos

The Doors Are Open
Granada
53 minutos
1990

The Soft Parade
MCA
50 minutos
invierno de 1991

Libros

The Lords
Edición privada, edición limitada de 100 copias
Los Ángeles: Western Lithographers, primavera de 1969

The New Creatures
Edición privada, edición limitada de 100 copias,
Los Ángeles: Western Lithographers, verano de 1970

The Lords & The New Creatures
Simon & Schuster
Edición de tapa dura, mayo de 1970

An American Prayer
Edición privada, edición limitada de 500 copias,
Los Ángeles: Western Lithographers, verano de 1970

The Lords & The New Creatures
Simon & Schuster
Edición en rústica, otoño de 1971

Wilderness—The Lost Writings of Jim Morrison
Nueva York: Villard Books, 1988

The American Night—The Writings of Jim Morrison Volume 2
Nueva York: Villard Books, 1990

Índice

De aquí nadie sale vivo



El 3 de julio de 1971, Jim Morrison moría en París, y no de sífilis, atravesando la misma crisis demencial que sus dos grandes maestros, Rimbaud y Nietzsche, sino envuelto en el más profundo misterio. Aquí está Jim Morrison en toda su complejidad: cantante, filósofo, poeta, delincuente. El brillante, carismático y obsesionado buscador que rechazó la autoridad en cualquier forma, el explorador que analizó «los límites de la realidad para ver qué pasaría». Tras siete años de trabajo, esta biografía mundialmente famosa y definitiva, es la obra de dos hombres cuya empatía y experiencia con Jim Morrison los preparó para contar esta tragedia moderna: Jerry Hopkins, que mantuvo una extensa entrevista con Morrison poco antes de su muerte, y Danny Sugerman, confidente y asistente en el estudio del grupo desde los trece años.

Esta obra no aclara el mito, no desvela grandes secretos o relatos perturbadores, simplemente nos acerca a la figura de este dios del rock, durante los veintisiete años que pudo o quiso vivir, sumergidos en sonidos psicodélicos, drogas, mujeres, conciertos, poesía, *bourbon* y un impresionante magnetismo que aún hoy mantiene atrapadas a miles de personas. La historia de un joven cuya corta vida y muerte encapsularon los altos y bajos de los míticos años sesenta.

Jerry Hopkins. Camden (EE.UU.), 1935.

Periodista y escritor estadounidense, corresponsal y editor colaborador de la revista *Rolling Stone*, y autor de 36 libros. En 1969 dejó temporalmente *Rolling Stone* para escribir la biografía de Elvis y comenzó a investigar sobre Morrison. *De aquí nadie sale vivo* fue rechazado por más de 30 editores antes de su publicación en 1980, cuando encabezó la lista de *best sellers* del *New York Times* y fue acreditada por muchos como la mejor biografía de los Doors, e inspiró un nuevo género editorial, la biografía de rock. Más tarde publicó una continuación de la biografía de Elvis junto con biografías de Jimi Hendrix, David Bowie, Yoko Ono y Raquel Welch.

Danny Sugerman. Los Ángeles (EE.UU.), 1954 – 2005.

Representante artístico del grupo The Doors durante sus tres últimas décadas, dirigió a otros artistas como Ray Manzarek o Iggy Pop. Además de *De aquí nadie sale vivo*, también escribió *Appetite For Destruction: The Days of Guns N' Roses* (1991). Casado con Fawn Hall, juntos conocieron al cofundador de MP3.com, Rod Underhill, cuando Hall trabajaba allí. Underhill declaró más tarde que «Sugerman era muy interesante, y visualmente era un calco de Jim Morrison, el mismo tipo de corte de pelo, ropa similar, la semejanza era extraña». Sugerman discutió su idealización de Morrison en detalle en parte de su libro *Wonderland Avenue*.

Título original: No One Here Gets Out Alive, 1985

Edición en ebook: enero de 2019

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-949693-9-3

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra
Composición digital: leerendigital.com